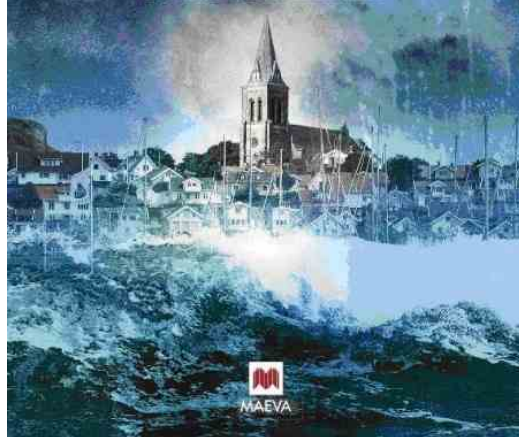


Camilla Läckberg

LOS GRITOS DEL PASADO

*Por la autora de
LA PRINCESA DE HIELO*



Los gritos del pasado

(Fjällbacka - 2)

Camilla Läckberg



Título: Los gritos del pasado
© 2004, Camilla Läckberg
Título original: *Predikanten*
Traductor: Carmen Montes Cano
Serie: Fjällbacka 2
Editorial: Maeva
Revisado por: betatron

Reseña:

La joven pareja formada por la escritora Erica y el detective Patrik disfrutan de unas merecidas vacaciones en la pequeña población costera de Fjällbacka. Erica está embarazada de ocho meses y el calor sofocante del verano vuelve especialmente difícil este último mes de gestación. La última cosa que necesita la joven pareja es un nuevo caso de asesinatos, pero el malhumorado comisario Mellberg le comunica a Patrik que un niño ha encontrado casualmente el cadáver de una mujer. No obstante, lo más extraño es que junto al cadáver han aparecido los restos de dos mujeres desaparecidas años atrás. En aquel lejano caso, el acusado de la desaparición de estas dos mujeres había sido denunciado por su propio hermano. Ahora será necesario hurgar en el turbio pasado de estos dos hermanos unidos por el odio..

Prólogo

El día empezó prometedor. Se había levantado temprano, antes que el resto de la familia, y logró salir a hurtadillas después de haberse vestido tan en silencio como pudo. Consiguió también llevarse el yelmo de caballero y la espada de madera, que ahora blandía alegremente mientras recorría a la carrera los cien metros que separaban la casa de la entrada del barranco llamado Kungsklyftan. Se detuvo un instante y miró con veneración la empinada grieta que se abría en medio de la montaña. Había dos metros entre las pétreas paredes que se erguían una decena de metros hasta el cielo, donde el sol estival empezaba a elevarse en ese momento. Tres grandes bloques de piedra habían quedado colgando para siempre en el centro del barranco y ofrecían un espectáculo imponente. Era un lugar que ejercía una fuerza de atracción mágica sobre un niño de seis años, y el hecho de que Kungsklyftan fuese territorio prohibido no le restaba atractivo precisamente.

Debía su nombre al rey Oscar II, que visitó Fjällbacka a finales del siglo XIX, pero él desconocía ese detalle o bien no le interesaba, mientras se adentraba despacio por entre las sombras, con su espada de madera presta para el ataque. En cambio, sí sabía, porque su padre se lo había contado, que las escenas de la película de *Ronja, la hija del bandolero*, que transcurren en la Boca del Infierno, se habían rodado en el barranco de Kungsklyftan y después, cuando vio la película, sintió un cosquilleo muy especial en el estómago al ver a Mattis, el rey de los bandidos, cabalgar por entre las rocas. A veces él mismo jugaba allí a ser bandido, pero aquel día quería ser caballero de la mesa redonda, como en ese libro tan grande y tan bonito que su abuela le había regalado para su cumpleaños.

Fue arrastrándose por las grandes protuberancias de piedra que cubrían el suelo y se preparó para, con su valor y su espada, abalanzarse sobre el gran dragón que lanzaría llamaradas por la boca. El sol no alcanzaba hasta

el fondo del barranco, lo que lo convertía en un lugar frío y oscuro, perfecto para dragones. No tardaría en hacer que le corriese la sangre por la garganta y, tras una prolongada lucha, la bestia caería muerta a sus pies.

Algo que detectó por el rabillo del ojo captó su atención. Un retazo de tela roja se divisaba detrás de una gran roca, y la curiosidad pudo con él. El dragón podía esperar. Tal vez se escondiese allí un tesoro. Tomó impulso y saltó sobre una piedra para mirar al otro lado. Estuvo a punto de caer de espaldas, pero logró recobrar el equilibrio tras describir varios molinetes con brazos y espada, y después de unos segundos de vacilación. Más tarde no se avendría a admitir que había sentido miedo, pero entonces, en aquel preciso momento, supo que no había experimentado un temor mayor en sus seis años de vida. En efecto, allí yacía una señora que parecía haber estado acechándolo. Estaba tumbada boca arriba y lo miraba fija y directamente a los ojos. En un primer momento, su instinto le dijo que echase a correr antes de que ella lo capturase y averiguara que había ido a jugar allí sin permiso. Seguramente, lo obligaría a que le dijese dónde vivía y lo llevaría a casa. Sus padres se enfadarían muchísimo y le preguntarían que cuántas veces le habían dicho que no podía ir a Kungsklyftan sin la compañía de un adulto.

Pero lo raro era que la señora no se movía. Además, no llevaba nada de ropa, así que se sintió un tanto avergonzado de verse allí de pie mirando a una mujer desnuda. Lo que él había confundido con un retazo rojo de tela no era tal, sino un bolso que estaba junto al cuerpo de la mujer, pero no vio su ropa por ninguna parte. Qué raro, tumbarse allí desnuda con el frío que hacía

Después se le ocurrió una idea imposible: ¡la señora estaba muerta! No se le ocurría ninguna otra explicación de por qué yacía allí tan quieta. Aquella idea lo hizo bajar de un salto de la roca y retroceder despacio hacia la boca del barranco. Cuando se encontró a un par de metros de la señora muerta, se dio la vuelta y echó a correr tan rápido como pudo. Ya no le importaba si le regañaban.

El sudor le pegaba las sábanas al cuerpo. Erica no paraba de dar vueltas en la cama, pero le resultaba imposible encontrar una postura cómoda. La claridad de la noche estival tampoco le facilitaba la tarea de conciliar el sueño y, por enésima vez, anotó que debía comprar cortinas

oscuras para colgarlas en las ventanas o, más bien, conseguir que lo hiciese Patrik.

Su plácido ronroneo la sacaba de quicio. ¿Cómo tenía estómago para dedicarse a medio roncar a su lado mientras ella permanecía despierta noche tras noche? El bebé era de los dos. ¿No debería solidarizarse con ella y quedarse despierto él también o hacer algo? Le tironeó un poco del brazo con la esperanza de que despertase. Ni se inmutó. Volvió a zarandearlo con algo más de contundencia. Él dejó oír un gruñido, se cubrió bien con el edredón y le dio la espalda.

Con un suspiro, Erica se tumbó boca arriba con los brazos cruzados y mirando al techo. Su vientre se abombaba como un enorme globo terráqueo en el aire y ella intentó imaginarse al bebé nadando en la oscuridad. Sin embargo, todo era demasiado irreal aún como para que pudiese concretar ninguna imagen en su mente. Estaba de ocho meses, pero aún no comprendía que hubiese un bebé allí dentro. En fin, en un futuro nada lejano se convertiría en algo demasiado real. Erica se debatía entre la expectación y la angustia. Le costaba ver más allá del parto. Y, para ser sincera, en aquellos momentos le costaba ver más allá del problema que le suponía no poder dormir boca abajo. Miró las cifras fosforescentes del despertador. La cuatro y cuarenta y dos. ¿Y si encendía la luz y se quedaba leyendo un rato?

Tres horas y media más tarde y después de una mala novela policíaca estaba a punto de dejarse caer de la cama cuando se oyó el timbre chillón del teléfono. Acostumbrada como estaba, le pasó el auricular a Patrik.

—Hola, aquí Patrik —dijo él, con la voz aún empañada por el sueño —... Sí, claro, ¡madre mía!, claro que sí, estaré ahí dentro de quince minutos. Allí nos vemos.

Se volvió hacia Erica.

—Tenemos una emergencia. He de salir corriendo.

—Pero ¡si estás de vacaciones! ¿No puede encargarse ninguno de tus compañeros?

Ella misma notó el tono protestón de su voz, pero la noche de vigilia no le ayudaba mucho a mejorar su humor.

—Es un caso de asesinato. Mellberg quiere que acuda. Él también irá.

—¿Un asesinato? ¿Dónde?

—Aquí, en Fjällbacka. Un niño encontró esta mañana a una mujer muerta en Kungsklyftan.

Patrik se vistió a toda prisa, tarea que le resultó más fácil dado que estaban a mediados de julio, y se puso algo ligero. Antes de cruzar la puerta, se sentó en la cama y le besó la barriga a Erica, en algún punto de la zona donde ella recordaba vagamente haber tenido el ombligo.

—Hasta luego, chiquitín. Pórtate bien con mamá, que yo no tardaré en volver a casa.

La besó fugazmente en la mejilla y se apresuró a partir. Erica lanzó un suspiro, se levantó de la cama y se enfundó una de esas tiendas de campaña que ahora solía llevar por vestido y que, por el momento, era su única elección. Contra todo buen criterio, había leído montones de libros sobre bebés y, según su opinión, todas aquellas personas que escribían acerca del gozoso período del embarazo deberían ser azotadas en la plaza del pueblo. Dificultad para conciliar el sueño, dolores articulares, varices, hemorroides, sudores y alteraciones hormonales en general se acercaban mucho más a la realidad. Y tampoco es que ardiese en su interior ninguna dulce llama. Bajó las escaleras refunfuñando en busca de la primera taza de café del día, con la esperanza de que le ayudase a dispersar la nebulosa.

Cuando Patrik llegó al lugar, remaba allí una actividad febril. La entrada del barranco Kungsklyftan había sido acordonada con cinta amarilla y contó hasta tres coches de policía y una ambulancia. El personal de la policía científica de Uddevalla ya se había puesto manos a la obra con su trabajo y bien sabía él que no podía entrar de cualquier manera en el escenario del crimen. Ése era un error típico de los principiantes, lo que, por otro lado, no impedía que su jefe, el comisario Mellberg, anduviese pateándolo todo de aquí para allá por entre los técnicos policiales que, desesperados, miraban los zapatos del comisario imaginando los miles de fibras y de partículas que iba dejando por su delicado lugar de trabajo. Cuando Patrik se detuvo ante el cordón policial y saludó a Mellberg, éste se marchó de allí y pasó por encima de la cinta, para alivio de los técnicos.

—¿Qué hay, Hedström?

Su tono de voz era animado, rayano en la satisfacción, y Patrik se sobresaltó de asombro. Por un instante se figuró que Mellberg iba a darle un abrazo, pero gracias a Dios no fue más que una alarmante sensación suya.

¡Aquel hombre parecía haber sufrido una metamorfosis! No hacía más de una semana que Patrik se había tomado las vacaciones, pero la persona que tenía ante sí no era la misma que él dejó, enojada ante el escritorio del despacho, gruñendo y diciendo que deberían suprimir el concepto «vacaciones».

Mellberg apretaba entusiasta la mano de Patrik sin dejar de aporrearle la espalda.

—¿Y qué tal se encuentra la gallina ponedora que tienes en casa? ¿Nacerá pronto o qué?

—Dentro de un mes y medio, nos han dicho.

Patrik seguía sin poder comprender el origen de tales expresiones de alegría por parte de Mellberg, pero dejó a un lado su curiosidad e intentó concentrarse en por qué lo habían llamado.

—¿Qué habéis encontrado?

Mellberg hizo un esfuerzo por reprimir la sonrisa que afloraba a su rostro y señaló el umbroso interior de la grieta.

—Un niño de seis años se metió allí esta mañana muy temprano, mientras sus padres dormían. Al parecer, quería jugar a los caballeros entre los bloques de piedra, pero lo que se encontró fue una mujer muerta. Nos llamaron a las seis y cuarto.

—¿Cuánto llevan los técnicos inspeccionando el lugar?

—Llegaron hace una hora. La ambulancia fue la primera en acudir y enseguida confirmaron que no podían hacer nada por ella. A partir de ese momento, los técnicos pudieron empezar a trabajar libremente. Anda que los técnicos no son tiquismiquis, ¿sabes? Yo sólo iba a mirar un poco y te diré que me respondieron con muy malos modos. En fin, supongo que uno se vuelve un poco animal cuando se pasa el día arrastrándose y buscando fibras con unas pinzas.

Patrik empezaba a reconocer a su jefe. Aquello se ajustaba más al tono habitual de Mellberg. De todos modos, sabía por experiencia que no valía la pena intentar corregir sus opiniones. Era más fácil dejar que le entrase por un oído y saliese por el otro.

—¿Qué sabemos de la mujer?

—Nada, por ahora. Unos veinticinco años. La única prenda, si es que puede llamársela así, es un bolso; por lo demás, completamente desnuda. Buenas tetas, la verdad.

Patrik cerró los ojos y repitió para sí, como si fuese un mantra: «Ya no falta mucho para que se jubile. Ya no queda mucho para que se jubile...».

Mellberg continuó imperturbable.

—No se aprecia la causa directa de la muerte, pero ha sido maltratada. Tiene moretones por todo el cuerpo y algunas heridas que parecen de cuchillo. ¡Ah, sí!, y está tumbada sobre una manta de color gris. El patólogo ya llegó y está examinándola en este momento, así que espero que no tarde en darnos un dictamen preliminar.

—¿No tenemos ningún desaparecido de esa edad aproximadamente?

—No, ni por asomo. Denunciaron la desaparición de un hombre hace unas semanas, pero resultó que se había cansado de apretarse con su parienta en la caravana en la que vivían y se largó con un pimpollo que conoció en Galären.

Patrik vio que el equipo de técnicos que había alrededor del cadáver se preparaba para introducirlo con cuidado en un saco de plástico. El cuerpo llevaba las manos y los pies metidos en bolsas, según ordenaba el reglamento, para que no se perdiesen posibles huellas, y el equipo de la policía científica de Uddevalla ayudaba a meter a la mujer en el saco de la manera más eficaz posible. Hecho esto, también introdujeron en una gran bolsa de plástico la manta sobre la que yacía el cadáver, para someterla a un examen exhaustivo.

La expresión de sorpresa de sus rostros y el modo en que se estremecieron le indicaron a Patrik que habían hecho un descubrimiento inesperado.

—¿Qué sucede?

—Pues no os lo vais a creer, pero aquí hay un montón de huesos y dos calaveras. Por la cantidad de piezas, yo diría que se trata de dos esqueletos.

Capítulo 1

Verano de 1979

Iba haciendo auténticas eses en la bicicleta mientras pedaleaba a casa aquella noche de San Juan. La fiesta había sido mucho más fuerte de lo que ella esperaba, pero daba igual. Era una mujer adulta, así que hacía lo que quería. Lo mejor de todo había sido verse libre de la niña por un rato. Sus gritos, su necesidad de atención y ternura, y sus exigencias de aquello que ella no podía darle. Era culpa suya que aún tuviese que vivir en casa de su madre y que la vieja apenas la dejase salir al porche de la puerta, pese a que tenía ya veinte años. Era un milagro que le hubiese permitido irse aquella noche a celebrar San Juan.

De no ser por la niña, podría vivir sola a aquellas alturas y ganar su propio sueldo. Podría salir cuando quisiera y volver a casa cuando se le antojase, sin que nadie se metiese en sus asuntos. Pero con la niña no era posible. Por ella, la habría dejado en adopción, pero la vieja no quería y era ella quien tenía que pagar el pato. Si tanto quería a la niña, ¿por qué no la cuidaba ella misma?

La vieja se enfadaría lo suyo cuando la viese entrar trastabillando de madrugada. Le apestaba el aliento a alcohol y seguro que se lo haría pagar al día siguiente. Pero había merecido la pena. No se lo había pasado tan bien desde que nació la maldita cría.

Atravesó la rotonda de la gasolinera en línea recta y continuó pedaleando por la carretera. Después, giró a la izquierda en dirección a Bräcke y estuvo a punto de caerse a la cuneta. Pero logró enderezar la bicicleta y pedaleó con más fuerza, para entrar con algo más de impulso en la primera gran cuesta. El viento le arremolinaba el cabello y la noche era clara y tranquila. Por un instante, cerró los ojos y rememoró la luminosa noche de verano en la que el alemán la dejó embarazada. Fue una noche maravillosa, prohibida, pero no valió el precio que había tenido que pagar.

De repente, volvió a abrir los ojos. Algo hizo que la bicicleta se detuviese en seco y lo último que recordaba era la tierra que se le venía encima a toda velocidad.

* * *

Ya de vuelta en la comisaría de Tanumshede, Mellberg se sumió, raro en él, en honda cavilación. Patrik, sentado frente a su jefe en la pequeña cafetería, tampoco decía gran cosa, pues también él reflexionaba sobre los sucesos de la mañana. En realidad, hacía demasiado calor para tomar café, pero necesitaba algo fuerte y el alcohol no era lo más adecuado. Ambos se abanicaban con los faldones de las camisas para refrescarse un poco. El aire acondicionado llevaba tres semanas estropeado y aún no habían conseguido encontrar a nadie que fuese a repararlo. Por la mañana todavía era soportable, pero hacia el mediodía, el calor alcanzaba cotas realmente agobiantes.

—¿Qué coño está pasando? —Mellberg se rascaba meditabundo algún punto impreciso del nido de pelo que llevaba enroscado encima de la coronilla para ocultar la calva.

—No tengo ni idea, si quieres que te diga la verdad. El cadáver de una mujer tendido sobre dos esqueletos. Si no hubiesen matado de verdad a alguien, pensaría que se trataba de la ocurrencia de algún gamberro. Que hubiesen robado los esqueletos de algún laboratorio o algo así, pero está claro que la mujer fue asesinada. Oí el comentario de uno de los peritos forenses y dijo que los huesos no parecían muy frescos. Aunque es evidente que eso depende de en qué condiciones hayan estado ahí, si estaban expuestos al aire y las inclemencias del tiempo o si estaban protegidos de algún modo. Esperemos que el forense nos proporcione una valoración aproximada del tiempo que tienen.

—Sí, eso, ¿cuándo crees tú que nos dará el primer informe? —Mellberg arrugó su sudorosa frente.

—Supongo que nos harán llegar un informe preliminar a lo largo de la jornada. A partir de ahí, me imagino que les llevará un par de días examinarlo todo a conciencia. Así que, hasta nueva orden, tendremos que trabajar con lo que podamos. ¿Dónde están los demás?

Mellberg lanzó un suspiro.

—Gösta se pidió el día libre hoy. Una de sus condenadas competiciones de golf o algo así. Ernst y Martin salieron para atender una

emergencia. Annika está en Tenerife. Seguro que creía que este verano también iba a llover. ¡Pobre infeliz! No debió de resultarle nada fácil marcharse de Suecia con este tiempo tan bueno.

Patrik volvió a mirar con asombro a Mellberg preguntándose el porqué de aquella insólita expresión de empatía. Algo raro se estaba cociendo, eso era seguro. Pero ahora no merecía la pena perder el tiempo en adivinarlo. Tenían cosas más importantes en las que pensar.

—Ya sé que tienes vacaciones toda esta semana, pero ¿no podrías venir a ayudarnos en este caso? Ernst apenas tiene imaginación y a Martin le falta experiencia para llevar una investigación, así que nos va a hacer falta tu ayuda.

La pregunta resultó tan halagadora para la vanidad de Patrik que aceptó sin pensárselo. Seguramente Erica le armaría un escándalo, pero se consoló pensando que no estaba a más de un cuarto de hora de casa si ella lo necesitaba con urgencia. Además, últimamente y con el calor que hacía, estaban siempre irritados el uno con el otro, así que podía incluso venirles bien que él se ausentase de casa a ratos.

—En primer lugar, quiero comprobar si hemos recibido alguna denuncia de la desaparición de alguna mujer. Debemos organizar la búsqueda en un área bastante amplia; por ejemplo, desde Strömstad hasta Gotemburgo. Le pediré a Martin o a Ernst que lo comprueben. Me ha parecido oír que regresaban.

—Eso está bien, muy bien. Ése es el espíritu adecuado, ¡sigue así!

Mellberg se levantó de la mesa muy animado y le dio a Patrik una palmadita en el hombro. Éste intuyó que, como de costumbre, al final él haría el trabajo y Mellberg cosecharía los méritos, pero esta era una realidad por la que ya no valía la pena enfadarse.

Con un suspiro, colocó su taza y la de Mellberg en el lavaplatos mientras pensaba que hoy no necesitaría ponerse crema solar.

—¡Arriba ahora mismo! ¿Creéis que esto es una pensión y que podéis quedaros remoloneando en la cama todo el día?

La voz penetró las gruesas capas de niebla y les retumbó hiriente en la cabeza. Johan abrió un ojo, con cautela, pero lo cerró tan pronto como se encontró con el brillo cegador del sol.

—¡Pero qué demonios...! —su hermano Robert, un año mayor que él, se dio la vuelta en la cama y se cubrió la cabeza con el almohadón que enseguida le arrancaron con un gesto brusco. Robert se sentó en la cama rezongando.

—¡Nunca puede uno levantarse tarde en esta casa!

—Vosotros dos os levantáis tarde todas las mañanas, so gandules. Son casi las doce. Si no anduvieseis por ahí de juerga todas las noches haciendo Dios sabe qué, quizá no tendríais que pasaros los días durmiendo. Venga, que necesito que me ayudéis. Dos tíos tan mayorcitos y vivís y coméis gratis, así que no me parece que sea demasiado pedir que le echéis una mano a vuestra pobre madre.

Solveig Hult hablaba con los brazos cruzados sobre la enorme mole de su abdomen. Padecía obesidad mórbida y su rostro presentaba la palidez propia de alguien que nunca sale a la calle. Llevaba el cabello sucio y revuelto alrededor del rostro en desaliñados mechones.

—Tenéis cerca de treinta años y aún vivís de vuestra madre. Fíjate, vaya hombres hechos y derechos. A ver, si puede saberse, ¿cómo podéis permitiros salir de fiesta todas las noches? Trabajar no trabajáis y, desde luego, aquí no contribuís nunca con dinero. Claro que, si vuestro padre estuviese aquí, esto se habría acabado hace tiempo. ¿Sabéis algo de la oficina de empleo? ¿No ibais a pasaros por allí hace dos semanas?

Ahora fue Johan quien se cubrió la cabeza con el almohadón en un intento de aislarse del rollo de siempre, del mismo disco rayado, pero también a él se lo quitó la mujer de un tirón obligándolo a sentarse en la cama. La cabeza le retumbaba por la resaca como si tuviese toda una orquesta dentro.

—Ya he retirado el desayuno, así que tendréis que prepararos algo del frigorífico vosotros mismos.

El enorme pandero de Solveig salió balanceándose del pequeño dormitorio que aún compartían los dos hermanos, y la mujer cerró de un portazo. No se atrevieron a intentar volver a dormirse, así que sacaron un paquete de tabaco y se encendieron un cigarrillo. Sin el desayuno podían pasar, pero el tabaco les devolvía la vida y les producía una agradable quemazón en la garganta.

—¡Menudo golpe el de ayer, oye...! —Robert soltó una carcajada y se puso a hacer anillos de humo—. Ya te dije que tendrían buena mercancía.

Es director ejecutivo de una compañía de Estocolmo y se permite lo mejor.

Johan no respondió. A diferencia de su hermano mayor, él no experimentaba ningún subidón de adrenalina cuando robaba, sino que, al contrario, se pasaba varios días, tanto antes como después de cada golpe, con el estómago encogido de angustia. Pero él siempre hacía lo que le decía Robert y ni siquiera se le ocurría la posibilidad contraria.

El golpe del día anterior les había procurado el mayor botín en mucho tiempo. Por lo general, la gente había empezado a tener cuidado y a no dejar chismes caros en las casas de veraneo, que solían amueblar con muebles viejos que a ellos no les servían para nada o con artículos de subasta, que al principio les daban la sensación de haber encontrado una ganga, pero que luego no valían una mierda. Ayer, en cambio, se habían llevado un televisor nuevo, un reproductor de DVD, una Nintendo y unas cuantas joyas de la señora de la casa. Robert lo vendería todo a través de sus canales habituales, y sacarían un buen puñado de dinero. Se diría que el dinero de los robos les quemaba en el bolsillo y, en un par de semanas, ya se lo habrían gastado en el juego, en salir e invitar generosamente a los colegas y en algún que otro cacharro que se comprasen. Johan observaba su lujoso reloj. Por suerte, su madre no servía para reconocer un objeto de valor aunque lo tuviese delante. Si ella supiese lo que le había costado, el sermón sería de órdago.

A veces tenía la impresión de estar atrapado en una rueda que giraba y giraba mientras pasaban los años. En realidad, todo seguía igual desde su adolescencia y tampoco ahora veía ninguna posibilidad de cambio. Lo único que le daba sentido a su existencia en aquellos momentos era también lo único que le había ocultado a Robert en toda su vida. Un arraigado instinto le decía que confiarse a él no le acarrearía nada bueno. Robert lo ensuciaría todo con sus burdos comentarios.

Por un instante, se concedió el respiro de pensar en la suavidad de su cabello al rozar su áspera mejilla y lo menuda que sentía la mano de ella cuando la sostenía entre las suyas.

—Oye, no te quedes ahí embobado. Tenemos negocios que hacer.

Robert se levantó con el cigarrillo colgándole de la comisura de los labios y se adelantó a salir del dormitorio. Como de costumbre, Johan lo siguió. Era lo único que podía hacer.

Solveig estaba en la cocina, sentada en su lugar de siempre. Desde que era pequeño, desde que pasó lo de su padre, la había visto allí sentada delante de la ventana trasteando con lo que tenía en la mesa. Recordaba que ella había sido hermosa, pero con los años la grasa se había ido acumulando alrededor de su cuerpo y su rostro.

Se diría que estuviese en trance allí sentada, como si los dedos tuviesen vida propia, moviéndose y acariciando constantemente. Más de veinte años llevaba su madre arreglando aquellos malditos álbumes, clasificando y volviendo a clasificar. Había comprado nuevos álbumes para volver a colocar en ellos las mismas fotografías y recortes de periódico, para que quedara más bonito, mejor. Claro que él no era un imbécil y comprendía que era su modo de mantener vivo un tiempo más feliz, pero algún día tendría que darse cuenta de que ya hacía años que aquello había quedado atrás.

Las fotografías eran de la época en que Solveig era hermosa. El punto culminante de su vida fue el día en que se casó con Johannes Hult, el hijo menor de Ephraim Hult, el célebre pastor de la Iglesia Libre y propietario de la granja más rica de la zona. Johannes era guapo y rico mientras que ella era, ciertamente, pobre, pero también la joven más hermosa que había dado Bohuslän, a decir de todos. Y, si se precisaban más pruebas, bastaban los artículos que ella había conservado de cuando la nombraron reina de la fiesta de la primavera por dos años consecutivos. Ésas y otras muchas fotografías suyas en blanco y negro eran las que cuidaba y clasificaba con tanto esmero cada día desde hacía veinte años. Sabía que aquella joven existía allí, en algún lugar, bajo las capas de grasa y, gracias a las instantáneas, podía mantenerla viva, aunque según pasaban los años, iba escapándosele de las manos.

Con una última ojeada por encima del hombro, Johan dejó a su madre donde estaba y fue tras Robert, pisándole los talones. Como él había dicho, tenían negocios que hacer.

Erica estaba pensando si salir a dar un paseo, pero cayó en la cuenta de que quizá, no fuese una idea muy brillante hacerlo justo cuando más alto estaba el sol y más calor hacía. Se había encontrado perfectamente durante todo el embarazo, hasta que estalló la ola de calor. Desde entonces, iba y venía como una ballena sudorosa intentando buscar un lugar fresco. A

Patrik, Dios lo bendiga, se le había ocurrido la idea de comprarle un ventilador de mesa; y con él en la mano, como si de un tesoro se tratase, se paseaba ella por toda la casa. El único inconveniente era que funcionaba con electricidad, así que no podía alejarse del enchufe más que lo que le permitía el cable, circunstancia que reducía al mínimo sus opciones.

Pero en la terraza, el enchufe estaba en un lugar perfecto y allí sí podía tumbarse en el sofá con el ventilador delante, apoyado en la mesa. Ninguna posición le resultaba cómoda durante más de cinco minutos, lo que la obligaba a andar moviéndose de un lado a otro para encontrar la más agradable. Había posiciones en las que un piececillo se le encajaba en las costillas, cuando no sentía que algo, probablemente una mano, le golpeaba el costado, y entonces no le quedaba otro remedio que volver a cambiar de postura. En definitiva, para ella era un misterio cómo aguantaría aún más de un mes en esas condiciones.

Patrik y ella llevaban juntos seis meses cuando se quedó embarazada, pero, por raro que pudiera parecer, ninguno de los dos se sintió preocupado por ello. Ambos tenían ya cierta edad, estaban más seguros de lo que querían y no pensaban que hubiese razón para esperar. Ahora, en cambio, ella empezaba a sentir que no las tenía todas consigo, aunque era, desde luego, demasiado tarde. ¿No habrían tenido que compartir un poco más de vida cotidiana antes de embarcarse en aquello? ¿Cómo se enfrentaría su relación a la llegada de un pequeño extraño que exigía toda la atención que, hasta entonces, se habían concedido el uno al otro?

Claro que el enamoramiento ciego y apasionado del principio ya había pasado y ahora tenían una base más realista y terrenal sobre la que asentarse, pues cada uno conocía el lado bueno y el lado malo del otro, pero ¿y si en el oleaje provocado por el bebé no quedaba más que el lado malo? ¿Cuántas veces no había oído las estadísticas de la cantidad de parejas que se iban al garete durante el primer año de vida del primer hijo? En fin, que no merecía la pena calentarse la cabeza con aquello. Lo hecho, hecho estaba y tampoco podía negar que tanto ella como Patrik deseaban la llegada de aquel bebé con toda su alma. Sólo esperaba que su deseo durase lo suficiente como para ayudarles a superar un cambio tan radical.

Cuando sonó el teléfono, dio un respingo. Con gran esfuerzo, se las arregló para levantarse del sofá con la esperanza de que quien llamase tuviera la suficiente paciencia para no colgar antes de que ella respondiese.

—¿Diga?... Hombre, Conny, hola... Bueno, bien, gracias. Aunque hace demasiado calor para tanto peso... ¿A vernos? Claro..., podéis venir a tomar café... ¿A pasar la noche? Pues... —Erica suspiró para sus adentros—. No, sí, claro que sí. ¿Cuándo venís?... ¡Esta noche! ¡Sí! ¡No! Claro, por supuesto que no hay ningún problema. Os prepararé la habitación de invitados.

Colgó el auricular con gesto cansino. Tener casa en Fjällbacka suponía un gran inconveniente en cuanto llegaba el verano. De pronto, todos los amigos y parientes que no habían dado señales de vida durante los otros diez fríos meses del año empezaban a llamar. En noviembre no les hacía ninguna ilusión ir a verlos, pero en el mes de julio, veían la oportunidad de tener casa gratis con vistas al mar. Erica creía que este verano se iban a librar dado que, transcurrido medio julio, nadie se había manifestado. Y ahora resultaba que la llamaba su primo Conny, que ya había salido de Trollhättan camino de Fjällbacka, con su mujer y sus dos hijos. Sólo se trataba de una noche, así que podría sobrellevarlo. En realidad, a ella nunca le había caído bien ninguno de sus dos primos, pero su educación la imposibilitaba para negarse a recibirlos, aunque era lo que hubiese debido hacer, pues, en su opinión, eran unos gorriones.

En cualquier caso, ella estaba contenta de, junto con Patrik, tener en Fjällbacka una casa en la que poder recibir visitas, invitadas o no. Tras la repentina muerte de sus padres, su cuñado había intentado venderla, pero su hermana Anna había terminado por cansarse de su maltrato físico y psíquico. Se separó de Lucas y, ahora, era copropietaria de la casa junto con Erica. Puesto que Anna se había quedado a vivir en Estocolmo con sus dos hijos, Patrik y Erica pudieron mudarse a vivir juntos en la casa del pueblo y, a cambio, pagaban todos los gastos. Llegado el momento, tendrían que encontrar una solución definitiva a la cuestión de la casa, pero, por ahora, Erica se sentía feliz de conservarla y de poder vivir en ella todo el año.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que tendría que darse un poco de prisa si quería que la casa estuviese presentable para cuando llegasen sus invitados. Se preguntó qué diría Patrik de la invasión, pero enseguida alzó airada la cabeza diciéndose que si era capaz de irse a trabajar y dejarla sola en plenas vacaciones, por qué no iba ella a poder invitar gente a su casa si le apetecía. Así, ya se le había olvidado que, hacía unos minutos, le había parecido una idea estupenda no tenerlo en casa a todas horas.

En efecto, Ernst y Martin ya habían vuelto de su salida de emergencia y Patrik empezaba a ponerlos al corriente del caso. Los llamó a su despacho y ambos se sentaron frente al escritorio. Era inevitable advertir que Ernst estaba furioso, pues ya se había enterado de que Patrik había sido designado para dirigir la investigación, pero Patrik decidió ignorarlo. Era responsabilidad de Mellberg, y él tendría que tragárselo. En el peor de los casos, hasta podría trabajar sin su ayuda si se negaba a colaborar.

—Supongo que ya sabéis lo ocurrido.

—Sí, lo oímos por la radio del coche. —Martin, que era joven y venía lleno de entusiasmo, estaba, a diferencia de Ernst, bien sentado en la silla, con el bloc de notas en la rodilla y el bolígrafo preparado.

—Bien, pues una mujer ha sido hallada asesinada en Kungsklyftan, aquí en Fjällbacka. Estaba desnuda y parecía tener entre veinte y treinta años. Debajo de su cuerpo encontramos dos esqueletos humanos de origen y edad desconocidos, pero Karlström, de la policía científica, me dio su opinión oficiosa y, según él, no eran recientes. De modo que parece que tenemos bastante trabajo por hacer, además de todas las peleas de borrachos y conductores ebrios que nos tienen hasta el cuello. Tanto Annika como Gösta están de vacaciones, así que, por el momento, tendremos que arreglarnos nosotros solos. De hecho, yo también tenía vacaciones esta semana, pero he aceptado trabajar y, según los deseos de Mellberg, dirigiré la investigación de este caso. ¿Alguna pregunta al respecto?

Esa pregunta iba dirigida más bien a Ernst, que, no obstante, optó por evitar el enfrentamiento, seguramente con la idea de criticarlo y quejarse a sus espaldas.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Martin, que, impaciente como un caballo nervioso encerrado en el establo, dibujaba círculos en el bloc.

—Quiero que te pongas a comprobar en el registro de desapariciones del SIS las denuncias de mujeres desaparecidas durante, digamos, los dos últimos meses. Es mejor comenzar por un período más amplio, hasta que sepamos algo del Instituto Forense, aunque yo creo que el momento de la muerte es mucho más reciente, no más de un par de días, quizá.

—¿No lo has oído? —preguntó Martin.

—¿El qué?

—La base de datos está fuera de servicio. Tendremos que pasar del SIS y hacerlo a la vieja usanza.

—¡Joder! ¡Qué oportuno! Bueno, como parece que nosotros no tenemos ninguna desaparición pendiente, según lo que dijo Mellberg y, por lo que yo sé, de antes de tomarme las vacaciones, propongo que llames a todos los distritos próximos. Empieza a llamar desde los más cercanos a los más lejanos, en círculo, ¿me entiendes?

—Sí, claro. ¿Hasta dónde extendiendo el círculo?

—Lo necesario, hasta encontrar a alguien que encaje. A Uddevalla llama inmediatamente, en cuanto acabemos la reunión, para que te den una descripción preliminar de la chica a partir de la cual buscar.

—¿Y yo qué voy a hacer? —el tono de Ernst no rebosaba entusiasmo.

Patrik echó un vistazo a las notas que había tomado a toda prisa después del encuentro con Mellberg.

—Quisiera que empezases hablando con la gente que vive en los alrededores de Kungsklyftan, por si han visto u oído algo esta noche o por la mañana temprano. El barranco está lleno de turistas durante el día, así que el cadáver, o los cadáveres, para ser precisos, debieron ser transportados allí de noche o por la mañana muy temprano. Podemos suponer que los llevaron allí a través de la gran entrada y no usando las escaleras que parten de la plaza Ingrid Bergman. El pequeño la encontró hacia las seis, por lo que habría que centrarse en las horas transcurridas entre las nueve de la noche y las seis de la mañana. Yo pensaba bajar a mirar los archivos. Esos dos esqueletos me han espoleado la memoria. Tengo la sensación de que debería saber quiénes son, pero... ¿No se os ocurre nada? ¿Nada que os venga a la memoria?

Patrik alzó los brazos y las cejas con resignación, como a la espera de una respuesta, pero tanto Martin como Ernst se limitaron a negar sin decir nada. Patrik suspiró. En fin, pues no le quedaba otro remedio que bajar a las catacumbas...

Ignorante de haber caído en desgracia, aunque bien podría haberlo adivinado si hubiera tenido tiempo de reflexionar sobre ello, Patrik se aplicó a rebuscar entre viejos archivos en el sótano de la comisaría de Tanumshede. El polvo se había acumulado durante años en la mayoría de las carpetas, pero, por suerte, éstas parecían bien ordenadas. La mayor parte

de los informes estaban dispuestos cronológicamente y, aunque no sabía con exactitud qué buscaba, tenía la certeza de que lo encontraría allí.

Se puso cómodo, directamente en el suelo, y empezó a hojear metódicamente un cajón tras otro. Decenios de destinos personales pasaron por sus manos y, después, se le ocurrió pensar en la cantidad de personas y familias cuyos apellidos aparecían en los archivos de la policía de forma recurrente. Se diría que el crimen se heredaba de padres a hijos e incluso a los nietos, se dijo al ver el mismo apellido por tercera vez.

Sonó el móvil y, al mirar la pantalla, comprobó que se trataba de Erica.

—Hola, querida, ¿todo bien? —preguntó, aunque ya sabía cuál sería la respuesta—. Sí, ya sé que hace calor. Tendrías que quedarte sentada junto al ventilador y ya está, no hay mucho más que podamos hacer... Oye, se nos ha presentado un caso de asesinato y Mellberg quiere que yo dirija la investigación. ¿Te importaría mucho que me quedase a trabajar un par de días?

Patrik contuvo la respiración. Sabía que debería haberle llamado antes para contarle que tal vez tuviese que interrumpir las vacaciones, pero, a la manera evasiva de los hombres, optó por posponer lo inevitable. Aunque, por otro lado, ella conocía muy bien las condiciones que imponía su profesión. El verano era la época más ajetreada para la policía de Tanumshede y siempre tenían que turnarse y tomarse períodos vacacionales no demasiado largos y, a veces, ni siquiera tenían garantizados los pocos días que podían tomarse seguidos, según la cantidad de borracheras, peleas y demás efectos secundarios del turismo a que tuviese que enfrentarse la comisaría. Además, el asesinato constituía una categoría aparte.

Erica le dijo algo de lo que no se enteró muy bien.

—¿Visita, dices? ¿De quién? ¿Tu primo? —Patrik lanzó un suspiro—. No, claro, qué voy a decir yo. Por supuesto que habría sido mucho mejor si hubiésemos estado solos esta noche, pero si ya están en camino, qué le vamos a hacer. Pero sólo se quedarán una noche, ¿verdad?... De acuerdo, compraré unas gambas para la cena, que son fáciles de preparar. Así no tendrás que ponerte a cocinar también. Estaré en casa sobre las siete. Un beso.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y siguió hojeando el contenido de los cajones que tenía ante sí. Un archivador en cuyo lomo se leía «Desaparecidos» captó su interés. Algún colega muy ambicioso se había

dedicado a reunir las denuncias de desaparición relacionadas con investigaciones policiales. Tenía negras las yemas de los dedos de tanto pasar hojas polvorientas y se las limpió en el pantalón corto antes de abrir el poco abultado archivador. Tras pasar varias hojas leyendo por encima, supo que acababa de darle a su memoria el empujón que necesitaba. Debería haberlo recordado de inmediato, teniendo en cuenta que eran muy pocas las personas que, habiendo desaparecido de verdad, no habían sido encontradas después. Sería la edad, que ya empezaba a hacer de las suyas. En cualquier caso, allí estaban las denuncias y tenía el presentimiento de que no era casualidad. En 1979 se habían presentado dos denuncias de la desaparición de otras tantas mujeres que nunca fueron halladas. Y en el barranco de Kungsklyftan encontraban ahora dos esqueletos.

Se llevó todo el archivador a la oficina para repasarlo a la luz del día y sentado ante su escritorio.

Los caballos eran la única razón por la que se quedaba allí. Con mano experta, fue cepillando el lomo del caballo castrado. El trabajo físico era para ella como una válvula de escape por la que evacuaba su frustración. Sencillamente, era una mierda tener diecisiete años y no poder decidir sobre su propia vida. En cuanto alcanzase la mayoría de edad, se largaría de aquel agujero. Entonces aceptaría la oferta de aquel fotógrafo que se le acercó un día en que iba por el centro de Gotemburgo. Cuando se hubiese convertido en modelo, viviese en París y tuviese montañas de dinero, les diría a todos dónde se podían meter los malditos estudios. El fotógrafo le había dicho que, cada año que pasaba, su valor como modelo disminuía, de modo que perdería miserablemente un año de su vida hasta que tuviese la oportunidad de empezar, todo porque al viejo se le había metido en la cabeza lo de los estudios. ¿Quién necesitaba estudios para desfilarse por la pasarela?; y luego, cuando tuviese veinticinco o así y empezase a resultar demasiado mayor para la pasarela, seguro que se casaría con un millonario y entonces podría reírse de la amenaza de desheredarla. En un solo día podría gastarse en compras tanto como el viejo había reunido en toda su vida.

Y el perfecto de su hermano no mejoraba las cosas. Claro que era mejor vivir con él y con Marita que en casa, pero no demasiado. Era tan condenadamente legal. Nunca hacía nada que estuviese mal, mientras que a ella siempre la culpaban de todo.

—¿Linda?

Vaya, cómo no, ni siquiera allí, en el establo, la dejaban en paz.

—¿Linda? —volvió a oírse la voz, mucho más apremiante ahora. Él sabía que se encontraba allí, así que no tenía sentido intentar escabullirse.

—Sí, sí, vale, ¡qué pesado! ¿Qué pasa?

—No tienes por qué hablarme en ese tono. Me parece que no es pedirte demasiado que intentes ser un poco respetuosa.

Linda maldijo entre dientes, pero Jacob lo dejó pasar.

—Te recuerdo que eres mi hermano, no mi padre, ¿habías caído en la cuenta?

—Soy consciente de ello, sí, pero mientras vivas bajo mi techo, tengo cierta responsabilidad sobre ti.

Sólo porque era casi quince años mayor que ella, su hermano se creía que lo sabía todo, pero era fácil leerle la cartilla a la gente cuando uno lo tenía todo resuelto. Su padre le había dicho hasta la saciedad que Jacob era un hijo del que sentirse orgulloso y que administraría bien la granja de la familia, así que Linda suponía que, llegado el día, él se lo quedaría todo. Hasta entonces, podía fingir que el dinero no era importante para él, pero Linda lo tenía más que calado. Todos admiraban a Jacob porque trabajaba con jóvenes descarriados, pero también sabían que, en su momento, heredaría tanto la granja como una fortuna y, entonces, sería curioso comprobar qué quedaba de su vocación por trabajar desinteresadamente.

Sonrió sin querer. Si Jacob supiera que se escapaba por las noches, le daría algo, y si tuviera idea de con quién se veía, le soltaría el sermón de su vida. Bien estaba ser solidario con los menos favorecidos siempre y cuando no se le instalasen a uno en el porche de su puerta. Sin embargo, había razones más profundas para que Jacob se escandalizase si supiera que se veía con Johan. Era su primo y la disputa entre las familias duraba desde antes de que ella naciese; bueno, desde antes de que naciera Jacob. Linda ignoraba los motivos, pero así era y esa circunstancia acentuaba aún más el cosquilleo en el estómago cada vez que se escapaba para ir a verlo. Además, estaba a gusto con él. Ciertamente era un tanto tímido, pero también diez años mayor que ella, por lo que tenía una seguridad en sí mismo que ya quisieran los jóvenes de su edad. A Linda no le preocupaba lo más mínimo que fuesen primos. Ahora los primos podían hasta casarse y, aunque eso no

entrarse en sus planes de futuro, no tenía nada en contra de experimentar con él alguna que otra cosa, con tal de que todo ocurriese en secreto.

—¿Querías algo en concreto o sólo tenerme vigilada, sin más?

Jacob lanzó un hondo suspiro al tiempo que le ponía la mano en el hombro. Ella intentó retroceder, pero él la sujetó con fuerza.

—Te aseguro que no comprendo de dónde te viene tanta agresividad. Los jóvenes con los que yo trabajo habrían dado cualquier cosa por tener un hogar y una juventud así. La verdad es que no estaría de más algo de gratitud y de madurez por tu parte, ¿sabes? Y sí, sí que quería algo en concreto: Marita ya tiene lista la comida, así que ya puedes ir corriendo a cambiarte de ropa para comer con nosotros.

Le soltó el hombro y salió del establo en dirección a la casa. Renegando, Linda dejó en el suelo el cepillo y fue a prepararse. Después de todo, se sentía muy hambrienta.

El corazón de Martin se había roto una vez más, por enésima vez, pero no dolía menos sólo porque estuviese acostumbrado. Al igual que en las ocasiones anteriores, creía que, en aquella, la mujer que recostaba la cabeza sobre su hombro era la definitiva. Claro que era del todo consciente de que ya estaba comprometida, pero, con su habitual ingenuidad, creyó que él sería para ella algo más que un entretenimiento y que los días del hombre con el que vivía estaban contados. Poco se maliciaba él que, con su apariencia inocente y su aspecto dulce como el de una muñeca, las mujeres algo mayores e instaladas en la rutina con sus respectivos veían en él lo que una mosca en un terrón de azúcar. Los respectivos eran hombres a los que ellas no pensaban abandonar por un amable policía de veinticinco años con el que, pese a todo, no dudaban en revolcarse cuando necesitaban satisfacer su deseo o su vanidad. Y no es que Martin tuviese nada en contra del aspecto físico de una relación, incluso hacía gala de un talento especial en ese terreno, pero el problema consistía en que, además, era un joven de excepcional sensibilidad emotiva. En otras palabras, los enamoramientos tenían un terreno más que abonado en la persona de Martin Molin. De ahí que sus historias siempre acabasen para él en llanto y rechinar de dientes, cada vez que las mujeres le daban las gracias y regresaban a sus vidas, aburridas, pero no por ello menos seguras y familiares.

Y allí estaba él, suspirando ante su escritorio, aunque obligándose a concentrarse en la tarea que tenía delante. Las llamadas que había hecho hasta el momento habían sido infructuosas, pero aún le faltaban muchos distritos por comprobar. Que la base de datos estuviese fuera de servicio, justo cuando él la necesitaba, no era más que otra muestra de su proverbial mala suerte, de ahí que ahora se viese en la necesidad de marcar un número tras otro para intentar encontrar a alguien que encajase con la descripción de la mujer asesinada.

Dos horas más tarde se retrepó en la silla y arrojó el bolígrafo contra la pared absolutamente desencantado. Ninguna de las personas desaparecidas coincidía con la descripción de la víctima. ¿Qué podía hacer ahora?

Era tan injusto... Él era mayor que aquellos dos mocosos y debería tener la dirección de la investigación, pero en este mundo reinaba la ingratitud. Llevaba varios años haciéndole la pelota al condenado Mellberg, pero nada, no recibía nada a cambio. Ernst tomaba las curvas a gran velocidad mientras conducía a Fjällbacka y, de no haber llevado un coche de la policía, seguro que le habrían sacado el dedo por el retrovisor en más de una ocasión. Pero así los malditos turistas no se atrevían, claro, si no, tendrían que atenerse a las consecuencias.

¡Ir a preguntar de casa en casa! Ésa era una tarea propia de un ayudante, no para alguien con veinticinco años de experiencia en la profesión. Bien podría haberlo hecho el mocoso de Martin y así él, Ernst, habría podido hacer la ronda de llamadas y haber charlado un poco con los colegas de los distritos de los alrededores.

Le hervía la sangre, pero ese era su estado natural desde la niñez, así que no era nada fuera de lo normal. Su carácter colérico no lo hacía especialmente apto para una profesión que requería tanto contacto social, pero, por otro lado, se hacía respetar por los malos, que, instintivamente, se daban cuenta de que Ernst Lundgren era un hombre con el que no deberían discutir si le tenían algún aprecio a la vida.

Mientras circulaba por el pueblo, comprobó que la gente se ponía tensa al verlo, lo seguía con la mirada y lo señalaba, y él comprendió que ya había cundido el rumor de la noticia en toda Fjällbacka. Al llegar a la plaza Ingrid Bergman, tuvo que ir a paso de tortuga, de tantos coches como había mal aparcados, y vio, con satisfacción, que varios de los propietarios se

levantaban precipitadamente de la terraza del Café Bryggan. Mejor así. Si los coches seguían allí cuando él volviese a pasar por la plaza, no le importaría lo más mínimo perder un rato destruyendo la paz vacacional de los que habían aparcado mal e incluso hacerles soplar el globito. Varios de los conductores estaban tomándose una cerveza fría cuando lo vieron pasar. Con un poco de suerte, tal vez pudiera quedarse con un par de permisos de conducir.

Había poco espacio para aparcar en la calleja próxima a Kungsklyftan, pero se las arregló y comenzó la operación de ir de puerta en puerta. Tal y como esperaba, nadie había visto nada. La gente, que por lo general notaba hasta cuando al vecino se le escapaba una ventosidad en su casa, se volvía ciega y sorda cuando la policía necesitaba información. Aunque tenía que admitir que tal vez fuese verdad y que no hubiesen visto ni oído nada. En verano había tanto ruido por la noche, con tanta gente borracha como andaba de un lado a otro a altas horas de la madrugada, que uno aprendía a ignorar los sonidos que venían de fuera para poder dormir bien. Pero, desde luego, era un fastidio.

Hasta que no llegó a la última casa, no consiguió nada. Ninguna gran cosa, desde luego, pero algo era. El señor de la casa que estaba al final de la salida del barranco de Kungsklyftan había oído acercarse un coche a eso de las tres de la mañana, cuando se levantó a hacer pis. Podía incluso precisar que eran las tres menos cuarto, pero no se molestó en mirar, así que no podía decir nada ni del aspecto del conductor ni del coche. Pero había sido profesor de autoescuela y estaba seguro de que no era un modelo muy nuevo, sino que tendría unos cuantos años a sus espaldas.

Estupendo, lo único que había sacado en claro de dos horas de ir de puerta en puerta era que el asesino, con toda probabilidad, habría llegado allí en coche hacia las tres de la mañana y que cabía la posibilidad de que condujese un coche de un modelo algo antiguo. No era como para tirar cohetes.

No obstante, su humor mejoró un tanto cuando pasó de nuevo por la plaza de vuelta a la comisaría y se percató de que otros pecadores habían ocupado los puestos de los anteriores. Aquí iba a soplar todo el mundo hasta perder los pulmones.

El timbre persistente de la puerta apartó a Erica de su tarea de, con bastante esfuerzo, pasar la aspiradora por el salón. Sudaba a mares y se apartó de la cara un par de mechones húmedos antes de ir a abrir. «Deben de haber conducido como criminales huyendo de la justicia, si son ellos».

—¡Hola, gordita!

Se vio atrapada en un abrazo demoledor y notó que no era la única que estaba sudando. En efecto, su nariz había ido a encasquillarse en el sobaco de Conny y comprendió enseguida que ella, en comparación, debía de oler a rosas y lirios silvestres.

Una vez que pudo zafarse del abrazo, saludó a Britta, la mujer de Conny, aunque sólo formalmente, con un apretón de manos, pues no se habían visto más que en contadísimas ocasiones. Su apretón le resultó húmedo, flojo, como si tuviese en la mano un pez muerto. Erica se estremeció y reprimió el impulso de secársela en el pantalón.

—¡Menuda barriga! ¿Es que llevas gemelos?

A Erica le disgustaba muchísimo que hicieran ese tipo de comentarios sobre su mole, pero ya había empezado a comprender que el embarazo era un estado que propiciaba que todo el mundo comentase la forma corporal y le tocase la barriga con una familiaridad excesiva a quien lo sufría. Incluso había llegado a ocurrirle que completos extraños se le acercasen y, de forma totalmente inopinada, empezasen a tocarla. Erica estaba preparada para que comenzase la fase obligatoria de toqueteo y, de hecho, las manos de Conny no tardaron muchos segundos en empezar a palmearle la barriga.

—¡Vaya futbolista que tienes ahí dentro! Está claro que va a ser niño, con las patadas que da. ¡Venid aquí, niños, venid y comprobadlo!

Erica no tuvo fuerzas para protestar, así que se vio atacada por dos pares de manos pegajosas que le dejaron la blanca camiseta de premamá llena de huellas de helado. Por suerte, Lisa y Víctor, de seis y ocho años respectivamente, no tardaron en perder el interés por aquello.

—¿Y qué dice el padre? ¿Estará orgulloso y contando los días, no? — Conny no esperaba respuesta a sus preguntas, Erica recordaba bien que mantener una conversación no era el lado fuerte de su primo—. Pues sí, uno se acuerda de cuando estos dos mocosos vinieron al mundo. Toda una experiencia. Pero dile que no se le ocurra mirar por ahí abajo, que luego se le quitan las ganas durante un tiempo.

Soltó una risotada al tiempo que le daba un codazo a Britta, que lo miró con encono. Erica tomó conciencia de que aquel sería, sin duda, un día muy largo. Ojalá Patrik no llegase muy tarde a casa.

Patrik llamó discretamente a la puerta de Martin. Sentía cierta envidia por el orden que reinaba allí dentro. El escritorio estaba tan limpio que habría podido usarse como mesa de quirófano.

—¿Qué tal va eso? ¿Has encontrado algo?

La expresión abatida de Martin le dijo que no antes de que el joven lo confirmase con un gesto. Mierda. Lo más importante de toda la investigación en aquel momento era poder identificar a la mujer. Alguien debía de estar preocupado por ella en algún lugar. ¡Joder, alguien la echará de menos!

—¿Y tú? —preguntó Martin señalando la carpeta que Patrik llevaba en la mano—. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Eso creo.

Patrik tomó la silla que había junto a la pared y la arrastró para poder sentarse al lado de Martin.

—Mira esto. Dos mujeres desaparecieron de Fjällbacka a finales de los años setenta. No entiendo cómo no lo recordé enseguida, fueron noticias de primera plana, pero, bueno, aquí está el material que conservamos de la investigación.

La carpeta, que había dejado sobre la mesa, estaba llena de polvo, y se dio cuenta de que Martin sentía tal deseo de limpiarla que le pinchaban los dedos, pero una mirada de Patrik lo disuadió. Abrió la carpeta y le mostró lo primero que había dentro, que eran unas fotografías.

—Ésta es Siv Lantin, desaparecida antes del día del solsticio de verano de 1979. Tenía diecinueve años —dijo Patrik sacando la segunda fotografía—. Y esta es Mona Thernblad, que desapareció dos semanas después y tenía dieciocho años. Ninguna de las dos apareció nunca, pese a la intensa búsqueda, una batida tras otra, rastreos y todo lo que te puedas imaginar. La bicicleta de Siv apareció en la cuneta, pero fue lo único que encontraron. Y de Mona no hallaron más que una zapatilla de deporte.

—Sí, ahora que lo mencionas, yo también lo recuerdo. Había un sospechoso, ¿verdad?

Patrik hojeó los documentos de la investigación, tan viejos que amarilleaban, y señaló con el dedo un nombre escrito a máquina.

—Johannes Hult. De todas las personas imaginables, resultó que fue su hermano, Gabriel Hult, quien llamó a la policía para avisar de que habían visto a su hermano con Siv Lantin camino de su granja de Bräcke la noche en que la joven desapareció.

—¿Se tomaron muy en serio esa información? Quiero decir que debe haber más evidencias si uno acusa a su propio hermano nada menos que de sospechoso de un asesinato.

—Se trata de una guerra que dura ya años en el seno de la familia Hult y seguramente todos lo sabían, así que recibieron la información con cierto escepticismo, me temo, pero de todos modos tenían que indagar y Johannes fue llamado a interrogatorio un par de veces. Pese a todo, nunca hubo pruebas, salvo la información aportada por el hermano; todo quedó en su palabra contra la del otro y al final lo soltaron.

—¿Qué fue de él, dónde está?

—No estoy seguro, pero me suena que Johannes Hult se quitó la vida poco después de aquello. Lástima, si Annika estuviera aquí, habría podido redactar un informe más actualizado en un momento. Lo que hay en esa carpeta es, cuando menos, escaso.

—Pareces estar bastante seguro de que los esqueletos que encontramos corresponden a esas dos mujeres.

—Bueno, seguro, seguro... Me guío por la ley de la probabilidad. Tenemos a dos mujeres desaparecidas a finales de los setenta, y ahora nos encontramos dos esqueletos que parecen tener ya unos cuantos años. ¿Cuál es la probabilidad de que no sea más que una coincidencia? Seguro no estoy, y no podremos saberlo con certeza hasta que no se haya pronunciado el forense. Pero ya me encargaré de que tenga acceso a esta información lo antes posible.

Patrik echó un vistazo al reloj.

—Demonios, será mejor que me dé prisa. He prometido llegar temprano a casa hoy. Tenemos visita, un primo de Erica, y tengo que comprar unas gambas para esta noche. ¿Puedes encargarte de que le llegue esta información al forense? Y habla con Ernst cuando llegue, por si ha averiguado algo interesante.

El calor cayó sobre Patrik como una losa en cuanto salió de la comisaría, así que se apresuró dando grandes zancadas para llegar hasta el coche y poner cuanto antes el aire acondicionado. Si aquella temperatura lo dejaba transpuesto a él, no quería ni imaginarse lo que sufriría Erica, pobrecilla.

Era mala suerte que les llegase visita ahora precisamente, pero comprendía que a ella le resultaba difícil decir que no. Y puesto que la familia Flood se marcharía al día siguiente, sólo perderían una noche. Puso el aire acondicionado al máximo y emprendió el camino a Fjällbacka.

—¿Has hablado con Linda?

Laine se retorció las manos con nerviosismo. Era un gesto que él había terminado por detestar.

—No hay mucho de que hablar. Sólo tiene que hacer lo que le digamos.

Gabriel ni siquiera alzó la vista, sino que continuó tranquilamente con sus cosas. Había utilizado un tono brusco, pero Laine no era de las que callaban tan fácilmente... por desgracia. Durante muchos años había deseado que su esposa se inclinara por callar más que por hablar. Tal actitud obraría milagros en su personalidad.

Gabriel Hult, por su parte, tenía el alma y el corazón de un contable. Adoraba cuadrar el debe y el haber, y, al final, conseguir el equilibrio, y detestaba con todas sus fuerzas lo que estaba relacionado con los sentimientos y era ajeno a la lógica. La pulcritud era su lema y, pese al calor estival, vestía camisa y traje, cierto que de una tela algo más fina, pero igual de correcto. Con los años había ido perdiendo algo de su oscuro cabello, pero lo llevaba peinado hacia atrás, sin pretender, en modo alguno, ocultar la parte calva del centro. Las gafas redondas eran el punto sobre la i, siempre instaladas en el extremo de la nariz, lo que le permitía mirar por encima de las lentes y con condescendencia a sus interlocutores. Lo que estaba bien, estaba bien, había sido la máxima de su vida, y lo que más deseaba en el mundo era que la gente que tenía a su alrededor hiciese lo mismo. En cambio, los demás parecían dedicar toda su energía y sus esfuerzos a alterar su perfecto equilibrio y a hacerle la vida imposible. Todo sería mucho más sencillo si simplemente hicieran lo que él decía, en lugar de inventar un montón de tonterías de su propia cosecha.

El gran motivo de preocupación de su vida en aquellos momentos era Linda. La adolescencia de Jacob no había sido tan problemática, ¿dónde va a parar! En el mundo ideal de Gabriel, las chicas eran más tranquilas y más dóciles que los chicos. Y, sin embargo, ellos se habían encontrado con un monstruo adolescente que decía *a* cuando ellos decían *b* y que, en términos generales, hacía lo posible por destrozar su vida en el menor tiempo posible. Él no creía lo más mínimo en aquella absurda ocurrencia de convertirse en modelo. Claro que la niña era mona, pero, por desgracia, había heredado el cerebro de su madre y no sobreviviría ni una hora en el duro mundo de la moda.

—Ya hemos discutido sobre esto en otras ocasiones, Laine, y no he cambiado de opinión desde la última. No quiero ni oír hablar de que Linda vaya a hacerse fotos en el estudio de un fotógrafo sospechoso, que lo único que quiere es verla desnuda. Linda tiene que estudiar y no se hable más.

—Sí, pero dentro de un año tendrá dieciocho y entonces podrá hacer lo que quiera, de todos modos. ¿No sería mejor que la apoyásemos ahora, en lugar de arriesgarnos a que desaparezca de nuestro lado para siempre en cuanto pase ese tiempo?

—Linda sabe de dónde sale el dinero que tiene y me sorprendería mucho que se marchase a ninguna parte sin haberse asegurado antes unos ingresos suficientes y constantes. Y, si sigue estudiando, los tendrá. Le he prometido que le enviaré dinero todos los meses si continúa con los estudios y pienso mantener mi promesa. Y ya no quiero hablar más de este asunto.

Laine no dejaba de frotarse las manos, pero sabía cuándo había perdido una batalla y salió de su despacho con los hombros vencidos. Luego, con mucho cuidado, cerró la puerta de corredera y Gabriel lanzó un suspiro de alivio. Aquella historia lo sacaba de quicio. Después de tantos años como llevaban juntos, ella debería conocerlo lo suficientemente bien como para saber que no era de los que cambiaban de idea una vez tomada una decisión.

La satisfacción y la tranquilidad volvieron tan pronto como pudo continuar con el libro que tenía ante sí. Los modernos programas de contabilidad para ordenador no habían ganado terreno en su vida, pues él adoraba la sensación de tener delante su enorme registro lleno de cifras primorosamente escritas a mano que luego sumaba al final de cada página.

Una vez que hubo terminado, se retrepó en la silla, muy conforme consigo mismo. Aquel era un mundo que podía controlar.

Patrik se preguntó por un instante si se habría equivocado de casa. Aquel no podía ser el hogar tranquilo y sereno del que había salido por la mañana. El volumen era mucho más alto que el permitido en la mayoría de los lugares de trabajo y se diría que alguien hubiese arrojado en la casa una granada de mano. Todo estaba revuelto y lleno de objetos que le eran desconocidos, y nada estaba en su lugar. A juzgar por la expresión de Erica, le pareció que debería haber vuelto una o dos horas antes.

Lleno de admiración, comprobó mentalmente que sólo había dos niños y dos adultos más y se preguntó de qué manera se las arreglaban para sonar como si fuesen una guardería entera. Tenían puesto el canal Disney a todo volumen mientras un niño pequeño perseguía a una niña, más pequeña aún, con una pistola de juguete. Los padres de los dos retoños estaban sentados en paz y tranquilidad fuera, en la terraza, y Patrik vio que un patán de enormes proporciones lo saludaba ufano, pero sin molestarse en abandonar el sofá para salir a su encuentro ni en apartarse de la gran bandeja de dulces que tenía delante.

Entró en la cocina en busca de Erica, que se dejó caer en sus brazos.

—Sácame de aquí, por favor. Debí de cometer algún pecado terrible en otra vida para tener que soportar esto. Los niños son dos demonios con forma humana y Conny es... Conny. Su mujer apenas si ha dicho *mu* y tiene un carácter tan agrio como la leche cortada. ¡Socorro!, ojalá se vayan pronto a su casa.

Él le acarició la espalda consolándola y notó que tenía la camiseta empapada de sudor.

—Ve a ducharte tranquilamente mientras yo me encargo un rato de las visitas. Estás chorreando.

—Gracias, eres un ángel. Hay una cafetera llena. Ya van por la tercera taza, pero Conny ha empezado a insinuar que tiene ganas de algo más contundente, así que mira a ver qué tenemos que pueda interesarle.

—Déjame a mí, cariño, y vete antes de que cambie de idea.

Erica le dio un beso como muestra de agradecimiento y subió las escaleras balanceándose, en dirección a la ducha.

—Quiero un helado.

Victor se había colocado detrás de Patrik y le apuntaba con la pistola.

—Lo siento, no tenemos helados.

—Pues entonces ve a comprarlos.

La desfachatez del niño sacaba a Patrik de sus casillas, pero intentó mostrarse amable y, con la mayor suavidad posible, explicó.

—No, no voy a ir a comprar helado. Ahí fuera, en la mesa, hay galletas. Coge alguna.

—¡Pero yo quiero un heladooooo! —El niño chillaba y saltaba sin cesar y estaba colorado como un tomate.

—¡Te digo que no hay helado! —La paciencia de Patrik empezaba a agotarse.

—Helado, helado, helado, helado...

Victor no era de los que se rendían al primer obstáculo, pero debió de ver en los ojos de Patrik que había llegado al límite, porque dejó de gritar y salió de la cocina retrocediendo despacio. Después echó a correr llorando, en busca de sus padres, que seguían en la terraza ignorantes del incidente acaecido en la cocina.

—¡Papá! El tío es muy malo. ¡Yo quiero un helado!

Patrik intentó hacer oídos sordos y, enarbolando la cafetera, fue a saludar a sus invitados. Conny se levantó y le estrechó la mano, y después le tocó el turno de estrechar el pescado muerto de Britta.

—Victor ha entrado en una fase en que intenta poner a prueba los límites de su propia voluntad. Y no queremos cohibir su desarrollo personal, así que lo dejamos para que encuentre él solo la línea divisoria entre sus deseos y los de su entorno.

Britta dedicó una tierna mirada a su hijo mientras Patrik recordaba que Erica le había contado que era psicóloga. Desde luego, si aquella era su idea de cómo educar a un niño, el pequeño Victor tendría motivos para entrar en íntimo contacto con ese grupo profesional cuando se hiciese mayor. Conny no pareció haber notado nada y puso fin a los gritos del niño metiéndole una galleta en la boca, sin más. Y, a juzgar por la redondez del pequeño, se trataba de un procedimiento recurrente. En cualquier caso, Patrik no pudo por menos de reconocer que el método era eficaz y atractivo en su inmensa simpleza.

Erica bajó recién duchada, con una expresión mucho más risueña, justo cuando Patrik acababa de poner la mesa con las gambas y demás

platos. Además, le había dado tiempo de comprar un par de pizzas para los niños, una vez que le quedó claro que aquella era la única forma de evitar una auténtica catástrofe a la hora de la cena.

Se sentaron y, en el preciso instante en que Erica iba a abrir la boca para decir, «podéis empezar», Conny se le adelantó hundiendo las dos manos en la fuente de gambas. Uno, dos y hasta tres puñados de gambas vieron aterrizar en su plato, mientras que en la fuente no quedaba ni la mitad de la cantidad original

—Mmm, ¡qué rico! Yo sí que soy capaz de comer gambas —dijo Conny, orgulloso, dándose palmaditas en la barriga antes de emplearse en su montaña.

Patrik, que vio reducirse de golpe los dos kilos de gambas que le habían costado carísimas, se sirvió con un suspiro una porción que apenas ocupaba espacio en su plato. Erica hizo lo propio, sin decir nada, y le pasó la fuente a Britta, la cual, un tanto amoscada, se sirvió el resto.

Tras el fracaso de la cena, prepararon la cama de los huéspedes en la habitación de las visitas y se disculparon enseguida, con la excusa de que Erica necesitaba descansar. Patrik le dijo a Conny dónde estaba el whisky y, con un alivio indecible, subió la escalera hacia la paz del piso de arriba.

Ya en la cama, Patrik le contó a Erica lo que había hecho durante el día. Hacía tiempo que había renunciado a los intentos de ocultarle sus tareas como policía, porque además sabía que ella no se dedicaba a propagarlas. Al llegar al episodio de las dos mujeres desaparecidas, observó que Erica prestaba más atención.

—Sí, recuerdo que algo leí sobre el asunto. ¿Y creéis que son ellas?

—Estoy casi seguro. Lo contrario sería una coincidencia inaudita. Pero, en cuanto tengamos el informe del forense, podremos empezar en serio con la investigación. Por ahora, tenemos que dejar abiertas tantas vías como sea posible.

—¿No necesitas ayuda para investigar sobre material de archivo? —le preguntó volviéndose ansiosa hacia él, que reconoció enseguida el brillo en sus ojos.

—No, no y no. Tienes que descansar. No olvides que estás de baja.

—Sí, pero la presión arterial se ha restablecido, según el último control. Y me enloquece pasar los días en casa sin hacer nada. Ni siquiera he podido empezar otro libro.

El libro sobre Alexandra Wijkner y su trágica muerte se había convertido en un gran éxito de ventas y, además, le valió un nuevo contrato para un caso que tratara de un asesinato real. Pero escribirlo le había exigido un esfuerzo enorme, tanto físico como afectivo, y después de enviarlo a la editorial en el mes de mayo, no había tenido fuerzas para empezar otro proyecto. Las subidas y bajadas de presión sanguínea habían marcado todo su embarazo y, aun en contra de su voluntad, había decidido aplazar el trabajo hasta que naciera el bebé. Pero lo de estar en casa sin hacer nada no iba bien con su forma de ser.

—Annika está de vacaciones, así que ella no puede hacerlo. Y no es tan fácil como parece eso de investigar documentación antigua. Hay que saber dónde buscar y yo lo sé. Déjame que pruebe un poco, anda...

—No, ni hablar. Esperemos que Conny y compañía, que son un tanto salvajes, se vayan mañana temprano y, después, no harás otra cosa que descansar, ¿entendido? Y ahora déjame, que voy a hablar con el bebé un ratito. Tenemos que perfilar el plan de la carrera futbolística del chico...

—O de la chica.

—O de la chica. Aunque entonces será mejor que se dedique al golf. El fútbol femenino no da mucho dinero, por ahora.

Erica lanzó un suspiro, pero se puso boca arriba para facilitar la comunicación.

—Cuando te escapas, ¿no se dan cuenta?

Johan estaba tumbado de costado, junto a Linda, y le hacía cosquillas en la mejilla con una brizna de paja.

—No, porque, ya sabes, Jacob confía en mí. —Linda arrugó la frente imitando el tono de voz grave de su hermano—. Es algo que ha aprendido en esos cursos de «establecer—buen—contacto—con—los—jóvenes» a los que ha asistido. Lo peor de todo es que la mayoría de ellos parecen creérselo, porque para algunos Jacob es como Dios. Aunque, claro, si uno crece sin un padre, puede tomar cualquier cosa como sustituto. ¡Déjalo ya! —exclamó apartando irritada la brizna con la que Johan le hacía cosquillas.

—¿Qué pasa? ¿No vamos a poder jugar un poco?

Linda advirtió que él se había molestado y se inclinó para besarlo y hacer las paces. Simplemente, aquel no era un buen día. Le había venido la regla por la mañana, así que no podría tener relaciones con Johan en una

semana, y, además, le desquiciaba los nervios vivir con el perfecto de su hermano y su mujer, tan perfecta como él.

—¡Oh, si un año pudiese pasar en un suspiro... y pudiera largarme de este maldito agujero!

Tenían que hablar muy quedo para que nadie descubriese su escondite en el pajar, pero Linda fue dando golpes con el puño en los listones de madera para subrayar cada palabra.

—Y yo, ¿también quieres estar lejos de mí?

La expresión de Johan revelaba lo herido que se sentía, más aún que antes, y Linda se mordió la lengua. Si conseguía salir de allí y hacerse con el mundo, jamás se le ocurriría mirar siquiera a alguien como Johan, pero, mientras tuviese que estar en casa, le bastaba como entretenimiento, poco más. Sin embargo, él no tenía por qué saberlo, así que se enroscó como un gatito mimoso y se acurrucó a su lado. No obtuvo ninguna respuesta, con lo que ella misma le tomó el brazo y lo colocó alrededor de su cintura. Como si tuviesen voluntad propia, los dedos de Johan empezaron a recorrer su cuerpo; Linda sonrió para sus adentros. Era tan fácil manipular a los hombres...

—Podrías venirte conmigo, ¿no?

Lo dijo a sabiendas de que Johan jamás sería capaz de dejar Fjällbacka y, sobre todo, a su hermano. A veces se preguntaba si Johan iría siquiera al lavabo sin antes preguntarle a Robert.

Johan eludió la pregunta y preguntó a su vez:

—Dime, ¿has hablado con tu padre? ¿Qué le parecen a él tus planes de largarte?

—¿Qué le van a parecer? Puede decidir mi vida durante un año más, pero, en cuanto haya cumplido los dieciocho, no tendrá nada que hacer y eso lo saca de sus casillas. A veces creo que le gustaría poder meternos a todos en sus libros de cuentas. Jacob en el «debe» y Linda en el «haber».

—¿Cómo que en el «debe»?

Linda se echó a reír al oír la pregunta.

—Son términos de contabilidad, no te preocupes.

—Me pregunto cómo habría sido todo si... —comenzó Johan mordisqueando una brizna de paja, con la mirada perdida en algún punto, más allá de donde ella se encontraba.

—¿Cómo habría sido todo si qué?

—Si mi padre no hubiera perdido todo su dinero. Entonces tal vez seríamos nosotros quienes viviríamos en la granja y tú habrías crecido en la cabaña con el tío Gabriel y la tía Laine.

—Pues sí, eso sí que habría sido digno de ver. Mi madre de prestado en la cabaña y pobre como una rata de iglesia.

Linda echó atrás la cabeza y se rió de buena gana, y Johan le advirtió enseguida que bajase el tono para que Jacob y Marita no la oyesen desde la casa, que estaba a un tiro de piedra del pajar.

—De haber sido así, tal vez mi padre aún estaría vivo. Y entonces mi madre no se habría pasado los días enteros con los dichosos álbumes de fotos.

—Pero si no fue por el dinero por lo que tu padre...

—Bueno, eso no lo sabes tú. ¿Qué coño sabes tú de por qué lo hizo? —gritó con voz chillona, una octava más alta.

—Pues lo sabe todo el mundo.

A Linda no le gustaba lo más mínimo el giro que estaba tomando la conversación y no se atrevía a mirar a Johan a los ojos. La disputa familiar y cuanto guardaba relación con ella había sido hasta el momento, y como por un acuerdo tácito, excluido de sus temas de conversación.

—Todos creen que lo saben, pero nadie sabe una mierda. Y tu hermano viviendo en nuestra granja... ¡Hay que joderse!

—Jacob no tiene la culpa de que las cosas acabaran así. —A Linda le resultaba extraño defender al mismo hermano al que, por lo general, no dejaba de criticar, pero la sangre es más espesa que el agua...—. Fue el abuelo el que le dejó la granja y, además, él siempre ha sido el primero en defender a Johannes.

Johan sabía que Linda tenía razón y su ira se disipó. Sólo que a veces le resultaba tan doloroso oírla hablar de su familia, porque le hacía pensar en lo que él había perdido. No se atrevía a decírselo, pero muy a menudo pensaba que era una desagradecida. Ella y su familia lo tenían todo, mientras que la de él no tenía nada. ¿Dónde estaba la justicia?

Sin embargo, al mismo tiempo, era capaz de perdonárselo todo. Jamás había amado a nadie con tanto ardor y la sola contemplación del precioso cuerpo de Linda a su lado lo encendía por dentro. A veces no podía creerse que un ángel como ella quisiera perder el tiempo con él, pero era lo suficientemente listo como para no cuestionar su buena suerte, de modo que

intentaba no pensar en el futuro y disfrutar del presente. La atrajo hacia sí y cerró los ojos mientras inspiraba el perfume de su cabello. Después, empezó a desabotonarle los vaqueros, pero ella lo detuvo.

—No puedo, tengo la regla. ¡Déjame en paz!

Linda se abrochó el pantalón y se tumbó boca arriba. A Johan se le nubló la vista y el cielo se desvaneció tras sus párpados cerrados.

Sólo había pasado un día desde que encontraron a la mujer muerta, pero a Patrik lo torturaba la impaciencia. En algún lugar, alguien estaría preguntándose por ella, pensando, preocupado, dejando volar su imaginación por derroteros cada vez más angustiosos. Y lo más terrible era, después de todo, que lo que le había ocurrido era, en efecto, lo peor. Más que nada, deseaba averiguar la identidad de la mujer para poder avisar a sus seres queridos. Nada era peor que la incertidumbre, ni siquiera la muerte. La gente no podía empezar a procesar su dolor hasta que no sabía cuál era el motivo. No sería fácil para quien tuviera que dar la noticia, tarea que Patrik ya había asumido mentalmente, pero era consciente de que constituía una parte fundamental de su trabajo: facilitar las cosas, apoyar a la gente. Pero ante todo, quería saber qué le había ocurrido a la persona que aquella gente amaba.

La infructuosa ronda de llamadas que Martin emprendió el día anterior había complicado mil veces el trabajo de identificación. Nadie de la zona había denunciado la desaparición de la mujer, con lo que el campo de búsqueda se ampliaba a toda Suecia y tal vez incluso al extranjero. Aquella tarea se le antojó imposible por un segundo, pero no tardó en desechar tan desoladora sensación. En aquellos momentos, ellos eran los únicos portavoces de la desconocida.

Martin dio unos tímidos golpecitos en su puerta.

—¿Cómo quieres que continúe? ¿Amplío el círculo, empiezo con los distritos de las capitales o...? —inquirió alzando las cejas y los hombros, como si preguntase con todo el cuerpo.

Patrik sintió de pronto el peso de la responsabilidad de dirigir la investigación. En realidad, no tenían nada que señalase en una dirección determinada, pero estaba claro que por algún lado tenían que empezar.

—Mira los distritos de las capitales. Gotemburgo ya está, así que prueba ahora con Estocolmo y Malmoe. El informe del Instituto Forense no

debería tardar en llegar y, con un poco de suerte, nos aportará algo de provecho.

—De acuerdo —dijo Martin, dando una palmada en la mesa, y salía en dirección a su despacho cuando una señal estridente lo hizo volverse hacia la recepción e ir a abrir la puerta. Por lo general, eso era tarea de Annika, pero durante su ausencia tenían que hacerlo ellos.

La joven parecía preocupada. Era menuda, llevaba el largo cabello peinado en dos trenzas rubias y una mochila gigantesca a la espalda.

—*I want to speak to someone in charge.*

Su inglés tenía un marcado acento y Martin adivinó que sería alemana. Le abrió la puerta y le indicó que entrase antes de gritar en dirección al pasillo:

—¡Patrik, tienes visita!

Algo tarde, cayó en la cuenta de que debería haberle preguntado antes a la joven qué la había llevado allí, pero Patrik ya había asomado la cabeza por la puerta de su despacho y la joven ya iba a su encuentro.

—*Are you the man in charge?*

Por un instante, Patrik tuvo la tentación de remitirla a Mellberg, que, desde un punto de vista estrictamente técnico, era el superior, pero al ver su cara de desesperación, cambió de idea y decidió ahorrarle a la muchacha esa experiencia. Enviarle a Mellberg una chica guapa era como mandar una oveja al matadero, así que predominó su natural instinto protector.

—*Yes, can I help you?*

Le hizo señas de que entrara y tomase asiento en la silla que había frente a la suya. Con una agilidad sorprendente, la muchacha se deshizo de la mochila, que colocó con sumo cuidado contra la pared, junto a la puerta.

—*My English is very bad. You speak German?*

Patrik examinó fugazmente su alemán de la escuela. Era muy simple, la respuesta dependía de lo que la joven entendiese por «hablar alemán». Sabía pedir una cerveza y la cuenta, pero sospechaba que ella no había venido para hacer de camarera.

—Un poco —le chapurreó en su lengua, acompañando su respuesta de un gesto que quería decir «más o menos».

La muchacha pareció contenta de saberlo y empezó a hablar despacio y claro, para que él pudiese comprender lo que decía. Patrik comprobó con

asombro que sabía más alemán de lo que creía y que, aunque no entendía todas las palabras, comprendía lo que le estaba diciendo.

Se presentó como Liese Forster. Al parecer, había estado en la comisaría hacía una semana para denunciar la desaparición de su amiga Tanja. Había hablado con un policía, que le dijo que se pondrían en contacto con ella cuando supiesen algo, y después de una semana no había tenido la menor noticia. El rostro de la joven expresaba la más viva preocupación y Patrik se tomó sus palabras muy en serio.

Tanja y Liese se habían conocido en el tren camino de Suecia. Las dos eran del norte de Alemania, pero no se conocían de antes. Enseguida conectaron de maravilla y, según Liese, se sentían como hermanas. Ella no tenía ningún recorrido planificado para su viaje por Suecia, por lo que Tanja le propuso que se fuesen juntas a Fjällbacka, un pequeño pueblo de la costa occidental sueca.

—¿Por qué Fjällbacka, precisamente? —preguntó Patrik, más o menos fiel a la gramática alemana.

La respuesta se hizo esperar un poco. Era el único tema de conversación del que Tanja no hablaba con alegría y franqueza, y Liese admitió que no lo sabía con exactitud. Lo único que Tanja le había contado era que tenía un asunto que tratar allí. Una vez resuelto, podrían continuar su viaje por Suecia, pero antes tenía que buscar algo, le confesó. Parecía un asunto delicado, así que Liese no insistió con más preguntas. Estaba contenta de tener compañía en su viaje y la siguió encantada, sin importarle el motivo por el que Tanja deseaba ir allí.

Llevaban tres días alojándose en el camping de Salvik cuando Tanja desapareció. Salió por la mañana, le dijo que tenía cosas que hacer aquel día y que volvería a media tarde. Pasó el tiempo, llegó la tarde y luego la noche, y el desasosiego de Liese fue creciendo a medida que avanzaban las agujas del reloj. A la mañana siguiente fue a la oficina de información turística de la plaza Ingrid Bergman, donde se enteró de cómo llegar a la comisaría más próxima. Había presentado la denuncia de desaparición y, bueno, ahora se preguntaba qué había pasado.

Patrik estaba desconcertado; que él supiera, no habían recibido ninguna denuncia de desaparición y ya empezaba a sentir un nudo en el estómago. Preguntó por la descripción de Tanja y la respuesta confirmó sus temores. Todo lo que Liese le contó sobre su amiga coincidía con las características de la joven muerta en el barranco de Kungsklyftan y cuando,

con el corazón encogido, le enseñó la fotografía de la víctima, las lágrimas de Liese verificaron lo que él ya sospechaba. Martin ya podía dejar la ronda de llamadas y tendrían que buscar al responsable de que la desaparición de Tanja no hubiese quedado registrada correctamente. Habían perdido, sin necesidad, un tiempo precioso y a Patrik no le cabía la menor duda de en qué dirección debía buscar para dar con el culpable.

Patrik ya se había ido al trabajo cuando Erica despertó para variar, después de un sueño profundo y sin ensoñaciones. Miró el reloj, eran las nueve y no se oía ruido alguno desde la planta baja.

Poco después ya había puesto la cafetera y empezó a preparar el desayuno para sí misma y para sus invitados, que fueron entrando en la cocina uno tras otro, a cual más adormilado, aunque se despabilaron tan pronto como la emprendieron con la comida ya servida.

—¿Adónde pensabais ir después, a Koster?

Erica preguntó por cortesía, pero también con la esperanza de quitárselos de encima cuanto antes.

Conny cruzó una rápida mirada con su esposa, antes de explicar:

—Sí, bueno, Britta y yo estuvimos hablando de eso anoche y hemos pensado que, ya que estamos aquí y hace tan buen tiempo, podríamos ir a alguna de las islas cercanas a pasar el día. Vosotros teníais un barco, ¿verdad?

—Pues sí que tenemos uno... —admitió Erica de mala gana—, pero no estoy muy segura de que a Patrik le guste la idea de prestarlo por el tema del seguro y demás... —añadió como quien no quiere la cosa. Le temblaban las piernas de frustración ante la sola idea de que permanecieran allí siquiera unas horas más de lo que tenían previsto.

—No, bueno, pero habíamos pensado que tú podrías llevarnos a algún sitio que esté bien y luego podemos llamar para que nos recojas.

Erica no encontró palabras y Conny interpretó su silencio como un sí. Rogó al cielo que le diese paciencia y se dijo que no merecía la pena tener una trifulca con la familia sólo por ahorrarse unas horas de su compañía. Además, no tendría que verlos durante todo el día y, para cuando Patrik volviese del trabajo, quizá ya se hubiesen marchado. Se le había ocurrido preparar algo especial para la cena y pasar una noche agradable. Después de todo, Patrik estaba de vacaciones y quién sabía si, cuando naciera el bebé,

tendrían mucho tiempo para dedicarse el uno al otro, así que más valía aprovechar.

Cuando, después de muchos dimes y diretes, la familia Flood hubo preparado el equipaje de baño, bajaron al embarcadero. El barco, en realidad un pequeño bote de madera de color azul, tenía poco calado y no era fácil subir a él desde el muelle de Badholmen. Ella, además, con su enorme barriga, no lo logró sino después de muchos intentos. Tras una hora de travesía en busca de unas «rocas desiertas o, mejor, una playa» para sus huéspedes, dio por fin con una pequeña cala que, como por un milagro, parecían no haber visto los demás turistas, y puso después rumbo a casa. Subir al muelle sola le resultó una empresa inviable y se vio obligada a algo tan humillante como pedirles ayuda a unos bañistas que pasaban por allí.

Sudorosa, acalorada, cansada e indignada, cogió el coche y se fue a casa, pero, justo antes de pasar el edificio del club de vela, giró rápidamente hacia la izquierda, en dirección a Sälvik. Tomó la curva a la derecha, bordeando la montaña, por delante del estadio deportivo y de la urbanización de apartamentos Kullen, y aparcó ante la biblioteca. Terminaría loca si se veía obligada a pasarse todo el día en casa sin hacer nada. Patrik protestaría después, pero ella le ayudaría con las tareas de documentación, quisiera él o no.

Cuando Ernst entró en la comisaría, se dirigió temeroso al despacho de Hedström. Ya cuando Patrik lo llamó al móvil y, con un tono de voz frío como el mármol, le ordenó que se presentase en la comisaría de inmediato, intuyó que lo acechaba el peligro. Hizo memoria por ver si caía en qué fallo podían haberlo sorprendido, pero tuvo que admitir que había demasiadas cosas entre las que elegir como para que él acertase con la correcta. De hecho, era un maestro en tomar atajos y había elevado la chapuza a la condición de arte.

—Siéntate

Obedeció sumiso la orden de Patrik, pero adoptó un gesto rebelde, a modo de escudo contra la tempestad inminente.

—¿Qué es lo que corre tanta prisa? Estaba en pleno trabajo, y sólo porque te hayan asignado transitoriamente la dirección compartida de una investigación, no puedes andar dándome órdenes.

Un buen ataque solía ser la mejor defensa, pero, a juzgar por el semblante cada vez más sombrío de Patrik, era el peor camino en aquel caso.

—¿Te presentaron a ti una denuncia sobre la desaparición de una turista alemana hace más o menos una semana?

¡Mierda!. Se le había olvidado. Aquella chiquilla rubia llegó justo antes del almuerzo, así que procuró quitársela de encima lo antes posible para irse a comer. Aquellas denuncias de amigos perdidos casi nunca resultaban en nada. Por lo general, estaban en el fondo de cualquier cuneta o se habían ido a casa de algún amiguito. Vaya mierda, esto le costaría caro. ¿Cómo no lo había relacionado con la joven que encontraron ayer? Pero, claro, era fácil decirlo a toro pasado. Ahora se trataba de minimizar los daños.

—Pues sí, bueno, sí que me parece que fui yo.

—¿¡Que te parece que fuiste tú!? —La voz de Patrik, por lo general tan pacífica, retumbó como un trueno en el pequeño despacho—. O bien fuiste tú quien recibió la denuncia o bien fue otro. No hay posibilidad intermedia. Y, si fuiste tú, ¿dónde c... fue a parar la denuncia? —Patrik estaba tan furioso que se le trababa la lengua—. ¿Eres consciente del tiempo que esto le ha robado a la investigación?

—Sí, claro que el asunto tiene mala sombra, pero ¿cómo iba yo a saber...?

—¡Tú no tienes que saber, lo que tienes que hacer es cumplir con tus obligaciones!. Espero que esto no vuelva a ocurrir nunca más. Y ahora, venga, tenemos muchas horas perdidas que recuperar.

—¿Hay algo que yo pueda... ? —Ernst puso la voz más humilde de que fue capaz y adoptó el mejor gesto de arrepentimiento que supo. Para sus adentros, maldecía la hora en que un jovenzuelo como aquel se dirigía a él en ese tono, pero puesto que Hedström parecía gozar ahora del apoyo de Mellberg, sería estúpido empeorar aún más su situación.

—Ya has hecho bastante. Martin y yo seguimos con la investigación. Tú te encargarás de lo que vaya entrando. Tenemos una denuncia por robo en un chalet de Skeppstad. Ya he hablado con Mellberg, que me ha confirmado que puedes arreglártelas solo.

Patrik le volvió la espalda en señal de que daba por terminada la conversación y comenzó a aporrear el teclado con tal ímpetu que las teclas

resonaban a cada golpe.

Ernst se marchó refunfuñando. Tampoco había sido para tanto; total, simplemente, no había redactado un informe. En su momento mantendría una charla con Mellberg sobre lo inadecuado de designar jefe de una investigación de asesinato a alguien con un humor tan variable. Desde luego que sí, eso era lo que pensaba hacer.

El muchacho lleno de acné que tenía delante era, en sí mismo, un caso de estudio sobre el letargo. Todos los rasgos de su semblante denotaban desesperanza y hacía ya mucho tiempo que la falta de sentido de su existencia había dejado en él su huella. Jacob reconocía los signos a la perfección y no podía evitar considerarlo como un reto. Sabía que tenía la capacidad necesaria para orientar la vida del chico en un sentido totalmente distinto y que lo consiguiese dependía ahora exclusivamente de que el muchacho abrigara o no el menor deseo de emprender el buen camino.

En la parroquia conocían bien el trabajo de Jacob con los jóvenes. Muchos de ellos eran almas rotas acogidas en la granja para luego salir de allí como ciudadanos productivos para la sociedad. No obstante, él procuraba atenuar el aspecto religioso de cara al entorno, pues las instituciones estatales descansaban sobre una base poco firme: siempre había personas sin fe dispuestas a gritar «¡es una secta!» tan pronto como algo se salía de su rígida visión de la religión.

La mayor parte del respeto de que gozaba se lo había ganado por méritos propios, pero no podía negar que otra parte se la debía al hecho de ser nieto de Ephraim Hult, *El predicador*. Claro que su abuelo no había pertenecido a aquella parroquia, pero su fama se extendía por toda la costa de Bohuslän y tenía resonancias en todas las comunidades de iglesias libres de la zona. Ni que decir tiene que la iglesia sueca ortodoxa veía al *Predicador* como un charlatán al igual que, por otro lado, todos aquellos que preferían limitarse a predicar los domingos ante los bancos vacíos del templo, de modo que las iglesias libres no prestaban mucha atención a esas descalificaciones.

El trabajo con los jóvenes inadaptados y drogodependientes había colmado la vida de Jacob durante casi un decenio, pero ya no lo satisfacía como antes. Él había contribuido a poner en marcha el centro de formación de Bullaren, pero su trabajo no llenaba ya ese vacío que lo había

acompañado toda su vida. Le faltaba algo y la búsqueda de ese «algo» desconocido lo aterraba. Él, que durante tanto tiempo había creído pisar suelo firme, sentía ahora cómo todo temblaba bajo sus pies, y la amenaza de descubrir un abismo que lo engullera entero, en cuerpo y alma, lo llenaba de terror. ¡En cuántas ocasiones, al amparo de su certeza, no había afirmado, sentencioso, que la duda era la principal herramienta del diablo..., sin saber que un día se vería a sí mismo en ese estado!

Se levantó, colocándose de espaldas al chico. Miró por la ventana, que daba al lago, pero sin ver más que su imagen reflejada en el vidrio. Un hombre fuerte y sano, se dijo con ironía. Lucía un cabello oscuro y lo llevaba muy corto. Marita, que era quien se lo cortaba en casa, lo hacía bastante bien. Tenía el rostro perfilado con rasgos que denotaban una personalidad sensible, sin dejar de ser masculinos. No era ni delgado ni corpulento, sino más bien el paradigma de una persona de complexión normal. Pero lo mejor de Jacob eran sus ojos, de un azul intenso, que tenían la extraordinaria capacidad de parecer dulces y penetrantes al mismo tiempo. Sus ojos le habían ayudado infinidad de veces a convencer a mucha gente de cuál era el camino correcto. Consciente de ello, utilizaba su mirada siempre que podía.

Aquel día, en cambio, no lo hizo. Sus propios demonios le impedían concentrarse en los problemas ajenos y le resultaba más fácil interiorizar lo que el chico le decía sin mirarlo a la cara. Apartó la vista del reflejo de su imagen y posó la mirada sobre el lago Bullarsjon y más allá, sobre el bosque que, infinito, se extendía ante él. Hacía tanto calor y el aire era tan denso que podía verlo vibrar sobre el agua. La granja era grande y la habían comprado por poco dinero, pues se encontraba en muy mal estado después de tantos años abandonada, tras muchas horas de esfuerzo conjunto, habían conseguido renovarla hasta dejarla en la forma en que ahora se hallaba. No era lujosa, pero estaba como nueva, limpia y acogedora. El representante del ayuntamiento siempre quedaba impresionado por la casa y la belleza del entorno, y no paraba de hablar sobre el efecto positivo que todo aquello tendría sobre los pobres chicos y chicas inadaptados. Hasta ahora nunca habían tenido problemas para recibir subvenciones y el centro había marchado bien desde que empezó a funcionar hacía ya diez años, de modo que los problemas sólo existían en su cabeza. ¿O sería en su alma?

Tal vez la tensión del día a día lo había empujado en la dirección incorrecta, cuando se vio ante una encrucijada decisiva. Nunca tuvo la

menor duda cuando llegó la hora de acoger a su hermana en su casa. ¿Quién, si no él, podría mitigar su desasosiego interior y calmar la rebeldía de su carácter? Pero la muchacha había demostrado ser superior a él en la lucha psicológica y, mientras el yo de la joven crecía y se fortalecía de forma constante, la irritación que él experimentaba sin pausa le carcomía los cimientos. A veces se sorprendía cerrando el puño con rabia y pensando que su hermana era una niñata tonta que merecía que la familia le retirase su apoyo, pero aquella no era una forma cristiana de pensar, y las consecuencias de hacerlo solían ser horas de examen de conciencia y de intensos estudios bíblicos, que emprendía con la esperanza de hallar la fortaleza que le faltaba.

Visto desde fuera, seguía, siendo la misma roca de siempre, una mole de seguridad y confianza. Jacob sabía que la gente de su entorno necesitaba verlo siempre dispuesto a prestarles su apoyo, y aún no se sentía preparado para sacrificar esa imagen de sí mismo. Desde que venció la enfermedad que durante un tiempo se cebó en él, había luchado por no perder el control de su existencia. Pero el esfuerzo por mantener la fachada minaba sus últimos recursos y presentía que se aproximaba al abismo a pasos de gigante. Una vez más, reflexionó sobre lo irónico de que, después de tantos años, se hubiese cerrado el círculo. Aquella noticia lo había llevado a, por un segundo, hacer lo impensable: dudar; una duda que murió al instante, pero que logró abrir una grieta diminuta, muy pequeña, en el recio tejido que había sostenido su existencia; una grieta que no dejaba de crecer.

Jacob desechó aquellas ideas y se obligó a centrarse en el jovencito que tenía delante y en su vida absolutamente deplorable. Las preguntas que fue haciéndole surgían de sus labios de forma automática, al igual que la empatía de su sonrisa, que siempre tenía a mano para cada nueva oveja negra que se unía al rebaño.

Otro día más. Otro ser humano deshecho que reparar. Aquello no se acababa nunca. Sin embargo, incluso Dios descansó el séptimo día.

Después de recoger en la isla a su familia, rojos todos como gambas, Erica esperaba ansiosa el regreso de Patrik. Entretanto buscaba indicios de que Conny y su familia empezasen a hacer el equipaje, pero habían dado ya las cinco y media y no hacían ningún amago de marcharse. Así las cosas, decidió aguardar un poco hasta hallar el modo de, con delicadeza,

preguntarles si no deberían ir pensando en partir dentro de un rato, pero que como los gritos de los niños le habían provocado un intenso dolor de cabeza, el rato no debía prolongarse demasiado. Oyó con alivio los pasos de Patrik acercándose en la escalera y se acercó a recibirlo.

—¡Hola, cariño! —lo saludó Erica, poniéndose de puntillas para poder besarlo.

—Hola. ¿Aún no se han marchado? —preguntó Patrik con voz queda y mirando hacia la sala de estar.

—No, y no parecen tener intención de hacerlo. ¿Qué demonios vamos a hacer? —Erica respondía también en voz baja, alzando la vista al cielo para subrayar hasta qué punto la irritaba la situación.

—Pero no pueden pensar en serio en quedarse aquí un día más sin preguntar siquiera, ¿no? —opinó Patrik, cada vez más nervioso—. ¿O sí?

Erica resopló, antes de explicarle:

—No te imaginas cuántos invitados han tenido mis padres en verano, durante años y años, que sólo venían a quedarse un rato y que, al final, permanecían aquí durante una semana entera, esperando además que los atendiesen y les diesen de comer. La gente está mal de la cabeza, y la familia, peor.

Patrik estaba horrorizado.

—Pero no van a quedarse una semana, ¿verdad? Tenemos que hacer algo. ¿Por qué no les dices que tienen que marcharse?

—¿Yo? ¿Por qué tengo que ser yo quien se lo diga?

—Pues porque son tus parientes.

Erica no pudo por menos de admitir que ahí tenía razón, así que no le quedaba más que tragarse el pastel. Entró en la sala de estar dispuesta a averiguar los planes de la familia, pero no tuvo oportunidad.

—¿Qué hay para cenar? —Cuatro pares de ojos la miraban expectantes.

—Eh... —Erica no supo reaccionar; tan sorprendida estaba ante tal desfachatez que revisó mentalmente el frigorífico antes de responder—: Espaguetis con salsa boloñesa. Dentro de una hora.

Mientras iba a la cocina, donde esperaba Patrik, sintió deseos de darse ella misma una paliza.

—¿Qué te han dicho? ¿Cuándo se van?

Erica le contestó sin mirarlo a los ojos:

—Pues la verdad es que no lo sé. Pero dentro de una hora cenamos espaguetis con salsa boloñesa.

—¿No les has dicho nada? —en esta ocasión fue Patrik el que alzó la vista al cielo.

—No es tan fácil. Inténtalo tú y verás —bufó Erica trasteando irritada entre ollas y cacerolas—. Tendremos que aguantar una noche más. Se lo diré mañana. Y ahora ponte a picar cebolla, que no tengo ganas de cocinar yo sola para seis personas.

Trabajaron un rato en un silencio muy tenso, hasta que Erica no pudo contenerse más.

—He estado en la biblioteca y he recopilado algún material que tal vez te sea útil. Está ahí —dijo señalando con la cabeza hacia la mesa de la cocina, donde había un buen montón de copias bien ordenadas.

—Pero si te dije que no...

—Sí, sí, ya lo sé. Pero lo hice y la verdad es que ha sido la mar de entretenido, mucho más que pasarme el día sentada en casa mirando las paredes. Así que no seas pesado.

A aquellas alturas, Patrik ya sabía cuándo era mejor cerrar el pico, de modo que se sentó a la mesa de la cocina y empezó a ojear el material. Eran artículos de periódico que trataban sobre la desaparición de las dos jóvenes, así que se aplicó a leer con sumo interés.

—¡Jo, está fenomenal! Oye, creo que me lo llevaré mañana a la oficina para echarle un vistazo con más detenimiento, pero tiene muy buena pinta.

Luego se encaminó a los fogones, donde ella estaba, se le acercó por detrás y le rodeó la enorme barriga con sus brazos.

—Venga, que no quiero ser pesado, es sólo que me preocupo por ti y por el bebé.

—Ya lo sé. —Erica se dio la vuelta y lo abrazó—. Pero te aseguro que no soy de porcelana y si en otro tiempo las mujeres podían trabajar los campos hasta que daban a luz prácticamente en mitad de la faena, pues también podré yo ir a la biblioteca a pasar hojas sin poner en peligro nuestras vidas.

—Vale, de acuerdo, lo sé —dijo con un suspiro—. En cuanto nos deshagamos de nuestros huéspedes, podremos dedicarnos más tiempo el uno al otro. Y prométeme que, si quieres que me quede en casa algún día,

me lo dirás. En la comisaría saben que trabajo por propia iniciativa y que tú eres lo primero.

—Te lo prometo, pero ahora ayúdame a terminar la cena, a ver si los niños se tranquilizan un poco.

—No lo creo. Tal vez si le diésemos un poco de whisky a cada uno antes de cenar, se dormirían pronto —sugirió con una sonrisa malévola.

—Ay, mira que eres terrible. Pero a Conny y a Britta sí que puedes servirles uno, así al menos los tendremos de buen humor.

Patrik siguió su sugerencia y observó apenado el nivel de su mejor botella de whisky de malta, que había descendido drásticamente. Si se quedaban unos días más, su colección de whisky nunca volvería a ser lo que era.

Capítulo 2

Verano de 1979

Abrió los ojos muy despacio a causa de un terrible dolor de cabeza que le martilleaba los sesos y hacía que se le erizase el cabello. Pero lo más extraordinario era que no existía diferencia alguna entre lo que veía con los ojos cerrados o abiertos. Todo seguía envuelto en la más compacta oscuridad. En un momento de pánico, creyó que se había quedado ciega tal vez porque el aguardiente casero que había bebido el día anterior estuviese en mal estado. Algo de eso había oído contar: jóvenes que se quedaban ciegos por beber aguardiente de destilación casera. Tras unos segundos, el entorno empezó a deslindarse de las sombras vagamente y comprendió que su vista estaba perfectamente, sólo que se encontraba en un lugar donde no había luz alguna. Alzó la vista, por si podía ver el cielo o la luna, por ver si se encontraba en algún lugar al aire libre, pero no tardó en comprender que, en verano, la noche no era nunca tan cerrada y que tendría que haber visto enseguida la radiante noche nórdica del estío.

Tanteó el suelo sobre el que yacía y cerró la mano en torno a un puñado de tierra arenosa que dejó caer entre los dedos. Desprendía un fuerte olor a mantillo, un perfume dulzón y sofocante, y tuvo la sensación de encontrarse bajo tierra. El pánico se apoderó de ella. Sentía claustrofobia. Sin conocer en realidad las dimensiones del lugar en que se encontraba, logró representarse la imagen de unas paredes que, muy despacio, se le acercaban y la rodeaban. Sintió que el aire se acababa y se frotó la garganta, pero se obligó a respirar hondo varias veces y a dominar su terror.

Hacía frío y, de repente, se dio cuenta de que estaba desnuda y de que lo único que llevaba eran las bragas. Le dolía el cuerpo aquí y allá, y con los brazos en torno a las piernas flexionadas y pegadas a la barbilla, no podía dejar de temblar. El pánico inicial dio paso a un temor tan intenso

que sintió que le corroía los huesos. ¿Cómo había ido a parar allí? ¿Y por qué?

¿Quién le habría quitado la ropa? Lo único que su cerebro era capaz de responderle era que, seguramente, no deseaba conocer la respuesta a esas preguntas. Le había sucedido algo horrible, no sabía qué, algo que multiplicaba el pavor que la tenía paralizada.

Un haz de luz se plasmó en su mano y, automáticamente, alzó los ojos hacia el lugar del que procedía. Una grieta diminuta de luz se abrió en la aterciopelada negrura, se obligó a ponerse de pie y gritó pidiendo ayuda, pero no obtuvo respuesta. Se puso de puntillas e intentó alcanzar la fuente de la luz, pero comprendió que quedaba muy lejos. Entonces sintió que empezaban a caerle unas gotas en la cara. Las gotas de agua se convirtieron en un pequeño chorro y, de pronto, tomó conciencia de lo sedienta que estaba. Sin pensarlo, abrió la boca en un acto reflejo para beber el líquido con avidez, a grandes tragos. Al principio, la mayor parte caía fuera, pero, tras unos minutos, dio con la técnica adecuada para aprovechar al máximo y bebió con ansia. Sin embargo, enseguida una especie de niebla lo envolvió todo y la habitación empezó a dar vueltas. Después no hubo más que oscuridad.

** * **

Linda se despertó temprano, para variar, pero intentó volver a dormirse. Había estado con Johan hasta tarde, o hasta tardísimo para ser exactos, y sentía como si tuviese resaca por la falta de sueño. Por primera vez en muchos meses, oyó la lluvia caer sobre el tejado. La habitación que Jacob y Marita habían dispuesto para ella estaba justo debajo del tejado y el sonido de la lluvia contra las planchas era tan fuerte que parecía que le resonaba en las sienes.

Por otro lado, era la primera mañana desde hacía mucho tiempo que se despertaba en una habitación fresca. El calor había sido persistente durante casi dos meses, hasta batir un récord, pues era el verano más caluroso que habían tenido en cien años. Al principio acogió satisfecha el sol implacable, pero el placer de la novedad había desaparecido hacía ya varias semanas, cuando empezó a detestar el hecho de despertarse todas las mañanas entre sábanas empapadas en sudor. El aire fresco y limpio que se filtraba por las vigas le resultaba muy agradable, así que retiró la fina colcha que la cubría y dejó que su cuerpo disfrutase de la grata temperatura. En contra de lo

habitual, resolvió levantarse antes de que nadie viniese a echarla de la cama. Podía estar bien no desayunar sola, para variar. Abajo, en la cocina, oyó el tintineo de las tazas y cubiertos del desayuno, se puso un kimono corto y enfundó los pies en sus zapatillas.

Su temprana aparición fue recibida con sorpresa por toda la familia allí reunida, Jacob, Marita, William y Petra, y el murmullo de su conversación se interrumpió bruscamente cuando Linda se sentó y empezó a prepararse un bocadillo.

—Está bien que quieras hacernos compañía en el desayuno, para variar, pero te agradecería que te pusieras algo más de ropa para bajar. Piensa en los niños.

La mojigatería de Jacob le resultaba nauseabunda. Sólo por provocarlo, dejó caer el hombro del kimono para que, por la abertura, se entoviese uno de sus pechos. Jacob se quedó blanco de indignación, pero, por algún motivo, no tuvo fuerzas para emprender una batalla con ella y lo dejó pasar. William y Petra miraban fascinados a Linda. Ésta los miró a su vez con un mohín que hizo a los dos niños estallar en una risita nerviosa. Los pequeños eran, admitió para sí, encantadores de verdad, pero Jacob y Marita terminarían por estropearlos, porque una vez terminada la educación religiosa impuesta por sus padres, no conservarían un ápice de su alegría de vivir.

—Venga, tranquilos. Y sentaos correctamente a la mesa. Baja la pierna del asiento, Petra, y compórtate como una niña mayor. Y tú, William, cierra la boca mientras masticas. No quiero verte el bocado dentro.

La risa se esfumó del rostro de los niños, que se sentaron derechos como dos soldaditos de plomo, con la mirada vacía y centrada en el desayuno. Linda suspiró para sus adentros. A veces no le entraba en la cabeza que ella y Jacob fuesen de verdad de la misma familia. No existían otros hermanos más distintos que ellos dos, de eso estaba convencida. Lo más injusto era que Jacob era el favorito de sus padres, que siempre lo ponían por las nubes, mientras que a ella andaban criticándola a todas horas. ¿Acaso era culpa suya que su nacimiento no entrase en los planes de sus padres y haber venido al mundo cuando ellos ya creían haber dejado atrás los pañales y los purés? O tal vez hubiese sido la enfermedad que Jacob sufrió muchos años antes de que ella naciera lo que los hizo reacios al riesgo de enfrentarse a ello una vez más. Claro que ella era consciente de la gravedad del asunto, de que Jacob estuvo a punto de morir, pero no por eso

tenían que castigarla a ella, que no tenía la culpa de la enfermedad de su hermano.

Los miramientos dispensados a Jacob durante su convalecencia continuaron incluso después de que los médicos declararan que estaba totalmente recuperado y sano. Era como si sus padres considerasen un regalo de Dios cada día de la vida de su hijo, mientras que la de Linda no les suponía más que problemas y molestias. Por no hablar de Jacob y el abuelo. Desde luego, ella comprendía que la relación entre ellos debía de ser muy especial después de lo que el abuelo había hecho por Jacob, pero eso no significaba que no quedase espacio alguno para sus otros nietos. Ciertamente que el abuelo había muerto antes de que ella naciera, así que no se había visto en la necesidad de sufrir su indiferencia, pero sabía por Johan que él y Robert se habían visto privados del favor del abuelo porque toda su atención se había centrado en el primo Jacob. Y seguramente, si el abuelo siguiese con vida, a ella le habría ocurrido lo mismo.

La injusticia flagrante de todo aquel asunto le llenó los ojos de lágrimas, pero se obligó a contenerlas, como había hecho en tantas otras ocasiones. No tenía intención de darle a Jacob la satisfacción de verla llorar y con ello la oportunidad de, una vez más, hacer de salvador del mundo. Sabía que Jacob tenía unas ganas locas de hacerla entrar por el buen camino, pero antes prefería morir que convertirse en el felpudo humano que él había llegado a ser. Las niñas buenas tal vez fuesen al cielo, pero ella pensaba llegar mucho, mucho más lejos. Más valía arruinarse la vida con bombo y platillo que deslizarse por ella dulcemente como su hermano mayor, que se sentía seguro al saber que todos lo querían.

—¿Tienes algún plan para hoy? Necesitaría que me ayudaras un poco en casa.

Marita dirigió la pregunta a Linda mientras seguía preparándoles tostadas a los niños. Era una mujer muy maternal, de facciones vulgares y cierto sobrepeso. Linda siempre pensó que Jacob podría haber encontrado a alguien mejor. Recordó la fotografía de su hermano y su cuñada que había en el dormitorio. Seguro que lo hacían una vez al mes, según los cánones, con la luz apagada y su cuñada vestida con un camisón largo que la tapase entera. El recuerdo de la foto la hizo soltar una risita que le valió una mirada inquisitiva de los demás.

—Oye, que Marita acaba de hacerte una pregunta. ¿Puedes quedarte a ayudarla hoy en casa? Esto no es un hostel, ¿sabes?

—Sí, sí, ya lo había oído. No tienes que ser tan pesado. Y no, hoy no puedo quedarme, voy a... —buscó en su cabeza una buena excusa—. Tengo que cuidar a *Scirocco*. Ayer vi que cojeaba un poco.

El pretexto que presentó fue acogido con una serie de miradas llenas de escepticismo, a las que Linda respondió con su gesto más retador, preparada para el combate. Pero, para su sorpresa, nadie tuvo valor aquella mañana para entablar esa lucha, pese a que su mentira era más que evidente. La victoria, un día más de ociosidad, era suya.

Sentía unas ganas irresistibles de salir y colocarse bajo la lluvia, con el rostro hacia el cielo, para que el agua le corriese por todo el cuerpo. Pero había cosas que un adulto no podía permitirse si, además, estaba en el trabajo, así que Martin no tuvo más remedio que contener un impulso tan infantil, pese a que era magnífico. Todo el calor sofocante, el ardor que los había tenido prisioneros durante los dos últimos meses quedó borrado de un solo chaparrón. Podía oler el perfume de la lluvia a través de la ventana que tenía abierta de par en par. El agua salpicaba sobre la parte del escritorio que estaba más cerca de la ventana, pero él había cambiado de lugar todos los documentos, así que no importaba lo más mínimo. Merecía la pena, sólo por sentir aquel frescor.

Patrik llamó para avisar de que se había quedado dormido, así que, para variar, Martin había sido el primero en ocupar su puesto aquella mañana. El día anterior había terminado con un ambiente más que enrarecido a causa del descubrimiento de la metedura de pata de Ernst, y resultaba muy agradable poder sentarse en paz y tranquilidad a ordenar las ideas sobre el último giro de los acontecimientos. No le envidiaba a Patrik la misión de comunicar la muerte de la mujer a sus familiares, aunque era consciente de que conocer la noticia era el primer paso para que se recuperasen de su dolor. Lo más probable era que ni siquiera supiesen que había desaparecido, así que la noticia les causaría un gran impacto. En cualquier caso, ahora se trataba ante todo de localizarlos, y esa era una de las tareas del día de Martin, ponerse en contacto con los colegas alemanes. Esperaba poder comunicarse con ellos en inglés, pues, de lo contrario, tendría problemas. Recordaba lo suficiente del alemán de la escuela como para no ver el de Patrik como un gran recurso, tras haber oído al colega atrancándose en su conversación con la amiga de Tanja.

Estaba a punto de coger el auricular para llamar a Alemania, cuando se le adelantó el timbre chillón del teléfono. Al saber que llamaban del Instituto Forense de Gotemburgo, se le aceleró el pulso y extendió el brazo para echar mano del bloc de notas, que tenía lleno de apuntes. En realidad, le dijeron, tendrían que comunicarle el informe a Patrik directamente, pero, puesto que aún no había llegado, se lo darían a él.

—Parece que las cosas empiezan a ponerse feas para los que estáis en las zonas rurales.

El forense Tord Pedersen se refería a la autopsia de Alex Wijkner, practicada por él hacía un año y medio, que se convirtió en el primero de los, hasta el momento, escasísimos casos de asesinato de la comisaría de Tanumshede.

—Sí, cabe preguntarse si es alguna sustancia extraña que nos han puesto en el agua... Si seguimos así, no tardaremos en alcanzar a Estocolmo en la estadística de asesinatos.

El tono un tanto jocoso de la conversación era para ellos, como para tantos otros profesionales que trataban a diario con la muerte y el dolor, un modo de soportar los problemas con los que se enfrentaban cotidianamente en su trabajo, pero nada que les hiciese restar gravedad a lo que tenían delante.

—¿Le habéis hecho la autopsia tan pronto? Yo pensaba que, con este calor, la gente se mataba más que nunca —prosiguió Martin.

—Sí, en realidad tienes razón, ya hemos notado que los nervios están menos templados a causa del bochorno, pero los últimos días ha aflojado un poco la cosa, la verdad, así que pudimos ponernos con vuestro caso antes de lo que creíamos.

—Bien, cuéntame —dijo Martin conteniendo la respiración, pues gran parte del éxito de la investigación se basaba y dependía de lo que tuviese que ofrecerles el Instituto Forense.

—Pues, desde luego, está claro que el tipo con quien tenéis que véroslas no es ningún encanto. La causa de la muerte fue sencilla de establecer: la estrangularon, pero lo que le hicieron antes de su muerte es lo que más nos llama la atención.

Pedersen hizo una pausa para, según le pareció oír a Martin, ponerse las gafas.

—¿Y bien? —insistió Martin sin poder ocultar su impaciencia.

—Veamos... Esto os llegará también por fax... Mmmnm —Pedersen iba leyendo de pasada y Martin notó que empezaba a sudarle la mano por la fuerza con que agarraba el auricular.

—Sí, aquí lo tenemos. Catorce fracturas en distintas partes del esqueleto. Todas ellas anteriores al momento de la muerte, a juzgar por el diverso grado de consolidación ósea.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que le estuvieron rompiendo los brazos, las piernas, los dedos de las manos y de los pies durante, calculamos, una semana.

—¿Lo hicieron al mismo tiempo o en varias veces, según lo que habéis averiguado?

—Como ya te he dicho, hemos comprobado que las fracturas presentan diferente grado de consolidación, lo que, según mi opinión profesional, indica que se las infligieron durante todo un período. He hecho un borrador del orden en que creo que se produjeron las fracturas; va en el fax que os he enviado. Además, tenía una buena cantidad de cortes en el cuerpo, también en distinto grado de curación.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Martin sin poder contenerse.

—Estoy dispuesto a suscribir esa declaración —la voz de Pedersen sonó muy seca al teléfono—. Debió de sufrir un dolor indescriptible.

Ambos consideraron en silencio la maldad humana, hasta que Martin se recobró y siguió preguntando:

—¿Habéis encontrado en el cadáver alguna huella que nos pueda ser útil?

—Sí, hemos encontrado esperma. Si encontráis un sospechoso, el ADN puede relacionarlo con el asesinato. Por supuesto, nosotros haremos una búsqueda en la base de datos, pero rara vez encontramos algo ahí. El registro es, por ahora, demasiado reducido. El día que tengamos introducido el ADN de todos los ciudadanos será un sueño. Entonces la situación será muy distinta.

—Sí, un sueño es la palabra adecuada, porque la merma de las libertades del individuo y esas historias le pondrán todo tipo de obstáculos.

—Pues si lo que le ocurrió a esta mujer no puede llamarse merma de la libertad del individuo, no sé qué podrá...

Fue una reflexión inusualmente filosófica tratándose de Pedersen, por lo general tan pragmático, y Martin comprendió que, en contra de lo

habitual, se había visto afectado por el terrible destino de la pobre mujer. Normalmente no era una actitud que se pudiese permitir ningún forense si quería dormir bien por las noches.

—¿Puedes darme una fecha aproximada de su muerte?

—Sí. Tengo los resultados de las pruebas que la policía científica tomó en el escenario del crimen y que luego completé con mis propias observaciones, así que puedo dar un intervalo bastante fiable.

—Cuéntame.

—Según mi valoración, murió entre las seis y las once, la víspera de la noche que la encontraron en Kungsklyftan.

Martin replicó, algo decepcionado:

—¿No puedes precisar un poco la hora?

—En Suecia la praxis impone, en estos casos, no dar un margen de tiempo inferior a cinco horas, así que esto es lo mejor que puedo ofrecerte. Sin embargo, la verosimilitud del intervalo es del noventa y cinco por ciento, así que es bastante fiable. En cambio, puedo confirmarte algo que seguramente habréis sospechado y es que Kungsklyftan es secundario como lugar del crimen: la asesinaron en otro sitio, donde la tuvieron después un par de horas, lo que hemos podido deducir por las manchas de lividez.

—Bueno, algo es algo —suspiró Martin—. ¿Y qué me dices de los esqueletos? ¿Nos revelan algo? Supongo que te llegaría la información de Patrik sobre quiénes sospechamos que pueden ser.

—Sí, me llegó. Pero aún no estamos listos con eso. No es tan fácil como podría creerse encontrar fichas dentales de los años setenta, pero estamos trabajando al máximo con ello y, tan pronto como sepamos algo más, os lo comunicaremos. Lo único que podemos deciros por ahora es que se trata de dos esqueletos de mujer y que la edad es más o menos la que necesitáis. De las caderas de una de las mujeres se deduce, además, que tuvo algún parto, lo que encaja con la información de que disponemos. Y, lo más interesante de todo, los dos esqueletos presentan fracturas similares a las del cadáver. Entre tú y yo, casi me atrevería a decir que las fracturas de las tres víctimas son prácticamente idénticas.

A Martin se le cayó el bolígrafo al suelo de puro asombro. ¿Qué era, en realidad, lo que tenían delante? Un asesino sádico que dejaba pasar veinticuatro años entre sus crímenes. La otra posibilidad, que ni siquiera

quería plantearse, era que el asesino no hubiese esperado veinticuatro años, sino que ellos no hubiesen encontrado a las demás víctimas.

—Las otras dos mujeres, ¿también habían sido acuchilladas?

—Puesto que no tenemos ningún material orgánico que utilizar, resulta difícil de decir, pero los huesos presentan ciertas marcas de raspaduras que podrían indicar que sufrieron el mismo trato, sí.

—¿Y cuál fue, en su caso, la causa de la muerte?

—La misma que en el de la muchacha alemana. Los huesos deprimidos a la altura del cuello coinciden con las lesiones que aparecen en casos de estrangulamiento.

Martin iba tomando notas durante la conversación.

—¿Tienes algo más que pueda interesarnos?

—Nada, salvo que es probable que los esqueletos hayan estado enterrados, pues hallamos en ellos restos de tierra de cuyo análisis quizá saquemos algo. Pero aún no hemos terminado con ellos, así que tendréis que ser pacientes. También había tierra en el cadáver de Tanja Schmidt y en la manta sobre la que yacía, que compararemos con la de los dos esqueletos.

—Pedersen hizo una pausa, antes de continuar—: ¿Es Mellberg quien dirige la investigación?

Martin creyó percibir cierto desasosiego en su voz y sonrió para sus adentros, pero lo tranquilizó enseguida al respecto.

—No, Patrik es el responsable. Aunque otra cosa es quién se atribuirá los honores si resolvemos el caso...

Los dos se echaron a reír ante el comentario, aunque a Martin se le atragantó la risa en la garganta.

Concluida la conversación con Tord Pedersen, fue a buscar el fax y cuando, minutos más tarde, llegó Patrik, él ya lo había leído. Le hizo un resumen a Patrik, que quedó tan abatido como él. La cosa se presentaba como una auténtica maraña.

Anna se dejaba tostar por el sol en la proa del barco, donde se había tumbado. Los niños dormían la siesta abajo, en el camarote, y Gustav llevaba el timón. Cada vez que la proa golpeaba la superficie del agua, las pequeñas gotas saladas salpicaban su cuerpo, proporcionándole una deliciosa sensación de frescor. Si cerraba los ojos, podía olvidar por un instante sus problemas y persuadirse de que aquella era su verdadera vida.

—Anna, te llaman por teléfono —la despertó de su meditación la voz de Gustav.

—¿Quién es? —preguntó, haciéndose sombra con la mano mientras él blandía su móvil.

—No me lo ha querido decir.

¡Vaya, hombre! Comprendió enseguida de quién se trataba y, con el estómago encogido de desasosiego, se levantó y se dirigió hacia donde se encontraba Gustav.

—Aquí Anna.

—¿Quién coño es ese? —farfulló Lucas.

Anna vaciló un instante.

—Ya te dije que iba a salir a dar una vuelta en barco con un amigo.

—¿Y quieres que me crea que ese era «un amigo»? —respondió Lucas inmediatamente—. ¿Cómo se llama?

—Eso no es algo que...

Lucas la interrumpió bruscamente:

—¿Cómo se llama, Anna?

Su entereza se quebrantaba por segundos, a medida que oía esa voz y, al fin, respondió en silencio:

—Gustav af Klint.

—¡Huy, qué elegante suena eso! —replicó Lucas, pasando de la sorna a la amenaza—. ¿Cómo te atreves a llevarte de vacaciones a mis hijos con otro hombre?

—Tú y yo estamos divorciados, Lucas —le recordó Anna cubriéndose los ojos con la mano.

—Pero tú sabes tan bien como yo que eso no cambia nada, Anna. Tú eres la madre de mis hijos, un lazo que siempre nos unirá a los dos. Tú eres mía y los niños también son míos.

—Entonces, ¿por qué intentas arrebatármelos?

—Porque tú eres inestable, Anna. Siempre has sido débil de carácter y, para ser sincero, no confío en que puedas cuidar de mis hijos como se merecen. Fíjate qué vida lleváis. Tú trabajando todo el día y ellos en la guardería. ¿Eso es bueno para los niños, Anna? ¿A ti qué te parece?

—Ya, pero yo tengo que trabajar, Lucas. Y, además, ¿cómo ibas tú a resolver ese problema si estuvieran contigo? Tú también tienes que trabajar.

¿Quién iba a encargarse de ellos?

—Hay una solución, Anna, y tú lo sabes.

—¿Estás loco? ¿Crees que yo iba a volver contigo después de haberle roto el brazo a Emma? Por no mencionar lo que me hiciste a mí —empezaba a quebrársele la voz cuando, instintivamente, supo que había ido demasiado lejos.

—¡No fue culpa mía! Fue un accidente. Además, si tú no te hubieses empeñado en ir siempre en mi contra, yo no habría perdido la paciencia tan a menudo.

Era como hablar con una pared. No tenía sentido. Anna sabía, después de tantos años con él, que Lucas estaba convencido de tener razón. Él nunca tenía la culpa. Todo lo que sucedía era siempre culpa de los demás. Cada vez que él la golpeaba, la hacía sentirse culpable porque ella no había mostrado la suficiente comprensión, el suficiente cariño, la suficiente sumisión.

Cuando, recurriendo a una fuerza suya mucho tiempo oculta, emprendió la separación, se sintió, por primera vez en muchos años, fuerte, invencible. Por fin podía reconquistar su vida. Ella y los niños podrían empezar de nuevo. Sin embargo, había sido demasiado fácil. Lucas quedó sinceramente impresionado al ver que, durante uno de sus accesos de ira, le había roto el brazo a su hija y se comportó de un modo razonable y atípico en él. Gracias al desenfreno de su nueva vida de soltero después de la separación, dejó en paz a Anna y a los niños durante un tiempo, mientras estuvo ocupado conquistando a una mujer detrás de otra. Sin embargo, justo cuando Anna empezaba a sentir que había conseguido liberarse, Lucas se empezó a cansar de su nueva vida y volvió a acordarse de su familia. Y al ver que de nada servían flores, regalos y súplicas de perdón, se desprendió de los guantes de seda... y exigió la custodia de los niños basándose en una serie de acusaciones infundadas sobre la supuesta ineptitud de Anna para ser madre. Ninguna de esas acusaciones era cierta, pero Lucas podía ser tan convincente y encantador cuando se lo proponía que Anna temía la posibilidad de que se saliese con la suya. Por otro lado, sabía muy bien que no eran los niños los que le interesaban. Sería imposible casar su vida laboral con la custodia de dos niños pequeños, pero tenía la esperanza de infundir en Anna el temor necesario para que volviese con él. Y, de hecho, en momentos de debilidad se sentía inclinada a hacerlo. Al mismo tiempo,

comprendía que era imposible, eso la destruiría; y entonces se reafirmaba en su decisión.

—Lucas, esta discusión no conduce a nada. Yo he sabido seguir adelante después de la separación y tú deberías hacer lo propio. Es cierto que he conocido a otro hombre, es algo que tendrás que aceptar. Los niños están bien y yo también. ¿Por qué no intentamos comportarnos como adultos?

Dijo aquello en un tono de súplica, frente al compacto silencio procedente del otro lado del teléfono. Pero enseguida comprendió que había sobrepasado el límite. Cuando oyó la señal de que Lucas había colgado, supo que, de algún modo, tendría que pagarlo... y muy caro, por cierto.

Capítulo 3

Verano de 1979

Aquél dolor de cabeza infernal le hacía arañarse la cara. Y el dolor que a su vez le causaban los arañazos abiertos en su piel era casi una satisfacción comparado con el bombear de su cabeza, porque le ayudaba a centrarse.

Todo seguía a oscuras, pero algo la había hecho despertar de su profundo y estéril letargo. Por encima de su cabeza vio cómo crecía una pequeña rendija de luz mientras, con los ojos entrecerrados, miraba hacia arriba. Puesto que no estaba habituada a la luz, no veía nada, pero oyó que alguien entraba a través de la rendija, ya convertida en abertura, y bajaba la escalera, alguien que se acercaba cada vez más en la oscuridad. El aturdimiento le impidió saber si debía sentir miedo o alivio. De hecho, sentía una mezcla de ambos: ya dominaba el uno, ya el otro.

Los últimos pasos hasta donde ella se encontraba, hasta donde yacía encogida en posición fetal, fueron prácticamente mudos. Sin que mediara ninguna palabra, sintió una mano que le acariciaba la cabeza, un gesto que tal vez debería haberla tranquilizado, pero su sencillez hizo que el temor se apoderase de su corazón como una garra convulsa.

La mano prosiguió el camino por su cuerpo, que temblaba en la oscuridad. Una idea le cruzó la mente durante un segundo: oponer resistencia a aquel extraño sin rostro. La ocurrencia se esfumó tan pronto como había venido. La oscuridad era demasiado imponente y la mano que la acariciaba le penetraba la piel, los nervios, el alma. Su única opción era someterse, lo sabía con una horrenda certeza.

Cuando la mano pasó de acariciarla a torcer y retorcer sus miembros, a darle tirones y a descoyuntárselos, no se sorprendió. En cierto modo,

agradeció ese padecimiento. Era más fácil enfrentarse al dolor de la certidumbre que al de la espera de lo desconocido.

* * *

La segunda llamada de Tord Pedersen se produjo tan sólo unas horas después de que Patrik hubiese hablado con Martin. Habían terminado de identificar uno de los esqueletos: Mona Thernblad, una de las chicas que había desaparecido en 1979, era una de las halladas en Kungsklyftan.

Patrik y Martin estaban sentados revisando las informaciones que habían recabado durante la investigación. Mellberg había brillado por su ausencia, pero Gösta Flygare había vuelto al trabajo una vez terminada su actividad en el torneo de golf. Si bien no había ganado, sí que había conseguido, para su sorpresa y alegría, hacer un *hole—in—one*, y lo habían invitado a una copa de champán en el club. Hasta tres veces habían tenido que escuchar Patrik y Martin, con todo lujo de detalles, el relato de cómo la bola entró de un solo golpe en el hoyo dieciséis, y a ninguno de ellos le cabía la menor duda de que tendrían oportunidad de oírlo algunas más antes de que acabase el día. Pero no era tan grave. Ninguno de los dos deseaba negarle a Gösta ese placer y Patrik le concedió un respiro antes de ponerlo al tanto del trabajo de investigación. Así, en aquel momento estaba llamando a todos sus compañeros de juego para contarles El Gran Suceso.

—O sea, que se trata de un canalla que les rompe los huesos a las chicas antes de asesinarlas —observó Martin—. Y les hace cortes con un cuchillo —añadió.

—Sí, así de feo parece que es. Si me preguntas, te diré que creo que hay algún motivo sexual detrás de todo esto, algún cerdo sádico que se excita con el dolor ajeno. Y el que hayan encontrado restos de esperma en Tanja también apoya esta hipótesis.

—¿Hablarás tú con la familia de Mona? Quiero decir, ¿les vas a comunicar que la hemos encontrado?

Martin parecía preocupado y Patrik lo tranquilizó diciéndole que sí, que se encargaría él.

—Pensaba ir a ver a su padre esta tarde. Su madre murió hace muchos años, así que el único al que hay que transmitirle la noticia es al padre.

—¿Cómo lo sabes? ¿Los conoces?

—No, pero Erica estuvo ayer en la biblioteca de Fjällbacka buscando todo lo que se había escrito en los periódicos sobre Siv y Mona. La prensa

se había ocupado de ambas desapariciones regularmente y había, entre otras cosas, una entrevista de hacía un par de años con las dos familias. En fin que, cuando desapareció, Mona sólo tenía a su padre, y Siv, sólo a su madre. Siv también tenía una hija, así que había pensado hablar con ella tan pronto como nos confirmen que el otro esqueleto es suyo.

—¿No sería una extraña coincidencia que fuese otra persona?

—Ya, yo cuento con que es ella, pero aún no podemos asegurarlo. ¡Cosas más raras se han visto!

Patrik recogió los documentos que Erica le había llevado y los extendió sobre la mesa formando un abanico, junto con la carpeta del material de investigación que había recuperado del archivo del sótano, con el fin de reunir todos los datos que tenían de la desaparición de las dos muchachas. Gran parte de la información que aportaban los diarios no figuraba en los archivos, así que necesitaban las dos fuentes para obtener una imagen completa de lo que se sabía hasta el momento.

—Fíjate: Siv desapareció en el solsticio de verano de 1979 y Mona, dos semanas después.

A fin de destacar y organizar el material, Patrik se había puesto de pie y empezó a escribir en la pizarra que había colgada de la pared.

—A Siv Lantin se la vio con vida por última vez cuando volvía a casa en bicicleta después de una fiesta. El último testigo que la reconoció en vida aseguró haberla visto desviarse de la carretera y tomar el camino hacia Bräcke. Eran las dos de la mañana y también la vio un conductor que la adelantó con su coche. A partir de ahí, nadie supo más de ella.

—Si dejamos a un lado la información proporcionada por Gabriel Hult —puntualizó Martin.

Patrik asintió conforme.

—Sí, si no tenemos en cuenta la declaración de Gabriel Hult, cosa que creo que debemos hacer, por el momento —dijo antes de proseguir—. Mona Thernblad desapareció dos semanas después. A diferencia de Siv, a plena luz del día. Salió de su casa a correr hacia las tres de la tarde, pero jamás volvió. Encontraron una de sus zapatillas de deporte en el camino que solía recorrer, pero nada más.

—¿Existen semejanzas entre las dos muchachas? Aparte de que las dos eran mujeres, claro, y más o menos de la misma edad.

Patrik no pudo por menos de sonreír ligeramente.

—Ya veo que has estado echándole un vistazo al programa de perfiles. Por desgracia, vas a llevarte una decepción. Si lo que tenemos es un asesino en serie, que es, según creo, adonde tú quieres llegar, no hay ninguna semejanza entre las dos jóvenes, al menos ninguna externa —dijo, al tiempo que fijaba en la pizarra dos fotografías en blanco y negro.

—Siv tenía diecinueve años, de baja estatura, rellenita y de cabello oscuro. Tenía fama de ser un tanto problemática y provocó un pequeño escándalo en Fjällbacka al tener un hijo a los diecisiete. Tanto ella como la niña vivían con su madre, pero, según los periódicos, Siv salía bastante de juerga y no le entusiasmaba quedarse en casa. Mona, en cambio, era una auténtica niña buena, con excelentes resultados académicos, un montón de amigos y querida por todos. Era alta, tenía el cabello claro y hacía mucho deporte. Tenía dieciocho años, pero aún vivía con sus padres, porque su madre estaba enferma y su padre no podía ocuparse de ella. Así que lo único que ambas tienen en común es que desaparecieron de la faz de la tierra, sin dejar rastro, hace más de veinte años y que ahora sus esqueletos han aparecido en Kungsklyftan.

Martin apoyó la cabeza en la mano con aire reflexivo. Tanto él como Patrik guardaron silencio durante un rato, estudiando los recortes de periódico y las notas de la pizarra. Ambos pensaban en lo jóvenes que eran las muchachas. Habrían tenido tantos años de vida por delante si alguien no se hubiese cruzado en su camino... Y ahora Tanja, de la que aún no tenían ninguna fotografía de cuando estaba viva. También ella era joven, con toda la vida por delante, la vida que ella hubiese querido, y también ella estaba muerta.

—Se hicieron muchos interrogatorios —dijo Patrik sacando de la carpeta un grueso fajo de documentos mecanografiados—. Interrogaron a los amigos y familiares de las chicas. Fueron preguntando de casa en casa por la zona y a los delincuentes habituales también los llamaron para interrogarlos. En total, unos cien interrogatorios, por lo que veo aquí.

—¿Dieron algún resultado?

—No, nada, hasta que recibieron la información de Gabriel Hult. Él mismo llamó a la policía para contar que había visto a Siv en el coche de su hermano la noche en que la joven desapareció.

—¿Y qué? Eso no pudo bastar para convertirlo en sospechoso de haberla asesinado.

—No, pero cuando interrogaron a Johannes Hult, el hermano de Gabriel, aquel negó haber hablado con ella ni haberla visto siquiera; sin embargo, a falta de otras pistas más contundentes, la investigación se centró en él.

—¿Y todo eso condujo a algo? —Martin tenía los ojos abiertos de par en par, indicio de la involuntaria fascinación que sentía por aquella historia.

—No, no sacaron nada más. Y un par de meses después, Johannes Hult se colgó en su granero, así que podríamos decir que la pista se enfrió bastante.

—Resulta un tanto extraño que se quitase la vida tan poco tiempo después de aquello.

—Sí, pero si él fue culpable, debió de ser su espíritu el que mató a Tanja. Un muerto no puede matar...

—¿Y qué me dices de su hermano, que llamó para acusar a uno de su propia sangre? ¿Por qué hace alguien una cosa así? —Martin frunció el ceño—. Pero ¡qué tonto soy! Se llaman Hult... Deben de ser familia de Johan y Robert, nuestros viejos y fieles servidores en el gremio de los ladrones.

—Exacto, así es. Johannes era su padre. Después de haberme informado sobre la familia Hult, entiendo un poco mejor por qué Johan y Robert nos visitan tan a menudo. No tenían más de cinco y seis años respectivamente cuando Johannes se colgó, y fue Robert quien lo encontró en el cobertizo. Imagínate cómo le pudo afectar la experiencia a un niño de seis años.

—Pues sí, ¡qué barbaridad! —Martin movía la cabeza de un lado a otro—. Oye, necesito un café. Mi indicador de contenido de cafeína está ya en rojo. ¿Tú quieres una taza?

Patrik asintió, y poco después Martin volvía con dos tazas humeantes. Suerte que empezaba a hacer tiempo de bebidas calientes.

Patrik reanudó su exposición.

—Johannes y Gabriel eran hijos de un hombre llamado Ephraim Hult, también conocido como *El predicador*. Era un famoso pastor de la Iglesia Libre de Gotemburgo, que congregaba a numerosas multitudes a encuentros durante los que hacía que sus hijos, que entonces eran pequeños, hablasen varios idiomas y curasen a los enfermos y los tullidos. La mayoría de la gente lo consideraba un impostor y un charlatán, pero, en cualquier caso,

ganó el premio gordo cuando murió una señora de su fiel parroquia, Margareta Dybling, que le dejó en herencia cuanto poseía. Además de una fortuna considerable en dinero contante y sonante, también le legó un gran terreno de bosque junto con una espectacular casa señorial en la zona de Fjällbacka. De repente, Ephraim perdió el deseo de difundir la palabra de Dios, se mudó allí con sus hijos y, desde entonces, toda la familia vive del dinero de esa señora.

La superficie de la pizarra aparecía ya garabateada de anotaciones y el escritorio de Patrik estaba atestado de papeles.

—No es que la historia familiar carezca de interés, pero ¿qué tiene eso que ver con los asesinatos? Tú mismo lo has señalado antes: Johannes murió más de veinte años antes de que Tanja fuese asesinada y un muerto no puede matar, como bien dijiste. —A Martin le costaba ocultar su impaciencia.

—Cierto, pero he revisado todo ese viejo material y el testimonio de Gabriel es, te lo aseguro, lo único interesante que he encontrado en aquella investigación. También esperaba poder hablar con Errold Lind, el responsable del caso, pero por desgracia murió de un infarto en 1989, así que este material es cuanto tenemos para guiarnos. A menos que tú tengas una propuesta mejor, sugiero que empecemos averiguando algo más sobre Tanja, al mismo tiempo que hablamos con los padres de Siv y de Mona; después decidiremos si vale la pena volver a hablar con Gabriel Hult.

—Sí, me parece sensato. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Encárgate tú de las pesquisas sobre Tanja y procura que Gösta se ponga manos a la obra a partir de mañana mismo, que ya se han acabado para él los días de darse la gran vida.

—¿Qué me dices de Mellberg y Ernst? ¿Qué piensas hacer con ellos?

Patrik suspiró.

—Mi estrategia consiste en mantenerlos fuera, en la medida de lo posible. Eso se traducirá en una mayor carga laboral para nosotros tres, pero creo que, a la larga, ganaremos con ello. Para Mellberg, si no tiene que trabajar, tanto mejor y, además, en principio, ha declinado la responsabilidad de esta investigación. Ernst tendrá que seguir con lo que está haciendo, es decir, hacerse cargo de tantas denuncias como pueda. Si necesita ayuda, le mandamos a Gösta; tú y yo hemos de estar libres, en la medida de lo posible, para proseguir con la investigación. ¿Comprendes?

Martin asintió entusiasmado.

—*Yes, boss.*

—Bien, entonces, manos a la obra.

Una vez que Martin se hubo marchado de su despacho, Patrik se sentó de cara a la pizarra, con las manos cruzadas en la nuca y sumido en profunda reflexión. Tenían ante sí una misión ingente y apenas contaban con algo de experiencia en investigaciones de asesinato, por lo que el corazón se le hundió en el pecho en un ataque de desconfianza. Deseaba con todas sus fuerzas que la experiencia de la que carecían pudiese compensarse con su entrega. Martin ya estaba en la onda y vaya si no iba a hacer por despertar a Flygare de su dulce sueño. Si, además, lograban mantener apartados de la investigación a Mellberg y a Ernst, se decía, quizá tuviesen probabilidades de resolver los asesinatos, aunque no muchas, en especial teniendo en cuenta que la pista de los dos primeros estaba tan fría que casi podría considerársela congelada. Sabía que tendrían más posibilidades si se concentraban en Tanja, pero, al mismo tiempo, su instinto le decía que la relación entre los tres asesinatos era tan estrecha y tan real que era preciso resolverlos de forma paralela. No sería fácil infundir algo de vida en la vieja investigación, pero tenían que intentarlo.

Tomó un paraguas del paragüero, miró una dirección en la guía telefónica y se marchó bastante apesadumbrado. Había misiones que le resultaban inhumanas.

La lluvia tamborileaba persistente en las ventanillas y, de haber sido otras las circunstancias, Erica habría acogido de buen grado el frescor que traía aparejado. Sin embargo, el destino y unos parientes pesados se oponían a sus deseos y, en cambio, se veía arrastrada al límite de la demencia.

Los niños corrían por toda la casa, enloquecidos por la frustración de verse encerrados, mientras que Conny y Britta habían empezado a ensañarse el uno con el otro, como perros enjaulados. Aún no habían desembocado en una disputa con todas las de la ley, pero las indirectas habían ido ganando terreno hasta alcanzar el nivel del bufido y los reproches. Ya empezaban a sacar a relucir viejos pecados y barrabasadas y lo único que Erica deseaba era irse a su dormitorio y taparse la cabeza con el edredón. Sin embargo, se interponía siempre su buena educación, que,

con un dedo acusador, la obligaba a intentar comportarse de forma civilizada en plena contienda.

Cuando Patrik se fue al trabajo, se quedó mirando la puerta con añoranza. Él, por su parte, no pudo ocultar su alivio ante la posibilidad de huir a la comisaría, de manera que por un instante ella estuvo tentada de poner a prueba su ofrecimiento del día anterior y recordarle que le había prometido que se quedaría en casa en cuanto se lo pidiera. Pero sabía que no sería justo hacerlo sólo porque no tenía ganas de quedarse a solas con «los cuatro terribles», así que, como una esposa modelo, se despidió de él por la ventana de la cocina mientras lo veía partir.

La casa no era tan grande como para impedir que el desorden general empezase ya a adquirir proporciones catastróficas. Habían sacado algunos juegos de mesa, cuyos componentes aparecían ahora esparcidos por toda la sala de estar en un revoltijo indecible, junto con las casas del Monopoli y varias barajas de cartas. Erica fue agachándose con mucho esfuerzo para recoger las piezas de los diversos juegos, en un intento de poner cierto orden en la habitación. La conversación en la terraza, donde se encontraban Britta y Conny, se volvía cada vez más acalorada y ya empezaba a comprender por qué los modales de los niños dejaban tanto que desear. Con unos padres que se comportaban como niños pequeños, no resultaba fácil aprender a respetar a los demás ni tampoco sus cosas. ¡Ojalá aquel día pasara lo más pronto posible! En cuanto dejase de llover, sacaría a la familia Flood. A pesar de su buena educación y hospitalidad, tendría que ser santa Brígida en persona para no estallar si se quedaban mucho más.

La gota que colmó el vaso cayó durante el almuerzo. Con los pies doloridos y una persistente molestia en la espalda, se había pasado una hora ante los fogones para preparar una comida capaz de satisfacer el voraz apetito de Conny y las exigencias de los niños, y, a su entender, había acertado. Salchicha Falukorv gratinada con macarrones en bechamel agradaría a ambas partes, pero pronto comprobó que había cometido un grave error.

—Uf, odio la salchicha Falukorv. ¡Qué asco!

Lisa apartó el plato con una expresión de repugnancia manifiesta y se cruzó de brazos disgustada.

—Pues qué pena, porque es lo que hay —replicó Erica con voz firme.

—Pero yo tengo hambre... ¡Quiero comer otra cosa!

—No hay ninguna otra cosa. Si no te gusta la salchicha, cómete los macarrones con ketchup —Erica se esforzó por adoptar un tono suave, pese a que estaba negra por dentro.

—Los macarrones son asquerosos. Yo quiero comer otra cosa. ¡Mamá!

Britta clavó una mirada inquisidora en su anfitriona, mientras acariciaba la mejilla al saco de gritos en que se había convertido su hija, que la premió con una sonrisa. Lisa, convencida de su victoria y con las mejillas encendidas, clavó en Erica una mirada exigente. Pero ya se habían pasado de la raya: era la guerra.

—No hay otra cosa. O te comes lo que tienes en el plato o nada.

—Pero, por favor, Erica, estás siendo poco razonable. Conny, explícale cómo solemos hacer nosotros las cosas, cuál es nuestra política educativa —lo animó Britta, aunque sin esperar de su parte ninguna reacción—. Nosotros no obligamos a nuestros hijos a nada, porque eso inhibiría su desarrollo. Si mi Lisa quiere comer otra cosa, consideramos que es de ley que se le ofrezca, ni más ni menos. Quiero decir que ella es un individuo con el mismo derecho a expresarse del que disfrutamos los demás. ¿Qué pensarías tú si alguien te obligase a comer algo que no quieres comer? No creo que lo aceptases.

Britta la aleccionaba con su voz de psicóloga profesional, pero Erica sentía que ya estaba colmada y, con una tranquilidad pasmosa, tomó el plato de la niña, lo alzó sobre la cabeza de Britta, le dio la vuelta y se lo puso de sombrero. El asombro al notar que los macarrones le chorreaban por el interior de la camisa hizo que Britta se interrumpiese en mitad de una frase.

Diez minutos más tarde, se habían esfumado, probablemente para no volver nunca más. Erica estaba convencida de que a partir de ahora pasaría a figurar en la lista negra de esa parte de la familia, pero ni recurriendo a toda su voluntad podía decir que lo lamentase. Tampoco se avergonzaba, pese a que, en el mejor de los casos, su conducta podía calificarse de infantil. Había sido un placer dar rienda suelta a la agresividad acumulada durante los días de visita familiar y no pensaba presentar la menor disculpa.

Tenía pensado pasar el resto del día en la terraza con un buen libro y la primera taza de té del verano. De repente la vida se le antojó mucho más placentera.

Pese a ser tan pequeña, el verdor que brotaba en su terraza acristalada, podía compararse con el del mejor de los jardines. Cada una de las flores había sido amorosamente cultivada desde la semilla o el esqueje y, gracias al calor de aquel verano, el ambiente resultaba casi tropical. En un rincón de la terraza cultivaba hortalizas y nada podía compararse a la satisfacción de salir y recoger los tomates, los calabacines, las cebollas o incluso los melones o las uvas que él mismo había cultivado.

Su pequeña casa adosada estaba situada a orillas de la calle Dinglevägen, junto a la salida sur hacia Fjällbacka, y era pequeña, pero funcional. La terraza, como un verde signo de admiración, destacaba entre los humildes jardines del resto de los vecinos.

Sólo cuando se sentaba allí dejaba de sentir añoranza de su antigua casa, aquella en la que había crecido y donde, más tarde, se forjó un hogar propio junto con su esposa y su hija. Las dos estaban ya muertas y el dolor en soledad había ido acrecentándose hasta que un día comprendió que no tenía más remedio que despedirse también de la casa y de todos los recuerdos que albergaban sus paredes.

Claro que la adosada carecía de la personalidad que tanto había amado en la otra, pero la impersonalidad era precisamente lo que le ayudaba a paliar el dolor que se alojaba en su pecho; allí, su pena era más bien un sordo murmullo, incesante pero de fondo.

Cuando Mona desapareció, creyó que Linnea moriría de angustia. Ella llevaba ya tiempo enferma, pero resultó estar hecha de mejor madera de lo que él suponía y vivió diez años más, seguramente por él; no quería dejarlo solo con aquella tristeza. Linnea luchaba cada día por sobrellevar una vida que, a partir de la desaparición de su hija, se había convertido para ambos en una existencia tenebrosa.

Mona había sido siempre la luz de sus vidas. Nació cuando los dos habían perdido ya toda esperanza de tener hijos y, de hecho, no tuvieron más. Todo el amor de que eran capaces se concretó en aquella rubia y alegre criatura cuya risa les encendía el corazón. Les resultaba del todo incomprensible que pudiese desaparecer así, sin más. Él sintió que el sol debería haber dejado de brillar y que el cielo debería haberse venido abajo, pero nada de aquello sucedió. La vida continuaba como de costumbre fuera de aquella morada de sufrimiento. La gente seguía riendo, viviendo y trabajando, pero Mona ya no estaba.

Durante mucho tiempo conservaron la esperanza. Podía ser que estuviese en algún lugar, que estuviese viviendo su vida sin ellos porque hubiese decidido desaparecer voluntariamente. Al mismo tiempo, ambos conocían la verdad. La otra chica había desaparecido poco antes y aquello era una coincidencia demasiado significativa como para engañarse. Además, Mona no era el tipo de muchacha capaz de causar tanto dolor de forma consciente. Era una joven buena y adorable que hacía cuanto estaba en su mano por cuidarlos.

El día en que murió Linnea fue para él la prueba definitiva de que Mona estaba en el cielo. La pena y la enfermedad habían reducido a su amada esposa hasta que no quedó más que su sombra. Tras muchas horas de espera, ella le apretó la mano por última vez y su rostro se iluminó con una sonrisa. La luz que observó entonces en los ojos de Linnea era la misma luz que llevaba sin ver diez años, los mismos que hacía que no veía a Mona. Después, su esposa dirigió la mirada a algún punto lejano e impreciso, y se fue. Entonces lo supo: Linnea había muerto feliz porque su hija había ido a recibirla en el túnel. Aquella certeza, le ayudaba a soportar la soledad en más de un sentido. Ahora, al menos, las dos personas a las que más había amado estaban juntas. El reencuentro con ellas era sólo cuestión de tiempo y anhelaba que llegase el día, pero hasta entonces era su obligación vivir su vida lo mejor que supiera. El Señor era poco comprensivo con los que lo decepcionaban y no quería arriesgarse a perder su puesto en el cielo, junto a Linnea y Mona.

Unos golpecitos en la puerta vinieron a interrumpir su melancólico cavilar. Con gesto cansino, se levantó del sillón y, apoyándose en el bastón, cruzó por entre las plantas, recorrió el pasillo y llegó a la puerta. Un joven de aspecto grave aguardaba al otro lado con la mano en alto, como para volver a llamar.

—¿Albert Thernblad?

—Sí, soy yo, pero no quiero comprar nada si es que viene a venderme algo.

El hombre sonrió.

—No, no soy vendedor. Me llamo Patrik Hedström, de la policía. ¿Me permite que pase un momento?

Albert no dijo nada, pero se apartó para dejarlo entrar y lo llevó hasta la terraza, donde le indicó que tomase asiento en el sofá. No le había

preguntado el motivo de su visita, no era necesario. De hecho, llevaba veinte años esperándola.

—¡Qué maravilla de plantas! Eso se llama tener mano, supongo —comentó Patrik con una sonrisa nerviosa.

Albert no contestó, pero lo miró con dulzura, pues comprendió que al policía no le resultaba nada fácil presentarse con semejante misión, aunque no tenía por qué preocuparse. Después de tantos años de espera, casi podía decirse que se merecía conocer lo ocurrido. Sufrir por la pérdida era algo que ya había hecho, de todos modos.

—Pues, verás, resulta que hemos encontrado a su hija —Patrik se aclaró la garganta antes de repetir sus palabras—. Hemos encontrado a su hija y podemos confirmar que fue asesinada.

Albert no hacía más que asentir, imbuido de una gran paz de espíritu. Mona podría por fin descansar en paz y él tendría una tumba a la que acudir. La enterraría junto a Linnea.

—¿Dónde la han encontrado?

—En Kungsklyftan.

—¿En Kungsklyftan? —Albert frunció el entrecejo—. Pero si estaba allí, ¿cómo es que no dieron antes con ella? Si es un lugar muy transitado ...

Patrik Hedström le habló de la turista alemana asesinada y le contó que, seguramente, el otro esqueleto hallado pertenecía a Siv, que creían que, por la noche, alguien había trasladado allí los cuerpos de Mona y de Siv, pero que, en realidad, todos aquellos años habían estado en otro lugar.

Albert no salía ya mucho a la calle y, a diferencia de los demás habitantes de Fjällbacka, no había oído hablar del asesinato de la joven extranjera. La primera sensación que experimentó al oír lo que le había sucedido fue un hachazo en la boca del estómago. En algún lugar, alguien iba a vivir el mismo dolor que él y Linnea habían soportado. En algún lugar existían un padre y una madre que jamás volverían a ver a su hija, y aquello ensombreció la noticia del hallazgo de Mona. En comparación con la familia de la última chica asesinada, él tenía suerte. En su caso, el dolor había ido haciéndose más sordo, menos agudo. A ellos, en cambio, aún les quedaban muchos años para alcanzar ese punto, y su corazón sufría por ellos.

—¿Se sabe quién lo ha hecho?

—Por desgracia, aún no. Pero haremos cuanto esté en nuestra mano por averiguarlo.

—¿Saben si es la misma persona?

El policía bajó la vista al suelo.

—No, ni siquiera sabemos eso con seguridad, tal y como están las cosas en estos momentos. Hay ciertas similitudes, es cuanto puedo decirle por ahora.

Patrik miró inquieto al anciano que tenía ante sí.

—¿Quiere que llame a alguien que venga a hacerle compañía?

El hombre le dedicó una sonrisa amable y paternal.

—No, no hay nadie.

—¿Quiere que le pregunte al pastor si puede pasarse por aquí?

De nuevo la misma sonrisa cándida.

—No, gracias, no necesito al pastor. No se preocupe, he vivido este día una y otra vez con el pensamiento, así que no estoy conmovido. Sólo quiero sentarme aquí tranquilo con mis plantas, a reflexionar. Estaré bien. Seré viejo, pero también soy duro.

Posó la mano sobre el hombro del policía, como si fuese él quien necesitase consuelo. Y tal vez fuera así.

—Si no tiene nada en contra, me gustaría enseñarle unas fotos de Mona y hablarle un poco de ella. Sólo para que comprenda de verdad cómo era cuando estaba viva.

El joven policía asintió sin dudarlo y Albert fue a buscar sus viejos álbumes. Durante poco más de una hora estuvo mostrándole fotos y hablándole de su hija. Hacía mucho tiempo que no pasaba un rato tan bueno y comprendió que había tardado demasiado en permitirse gozar de sus recuerdos.

Cuando se despedían en la puerta, le puso a Patrik en la mano una fotografía de Mona. Era una instantánea hecha en su quinto cumpleaños, delante de una gran tarta con cinco velas y con una sonrisa de oreja a oreja. Era una niña preciosa y adorable, con el rubio cabello rizado y los ojos ardientes de ganas de vivir. Para él era muy importante que los policías tuviesen presente aquella imagen de su hija cuando se pusiesen a buscar a su asesino.

Una vez que el policía se hubo marchado, volvió a sentarse en la terraza. Cerró los ojos y aspiró el dulce perfume de las flores. Después, se

durmió y soñó con un largo y claro túnel al final del cual lo aguardaban, como sombras, Mona y Linnea. Le pareció ver que le hacían señas con la mano.

La puerta del despacho se abrió de golpe con estruendo. Solveig entró como una tromba seguida de Laine, que daba saltitos y hacía aspavientos de impotencia.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de la gran puta!

Él reaccionó de forma instintiva a su lenguaje. Siempre le había resultado de lo más desagradable la gente que mostraba la intensidad de sus sentimientos en su presencia, y no tenía la menor condescendencia con semejante forma de expresarse.

—Pero ¿qué pasa? Solveig, creo que debes calmarte y dejar de hablarme de ese modo.

Demasiado tarde comprendió que ese tono aleccionador, tan natural en él, no haría más que aumentar la indignación de la mujer. Parecía dispuesta a abalanzarse sobre su cuello y, por si acaso, reuló un poco tras la mesa.

—¡Que me tranquilice! ¿Tú me dices que me tranquilice, soplapollas hipócrita? ¡Cabrón de mierda!

Vio cómo disfrutaba al verlo estremecerse con cada palabra malsonante y, tras ella, Laine palidecía por momentos.

La voz de Solveig bajó ligeramente de tono y resonó con repentina maldad.

—¿Qué pasa, Gabriel? ¿Por qué me miras tan afligido? A ti solía gustarte que te susurrara porquerías al oído, ¿no te acuerdas, Gabriel, que te ponía cachondo?

Solveig se había acercado a la mesa y se dirigía a él como escupiéndole las palabras.

—No hay motivo alguno para sacar a relucir viejas historias. ¿Tienes algo que decirme o es sólo que estás borracha y desagradable, como de costumbre?

—¿Si tengo algo que decirte? Puedes jurarlo. He estado en Fjällbacka y ¿sabes qué? Han encontrado a Mona y a Siv.

Gabriel dio un respingo y en su semblante se reflejó la más absoluta sorpresa.

—¿Han encontrado a las chicas? ¿Dónde?

Solveig se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas sobre la mesa, con la cara a escasos centímetros de Gabriel.

—En Kungsklyftan, junto con el cadáver de una joven alemana que ha sido asesinada. Y creen que se trata del mismo asesino. Así que muérete de vergüenza, Gabriel Hult. Muérete de vergüenza por haber acusado a tu hermano, tu propia sangre. Tu hermano que, pese a que no existía la menor prueba, tuvo que cargar con la culpa a los ojos de la gente. Eso fue lo que acabó con él, que la gente murmurase y lo señalase con el dedo a sus espaldas. Pero claro, tú sabías que la cosa acabaría así, ¿no? Tú sabías que él era débil, que era una persona sensible. No pudo soportar la infamia y se colgó, y no me extrañaría lo más mínimo que tú contases con que lo haría cuando llamaste a la policía. No podías soportar que Ephraim lo prefiriese a él.

Solveig le clavaba el dedo en el pecho con tanta fuerza que lo impulsaba hacia atrás. Tenía la espalda contra el alféizar de la ventana, de modo que ya no podía alejarse de ella ni un centímetro. Estaba acorralado. Intentó indicarle con los ojos a Laine que hiciera algo para remediar aquella situación tan desagradable, pero, como de costumbre, ella no hacía más que mirar sin hacer nada.

—A mi Johannes siempre lo quiso más todo el mundo, y eso era algo que tú no podías soportar, ¿verdad? —aseguró sin aguardar respuesta alguna a sus afirmaciones, encubiertas bajo la apariencia de preguntas, y prosiguió su monólogo—. Incluso cuando Ephraim lo desheredó, siguió amándolo más a él. Tu padre te dio a ti la finca y el dinero, pero su amor nunca pudiste conseguirlo a pesar de que eras tú quien trabajaba por la casa, mientras que Johannes vivía la vida. Y luego fue y te quitó la novia; eso fue el colmo, ¿a que sí? ¿Fue entonces cuando empezaste a odiarlo, Gabriel? ¿Fue ahí cuando empezaste a aborrecer a tu hermano? Claro que sí; puede que no fuese justo, pero no te daba derecho a hacer lo que hiciste. Destrozaste la vida de Johannes, la mía y la de los niños, por supuesto. ¿Crees que no sé lo que hacen mis chicos? Pues es culpa tuya, Gabriel Hult. Ahora, por fin, la gente comprenderá que Johannes no hizo nada de lo que llevan tantos años murmurando. Y por fin mis hijos y yo podremos volver a andar con la cabeza bien alta.

La ira de Solveig empezó a apagarse y, en su lugar, aparecieron las lágrimas. Gabriel no sabía qué era peor. Por un instante, vio en su furia un

destello de la antigua Solveig. La hermosa reina de la belleza de la que él se enorgullecía tanto de tener como novia, antes de que llegase su hermano y se la quitase, igual que le arrebatava todo aquello que él quería poseer. Cuando la rabia cedió al llanto, el rostro de Solveig se plagó de puntos rojos. Entonces volvió a ver al obeso y ajado despojo en que se había convertido y que sólo dedicaba sus días a compadecerse de sí misma.

—¡Así te quemes en el infierno, Gabriel Hult, junto con tu padre!

Dijo aquellas palabras en un susurro, antes de desaparecer con la misma rapidez con que se había presentado. Y allí quedaron Gabriel y Laine. Él se sentía como si le hubiesen arrojado una granada de mano. Se dejó caer pesadamente en la silla mirando mudo a su esposa. Se intercambiaron una mirada cómplice: ambos sabían lo que significaba que aquellos viejos huesos hubiesen emergido a la superficie.

Martin acometió con celo y empeño la tarea de conocer a Tanja Schmidt, el nombre que figuraba en su pasaporte. Le habían pedido a Liese que dejase allí las cosas de su amiga. Él había revisado su mochila minuciosamente y allí, en el fondo, encontró el pasaporte. Parecía nuevo y tenía pocos sellos. En realidad, sólo de entrada y salida entre Alemania y Suecia, es decir, que o bien no había estado nunca antes fuera de Alemania o, por alguna razón, le habían expedido uno nuevo.

La foto del pasaporte era muy buena y Martin pensó que tenía un rostro agradable, aunque un tanto vulgar. Sus ojos eran castaños, como el cabello, cortado en una melena que le llegaba por los hombros. Un metro sesenta y cinco de estatura y complexión normal, ¡a saber qué sería eso!

Por lo demás, la mochila no le reveló nada interesante: varias mudas, unos libros desgastados en edición de bolsillo, efectos de aseo y bolsas vacías de caramelos. Nada íntimo, lo que le resultó un tanto extraño. ¿No debería haberse llevado alguna fotografía de su familia, del novio, o una agenda? Claro que encontraron un bolso junto al cadáver. Liese les había confirmado que Tanja tenía un bolso rojo. Seguramente era allí donde guardaba esas cosas. El caso era que habían desaparecido. ¿No podría tratarse de un robo? ¿O se habría llevado el asesino sus efectos personales como recuerdo? En los programas sobre asesinos en serie de Discovery, había visto que, por lo general, eran tipos que conservaban algún objeto de sus víctimas como parte de un ritual.

Martin se llamó al orden. Por el momento, no había ningún indicio de que estuviesen ante un asesino en serie y se dijo que haría bien en no atascarse en esa idea.

Empezó a confeccionar una lista de cómo procedería, punto por punto, en la investigación sobre la persona de Tanja. En primer lugar, se pondría en contacto con la autoridad policial alemana, que era lo que estaba a punto de hacer cuando lo interrumpió la llamada de Tord Pedersen. Después hablaría de nuevo y profundizando más con Liese y, finalmente, pensaba pedirle a Gösta que lo acompañase al camping para hacer alguna que otra pregunta, por si Tanja había hablado con alguien de por allí. Aunque quizá sería mejor pedirle a Patrik que le encargase la tarea a Gösta, pues en aquella investigación Patrik sí estaba autorizado a darle órdenes a su compañero, mientras que Martin no lo estaba. Y las cosas tenían tendencia a resolverse con mucha más facilidad si se seguía el protocolo según el orden establecido.

Empezó, pues, a marcar el número de la policía alemana por segunda vez y, en esta ocasión, le respondieron. Sería exagerado decir que la conversación fluía sin obstáculos, pero, cuando colgó el auricular, lo hizo con la certeza de haber transmitido correctamente los datos más relevantes. Le aseguraron que se pondrían en contacto con él en cuanto tuviesen más información. O, al menos, eso le pareció a él que le dijo la persona que hablaba al otro lado del hilo telefónico. Si el contacto con los colegas alemanes se intensificaba, seguro que tendrían que contratar a un intérprete de alemán.

Teniendo en cuenta el tiempo que llevaba obtener información del extranjero, le habría gustado disponer en el trabajo de una conexión a Internet tan rápida como la que tenía en casa. Pero, ante el riesgo de la intrusión informática, la comisaría no tenía ni una simple conexión por módem. Se escribió una nota para acordarse de hacer una búsqueda de Tanja Schmidt en la guía telefónica alemana, si es que estaba en la red, cuando llegase a casa. Aunque, si no recordaba mal, Schmidt era uno de los apellidos alemanes más comunes, así que tenía pocas posibilidades de encontrar nada.

Puesto que no podía hacer mucho más que esperar la información de Alemania, pensó que lo mejor sería acometer la siguiente tarea. Tenía el móvil de Liese, así que la llamó para asegurarse de que aún seguía por allí. En realidad, no tenía ninguna obligación de quedarse, pero les había

prometido no continuar con su viaje hasta dentro de un par de días, para que les diese tiempo de hablar con ella.

El viaje había perdido, sin duda, la mayor parte de su encanto. Según lo que le contó a Patrik, las dos jóvenes se habían hecho muy amigas en poco tiempo. Ahora se veía sola en una tienda de campaña en Sälvik, y su ocasional compañera había sido asesinada. ¿Y si ella también estaba en peligro? Era una posibilidad en la que Martin no había pensado con anterioridad. Lo mejor sería comentárselo a Patrik en cuanto volviese a la comisaría. Podía ser que el asesino hubiese visto juntas a las chicas en el camping y, por alguna razón, se hubiese fijado en las dos. Pero, en ese caso, ¿cómo encajaban en el cuadro los esqueletos de Mona y Siv? Mona y, probablemente, Siv, se corrigió enseguida. No había que dar por seguro algo que era sólo casi seguro, como dijo en alguna ocasión uno de los docentes de la Escuela de Policía, tesis que Martin aspiraba a aplicar en su labor policial.

Pensándolo bien, no creía que Liese corriera ningún peligro. Una vez más, lo que manejaban eran probabilidades, y la probabilidad le decía que Liese se había visto involucrada en todo aquello por su desafortunada elección de compañera de viaje.

Pese a su anterior reserva, decidió que intentaría él mismo, de un modo más o menos discreto, poner a funcionar a Gösta en una tarea policial concreta. De modo que echó a andar pasillo arriba en dirección a su despacho.

—Hola, Gösta. ¿Puedo interrumpir un momento?

Aún inspirado por el arrebató lírico de su hazaña, Gösta seguía al teléfono, pero colgó enseguida con cierto cargo de conciencia al ver asomar a Martin por la puerta.

—¿Sí?

—Patrik nos ha pedido que vayamos al camping de Sälvik. Yo tengo que interrogar a la compañera de viaje de la víctima y tú tendrías que ir a indagar un poco.

Gösta lanzó un gruñido nada elegante, pero no cuestionó la veracidad de lo que le decía Martin sobre la distribución de las tareas. Tomó su cazadora y salió en dirección al coche pisándole los talones a Martin. La lluvia torrencial se había convertido en una leve llovizna, pero se respiraba

un aire puro y fresco. Se diría que la lluvia había barrido las semanas de polvo y de calor y lo había dejado todo más limpio.

—Esperemos que esta lluvia pase pronto; de lo contrario, mis partidas de golf se irán a pique.

Gösta refunfuñaba enojado en el coche, y Martin pensó que seguramente sería el único que no había acogido bien aquella breve pausa después de tanto calor.

—Pues para mí es muy agradable. Ese calor sofocante me estaba matando. Y piensa en la mujer de Patrik, debe de ser terrible estar embarazada en pleno verano. Yo no podría, eso lo tengo claro.

Martin continuó con la charla, consciente de que Gösta tenía la tendencia a ser un acompañante mudo cuando se hablaba de algo que no fuese golf. Y puesto que los conocimientos de Martin al respecto se reducían al hecho de que la pelota era redonda y blanca, y que a los jugadores de golf se los distinguía normalmente por unos pantalones de cuadritos como de payaso, hizo un esfuerzo por mantener aquella conversación en solitario. Por esa razón, se le pasó por alto en un primer momento el quedo comentario de Gösta.

—Nuestro hijo nació a principios de agosto, en un verano tan caluroso como este.

—Ah, pero ¿tú tienes un hijo, Gösta? Pues no lo sabía.

Martin buscó en su memoria los datos que tenía sobre la familia de su colega. Sabía que su mujer había fallecido hacía un par de años, pero no conseguía recordar nada de que tuviese hijos. Sorprendido, se volvió a mirar a Gösta, que ocupaba el asiento del acompañante, pero su compañero no le devolvió la mirada, sino que se quedó con la vista baja, contemplándose las manos en el regazo. Inconscientemente, se puso a darle vueltas a la alianza de oro que aún llevaba y, como si no hubiese oído la pregunta de Martin, continuó con voz monótona:

—Majbritt engordó treinta kilos. Se puso grande como una casa. Y también le costaba un mundo moverse con aquel calor. Hacia el final del embarazo, no hacía más que resoplar sentada a la sombra. Yo le llevaba una jarra de agua detrás de otra, pero era como darle de beber a un camello; su sed parecía no tener fin.

De pronto, rompió a reír con una risa extraña, como para sí, llena de cariño, y Martin comprendió que su colega estaba tan sumido en el mundo

de los recuerdos que ya no era a él a quien se dirigía. Y prosiguió:

—El pequeño nació perfecto, gordito y precioso. Clavadito a mí, decían todos. Pero luego todo fue tan rápido... —Gösta seguía dándole vueltas a la alianza, cada vez más deprisa—. Yo había ido a verlos a la habitación del hospital el día que, de pronto, dejó de respirar. Se armó un escándalo tremendo. La gente entraba y salía corriendo de todas partes y se llevaron al pequeño. La siguiente vez que lo vimos fue en el ataúd. Fue un entierro muy bonito. Después de aquello, no quisimos intentarlo más. Majbritt y yo no habríamos podido soportarlo, así que tuvimos que conformarnos el uno con el otro.

Gösta se estremeció, como si acabase de despertar de un trance. Miró a Martin con reprobación, como si fuese culpa suya que aquellas palabras hubiesen salido de su boca.

—Es un tema que no volveremos a tocar, claro está. Y tampoco quiero que os dediquéis a traerlo y llevarlo en las pausas del café, por cierto. Hace ya muchos años que pasó y nadie más tiene por qué saberlo.

Martin asintió. Después, no pudo contenerse y le dio a Gösta una palmadita en la espalda. El hombre lanzó un gruñido, pero Martin sintió que, pese a todo, se había establecido entre ellos un leve vínculo en el mismo lugar en que antes sólo había existido la falta de respeto mutuo. Puede que Gösta siguiese sin ser el mejor ejemplar de policía de que pudiese jactarse el Cuerpo, pero eso no significaba que no hubiese vivido sus experiencias y que no estuviese en posesión de conocimientos de los que Martin pudiese aprender.

Cuando llegaron al camping, ambos se sintieron aliviados. Tras una confesión como aquella, sólo podía imponerse un pesado silencio, que era el que había reinado los últimos cinco minutos.

Gösta echó a andar solo, con aspecto abatido y las manos en los bolsillos, para ir llamando de tienda en tienda y hablar con cada uno de los huéspedes del camping. Martin preguntó por la tienda de Liese, que resultó ser tan pequeña como un pañuelo. Estaba encajada entre otras dos tiendas más grandes, con lo que, en comparación, parecía más pequeña aún. En la de la derecha alborotaba una familia con niños pequeños, jugando a gritos, y en la de la izquierda un joven barrigudo, de unos veinticinco años, bebía cerveza sentado a la entrada, bajo un parasol que sobresalía del techo. Al ver que Martin se acercaba a la tienda de Liese, todos lo miraron llenos de curiosidad.

No era cosa de ponerse a dar voces, así que la llamó discretamente desde fuera. Se oyó el ruido de una cremallera al correrse y la rubia cabeza de la joven asomó por la abertura.

Un par de horas después, los dos colegas se marcharon sin haber sacado en claro nada nuevo. Liese no supo contribuir con más de lo que ya le había contado a Patrik en la comisaría, y ninguno de los demás campistas había notado nada digno de mención con respecto a Tanja y Liese.

Aunque Martin había visto algo que le rondaba por la cabeza. Se esforzó febrilmente en buscar entre las impresiones sensoriales recibidas en el camping, pero seguía sin aclararse. Había visto algo que debería haber registrado. Conducía irritado, tamborileando con los dedos en el volante, hasta que se vio obligado a abandonar el boceto de idea almacenado en su traicionera memoria.

Regresaron en el más absoluto silencio.

Patrik esperaba llegar a viejo como Albert Thernblad. No tan solo, claro está, pero con su elegancia. Albert no se había abandonado después de la muerte de su esposa, como sucedía con tantos otros hombres de edad al quedarse viudos. Al contrario, iba bien vestido, con camisa y chaleco, y llevaba el cabello y la barba muy cuidados. Pese a la dificultad que tenía para caminar, se movía con dignidad, con la cabeza alta y, a juzgar por lo poco que Patrik vio de su casa, parecía tenerla limpia y ordenada. Asimismo, le impresionó su modo de recibir la noticia del hallazgo del cadáver de su hija. Era evidente que se había reconciliado con su destino y que vivía lo mejor que podía, dadas las circunstancias.

Las fotografías de Mona que había visto lo conmovieron mucho. Como en tantas otras ocasiones, se dio cuenta de que resultaba muy fácil convertir a las víctimas de asesinato en una cifra estadística o ponerles una etiqueta: «el demandante» o «la víctima». Tanto daba si se trataba de alguien que hubiese sufrido un robo o, como en este caso, una víctima de asesinato. Albert había hecho lo correcto al mostrarle las fotografías. Así, había podido seguir la vida de Mona, desde que nació y se convirtió primero en una pequeña de aspecto saludable, desde que empezó en la escuela hasta que terminó el bachillerato y, finalmente, como la joven alegre y sana que era antes de desaparecer.

Sin embargo, había otra joven sobre la que tenía que averiguar un poco más. Patrik conocía el pueblo lo suficiente como para saber que los rumores ya habían adquirido alas y que, a la velocidad del rayo, volaban de casa en casa. Más valía intentar adelantárseles y pasar por la casa de la madre de Siv Lantin para hablar con ella, pese a que aún no habían recibido la confirmación de la identidad de Siv. Por si acaso, había mirado también su dirección antes de salir de la comisaría. Fue un poco más difícil localizarla, puesto que Gun se volvió a casar y había dejado de llamarse Lantin. Tras investigar un poco, supo que en la actualidad se llamaba Struwer y que había una casa de veraneo a nombre de Gun y Lars Struwer en Norra Hamngatan, en Fjällbacka. El nombre Struwer le sonó familiar, pero no logró ubicarlo.

Tuvo suerte, pues encontró un aparcamiento en Planarna, al pie de la pendiente coronada por el Badrestaurangen, y recorrió caminando los últimos cien metros. En verano, el tráfico en Norra Hamngatan se limitaba a un sentido y, sin embargo, en el breve tramo que cubrió a pie, se encontró con tres idiotas que, evidentemente, no eran capaces de leer las señales de tráfico y que, por consiguiente, lo obligaron a pegarse al muro de piedra cuando ellos, a su vez, se encontraron con los coches que venían en sentido contrario. El terreno era, al parecer, tan salvaje que quienes vivían allí se veían obligados a tener un *jeep*, el tipo de vehículo que más abundaba entre los veraneantes, y Patrik suponía que eran los habitantes del impracticable territorio de Estocolmo quienes venían con ellos.

De buena gana habría sacado la placa para ponerlos al corriente de la legalidad vigente, pero se abstuvo de ello. Si perdía el tiempo en intentar enseñarles a los veraneantes a conducir con normalidad y sensatez, apenas podría dedicarse a nada más.

Cuando llegó a la casa, que era blanca con las esquinas azules y situada a la izquierda, enfrente de una hilera de cobertizos de pescadores de color rojo, que le conferían a Fjällbacka esa silueta suya tan característica, vio que el dueño estaba descargando un par de maletas gigantescas de un Volvo V70 de color dorado. O, para ser exactos, un señor de edad que vestía una blazer sacaba las maletas resoplando, mientras que una mujer muy maquillada gesticulaba a su lado sin cesar. Ambos estaban tostados por el sol, más que tostados, se diría, hasta el punto de que si el verano no hubiese sido tan caluroso, Patrik habría pensado que habían pasado sus vacaciones en el extranjero. Pero, dado que habían tenido un verano de sol constante,

bien podrían haberse agenciado el bronceado en cualquiera de las agrupaciones de piedra plana de la costa de Fjällbacka.

Se les acercó y, tras un instante de vacilación, se aclaró la garganta tosiendo ligeramente para llamar su atención. Ambos interrumpieron su actividad y se volvieron hacia donde él estaba.

—¿Sí? —la voz de Gun Struwer sonó algo más chillona de lo normal y Patrik observó su rostro afilado.

—Soy Patrik Hedström, de la policía de Fjällbacka. ¿Podría intercambiar unas palabras con ustedes?

—¡Por fin! —la mujer alzó las manos, de uñas perfectamente cuidadas y pintadas de rojo, y miró al cielo aliviada—. ¡No me explico cómo han tardado tanto! La verdad, no comprendo en qué se invierten nuestros impuestos. Llevamos todo el verano denunciando que la gente deja el coche en nuestra plaza de aparcamiento sin permiso, pero no hemos oído ni una palabra hasta ahora. ¿Van a poner fin a ese descaro? Sepa que hemos pagado mucho por esta casa y consideramos que estamos en nuestro derecho de disfrutar de la plaza de aparcamiento..., aunque quizá sea mucho pedir.

Dicho esto se puso en jarras y clavó en Patrik una mirada retadora. Detrás de ella estaba su marido, que parecía querer desaparecer bajo tierra. Era evidente que aquello no le parecía a él tan indignante.

—Pues resulta que no he venido aquí por ninguna infracción de aparcamiento. En primer lugar, he de preguntarle si su nombre era antes Gun Lantin y si tenía una hija llamada Siv.

Gun calló enseguida y se llevó la mano a la boca. Patrik no precisaba otra respuesta. Su marido fue el primero en reaccionar y le mostró la puerta, que habían dejado abierta para sacar las maletas. A Patrik se le antojaba un tanto arriesgado dejar el equipaje en la calle, de modo que tomó dos de las maletas y le ayudó a Lars Struwer a llevarlas dentro otra vez, mientras que Gun se apresuraba a entrar en la casa antes que ellos.

Se acomodaron en la sala de estar, Gun y Lars sentados uno junto al otro en el sofá, mientras que Patrik optó por el sillón. Gun se aferraba al brazo de Lars, cuyas palmaditas de consuelo parecían más bien mecánicas, como si considerase que la situación las exigía.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué han averiguado? Ya han pasado más de veinte años, ¿cómo puede haber surgido algo nuevo después de tanto

tiempo? —preguntó Gun nerviosa.

—Quisiera subrayar que aún no sabemos nada con certeza, pero *puede* que hayamos encontrado el cadáver de Siv.

Gun se llevó la mano a la garganta y, por una vez, dio la impresión de haberse quedado sin palabras.

Patrik prosiguió:

—Aún esperamos la identificación definitiva del forense, aunque lo más probable es que se trate de Siv.

—Pero... ¿cómo?, ¿dónde...? —la mujer formuló las preguntas entrecortadamente, las mismas que le había hecho el padre de Mona.

—Encontramos el cadáver de una joven en Kungsklyftan y, al mismo tiempo, hallamos dos esqueletos, el de Mona Thernblad y, con toda probabilidad, el de Siv.

Como ya lo había hecho con Albert Thernblad, les explicó que lo más verosímil era que las muchachas hubiesen sido trasladadas allí después de su muerte y que la policía estaba haciendo todo lo posible por averiguar quién o quiénes habían cometido los asesinatos.

Gun apoyó el rostro en el pecho de su marido, pero Patrik se dio cuenta de que su llanto era fingido. Tuvo la impresión, o más bien la vaga sensación, de que sus manifestaciones de dolor eran, hasta cierto punto, una representación teatral.

Una vez recobrada la presencia de ánimo, Gun sacó del bolso un pequeño espejo con el que comprobó que su maquillaje seguía intacto, antes de preguntarle a Patrik:

—¿Qué sucederá ahora? ¿Cuándo podremos recuperar los restos mortales de mi querida Siv? —sin aguardar respuesta, la mujer se dirigió a su marido—. Lars, tenemos que darle a mi querida hija un buen entierro. Después podríamos ofrecer un aperitivo en la sala de celebraciones del Hotel Stora o quizá incluso una cena de tres platos. ¿Crees que podríamos invitar a...?

Pronunció el nombre de uno de los grandes de la industria que, como Patrik sabía, era propietario de una casa al final de aquella calle.

Gun continuó abundando en el tema:

—Me topé con Eva, su mujer, a principios del verano y me dijo que teníamos que quedar algún día. Estoy segura de que apreciarían que los invitásemos.

Su voz dejaba traslucir la excitación, al tiempo que el marido fruncía el entrecejo con gesto displicente. De pronto, Patrik recordó en qué contexto había oído su apellido. Lars Struwer había puesto en marcha una de las mayores cadenas de supermercados de Suecia, aunque, si no recordaba mal, ya estaba jubilado y había vendido la empresa a unos compradores extranjeros. No era nada extraño, pues, que hubiesen podido permitirse una casa tan bien situada. El tipo tenía muchos, muchos millones. La madre de Siv había ascendido en la sociedad desde finales de los setenta, cuando aún vivía todo el año en una pequeña casa de veraneo, junto con su hija y con su nieta.

—Querida, ¿no crees que deberíamos preocuparnos de los detalles prácticos más tarde? Supongo que, antes, necesitarás tiempo para digerir la noticia, ¿no?

Formuló la pregunta al tiempo que le dedicaba a su esposa una mirada de reprobación, a la que ella reaccionó bajando la vista, como recordando de nuevo su papel de madre que lloraba la pérdida de una hija.

Patrik miró a su alrededor y, pese a lo luctuoso de su misión, no pudo por menos de reír para sus adentros. En efecto, la sala era una parodia de las casas de veraneo de las que tanto se mofaba Erica. Todo estaba decorado como un camarote en colores marinos, cartas de navegación en las paredes, faros y candelabros, cortinas estampadas de conchas y caracolas e incluso un viejo timón convertido en mesa de centro, claro ejemplo de que el dinero y el buen gusto no tenían por qué ir de la mano.

—Me pregunto si no podría hablarme un poco de Siv. Acabo de visitar a Albert Thernblad, el padre de Mona, que además me mostró unas fotografías de su hija. ¿Hay alguna posibilidad de ver algunas de Siv?

A diferencia de Albert, que estaba encantado de poder hablar de la niña de sus ojos, Gun se retorció en el sofá, a todas luces incómoda con la pregunta.

—Pues..., la verdad, no sé de qué serviría. Ya me hicieron un montón de preguntas cuando Siv desapareció y supongo que estarán en los archivos...

—Por supuesto, pero yo me refería a algo más personal. Querría saber cómo era, qué le gustaba, a qué quería dedicarse en la vida, ese tipo de cosas...

—¿A qué quería dedicarse? Bueno, la verdad es que no habría podido dedicarse a mucho. Se quedó preñada de un chico alemán a los diecisiete años, así que yo me encargué de que no siguiese perdiendo el tiempo con los estudios. De todos modos, ya era demasiado tarde para ella y, desde luego, yo no tenía la menor intención de cuidarle a la cría.

Su tono era tan burlón... Al ver el modo en que Lars miraba a su esposa, Patrik pensó que, cualquiera que fuese la imagen que de ella tenía cuando se casaron, no conservaba ya mucho de aquella ilusión. Un cansancio resignado se percibía en su rostro, marcado por la decepción. Asimismo, era evidente que el matrimonio había llegado a tal punto que Gun no se esforzaba por enmascarar su auténtica personalidad más de lo imprescindible. Puede que en su día Lars sintiese por ella un amor auténtico, pero, en el caso de Gun, Patrik apostaría cualquier cosa a que el atractivo habían sido los succulentos millones que Lars Struwer guardaba en su cuenta bancaria.

—Sí, exacto, ¿dónde está la hija de Siv? —Patrik se inclinó hacia delante al hacer la pregunta, sin ocultar su curiosidad.

Otra vez aquellas lágrimas de cocodrilo.

—Después de la desaparición de Siv, no pude hacerme cargo de ella yo sola. Por supuesto que me habría gustado hacerlo, pero eran tiempos difíciles para mí y cuidar a la pequeña..., en fin, que no era posible. Así que opté por la mejor solución dadas las circunstancias y la mandé a Alemania con su padre. Claro, a él no le sentó nada bien verse con una niña de la noche a la mañana, pero tampoco tenía muchas opciones...; después de todo, era el padre de la criatura, que para eso tenía yo los papeles.

—¿O sea que ahora vive en Alemania? —El embrión de una idea empezó a gestarse en el cerebro de Patrik. ¿Sería posible que...? No, no lo era.

—No, está muerta.

La asociación de Patrik murió tan pronto como había nacido.

—¿Muerta?

—Sí, murió en un accidente de tráfico cuando tenía cinco años. El alemán ni siquiera se molestó en llamarme por teléfono; tan sólo recibí una carta en la que me comunicaba que Malin había fallecido. Y tampoco me invitaron al entierro, ¿se lo imagina? ¡Mi propia nieta y no pude ni ir a su entierro! —exclamó con la voz trémula de indignación—. Además,

tampoco contestó las cartas que le envié mientras vivía, la niña, digo. ¿No cree que habría sido más que justo que hubiese ayudado un poco a la abuela de su pobre hija, que había perdido a su madre? Después de todo, la pequeña tuvo qué comer y qué ponerse los dos primeros años de vida gracias a mí. ¿No debería haberme compensado por ello?

La actitud de Gun había ido evolucionando hacia la ira que en ella despertaban las injusticias de las que se consideraba víctima, y no se calmó hasta que Lars, con tanta suavidad como firmeza, posó la mano sobre su hombro y se lo presionó expeditivo, animándola a que se controlase.

Patrik se abstuvo de hacer ningún comentario. Sabía que Gun Struwer no habría apreciado lo más mínimo su parecer. ¿Por qué, en nombre del cielo, tendría que mandarle a ella dinero el padre de la criatura? ¿Acaso no veía lo absurdo de su exigencia? Era evidente que no, pues en sus bronceadas y ajadas mejillas se perfilaban claramente dos flores rojas de indignación pese a que su nieta llevaba muerta más de veinte años.

Hizo un último intento por averiguar algún otro dato personal de Siv.

—¿Tiene, por casualidad, alguna fotografía?

—No creo, la verdad es que no le hice muchas fotos, aunque, bueno, alguna podré desempolvar.

La mujer se levantó y dejó solos en la sala de estar a Patrik y a Lars. Ambos guardaron silencio durante unos minutos, hasta que Lars tomó la palabra, eso sí, en voz baja, para que Gun no lo oyese.

—No es tan fría como parece. Gun tiene muchas facetas positivas.

«¡Eso es, di que sí!», se dijo Patrik. Aquello era lo que él llamaría la apología de un loco. Pero, claro, Lars hacía sin duda lo posible por justificar su elección de esposa. Patrik calculó que él era unos veinte años mayor que Gun y la suposición de que en tal elección había intervenido la guía de un miembro de su cuerpo distinto de la cabeza quedaba bastante clara. Aunque, por otro lado, Patrik se vio obligado a admitir que tal vez su profesión lo hubiese vuelto un tanto cínico, que tal vez hubiese entre ellos amor verdadero; ¡qué sabía él!

Gun regresó a la sala de estar, aunque no con gruesos álbumes de fotos, como Albert Thernblad, sino con una única instantánea en blanco y negro que la mujer, arisca, le plantó a Patrik en la mano. En ella se veía a una Siv que, con rebeldía adolescente, sostenía a su niña en los brazos,

pero, a diferencia de las fotos de Mona, no había en su semblante ni rastro de alegría.

—Bueno, ahora tenemos que ponernos a ordenar todo esto. Acabamos de llegar de Provenza, donde vive la hija de Lars.

De la forma en que Gun pronunció la palabra «hija», dedujo Patrik que no era precisamente el cariño lo que las unía. Asimismo se percató de que su presencia no era ya del agrado del matrimonio, por lo que les dio las gracias para despedirse.

—Ah, y gracias también por prestarme la fotografía. Prometo que la devolveré en buen estado.

Gun lo despedía con la mano cuando, de pronto, recordó de nuevo su papel y, con la cara retorcida en un mohín de supuesto dolor, le dijo:

—Por favor, avísenme en cuanto lo sepan con certeza. Me gustaría tanto poder enterrar por fin a mi pequeña Siv...

—Por supuesto, en cuanto sepa algo, volveré.

Capítulo 4

Verano de 1979

Sentía como si hubiesen transcurrido meses, pero sabía que no podía ser tanto. Aun así, cada hora pasada en aquella oscuridad le parecía toda una vida.

Demasiado tiempo para pensar. Demasiado tiempo para sentir cómo el dolor retorció cada uno de sus nervios. Tiempo para pensar en todo lo que había perdido... lo que iba a perder.

Ahora sabía que no saldría de allí. Nadie podía huir de tal padecimiento. Pese a todo, jamás había sentido unas manos más suaves que las suyas. Nunca la habían acariciado con tanto amor, un amor que la hacía desear su tacto. No el tacto odioso y doloroso que venía después, sino el tacto dulce que lo precedía. Si hubiera experimentado antes un tacto así, todo habría sido distinto, ahora estaba segura. La sensación que experimentaba cuando él recorría su cuerpo con las manos era tan limpia, tan inocente, que alcanzaba incluso ese duro núcleo de su corazón al que nadie había logrado llegar con anterioridad.

En la oscuridad, él lo era todo para ella. No habían pronunciado una sola palabra, pero ella soñaba con cómo sonaría su voz: paternal, cálida... Pero cuando el dolor se hacía presente, lo odiaba. Entonces hubiera podido matarlo... si fuese capaz.

* * *

Robert lo halló en el cobertizo. Se conocían tan bien..., y sabía que Johan solía refugiarse allí cuando tenía alguna cavilación. Al ver que la casa estaba desierta, fue derecho allí, donde, en efecto, encontró a su hermano en cuclillas en el suelo, abrazado a sus rodillas.

Eran tan distintos que, en ocasiones, a Robert le resultaba increíble que fuesen hermanos de verdad. Él, por su parte, estaba orgulloso de no haber

dedicado un minuto de su vida a meditar sobre ningún asunto, ni siquiera a intentar prever las consecuencias de nada. Él era un hombre de acción, fuese cual fuese el resultado. «El que esté vivo lo verá», ese era su lema; y no había ningún motivo para andar cavilando sobre aquello que uno no podía gobernar. La vida lo engañaba a uno en cualquier caso, de un modo u otro: era, por así decirlo, el orden natural de las cosas.

En cambio, Johan era demasiado profundo para procurarse lo mejor para sí mismo. En algún momento aislado de clarividencia había sentido Robert un punto de arrepentimiento por haber guiado a su hermano por el mal camino, pero, por otro lado, tal vez fuese mejor así. De lo contrario, Johan habría sido víctima de la mayor de las decepciones. Los dos eran hijos de Johannes Hult y era como si pesase una maldición sobre toda esa rama de la familia. No existía la menor posibilidad de que ninguno de ellos triunfase en empresa alguna, así que ¿para qué intentarlo siquiera?

No lo reconocería ni bajo tortura, pero amaba a su hermano más que a nadie en el mundo y sintió un pinchazo en el corazón al ver su silueta en la semipenumbra del cobertizo. El joven parecía hallarse sumido en su pensamiento, a miles de kilómetros de allí, y su persona irradiaba la melancolía que Robert entreveía de vez en cuando. Era como si una nube de pesar se cerniese sobre el estado de ánimo de Johan y lo obligase a buscar el abrigo de un lugar oscuro y lóbrego durante semanas. No lo había visto así en todo el verano, pero en cuanto cruzó la puerta experimentó la sensación física de que estaba de ese modo.

—¿Johan?

Éste no respondió. Robert siguió adentrándose en la oscuridad sin hacer ruido. Se acuclilló junto a su hermano y le puso una mano en el hombro.

—Johan, ¿otra vez estás así?

Su hermano asintió sin más. Cuando volvió el rostro hacia Robert, éste vio con asombro que lo tenía hinchado por el llanto. Aquello no era habitual durante los períodos de melancolía de Johan y la desazón se apoderó de él.

—¿Qué pasa, Johan? ¿Qué ha sucedido?

—Papá...

El resto de la frase se ahogó en sollozos mientras Robert se esforzaba por oír lo que decía.

—Johan, ¿qué dices de papá?

Johan respiró hondo un par de veces para calmarse y continuó:

—Ahora todos comprenderán que papá era inocente de la desaparición de aquellas dos chicas. ¿Lo entiendes? Ahora todo el mundo sabrá que no fue él.

—¿Qué delirio es ese? —le preguntó zarandeándolo, aunque sentía que el corazón se le paraba en el pecho.

—Mamá ha estado en el pueblo y se ha enterado de que encontraron a una chica muerta y que, junto a su cadáver, hallaron también los esqueletos de las dos que desaparecieron. ¿Lo pillas? Han asesinado a una chica *ahora* y nadie puede decir que fue nuestro padre quien lo hizo.

Johan rompió a reír con un punto histérico. Robert seguía sin comprender de qué hablaba. Desde que encontró a su padre en el cobertizo con una cuerda al cuello, había soñado y fantaseado con oír las mismas palabras que Johan acababa de pronunciar.

—¿No estarás quedándote conmigo, verdad? Porque, si es así, te vas a enterar de lo que es bueno.

Cerró el puño, pero Johan seguía riendo histéricamente mientras sus lágrimas, que brotaban de alegría, según comprendió Robert, no cesaban de recorrer sus mejillas. Johan se dio la vuelta y abrazó a su hermano con tal fuerza que éste apenas podía respirar y, cuando por fin vio claro que le decía la verdad, le devolvió el abrazo con todas sus fuerzas.

Por fin se haría justicia con su padre. Por fin su madre podría caminar por el pueblo con la cabeza bien alta, sin oír las habladurías a su espalda y sin ver los dedos que, discretamente, los acusaban cuando la gente creía que ellos no los verían. Ahora se arrepentirían todos aquellos borregos parlanchines. Durante veinticuatro años habían ido contando mentiras de su familia, pero ahora tendrían que enfrentarse a la vergüenza de haberlo hecho.

—¿Dónde está mamá?

Robert se desprendió del abrazo y miró inquisitivo a Johan, que estalló en risitas incontroladas entre las que dijo algo indescifrable.

—¿Qué dices? Cálmate y habla como hay que hablar. Te pregunto que dónde está mamá.

—En casa del tío Gabriel.

El rostro de Robert se ensombreció.

—¿Qué coño hace en casa de ese tío?

—Decirle la verdad a la cara, creo. Nunca la he visto tan enojada como cuando llegó del pueblo y me contó lo que había oído. Así que decidió ir a la finca a explicarle a Gabriel qué clase de persona era, me dijo. De modo que a estas alturas, le habrá soltado una buena. Vamos, que tendrías que haberla visto. Con el cabello revuelto, casi despedía fuego por las orejas, que lo sepas.

La imagen de su madre con los pelos de punta y echando vaharadas de humo por las orejas hizo reír también a Robert. La mujer había sido una sombra que se arrastraba murmurando desde que él tenía uso de razón, con lo que resultaba difícil imaginarla en pleno acceso de ira.

—Habría dado cualquier cosa por ver la expresión de Gabriel cuando mamá entró arrasando en su casa. ¿Y te imaginas a la tía Laine?

Johan ejecutó una perfecta interpretación, con la expresión angustiada y retorciendo las manos junto al pecho mientras con voz chillona, declamaba:

—Pero, Solveig, querida Solveig, no deberías usar ese vocabulario, ¿no te parece?

Los dos hermanos se dejaron caer al suelo entre convulsas risotadas.

—Oye, ¿tú piensas en papá alguna vez?

La pregunta de Johan los devolvió a la seria realidad y Robert permaneció en silencio unos minutos antes de responder.

—Sí, claro que sí. Aunque me cuesta pensar en otra imagen que la del aspecto que tenía aquel día. Ya puedes estar contento de haberte librado de verlo. Y tú, ¿piensas en él?

—Sí, muy a menudo. Sólo que es como si estuviese viendo una película, no sé si me entiendes. Recuerdo lo contento que estaba siempre y cómo solía bromear, bailar y hacerme dar vueltas en el aire, pero lo veo como desde fuera, como en una película.

—Sí, entiendo a qué te refieres.

Estaban tumbados uno al lado del otro, mirando al techo, mientras la lluvia golpeaba el latón del tejado.

Johan dijo en voz muy baja:

—¿Verdad que nos quería, Robert?

Éste respondió en el mismo tono quedo:

—Por supuesto que sí, Johan, claro que nos quería.

Oyó a Patrik sacudir un paraguas en la escalinata, así que se levantó como pudo del sofá para ir a la puerta y salir a su encuentro.

—¿Hola?

Patrik entró preguntando y mirando con curiosidad a su alrededor. La calma y la silenciosa tranquilidad no eran, al parecer, lo que esperaba encontrar. En realidad, ella hubiese debido estar un tanto enfurruñada con él, pues no la había llamado en todo el día, pero la alegría de verlo en casa superaba sus deseos de reñirle. Sabía, además, que nunca se encontraba muy lejos y tampoco dudaba de que hubiese pensado en ella mil veces a lo largo del día, tal era la seguridad que reinaba en su relación, y era maravilloso poder confiar en lo que eso significaba.

—¿Dónde están Conny y los bandidos? —susurró Patrik, pues seguía sin saber si estaban o no.

—Le puse a Britta un plato de macarrones con salchicha en la cabeza y no quisieron quedarse. ¡Desagradecidos!

Erica disfrutaba al ver el desconcierto pintado en la cara de Patrik.

—Sencillamente, exploté. Algún límite había que poner. Pero no creo que recibamos ninguna invitación de esa parte de la familia en los próximos cien años. Claro que no lo lamento. ¿Y tú?

—¡No, por Dios! —exclamó alzando la vista al cielo—. ¿De verdad que lo hiciste? ¿Le pusiste un plato de comida en la cabeza?

—Te lo juro. Toda mi buena educación se esfumó volando por la ventana. Ahora seguro que ya no iré al cielo.

—Mmm, tú eres ya un trocito de cielo, así que no tienes que...

La acarició juguetón en el cuello, exactamente en el lugar donde sabía que le hacía cosquillas, y ella lo apartó entre risas.

—Voy a preparar un chocolate caliente y luego me cuentas todo sobre «el gran altercado» —dijo Patrik tomándole la mano y llevándola a la cocina, donde la ayudó a acomodarse en una silla.

—Pareces cansado —comentó ella—. ¿Qué tal va la cosa?

Patrik lanzó un suspiro mientras batía la leche para mezclar bien el O'boy.

—Bueno, va, pero poco más. Una suerte que la policía científica consiguiese revisar el lugar del crimen antes de que empezara a llover. Si

las hubiésemos encontrado hoy y no anteayer, no nos habría quedado nada que buscar. Por cierto, gracias por el material que me conseguiste, ha sido de gran utilidad.

Mientras esperaba a que se calentase el chocolate, se sentó frente a Erica.

—Y tú, dime, ¿qué tal estás? Y el bebé, ¿todo bien?

—Sí, los dos estamos bien. Nuestro futuro jugador de fútbol ha estado haciendo de las suyas, como de costumbre, pero, desde que se fueron Conny y Britta, he tenido un día estupendo. Tal vez era eso lo que necesitaba para poder relajarme y sentarme a leer un rato: un buen puñado de parientes chalados.

—¡Qué bien! En ese caso, no tengo que preocuparme por vosotros.

—No, ni un ápice.

—¿Quieres que intente quedarme en casa mañana? Tal vez pueda trabajar un poco desde aquí y, además, estoy cerca.

—Eres un encanto, pero estoy bien, de verdad. Creo que es más importante que emplees tus fuerzas en encontrar al asesino antes de que se enfríen las pistas. Ya llegará el momento en que te exija que no te alejes de mí más de un metro. —Acompañó sus palabras de una sonrisa y le dio una palmadita en la mano antes de proseguir—: Además, me temo que se está suscitando una especie de histeria general. Hoy me han llamado varias personas para sonsacarme cuánto sabéis; naturalmente, yo no digo nada, aunque lo supiera, que no es el caso. —Aquí tuvo que detenerse a recobrar el aliento—. Y, al parecer, la oficina de información ha recibido un montón de anulaciones de reservas de gente que no se atreve a venir, y gran parte de los veleros se ha marchado en busca de otros puertos. Así que, aunque la industria turística local no ha empezado a presionaros aún, ya podéis prepararos para la que vendrá.

Patrik asintió, pues ya se temía él que aquello ocurriría. La histeria se propagaría e iría en aumento hasta que lograsen meter a alguien entre rejas. Para un pueblo como el de Fjällbacka, que vivía del turismo, aquello era una catástrofe. Recordaba un verano de hacía un par de años, en el que un psicópata llegó a consumir cuatro violaciones en el mes de julio, antes de que consiguieran atraparlo. Los comerciantes de la zona lo pasaron fatal esas semanas, pues los turistas optaron por irse a alguno de los pueblos cercanos, como Grebbestad o Strömstad. Con un asesinato, la situación

sería aún peor. Por suerte, la responsabilidad sobre ese tipo de cuestiones era cosa del comisario jefe y Patrik le cedía de mil amores a Mellberg las eventuales entrevistas.

Se frotó con los dedos la base de la nariz. Notaba que se iba avecinando un fuerte dolor de cabeza. Estaba a punto de tomarse un analgésico cuando, de pronto, cayó en la cuenta de que no había comido en todo el día. Por lo general, la comida era uno de los vicios que se permitía en la vida, como testimoniaba una incipiente flacidez en torno a la cintura y, de hecho, era incapaz de recordar cuándo había sido la última vez que se saltó una comida. Estaba demasiado cansado para ponerse a cocinar algo, así que se preparó dos bocadillos de queso y caviar, que fue mojando en el chocolate caliente. Erica lo miró con repulsión, como siempre que contemplaba aquellas combinaciones que, en su opinión, resultaban repugnantes desde un punto de vista gastronómico; en cambio, para Patrik, eran un manjar de dioses. Después de los dos bocadillos, el dolor de cabeza no era más que un recuerdo y sintió que recobraba la energía.

—Oye, ¿por qué no invitamos a Dan y a su chica este fin de semana? Podemos hacer algo a la parrilla.

Erica arrugó la nariz, pues la idea no parecía entusiasmarle.

—Venga, no le has dado a Maria ni una oportunidad. ¿Cuántas veces la has visto? ¿Dos?

—Sí, sí, ya lo sé. Pero es que sólo tiene... —se esforzaba por encontrar la palabra adecuada— ... veintiuno.

—Ya, pero eso no es culpa suya. Ser joven, vamos. Claro que a veces parece un poco tonta, pero, quién sabe, puede que sólo sea timidez. Y, al menos por Dan, creo que valdría la pena esforzarse un poco. Quiero decir que, después de todo, es su elección. Después de separarse de Pernilla, no tiene nada de extraño que haya conocido a otra mujer.

—Vaya, pues sí que te has vuelto tú tolerante —dijo Erica un tanto arisca, aunque no podía por menos de reconocer que Patrik tenía parte de razón—. ¿Cómo es que estás tan generoso?

—Yo siempre soy generoso cuando se trata de chicas de veintiún años, porque tienen unas cualidades espléndidas...

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —preguntó Erica enojada, hasta que comprendió que Patrik estaba tomándole el pelo—. ¡Bah! ¡Venga ya! Sí, creo que tienes razón. Vamos a invitar a Dan y a su quinceañera.

—¡Oye!

—Vale, vale, a Dan y a Maria. Seguro que lo pasaremos bien. Puedo sacar la casita de muñecas de Emma y así tendrá algo que hacer mientras cenamos los mayores.

—Erica...

—Vale, ya lo dejo, pero es que no puedo evitarlo. Es como una especie de tic.

—¡Qué mala eres! Ven aquí y dame un abrazo, en lugar de andar maquinando crueldades.

Ella le tomó la palabra y acabaron los dos acurrucados en el sofá. En el caso de Patrik, aquello era lo que le daba fuerzas para enfrentarse al lado oscuro de la humanidad que veía en su trabajo: Erica y la idea de que tal vez él pudiese contribuir, por poco que fuera, a que el mundo resultase más seguro para aquel pequeño que le empujaba con los pies, en la palma de la mano, desde dentro de la tensa piel del vientre de Erica. Al otro lado de la ventana, el viento empezaba a amainar a medida que caía la tarde y el color del cielo pasaba de gris a rosa incandescente. Mañana, pronosticó para sí mismo, volverá a brillar el sol.

Las previsiones de sol que se había hecho Patrik resultaron ciertas. Al día siguiente, parecía que jamás hubiese llovido y, hacia mediodía, el asfalto ardía de nuevo. Martin no paraba de sudar, pese a que llevaba pantalón corto y camiseta, pero lo de transpirar constantemente empezaba a antojársele un estado natural, y recordaba el frescor experimentado el día anterior como si hubiese sido un sueño.

Se sentía un tanto indeciso sobre el modo de seguir adelante con el trabajo. Patrik estaba en el despacho de Mellberg, así que no había tenido tiempo aún de intercambiar opiniones con él. Uno de los problemas que se le planteaban era la información que obtuviesen de Alemania. Los colegas alemanes podían llamar en cualquier momento y temía que se le escapase algo de lo que dijeran a causa de su escaso conocimiento de la lengua. Así que lo mejor sería buscar a alguien que hiciese de intérprete en una conversación a tres bandas. Pero ¿a quién recurrir? Los intérpretes con los que había contado en ocasiones anteriores lo eran de lenguas bálticas, ruso y polaco, por los problemas que habían tenido con los casos de coches robados para ser vendidos en esos países, pero hasta ahora jamás habían

precisado asistencia con el alemán. Sacó la guía telefónica y la hojeó un poco al azar, sin saber bien qué buscaba en realidad. Uno de los apartados le inspiró una brillante idea. Teniendo en cuenta la gran cantidad de turistas alemanes que pasaban por Fjällbacka cada año, la oficina de turismo del pueblo tendría sin duda algún empleado que dominase esa lengua. Ansioso por comprobarlo, marcó el número de la oficina, desde donde le respondió una voz clara y dulce de mujer.

—Oficina de turismo de Fjällbacka, buenos días, le habla Pia.

—Hola, soy Martin Molin, de la comisaría de policía de Tanumshede. Verás, quería saber si tenéis a alguien que sea un hacha en alemán.

—Pues... podría ser yo, pero ¿para qué?

La voz de la joven sonaba cada vez más atractiva y Martin tuvo una inspiración.

—¿Podría ir a verte para hablar del asunto cara a cara? ¿Tienes tiempo?

—Por supuesto. Salgo a comer dentro de media hora. Si te va bien, podríamos encontrarnos en el Café Bryggan, ¿qué te parece?

—Perfecto. Pues nos vemos allí dentro de media hora.

Martin colgó el auricular muy animado. No estaba muy seguro de cuál era la locura que se le había metido en la cabeza, pero la muchacha sonaba tan dulce y agradable por teléfono...

Cuando, media hora más tarde, aparcó el coche delante de Jarnboden y, sorteando turistas, cruzó la plaza de Ingrid Bergman, empezó a replantearse el asunto. Esto no es una cita, intentaba convencerse, es una misión policial..., aunque no podía negar que sería una cruel decepción ver que Pía, la joven de la oficina de turismo, pesaba doscientos kilos y tenía los dientes salidos.

Llegó al café y pasó por entre las mesas mirando a su alrededor. Sentada a una de ellas, vio a una joven que le hacía señas con la mano y que llevaba una camisa azul y un colorido pañuelo con el logotipo de la oficina de turismo. Al comprobar que había acertado en sus expectativas, se le escapó un suspiro de alivio seguido de una sensación de triunfo. Pia era un bombón: tenía los ojos grandes y castaños, una hermosa cabellera de rizos trigueños, una amplia sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes de un blanco perfecto y, en sus mejillas, dos simpáticos hoyuelos. Aquel almuerzo sería mucho más agradable que la opción de engullir una fría ensalada de

pasta en la cocina de la comisaría y en compañía de Hedström. Y no es que no le gustara Hedström, pero desde luego no podía decirse que fuese una belleza.

—Martin Molin.

—Hola, Pia Lofstedt.

Una vez superada la presentación, le pidieron dos sopas de pescado a una camarera alta y rubia.

—Tenemos suerte. Sillen estará aquí toda la semana.

Pia se percató de que Martin ignoraba a qué se refería.

—Christian Hellberg, el cocinero del año 2001, es de Fjällbacka. Ya verás cuando pruebes la sopa de pescado, ¡es divina!

La joven no dejaba de gesticular mientras hablaba y Martin se dio cuenta de que se había quedado mirándola, presa de la más absoluta fascinación. Pia era totalmente distinta a las chicas con las que solía salir y tal vez por esa razón se sentía tan a gusto en su compañía. Se vio obligado a decirse a sí mismo una vez más que no era un almuerzo de relaciones sociales, sino que tenía una misión que cumplir.

—He de reconocer que no recibimos muchas llamadas de la policía. Supongo que guarda relación con los cadáveres de Kungsklyftan, ¿no?

Le preguntó en un tono de fría constatación, sin curiosidad malsana, y Martin le confirmó su sospecha.

—Así es. La joven era una turista alemana, como ya habréis oído, y vamos a necesitar la ayuda de un intérprete. ¿Crees que tú podrías hacerlo?

—Estuve dos años estudiando en Alemania, así que no creo que tenga ningún problema.

En ese momento les sirvieron la sopa y, tras haberla probado, Martin no pudo por menos que coincidir con Pia: estaba «divina». Se sorprendió intentando no sorber, pero abandonó enseguida. Esperaba que Pia hubiese visto *Emil el terrible*: «Hay que sorber, si no, uno no sabe que es sopa lo que está comiendo».

—Resulta un tanto curioso... —Pia hizo una pausa para tomar otra cucharada de sopa. De vez en cuando corría por entre las mesas una suave brisa que brindaba algunos segundos de frescor. Ambos se quedaron contemplando un hermoso y antiguo balandro que luchaba por abrirse paso sobre las aguas con la vela al viento. No era un buen día para hacer vela, pues no soplaba lo suficiente, de modo que la mayoría de las embarcaciones

navegaba a motor. Pia prosiguió—: Esa chica alemana, Tanja, ¿no?, vino a la oficina de turismo hace poco más de una semana y nos pidió que le ayudásemos a traducir unos artículos.

Aquel comentario despertó enseguida el interés de Martin.

—¿Qué artículos?

—Unos sobre aquellas dos chicas cuyos esqueletos encontraron bajo su cadáver. Eran noticias viejas que ella había fotocopiado, seguramente de la biblioteca, me figuro.

A Martin, con la excitación, se le escapó de entre los dedos la cuchara, que cayó en el cuenco con un tintineo.

—¿Y te dijo por qué quería traducirlas?

—No, no dijo nada y yo tampoco pregunté. En realidad se supone que no podemos dedicarnos a esas cosas durante la jornada laboral, pero era mediodía y todos los turistas estaban bañándose en la playa, así que no había problema. Además, parecía tener tanto interés... que me dio pena. — Pia vaciló un instante, antes de continuar—: ¿Puede tener eso algo que ver con el asesinato? Tal vez debería haber llamado para contarlo...

Martin se apresuró a tranquilizarla. Por alguna razón, le molestaba sobremanera que ella experimentase cualquier sensación desagradable por su causa.

—No, ¿cómo ibas a saberlo tú? Pero ha estado bien que me lo contases ahora.

Continuaron con el almuerzo, charlando de temas más placenteros, hasta que el rato del que la joven disponía para comer se esfumó. Pia tuvo que volver a toda prisa a la pequeña oficina de turismo, que se hallaba en el centro de la plaza, para no disgustar a la compañera que se iba a comer después que ella. Antes de que Martin pudiese reaccionar, la muchacha ya se había ido, tras una despedida demasiado acelerada para su gusto. Se le había ocurrido invitarla a salir y tuvo la pregunta en la punta de la lengua, pero no logró formularla. Rezongando y maldiciendo, se encaminó al coche, pero, de regreso a Tanumshede, sus pensamientos se deslizaron sin querer hacia lo que Pia le había contado sobre Tanja: que le había pedido ayuda para traducir unos artículos acerca de las dos chicas desaparecidas. ¿Por qué le interesaría aquello? ¿Quién era Tanja? ¿Qué relación, invisible para ellos, existiría entre ella, Siv y Mona?

La vida era deliciosa. La vida era incluso muy deliciosa. Ya no recordaba cuándo fue la última vez que el aire le pareció tan limpio, los aromas tan intensos y los colores tan brillantes. La vida era, en verdad, deliciosa.

Mellberg observaba a Hedström sentado enfrente. Un joven elegante y un buen policía. Bueno, tal vez él no lo había expresado nunca con esas palabras, pero ahora aprovecharía la ocasión. Era importante que los colaboradores se sintieran apreciados. Un buen líder reparte tanto las críticas como las alabanzas con la misma mano firme, según había leído en algún lugar. Con las críticas quizá se había pasado de generoso hasta ahora, admitió gracias a su recién conseguida clarividencia, pero no era nada que no pudiese compensar.

—¿Qué tal va la investigación?

Hedström le expuso lo principal del trabajo que habían realizado.

—Excelente, excelente —asentía Mellberg, casi jovial—. La verdad es que he recibido una serie de llamadas bastante desagradables a lo largo de la mañana. Todos tienen mucho interés en que esto se resuelva con la mayor rapidez, de modo que sus efectos sobre el turismo no se prolonguen demasiado, que fue la hermosa explicación que me dieron. Pero eso no es nada de lo que tú tengas que preocuparte. Yo les he asegurado, personalmente, que uno de los mejores miembros del cuerpo está trabajando día y noche para meter entre rejas al agresor, así que tú encárgate de seguir haciendo tu trabajo, de esa forma tan impecable, que yo me ocupo de los jefazos municipales.

Hedström lo miró con extrañeza. Mellberg le devolvió la mirada y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. En fin, si el chico supiera...

La reunión con Mellberg le había llevado poco más de una hora y cuando volvía a su despacho miró hacia el de Martin, pero como su colega no se encontraba allí, Patrik aprovechó para ir a Hedemyrs a comprarse un bocadillo, que engulló ávidamente junto con una taza de café en el comedor de la comisaría. Acababa de terminar cuando oyó los pasos de Martin por el pasillo, así que le indicó que fuese con él a su despacho.

Una vez allí, Patrik le preguntó:

—¿Has notado algo raro en Mellberg últimamente?

—Aparte de que no se queja, no anda criticando todo el tiempo, sonrío constantemente, ha perdido bastante peso y lleva un tipo de ropa que puede calificarse como perteneciente a la moda de los noventa, no, nada. —Martin sonrió como para subrayar que pretendía ser irónico.

—Pues hay algo raro. Y no es que me queje, que conste. No se mezcla para nada en la investigación y hoy me ha colmado de tantas alabanzas que me hizo sonrojar. Pero hay algo que...

Patrik meneó la cabeza, intrigado, hasta que los dos colegas olvidaron las consideraciones sobre el nuevo Bertil Mellberg, conscientes de que tenían cuestiones más perentorias que tratar. Había cosas de las que uno debía disfrutar sin cuestionarlas.

Martin le habló de la infructuosa visita al camping y le reveló que no habían sacado nada más interesante de Liese. Cuando le contó lo que Pia le había dicho sobre Tanja y cómo fue a pedirle que le ayudara a traducir unos artículos sobre Mona y Siv, Patrik se mostró muy interesado.

—¡Demonios, sabía que ahí había alguna conexión! Pero ¿cuál puede ser? —exclamó al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Por cierto, ¿cómo fue ayer la reacción de los padres?

Patrik tenía sobre el escritorio las dos instantáneas que le habían dado Albert y Gun, las tomó y se las entregó a Martin. Después le describió los dos encuentros, con el padre de Mona y con la madre de Siv, sin poder ocultar el rechazo que sentía hacia esta última.

—De todos modos, ha debido de ser un alivio saber que se han encontrado los restos de las chicas. Tiene que ser tremendo ver cómo pasan los años sin saber dónde están. No hay nada peor que la incertidumbre, aseguran quienes saben de estas cosas.

—Sí, aunque más nos valdrá que Pedersen confirme que el otro esqueleto pertenece a Siv Lantin porque, de lo contrario, nos habremos pillado bien los dedos.

—Cierto, pero casi me atrevo a prometer que podemos contar con ello. Otro asunto, ¿seguimos sin tener el resultado de los análisis del puñado de tierra hallado en los esqueletos?

—No lo tenemos aún, por desgracia, y la cuestión es saber qué nos aportará. Pueden haber estado enterradas en cualquier sitio, e incluso si

averiguamos el tipo de tierra de que se trata, será como buscar una aguja en un pajar.

—Yo tengo más esperanzas en el ADN. Si damos con la persona en cuestión, lo sabremos enseguida, tan pronto como tengamos la posibilidad de analizar su ADN y compararlo con el que tenemos.

—Sí, claro, sólo falta ese «pequeño» detalle: encontrar a la persona en cuestión.

Ambos quedaron meditabundos y en silencio un instante, hasta que Martin disolvió la densa atmósfera levantándose de la silla.

—En fin, así no hacemos nada. Mejor será volver a la tarea.

Dicho esto, dejó a Patrik sentado y sumido en sus cavilaciones.

Ala hora de la cena, se mascaba la tensión. Nada inusual, desde luego, a partir de que Linda se mudara a vivir con ellos, pero ahora podía cortarse el aire con un cuchillo. Su hermano le había mencionado brevemente la visita de Solveig a su padre, pero no se lo veía muy dispuesto a abundar en el tema y eso era algo que Linda no pensaba consentir.

—Así que no fue el tío Johannes quien mató a aquellas chicas. Pues papá debe de sentirse fatal, mira que acusar a su hermano y que ahora resulte que era inocente...

—¡Cállate! No hables de lo que no sabes.

Todos los miembros de la familia que estaban alrededor de la mesa se sobresaltaron. Rara vez oían a Jacob levantar la voz, por no decir nunca. Incluso Linda se asustó por un instante, aunque se tragó el temor y continuó persistente:

—Pero, en realidad, ¿por qué creía papá que había sido el tío Johannes? A mí nadie me cuenta nunca nada.

Jacob dudó un segundo, pero comprendió que no conseguiría convencerla para que dejase de hacer preguntas, por lo que decidió que lo mejor sería satisfacer su curiosidad... al menos parcialmente.

—Papá vio a una de las chicas en el coche de Johannes la noche en que la joven desapareció.

—¿Y qué hacía papá fuera a esas horas?

—Había venido a verme al hospital, y decidió al fin volver a casa en lugar de dormir allí.

—Entonces, ¿sólo por eso? Ésa fue la razón por la que llamó a la policía y denunció a Johannes. Quiero decir..., debían de existir montones de explicaciones, incluso que Johannes se hubiese ofrecido a llevarla a su casa.

—Puede ser. Pero Johannes negó incluso haber visto a la muchacha aquella noche y declaró que, a esa hora, ya estaba durmiendo.

—¿Y qué dijo el abuelo? ¿No se enfadó cuando Gabriel llamó a la policía para acusar a Johannes?

A Linda le parecía fascinante. Ella había nacido después de la desaparición de las jóvenes y no le habían contado más que fragmentos de la historia. Nadie deseaba hablar de lo que había sucedido de verdad y la mayor parte de lo que Jacob le estaba revelando era una novedad para ella. Jacob resopló con sorna.

—¿Si el abuelo se enfadó? Pues sí, podría decirse que sí que se enfadó. Además, precisamente entonces estaba aislado y por completo concentrado en salvar mi vida, así que el abuelo se enfureció de verdad con papá, por ser capaz de hacer algo así.

Les dieron permiso a los niños para levantarse de la mesa. De lo contrario, se habrían pasado el rato haciendo chiribitas con los ojos al escuchar la historia de cómo el abuelo le salvó la vida a su padre. La habían oído muchas, muchas veces, pero no se cansaban nunca.

Jacob prosiguió:

—Al parecer se enfadó tanto que se planteó incluso modificar el testamento y poner a Johannes como heredero único, pero no tuvo tiempo de hacerlo antes de que Johannes muriese. Sí no hubiese muerto, puede que fuésemos nosotros quienes viviésemos en la cabaña del guardabosques en lugar de Solveig y los chicos. No lo sé, porque papá nunca ha sido muy hablador al respecto, pero el abuelo me contó muchas cosas que pueden explicarlo. La abuela murió al nacer Johannes y, a partir de ahí, viajaron mucho por todas partes acompañando al abuelo por toda la costa oeste mientras él predicaba y oficiaba sus celebraciones religiosas. El abuelo me dijo que no tardó en descubrir que tanto Johannes como Gabriel tenían el don de curar, así que cada oficio religioso terminaba en una serie de curaciones con gente del público, minusválidos y otros enfermos.

—¿Papá era capaz de curar gente? ¿Todavía puede hacerlo?

Linda estaba atónita. De pronto se abrió de par en par una puerta de acceso a una estancia de su historia familiar totalmente nueva para ella y no se atrevía ni a respirar por temor a que Jacob se cerrase en banda de nuevo y se negase a compartir con ella lo que sabía. Había oído decir que entre su hermano y el abuelo existió una relación muy especial, sobre todo después de que comprobasen que la médula del abuelo era compatible con la suya y que podía donársela a Jacob, que tenía leucemia, pero ignoraba que el abuelo le hubiese confiado tanto a su hermano. Y, claro está, también sabía que la gente llamaba al abuelo *El predicador* y que se rumoreaba que había amasado su fortuna con engaños, pero siempre había considerado las historias sobre Ephraim como simples habladurías. Además, era muy pequeña cuando el abuelo murió, de modo que para ella no representaba más que el anciano severo que aparecía en las fotografías familiares.

—No, no creo que aún sea capaz de hacerlo —respondió Jacob, sonriendo al imaginar a su perfecto padre como curador de enfermos y tullidos—. Por lo que a papá se refiere, es algo que nunca sucedió. Y según el abuelo, no es nada raro que se pierda el don al llegar a la pubertad. Puede recuperarse, pero no es fácil. Creo que tanto Gabriel como Johannes perdieron esa facultad cuando dejaron atrás la infancia. Y la razón por la que papá detestaba a Johannes es, seguramente, por lo distintos que eran. Johannes era muy bien parecido y se metía a la gente en el bolsillo con un guiño, pero no tenía remedio, era un irresponsable en todos los aspectos de su vida. Tanto él como Gabriel recibieron su parte de dinero mientras el abuelo aún vivía, pero a Johannes no le duró más que un par de años. El abuelo se puso furioso y por eso puso a Gabriel como único heredero, en lugar de repartir la fortuna a partes iguales entre los dos. Pero, ya te digo, si hubiese vivido lo suficiente, tal vez el abuelo habría vuelto a cambiar el testamento.

—Pero tenía que haber algo más; papá no podía odiar a Johannes sólo porque era más guapo y más agradable que él. Uno no va y acusa a su hermano ante la policía sólo por eso.

—No, claro. Yo creo que la gota que colmó el vaso fue que Johannes le quitó la novia a papá.

—¿Cómo, que papá estaba con Solveig? ¿Con esa vaca lechera?

—Pero ¿tú no has visto fotografías de esa época? Era un verdadero bombón y papá y ella estaban prometidos. Pero un buen día ella le dijo que se había enamorado del tío Johannes y que pensaba casarse con él. Yo creo

que aquello hundió a papá por completo. Ya sabes lo poco que le gustan los dramas y el desorden en su vida.

—Sí, esa historia debió de sacarlo de quicio.

Jacob se levantó de la mesa, con la intención de señalar que daba por concluida la charla.

—En fin, ya está bien de secretos de familia. Aunque ahora quizá comprendas por qué la relación entre papá y Solveig está un tanto infectada.

Linda soltó una risita.

—Habría dado cualquier cosa por haber sido una mosca en la pared cuando llegó a echarle la bronca a papá. ¡Menudo circo!

Jacob no pudo por menos de sonreír también.

—Sí, un circo, esa es la palabra. Pero intenta mostrar un lado algo más serio cuando veas a papá, por favor. Me cuesta creer que él le vea la gracia al asunto.

—Sí, sí, sí, me portaré bien.

Metió el plato en el lavavajillas, le dio a Marita las gracias por la comida y subió a su habitación. Era la primera vez en mucho tiempo que ella y Jacob se reían juntos. Su hermano podía ser divertido si se esforzaba un poco, se dijo Linda, sin pensar desde luego en que ella tampoco se había comportado como un encanto en los últimos años.

Tomó el auricular e intentó localizar a Johan. Ante su sorpresa, se dio cuenta de que, de hecho, le preocupaba saber cómo se sentía.

Laine tenía miedo a la oscuridad. Un miedo horrible. Pese a haber pasado en la granja tantas noches sin Gabriel, jamás había conseguido acostumbrarse. Antes, al menos, estaba Linda y, antes aún, también Jacob, pero ahora se sentía totalmente sola. Sabía que Gabriel tenía que viajar mucho, pero aun así no podía evitar sentirse amargada. No era aquella la vida con la que había soñado al casarse con alguien con hacienda y fortuna. Y no porque el dinero en sí fuese tan importante. Era la seguridad lo que la había atraído: la seguridad que halló en la seriedad de Gabriel y la seguridad de tener dinero en el banco. Ella quería llevar una vida distinta por completo a la de su madre.

De niña, había vivido el miedo constante a la cólera que en su padre desataban las borracheras. Durante años tiranizó a toda la familia y convirtió a sus hijos en personas inseguras, sedientas de amor y de ternura.

De los tres hermanos, sólo quedaba ella. Tanto su hermano como su hermana habían sucumbido a las tinieblas que llevaban dentro: uno volviéndolas al interior y la otra expulsándolas hacia fuera. Ella era la mediana, ni una cosa ni otra; sólo insegura y débil. No lo bastante fuerte como para despachar su inseguridad hacia dentro ni hacia fuera, sino dejándola en su interior, humeando año tras año.

Y nunca se hacía tan patente como cuando deambulaba sola al atardecer por las habitaciones de la casa. Entonces recordaba con total nitidez el apestoso aliento, los golpes y las caricias clandestinas que la sorprendían de noche.

Cuando se casó con Gabriel, creía de verdad haber encontrado la llave que abriría el oscuro cofre que contenía su pecho. Pero no era una necia. Sabía que ella había sido un premio de consolación, alguien a quien él tomó a falta de la que en verdad quería tener. Pero tanto daba. En cierto sentido, era más fácil así. No había sentimientos capaces de alterar la calma superficie, tan sólo la tediosa previsión reinante en una infinita cadena de días y más días. Eso era lo único que ella creía desear.

Treinta y cinco años después sabía hasta qué punto se había equivocado. Nada era peor que la soledad en pareja, que fue a lo que dijo «sí» aquel día en la iglesia de Fjällbacka. Habían llevado vidas paralelas, habían cuidado la finca y criado a sus hijos y, a falta de otros temas de conversación, hablaban de cosas cotidianas.

Ella era la única que sabía que, en el interior de Gabriel, se ocultaba otro hombre muy distinto al que él mostraba a su entorno. Observándolo a lo largo de los años, lo había estudiado a hurtadillas y, poco a poco, llegó a conocer al hombre en que habría podido convertirse. La sorprendía comprobar la añoranza que ese hombre había despertado en ella. Estaba enterrado tan hondo que creía que ni siquiera él sabía que existía, pero, tras aquella superficie gris y contenida, vivía un hombre lleno de pasiones. Ella veía la ira acumulada, pero estaba convencida de que existía igual cantidad de amor si ella hubiera tenido la capacidad de activarlo...

Ni siquiera cuando Jacob estuvo enfermo lograron acercarse el uno al otro. Aguardaban sentados codo con codo ante lo que creían que era su lecho de muerte, sin poder ofrecerse el menor consuelo. Y con frecuencia experimentaba la sensación de que Gabriel hubiese preferido no tenerla allí, a su lado.

La introversión de Gabriel podía achacarse en gran medida a su padre. Ephraim Hult fue un hombre impresionante, que movía a todo el que lo conocía a decantarse por uno u otro de dos bandos: el de los amigos o el de los enemigos. Nadie quedaba indiferente ante *El predicador*, pero Laine comprendía lo difícil que debió de ser crecer a la sombra de un hombre como aquel. Sus hijos no habrían podido ser más distintos entre sí. Johannes fue un niño grande a lo largo de su breve existencia, un hedonista que tomaba lo que quería y nunca se quedaba para ver las huellas del caos que iba dejando tras de sí. Gabriel optó por tomar el camino contrario. Ella había sido testigo de hasta qué punto se avergonzaba de su padre y de su hermano Johannes, de su gesticulación ampulosa, de su capacidad para brillar como una hoguera en la noche, en cualquier contexto. Él, en cambio, deseaba desaparecer en un anonimato que le indicase a su entorno lo diferente que era de su padre. Gabriel aspiraba a la respetabilidad, al orden y la justicia más que a ninguna otra cosa. Su niñez y los años que pasó viajando con Ephraim y Johannes eran una época de la que nunca hablaba. Ella sabía bastante al respecto y era consciente de la importancia que su esposo atribuía al hecho de ocultar una porción de su pasado que tan mal rimaba con la imagen que quería exhibir. Que fuese Ephraim quien le salvó la vida a Jacob despertó en Gabriel una serie de sentimientos contradictorios. La alegría de haber vencido la enfermedad se vio empañada por el hecho de que fuese su padre y no él mismo quien apareció como el caballero de la armadura. Él habría dado cualquier cosa por ser el héroe de su hijo.

Un ruido del exterior vino a interrumpir las reflexiones de Laine. Por el rabillo del ojo vio cómo una sombra y después dos cruzaban el jardín a toda prisa. El miedo volvió a apoderarse de ella. Fue a buscar el teléfono inalámbrico y consiguió convertir su temor en pánico antes de encontrarlo en su cargador. Con dedos temblorosos, marcó el número del móvil de Gabriel. Algo golpeó la ventana y ella lanzó un grito. Habían roto los cristales con una piedra que ahora se veía en el suelo, entre fragmentos de vidrio. Otra piedra fue a dar en el cristal que tenía al lado y, entre sollozos, salió a la carrera de la habitación en dirección a la planta alta, donde se encerró en el cuarto de baño mientras, en pleno ataque de nervios, esperaba oír la voz de Gabriel. Le respondió, en cambio, el monótono mensaje del contestador y pudo oír claramente el pánico de su voz chillona cuando le dejó un mensaje incongruente.

Temblando de miedo, se sentó en el suelo, abrazándose las rodillas y atenta a cualquier ruido que proviniese del otro lado de la puerta. Y, aunque no volvió a oír nada, no se atrevió a moverse del lugar.

Cuando llegó el alba, aún seguía allí.

Sonó el teléfono y despertó a Erica. Miró el reloj: eran las diez y media de la mañana. Debía de haberse quedado dormida después de pasar media noche dando vueltas y sudando incómoda en la cama.

—¿Hola? —respondió con voz somnolienta.

—Hola, Erica, perdona que te haya despertado.

—Sí, bueno, no pasa nada, Anna. No tendría que estar en la cama a estas horas del día.

—Que sí, mujer, tú aprovecha para dormir todo lo que puedas. Después no podrás hacerlo en mucho tiempo. Bueno, ¿cómo estás?

Erica no desaprovechó la oportunidad de quejarse de todas las molestias del embarazo con su hermana, la cual, después de haber tenido dos hijos, sabía perfectamente de qué hablaba Erica.

—Pobre... El único consuelo es que sabemos que, tarde o temprano, pasará. ¿Y qué tal con Patrik en casa todo el día? ¿No os sacáis de quicio el uno al otro? Yo recuerdo que, las últimas semanas, lo único que quería era que me dejaran en paz.

—Sí, he de reconocer que yo casi me subía por las paredes, así que no protesté demasiado cuando lo llamaron de refuerzo para un caso de asesinato.

—¿Un caso de asesinato? ¿Qué ha pasado?

Erica le refirió lo que sabía de la joven alemana asesinada y de las dos desaparecidas cuyos esqueletos habían salido a la luz.

—¡Qué barbaridad, es horrible! —se oyó un carraspeo.

—¿Dónde estáis? ¿Pasándolo bien en el barco?

—Sí, es estupendo. A Emma y a Adrian les encanta y, si es por Gustav, no tardarán en convertirse en auténticos navegantes.

—Sí, eso, Gustav. ¿Qué tal va eso? ¿Está maduro para ser presentado en familia?

—Pues precisamente por eso llamaba. Estamos en Strömstad y pensaba que podríamos navegar hacia el sur. Si no te sientes con fuerzas,

dímelo, pero pensábamos parar en Fjällbacka mañana para saludaros. Nos quedamos a dormir en el barco, así que no molestaremos. Y si ves que es demasiado, me lo dices. Claro que me encantaría verte la barriga...

—Por supuesto que podéis venir. De todos modos, Dan y su chica vienen mañana de barbacoa, así que poner más hamburguesas en la parrilla no es ningún problema

—¡Ah, qué bien! Entonces, por fin podré conocer a «la carne de cordero».

—Oye, que Patrik ya me ha leído la cartilla y me ha dicho que tengo que portarme bien, así que ahora no empieces tú.

—Ya, claro, pero eso requiere una preparación extra. Tendremos que comprobar cuál es la música que mola entre la peña, qué ropa está guay y si aún se lleva el brillo de labios de sabores. A ver, lo hacemos así. Tú te encargas de echarle un ojo a MTV y yo me compro un ejemplar de *Vecko—Revyn* y me lo empollo. ¿Tú crees que daremos con un ejemplar de la revista *Starlet*? En ese caso, no sería mala idea.

Erica se sujetaba la barriga entre carcajadas.

—Calla ya, que me voy a morir de risa. Venga, compórtate... Y no hay que tentar la suerte, ya sabes. Todavía no conocemos a Gustav y, por lo que sabemos hasta ahora, podría ser un auténtico engendro.

—Pues no sé, engendro no es la palabra que yo elegiría para describir a Gustav.

Erica oyó enseguida que a Anna le había molestado su broma ¿Cómo podía ser tan sensible?

—La verdad es que me considero afortunada por que un hombre como Gustav se haya fijado en mí siquiera, una mujer sola con dos hijos pequeños y todo lo demás. Sobre todo teniendo en cuenta que puede elegir y arrasar entre la mejor selección de jovencitas de la nobleza y, aun así, me ha elegido a mí, y pienso que eso dice mucho de él. Yo soy la primera novia que tiene que no pertenece a la nobleza, así que pienso que he tenido mucha suerte.

Erica opinaba, como su hermana, que su elección decía mucho de Gustav, pero no en el mismo sentido. Anna nunca había tenido buen criterio en cuestión de hombres y el modo en que hablaba de Gustav le resultaba un tanto preocupante. Pero decidió no prejuzgarlo, con la esperanza de que sus sospechas se viesan defraudadas en cuanto lo conociese.

Apartó esos pensamientos y le preguntó animada:

—¿Cuándo llegáis?

—A eso de las cuatro. ¿Te viene bien?

—Sí, perfecto.

—Bueno, pues nos vemos entonces. Un beso, hasta luego.

Erica colgó el auricular con cierto desasosiego. Había algo en el tono forzado de su hermana que la incitaba a preguntarse hasta qué punto la relación con el fantástico Gustav af Klint sería, en el fondo, positiva para Anna.

¡Se alegró tanto de que se separase de Lucas Maxwell, el padre de los niños! Después de aquello, Anna había empezado incluso a cumplir su sueño de estudiar arte y antigüedades, y había tenido la gran suerte de conseguir un trabajo de media jornada en la Dirección Nacional de Subastas, en Estocolmo. Allí fue donde conoció a Gustav. Procedía de una de las familias de sangre más azul de toda Suecia y se dedicaba a administrar la hacienda de la familia en Hälsingland que, en tiempos pretéritos, le había concedido a sus ancestros el mismísimo Gustav Vasa. Su familia se codeaba con la familia real y, si a su padre le surgía un imprevisto, era él mismo quien acudía a la cacería anual del rey. Todo aquello se lo había contado apasionadamente Anna a Erica, la cual había visto a demasiados golfos de clase alta por Stureplan como para no sentirse preocupada. Claro que aún no conocía a Gustav y quizá fuese muy distinto de los demás ricos herederos que, protegidos por su muro de títulos y dinero, se tomaban la libertad de comportarse como cerdos en lugares como el Riche o el Spy Bar. En el peor de los casos, ya lo comprobaría al día siguiente. Cruzó los dedos deseando equivocarse y con la esperanza de que Gustav fuese de otra pasta muy distinta. Para ella, nadie merecía más que Anna un poco de felicidad y de estabilidad.

Puso el ventilador y empezó a pensar en cómo invertiría las horas del día. Su matrona le había explicado que la oxitocina, hormona que se segrega tanto más cuanto más próximo está el parto, exacerba en las embarazadas el deseo de ponerse a ordenarlo todo. Ahí estaba la explicación de que, en las últimas semanas, Erica se hubiese dedicado a clarificar, numerar y catalogar como una maniática todo lo que había en la casa como si le fuera la vida en ello. Tenía la idea fija de que todo debía estar en perfecto orden antes de que naciese el bebé, y ya empezaba a

encontrarse en un estadio en el que no le quedaba mucho más que ordenar. Había limpiado los armarios, la habitación del pequeño estaba lista, los cajones de los cubiertos, relucientes... Lo único que le faltaba por despejar eran los trastos del sótano. Dicho y hecho. Se levantó resoplando, pero con resolución y se llevó el ventilador bajo el brazo. Más valía que se diese prisa, antes de que llegara Patrik y la sorprendiera trabajando.

Se había tomado una pausa de cinco minutos y estaba sentado al sol, comiéndose un helado a la puerta de la comisaría, cuando Gösta asomó la cabeza por una de las ventanas abiertas.

—Patrik, hay una llamada que creo que debes atender.

Le dio un lametón al resto del Magnum antes de entrar. Tomó el auricular de la mesa de Gösta y se sorprendió un poco al oír quién llamaba. Tras una breve conversación durante la que fue escribiendo hábilmente una serie de notas, colgó y le dijo a Gösta, que lo miraba desde su silla;

—Ya lo has oído, alguien ha roto los cristales de las ventanas en casa de Gabriel Hult. ¿Te vienes conmigo a ver qué ha pasado?

Gösta mostró cierto asombro al ver que Patrik se lo pedía a él en lugar de a Martin, pero asintió sin más.

Cuando, poco después, recorrían en coche el paseo, no pudieron por menos de suspirar llenos de envidia. La residencia de Gabriel Hult era, en verdad, magnífica. Relucía como una perla blanca en medio de todo aquel verdor, y los juncos que flanqueaban el camino hasta la casa se inclinaban al viento. Patrik pensó que Ephraim Hult debió de ser un hacha predicando para que le regalaran todo aquello por hacerlo.

Incluso el crujido de la gravilla bajo sus pies, mientras se dirigían a la escalera, sonaba más lujoso que de costumbre y Patrik sentía una gran curiosidad por ver el interior de la casa.

Fue el propio Gabriel Hult quien abrió la puerta, y tanto Patrik como Gösta se limpiaron bien los zapatos en la alfombra antes de entrar en el vestíbulo.

—Gracias por venir tan rápido. Mi esposa está muy nerviosa. Yo he pasado la noche fuera por negocios, así que ella estaba sola ayer, cuando esto sucedió.

Mientras hablaba, les mostró el camino hasta una sala de estar espaciosa y muy bien decorada, con las ventanas muy altas por las que se

filtraba un raudal de luz. En el sofá, de color blanco, había sentada una mujer con la angustia pintada en el rostro, que se levantó para saludarlos en cuanto los vio entrar.

—Laine Hult —se presentó—. Gracias por acudir tan pronto.

Volvió a sentarse y Gabriel les indicó con un gesto el sofá de enfrente para que se acomodasen en él. Los dos policías se sentían un tanto fuera de lugar. Ninguno de los dos había pensado en vestirse bien para ir al trabajo y los dos llevaban pantalón corto. Por lo menos Patrik lucía una camiseta que estaba bastante bien, pero Gösta se había puesto una anticuada camisa de manga corta, de material sintético y con un estampado en color verde menta. El contraste resultaba mayor aún en comparación con Laine, que vestía un conjunto de lino de color crudo y con Gabriel, que iba enfundado en un traje en toda regla. «Debe de estar sudando», se dijo Patrik, pensando que ojalá Gabriel no tuviese que vestirse así todos los días del caluroso verano. Claro que resultaba difícil imaginárselo con una indumentaria más informal y ni siquiera parecía tener calor con el traje azul marino, mientras que Patrik sudaba por las axilas ante la sola idea de ponerse algo parecido en esa época del año.

—Su marido nos refirió por teléfono y brevemente lo sucedido, pero quizá usted pueda ofrecernos más detalles.

Patrik sonrió para tranquilizarla, al tiempo que sacaba su pequeño bloc de notas y un bolígrafo. Y aguardó.

—Pues ayer estaba yo sola en casa. Gabriel viaja con frecuencia, así que no son pocas las noches que paso sin compañía.

Patrik no pudo por menos de oír la tristeza que resonaba en su voz al decir aquellas palabras y se preguntó si Gabriel Hult también la habría percibido. La mujer continuó:

—Ya sé que es una tontería, pero yo le tengo mucho miedo a la oscuridad, así que, cuando estoy sola, procuro moverme entre dos habitaciones solamente: mi dormitorio y la sala de la televisión, que está justo al lado.

Patrik anotó que había dicho «mi» dormitorio y no pudo evitar reflexionar sobre lo triste que era que dos personas que estaban casadas no durmiesen siquiera en la misma habitación. A Erica y a él nunca llegaría a pasarles algo así.

—Estaba a punto de llamar a Gabriel cuando vi algo que se movía al otro lado de las ventanas. Un segundo después, un objeto se acercó volando y atravesó el cristal de una de ellas, a la izquierda de donde yo me encontraba. Acababa de comprobar que se trataba de una piedra enorme, cuando arrojaron otra, que quebró el cristal de la ventana contigua. Después no oí más que el ruido de alguien que echaba a correr y vi dos sombras que se esfumaron en dirección al lindero del bosque.

Patrik anotaba frases sueltas. Gösta no había pronunciado una sola palabra desde que llegaron, salvo su nombre cuando saludó a Gabriel y a Laine. Patrik lo miró inquisitivo para ver si quería que le aclarasen algo sobre el incidente, pero su colega seguía mudo, escrutando minuciosamente las cutículas de sus uñas. «Igual podría haberme traído una momia», se dijo Patrik.

—¿Tienen idea de cuál pudo ser el móvil?

La rauda respuesta de Gabriel pareció interrumpir a Laine, que había abierto la boca para decir algo.

—No, ninguna, salvo la repetida envidia habitual. A la gente siempre le ha molestado que sea nuestra familia la que tenga esta finca y, a lo largo de los años, hemos sufrido bastantes ataques de borrachos y gente así. Esto habrá sido una inocente gamberrada de muchachos, y en eso se habría quedado si mi esposa no hubiese insistido en que la policía debía tener conocimiento de ello.

Le dedicó una mirada displicente a Laine que, por primera vez durante la conversación, dio muestras de tener algo de sangre en las venas e, indignada, se la devolvió.

Ese acto de rebelión pareció encender en ella una chispa, pues, sin mirar siquiera a su esposo, le dijo a Patrik con total tranquilidad:

—En mi opinión, deberían mantener una conversación con Robert y Johan Hult, los sobrinos de mi marido, y preguntarles dónde estuvieron ayer noche.

—Laine, eso es totalmente innecesario.

—Tú no estabas aquí, así que no sabes lo horrible que es que te lancen dos piedras por la ventana y que caigan a un metro de ti. Podían haberme dado. ¡Y sabes tan bien como yo que fueron esos dos idiotas!

—¡Laine! Habíamos acordado que... —se dirigió a ella con la cara y las mandíbulas en tensión.

—¡Túlo acordaste! —Sin prestarle más atención, se volvió a Patrik, envalentonada por su inusual alarde de valor—: Ya digo que no los vi, pero podría jurar que eran Johan y Robert. Su madre, Solveig, estuvo aquí horas antes, el mismo día, y se condujo de un modo muy desagradable. Además, esos dos muchachos son dos manzanas podridas, así que... Bueno, ya lo saben ustedes porque han tenido más de un asunto con ellos.

La mujer gesticulaba mirando a Patrik y a Gösta, que no pudo más que asentir. Era cierto que, con regularidad alarmante, habían tenido que vérselas con los celebérrimos hermanos Hult desde que no eran más que unos adolescentes con acné.

Laine se volvió con mirada retadora hacia Gabriel, como para comprobar si se atrevía a contradecirla, pero él se encogió de hombros resignado, en un gesto que indicaba que se lavaba las manos.

—¿Cuál fue la causa de la disputa con la madre de los muchachos? —quiso saber Patrik.

—No es que esa mujer necesite muchos motivos para buscar pelea, siempre nos ha odiado, pero lo que la hizo perder los papeles ayer fue la noticia de que la policía había encontrado los esqueletos de aquellas dos muchachas en Kungsklyftan. Con su limitada inteligencia, creyó que eso probaba que Johannes, su marido, había sido acusado a pesar de ser inocente y culpaba de ello a Gabriel.

Su indignación iba en aumento y hablaba señalando con la mano a su marido, cuya mente, por otro lado, parecía haberse abstraído ya de la conversación.

—Sí, bueno. El caso es que yo estuve revisando los archivos relativos a la desaparición de las chicas y leí en ellos que usted denunció a su hermano ante la policía como sospechoso. ¿Podría decirme algo más al respecto?

El rostro de Gabriel se contrajo de forma apenas perceptible, una mínima evidencia de que la pregunta lo incomodaba, pero su voz se oyó sosegada cuando contestó:

—De eso hace muchos, muchos años. Pero si lo que quiere saber es si mantengo que vi a mi hermano en compañía de Siv Lantin, la respuesta es sí. Yo volvía en coche del hospital de Uddevalla, de ver a mi hijo, que estaba enfermo de leucemia. Por el camino hacia Bräcke, me crucé con el coche de mi hermano. Pensé que era un tanto extraño que anduviese fuera

de casa a aquellas horas de la noche, así que me fijé y, entonces, vi a la chica en el asiento del acompañante, con la cabeza apoyada en el hombro de mi hermano. Parecía estar dormida.

—¿Cómo sabía que era Siv Lantin?

—No lo sabía. Pero, en cuanto vi la fotografía en el periódico, la reconocí enseguida. Sin embargo, me gustaría señalar que yo nunca dije que mi hermano las hubiese matado ni lo acusé de asesino, que es la versión que le gusta dar a la gente del pueblo. Lo único que hice fue dar cuenta de que lo vi con la joven, porque consideré que era mi deber de ciudadano. No tuvo nada que ver con el supuesto conflicto que existiese entre nosotros ni fue por venganza, como han afirmado algunos. Conté lo que vi y dejé la interpretación e investigación de mi testimonio a la policía. Es evidente que nunca encontraron la menor prueba contra Johannes, de modo que la discusión es, a mi entender, absurda.

—Pero ¿qué creía usted? —Patrik miraba a Gabriel lleno de curiosidad. Le costaba comprender que alguien fuese tan concienzudo con sus deberes civiles como para comprometer a su propio hermano.

—Yo no creo nada, simplemente me atengo a los hechos.

—Pero conocía a su hermano, ¿no? ¿Cree que habría sido capaz de asesinar?

—Mi hermano y yo no teníamos mucho en común. Éramos tan distintos que a veces me preguntaba si tendríamos los mismos genes. Me pregunta si yo creo que fuese capaz de matar a alguien... —Gabriel se encogió de hombros—. No lo sé, no lo conocía tan bien como para poder responder a esa pregunta. Y, además, a la luz de los últimos acontecimientos, parece superflua, ¿no cree?

Con esas palabras dio a entender que, para él, había terminado la conversación, así que se levantó del sillón. Patrik y Gösta comprendieron el gesto, nada sutil por otro lado, y se despidieron dando las gracias.

—¿Qué me dices? ¿Nos acercamos a tener una charla con los chicos sobre lo que estuvieron haciendo ayer noche?

Se trataba de una pregunta retórica, pues Patrik ya había puesto rumbo a la casa de Johan y Robert sin aguardar respuesta por parte de Gösta. Lo irritaba la apatía de que su colega había hecho gala durante el interrogatorio. ¿Qué hacía falta para infundir algo de vida en aquel viejo carcamal? Ciertamente que no le quedaba mucho para la jubilación, pero aún

estaba en activo, caramba, y se esperaba de él que cumpliera con su obligación.

—Bueno, dime, ¿qué opinas tú de todo esto? —le preguntó Patrik, a todas luces irritado.

—Que no sé qué opción es peor: o bien tenemos a un asesino que ha matado a tres jóvenes en veinte años y no tenemos ni idea de quién es, o de verdad fue Johannes Hult quien torturó y mató a Siv y a Mona, y ahora hay otro que lo está copiando. En el primer caso, tal vez deberíamos echarle una ojeada a los archivos de prisiones por si hay alguien que haya estado encerrado desde que Siv y Mona desaparecieron, hasta el asesinato de la joven alemana. Eso explicaría el largo lapso transcurrido —Gösta hablaba como para sí y Patrik lo miró asombrado. Al parecer, el viejo no estaba tan sumido en el limbo como él pensaba.

—Pues no debe de ser muy difícil comprobarlo. En Suecia no hay tanta gente que haya estado encerrada durante veinte años. ¿Lo compruebas tú cuando lleguemos a la comisaría?

Gösta asintió y, a partir de ahí, volvió a guardar silencio y se dedicó a mirar por la ventanilla.

La carretera que conducía hasta la vieja cabaña del guardabosques iba empeorando cada vez más, aunque el trayecto que separaba la residencia de Gabriel y Laine de la casa de Solveig y sus hijos era bastante corto. A pesar de todo, teniendo en cuenta el estado de la carretera, el viaje resultaba mucho más largo. El terreno que rodeaba la casa parecía un desguace. En efecto, había allí tres coches destrozados y en distinto grado de descomposición, como si aquel fuese el lugar apropiado para desecharlos, además de otros muchos residuos de diversa índole. Los miembros de aquella familia eran auténticas ratas de almacén y Patrik sospechaba que, si hacían un registro somero, encontrarían también algunos de los objetos robados en las casas de veraneo de la zona. Pero no era ese el motivo que los había llevado allí. Tenían que elegir qué cartas jugar.

Robert salió de un cobertizo donde había estado trasteando con uno de los coches desvencijados. Llevaba un mono mugriento de color gris muy desgastado, tenía las manos cubiertas de grasa y se notaba que se las había pasado por la cara, también llena de manchas grasientas. Se las fue limpiando en un paño mientras se acercaba adonde ellos se encontraban.

—A ver, ¿qué queréis? Si pensáis hacer un registro, quiero ver los papeles antes de que toquéis nada —les habló con familiaridad, y con razón, pues habían tenido muchos encuentros a lo largo de los años.

Patrik alzó las manos para tranquilizarlo.

—Tómatelo con calma. No hemos venido a buscar nada. Sólo queremos hablar.

Robert los miró con suspicacia, pero terminó por asentir.

—Y también queremos hablar con tu hermano. ¿Está en casa?

Robert volvió a asentir, aunque con disgusto, y se volvió gritando hacia la casa:

—Johan, ha venido la poli, quieren hablar con nosotros.

—¿No podríamos entrar y sentarnos un rato?

Patrik se encaminó a la puerta sin esperar respuesta, con Gösta pisándole los talones. A Robert no le quedó más opción que seguirlos. No se molestó en quitarse el mono ni en lavarse las manos. Y, después de haber hecho allí varias redadas al alba, Patrik sabía que tampoco había razón alguna para que lo hiciese. La suciedad se acumulaba en todos los rincones de aquel lugar. Seguramente, hacía muchos años, la casa donde vivían, aunque pequeña, era un sitio acogedor, pero tras lustros de desidia, todo parecía estar a punto de venirse abajo. Los papeles pintados de las paredes eran de un triste color marrón, con algunos cantos sueltos y un montón de manchas y, además de la mugre, todo parecía estar cubierto de una fina membrana grasienta.

Los dos policías saludaron con un gesto a Solveig, que estaba sentada ante la desvencijada mesa de la cocina, totalmente inmersa en sus álbumes. El cabello oscuro y greñado le caía sobre los hombros y cuando, con un ademán nervioso, fue a apartarse el flequillo de los ojos, vieron brillar la grasa de los dedos. En un acto reflejo, Patrik se limpió las manos en el pantalón antes de sentarse con cuidado en el borde de una de las sillas. Johan salió de una de las habitaciones contiguas y fue a acomodarse a regañadientes al lado de su hermano, en el sofá de la cocina. Al verlos allí sentados, uno junto al otro, Patrik comprobó lo mucho que se parecían. La antigua belleza de Solveig pervivía como un eco en los rostros de sus hijos. Según había oído, Johannes también había sido un hombre apuesto y, si sus hijos llegaban a enmendarse, tampoco estarían nada mal. Por ahora, empañaba sus personas un halo de veleidad que inspiraba una sensación un

tanto escurridiza; de falta de honradez, diría Patrik, si es que un rostro podía ser deshonesto: ese sería el modo de describirlo, por lo menos en relación al de Robert. Con respecto a Johan, Patrik aún tenía cierta esperanza. En las ocasiones en que se había visto con él, siempre por cuestiones de trabajo, el hermano menor le había causado la impresión de ser menos recalcitrante. A veces había creído intuir en él una especie de ambivalencia, como si vacilara sobre el camino que había elegido en su vida, como si sólo estuviese siguiendo la estela de Robert. Lástima que éste ejerciese sobre él tal influencia, de lo contrario Johan habría podido llevar una vida muy distinta. Pero así estaban las cosas.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Johan, tan visiblemente molesto como su hermano.

—Pues queríamos saber qué estuvisteis haciendo anoche. No iríais, por casualidad, a la casa de vuestros tíos para divertirlos un poco tirando piedras a sus ventanas, ¿verdad?

Los dos hermanos cruzaron una fugaz mirada cómplice que enseguida quedó oculta bajo una máscara del más absoluto desconocimiento al respecto.

—No, ¿por qué íbamos a hacer algo así? Ayer estuvimos aquí todo el día, ¿no es cierto, mamá?

Ambos miraron a su madre, que asintió sin decir nada. Había cerrado los álbumes por un momento y escuchaba atenta la conversación entre sus hijos y la policía.

—Sí, aquí estuvieron los dos. Estuvimos viendo la tele juntos. Una agradable velada familiar.

La mujer ni siquiera se molestó en disimular la ironía.

—¿Y no salieron ni un rato? ¿Sobre las diez más o menos?

—No, no salieron ni un minuto. Ni siquiera fueron al lavabo, que yo recuerde. —Solveig persistía en el tono burlón y sus hijos no pudieron contener la risa—. Vaya, así que alguien les destrozó unas ventanas ayer. Estarían todos muertos de miedo, ¿no? —La risa se convirtió en una expresión de auténtica burla.

—Bueno, no, sólo a vuestra tía, la verdad. Gabriel estaba fuera, así que ella era la única que se encontraba en la casa.

La decepción se leía en sus semblantes. Al parecer, habían ido allí con la esperanza de asustarlos a los dos y no contaban con que Gabriel no

estuviese.

—Solveig, tengo entendido que tú también les hiciste ayer una breve visita en la finca y que los amenazaste. ¿Qué tienes que decir a eso?

Fue Gösta quien preguntó y tanto Patrik como los hermanos Hult lo miraron atónitos.

Ella soltó una risa sarcástica.

—Vaya, ¿te dijeron que los había amenazado? Puede, pero no les dije nada que no mereciesen. Fue Gabriel quien acusó a mi marido de ser un asesino. Él fue quien le quitó la vida, igual que si le hubiese puesto la cuerda al cuello con sus propias manos.

Al oír mencionar cómo murió su padre, el rostro de Robert se contrajo ligeramente y Patrik recordó enseguida haber leído que fue él quien lo encontró después de que se hubiese colgado.

Solveig continuó con su perorata.

—Gabriel siempre había odiado a Johannes. Le tenía envidia desde que eran niños. Johannes era su cara opuesta, y él lo sabía. Ephraim siempre favoreció a Johannes y lo comprendo. Ciertamente que uno no debe hacer diferencias entre sus hijos —dijo señalando a los chicos que estaban sentados a su lado, en el sofá—, pero Gabriel era frío como un pez, mientras que Johannes rebosaba vida. Yo sé lo que digo porque estuve prometida primero con uno y después con el otro. A Gabriel no había forma humana de excitarlo; siempre era condenadamente correcto porque había que esperar a estar casados, decía. Me sacaba de quicio. Después llegó su hermano y empezó a rondarme y aquello ya era una cosa muy distinta. Sus manos eran capaces de estar en todas partes al mismo tiempo, él sí sabía encenderte con una simple mirada...

Rompió a reír a carcajadas, con la mirada perdida, como si estuviese reviviendo sus ardientes noches de juventud.

—¡Joder!, cállate ya, mamá.

Un gesto de repugnancia asomó al rostro de sus hijos. Al parecer, no deseaban oír los detalles del pasado amoroso de su madre. Patrik recreó en su mente la figura de Solveig desnuda, retorciendo de placer su grasienta anatomía y cerró los ojos para deshacerse de la imagen.

—Así que cuando me enteré de lo de la chica que habían encontrado muerta y que también habían hallado los esqueletos de Siv y Mona, fui a verlos para decirles la verdad a la cara. Por pura envidia y por maldad,

destruyó la vida de Johannes, la mía y la de mis hijos, pero ahora la gente tendrá que enfrentarse por fin a la verdad. ¡Ahora tendrán que avergonzarse cuando comprendan que prestaron oídos al hermano equivocado y espero que Gabriel arda en el infierno por sus pecados!

Solveig había empezado a enardecerse hasta los límites del día anterior en casa de Gabriel y su hijo Johan le puso la mano en el brazo para calmarla, pero también para prevenirla.

—En fin, sean cuales fueran los motivos, no está bien ir por ahí amenazando a la gente. Ni tampoco está permitido arrojar piedras contra las ventanas.

Patrik señaló a Robert y a Johan, para dejar claro que ni por un instante se había creído el testimonio de su madre, de que hubiesen estado en casa viendo la televisión. Ahora sabían que él estaba al corriente de todo y que les advertía de que pensaba tenerlos vigilados. Los dos muchachos mascullaron una respuesta apenas inteligible. Solveig, por su parte, pareció ignorar el aviso de Patrik, con las mejillas aún encendidas por la agitación.

—¡Por cierto, Gabriel no es el único que debería sentirse avergonzado! ¿Cuándo nos va a pedir perdón la policía, eh? ¡Cómo entrasteis a saco revolviéndolo todo y os llevasteis a Johannes en el coche policial para interrogarlo! También vosotros pusisteis vuestro granito de arena para obligarlo a buscar la muerte. ¿No es hora ya de que pidáis perdón?

Por segunda vez, fue Gösta quien tomó la palabra:

—Hasta que no hayamos aclarado por completo lo que sucedió con las tres chiquillas, aquí nadie va a disculparse por nada. Y hasta que le veamos el fin a este asunto, Solveig, quiero que te comportes como es debido.

La firmeza de su voz parecía originarse en un lugar recóndito y desconocido.

Ya en el coche, Patrik le preguntó, todavía sorprendido:

—¿Acaso os conocéis Solveig y tú?

Gösta lanzó un gruñido.

—Bueno, lo que se dice conocer... Tiene la misma edad que mi hermano menor y andaba mucho por mi casa cuando éramos niños. Después, cuando ya éramos adolescentes, todos conocían a Solveig. Era la muchacha más bonita del pueblo, para que lo sepas, aunque parezca mentira con el aspecto que tiene ahora. Sí, es una verdadera lástima que les fuese tan mal en la vida a ella y a los chicos —se lamentó meneando la cabeza

con aire compungido—. Y ni siquiera puedo asegurarle que tiene razón y que Johannes murió sin culpa. ¡Si es que no sabemos nada, caramba!

Se golpeó el muslo con el puño, víctima de la frustración. Patrik pensó que aquello era como ver a un oso despertarse de un prolongado letargo.

—¿Comprobarás el registro de prisiones cuando lleguemos?

—¡Que sí, hombre, que ya he dicho que sí! No soy tan viejo como para no enterarme de las instrucciones a la primera. Mira que tener que recibir órdenes de un mocoso que apenas ha salido del cascarón... —Gösta se dio la vuelta y se puso a mirar por la ventanilla con aire sombrío.

Desde luego, aún les quedaba mucho camino por recorrer, se dijo Patrik agotado.

El sábado, Erica empezó a notar que tenía ganas de tener a Patrik en casa otra vez. Le había prometido que tendría libre el fin de semana, así que habían salido en su barca y ahora navegaban rumbo a las rocas. Habían tenido la suerte de encontrar un barco casi idéntico al de Tore, el padre de Erica. Era el único tipo de embarcación que a ella le apetecía tener. Nunca le había entusiasmado la vela, pese a que había seguido un par de cursos en la escuela correspondiente, y, claro, una lancha de motor navegaba más rápido. Pero, por otro lado, ¿para qué tanta prisa?

El sonido del motor del bote era, para ella, el de la infancia. De pequeña solía quedarse dormida en la cálida cubierta de madera, con el monótono ronroneo de fondo. Por lo general, prefería subir y sentarse en la proa elevada del barco, ante las ventanillas, pero en su actual estado, poco grácil, no se atrevía a intentarlo, así que se acomodó en uno de los bancos que estaban al abrigo de los cristales. Patrik llevaba el timón, con el cabello castaño al viento y el rostro iluminado por una sonrisa. Habían salido temprano para adelantarse a los demás turistas y, a aquellas horas, el aire era limpio y fresco. El agua del mar salpicaba el barco a cada vaivén y Erica podía sentir el sabor salado del aire que respiraba. Le resultaba difícil imaginar que, en su vientre, llevaba a una personita que, seguramente dentro de dos años, estaría sentada junto a Patrik en la popa, enfundada en un amplio chaleco salvavidas de color naranja con un gran cuello, igual que ella había acompañado a su padre tantas veces.

Al caer en la cuenta de que su padre jamás conocería a su nieto, notó que se le empañaban los ojos. Tampoco su madre, pero, puesto que ella

nunca se había preocupado demasiado por sus hijas, no creía que un nieto le despertase ningún sentimiento especial. Además, recordaba que siempre se había conducido con rigidez y poca naturalidad con los hijos de Anna y cómo apenas los abrazaba cuando la situación lo requería y el entorno parecía exigirselo. La amargura la desbordó, pero tragó saliva para reducirla. En sus peores momentos, la atemorizaba pensar que la maternidad resultase una carga para ella igual que lo había sido para Elsy; que, de repente, se convirtiese en una madre fría e inaccesible. La parte lógica de su cerebro le decía que era ridículo pensar así, pero el miedo no seguía los dictados de la lógica y la acechaba de todos modos. Por otro lado, Anna se comportaba como una madre cálida y amorosa con sus hijos, Emma y Adrian, así que, ¿por qué no había de serlo ella también?, se decía en un intento de tranquilizarse. Al menos ella había elegido al padre adecuado para su hijo, constató observando a Patrik. La calma y la confianza que él emanaba compensaban su desasosiego como nadie lo había logrado hasta entonces. Patrik iba a ser un padre excelente.

Subieron a tierra en una pequeña cala recoleta, sobre cuyas lisas rocas extendieron las toallas. Aquello era algo que echaba de menos cuando vivía en Estocolmo. El archipiélago era allí muy distinto, con todo ese bosque, y, en cierto modo, le resultaba más bien excesivo, avasallador. «Un archipiélago abigarrado» solían llamarlo los habitantes de la costa oeste con un deje de desprecio. El de allí resultaba limpio en su sencillez: el granito rosa y gris reflejaba el resplandor de las aguas y se oponía con sobrecogedora belleza al limpio cielo sin nubes; las florecillas que crecían en las grietas de las rocas eran la única flora y, en aquel ambiente tan sobrio, la hermosura de las islas se realzaba sin reservas. Erica cerró los ojos y sintió cómo iba cayendo en una dulce somnolencia, al arrullo del sonido refrescante del agua y del discreto vaivén del bote allí varado.

Cuando Patrik la despertó dulcemente, no sabía, dónde se encontraba. La intensa luz del sol la cegó unos segundos, al abrir los ojos, y Patrik no era más que una oscura sombra que, poco a poco, fue perfilándose ante su vista. Cuando se orientó, se dio cuenta de que llevaba casi dos horas durmiendo y que tenía unas ganas enormes de comer algo de lo que habían preparado para la excursión.

Se sirvieron el café del termo en dos grandes tazones y lo acompañaron de unos bollos de canela. En ningún lugar sabía tan bien una

merienda como en una isla y ambos disfrutaron a lo grande. Erica no pudo contenerse y sacó a relucir el tema prohibido entre ellos.

—Dime, ¿qué tal va el caso?

—Más o menos. Un paso adelante, dos pasos atrás.

Patrik contestó con parquedad. Era evidente que no quería que el mal rollo de su profesión invadiese aquella soleada calma. Pero la curiosidad pudo con ella y no logró dominar sus ganas de averiguar un poco más.

—¿Os sirvieron los artículos que encontré? ¿Creéis que todo esto tiene algo que ver con la familia Hult? ¿O tal vez fue que Johannes Hult tuvo mala suerte y se vio involucrado?

Patrik lanzó un suspiro con el cuenco entre las manos.

—Ojalá lo supiera. La familia Hult al completo parece un avispero y, la verdad, preferiría no tener que andar hurgando en sus relaciones internas. Pero hay algo en ellos que no acaba de gustarme, no sé si tiene o no que ver con los asesinatos. Tal vez es sólo la idea de que la policía probablemente contribuyó a que un inocente se quitase la vida lo que me hace conservar la esperanza de que no nos estemos equivocando. El testimonio de Gabriel fue, pese a todo, lo único sensato sobre lo que basarse cuando las dos muchachas desaparecieron. Aunque no podemos centrarnos sólo en ellas, tenemos que trabajar con amplitud de miras. —Patrik hizo una pausa de unos segundos, antes de continuar—: Pero prefiero no hablar de ello. En estos momentos lo que necesito es precisamente desconectar de todo lo relacionado con los asesinatos y pensar en algo muy distinto.

Ella asintió comprensiva.

—Te prometo que no volveré a preguntarte. ¿Quieres otro bollo?

No se lo despreció y, tras un par de horas leyendo al sol en la isla, vieron que era el momento de volver a casa y prepararse para la llegada de sus huéspedes. En el último minuto decidieron invitar también al padre de Patrik y a su mujer, así que, además de los niños, tendrían que proveer de carne a la parrilla a ocho adultos.

Gabriel se ponía nervioso cuando llegaba el fin de semana y se suponía que no debía trabajar, sino relajarse y descansar. El problema era que, si no trabajaba, no sabía qué hacer. El trabajo era su vida. No tenía ninguna afición, ni le gustaba salir con su mujer, y los hijos ya habían volado del nido, aunque el estatus de Linda aún era discutible. En consecuencia, lo que

solía hacer era encerrarse en el despacho y zambullirse en sus libros contables. Las cifras eran lo que mejor se le daba en la vida. A diferencia de lo que les ocurría a las personas, tan irracionales y con esa molesta propensión a lo emocional, las cifras seguían unas reglas concretas. Siempre podía confiar en ellas y, en su mundo, se sentía cómodo. No era preciso ser un genio para comprender de dónde procedía ese anhelo suyo por el orden, Gabriel ya lo había achacado hacía tiempo a su caótica niñez. Sin embargo, no creía en la necesidad de ponerle remedio. Funcionaba bien y le había sido de utilidad, de modo que el origen de ese anhelo tenía poca importancia, por no decir ninguna.

Los años que pasó recorriendo caminos con *El predicador* configuraban una época en la que intentaba no pensar. No obstante, cuando recordaba su niñez, siempre aparecía esa imagen de su padre: un personaje sin rostro, aterrador, que llenaba sus días de gente que gritaba o murmuraba histéricamente; hombres y mujeres que intentaban tocarlo a él y a su hermano Johannes, que los atrapaban con manos como garras con el fin de procurarse alivio para el dolor físico o psíquico que los atormentaba, que creían que él y su hermano tenían la respuesta a sus plegarias, que eran un canal directo de comunicación con Dios.

A Johannes le gustaron aquellos años. Disfrutaba con el protagonismo y se colocaba de buen grado bajo los focos. En alguna ocasión, por la noche, cuando ya se habían acostado, Gabriel lo sorprendió mirándose fascinado las manos, como para ver de dónde procedían en realidad todos aquellos sorprendentes milagros.

Y mientras que Gabriel experimentó una enorme gratitud cuando su don desapareció, Johannes cayó en la desesperación. No estaba dispuesto a reconciliarse con la realidad de ser un niño normal, sin ningún don especial, igual que cualquier otro. Johannes lloró y le rogó al *Predicador* que le ayudase a recuperar su facultad, pero su padre les explicó sin más que aquella vida se había terminado, que otros tomarían el relevo y que los caminos del Señor eran inescrutables.

Cuando se mudaron a la finca, cerca de Fjällbacka, *El predicador* se convirtió para Gabriel en Ephraim, no en su padre, y desde el primer momento supo que amaba aquella nueva vida. No porque la relación con su padre se estrechase, ya que Johannes siempre había sido el favorito y así continuaron las cosas, sino porque, por fin, había encontrado un hogar: un lugar en el que quedarse y a partir del cual ordenar su existencia, un horario

por el cual guiarse, unos plazos que respetar y una escuela a la que ir. Asimismo, amaba la finca y soñaba con llegar a regentarla él solo un día, según su propio criterio. Sabía que sería mejor administrador que Ephraim y que Johannes, y por las noches rogaba para que su padre no cometiese la tontería de dejarle la finca a su hijo favorito cuando fuesen mayores. A él no le importaba lo más mínimo que el padre le diese a Johannes todo su amor y que le prestase toda su atención, con tal de heredar él la finca.

Y así fue, aunque no como lo había previsto. En efecto, en sus previsiones siempre había contado con la presencia de Johannes. Hasta que murió, no comprendió Gabriel en qué medida necesitaba a su hermano, su desenfado, alguien por quien preocuparse y alguien que lo irritase. Y aun así, no le habría sido posible actuar de otro modo.

Al mismo tiempo, le había rogado a Laine que no dijese nada de sus sospechas de que Johan y Robert hubiesen arrojado las piedras contra sus ventanas. Y él mismo se sorprendió al hacerlo. ¿Acaso había empezado a perder su sentido de la ley y el orden, o sentiría, aunque de forma inconsciente, algún tipo de remordimiento por el destino de la familia? No lo sabía, pero, a toro pasado, se alegraba de que Laine hubiese resuelto llevarle la contraria y contárselo todo a la policía. Claro que su actitud también lo sorprendió. A sus ojos, su esposa era más una muñequita sumisa, caprichosa y pusilánime que una persona con voluntad propia, y el tono mordaz y contestatario y la mirada de rebeldía de su mujer no encajaban con esa imagen. Aquello lo llenó de inquietud. Con todos los sucesos de la semana pasada, empezaba a tener la sensación de que el orden natural de las cosas estaba cambiando. Para un hombre que odiaba los cambios, resultaba una preocupante visión del futuro. Gabriel se refugió en el mundo de las cifras, adentrándose más aún en él.

Los primeros invitados llegaron muy puntuales. Lars, el padre de Patrik, y su esposa Bittan, se presentaron a las cuatro en punto con un ramo de flores y una botella de vino. El padre de Patrik era un hombre alto y corpulento, con una enorme panza. La que era su mujer desde hacía veinte años era de baja estatura y redonda como una bola, pero su aspecto no era desagradable y las arrugas que marcaban las comisuras de sus ojos indicaban que no le costaba mucho reírse. Erica sabía que, en muchos aspectos, a Patrik le resultaba más fácil la relación con Bittan que con

Kristina, su propia madre, que era mucho más estricta y rígida. La separación había tenido intervalos amargos, pero, con el tiempo, Lars y Kristina habían llegado, si no a ser amigos, al menos sí a un entendimiento mutuo y podían incluso verse en distintos contextos sociales. Pero lo más sencillo era, en cualquier caso, invitarlos por separado y, puesto que Kristina había ido a Gotemburgo a visitar a la hermana menor de Patrik, no había razón para preocuparse por haber invitado sólo a Lars y a Bittan aquella tarde.

Un cuarto de hora después llegaron Dan y Maria, y apenas se habían sentado en la terraza, después de saludar a Lars y a Bittan, cuando Erica oyó la voz de Emma dando gritos de contento por la cuesta que subía hasta la casa. Salió a recibirlos y, tras abrazar a los niños, pudo por fin conocer al nuevo hombre que Anna había puesto en su vida.

—¡Hola! ¡Por fin nos conocemos!

Le estrechó la mano y saludó a Gustav af Klint que, como para confirmar sus prejuicios en la primera impresión, tenía exactamente el mismo aspecto que los demás niños de Ostermalm que se movían por Stureplan: cabello oscuro, en una melena corta peinada hacia atrás, camisa y pantalones de estilo aparentemente informal, aunque Erica sabía cuál era el precio, y el obligatorio jersey sobre los hombros y anudado por delante. Se hizo la advertencia de no prejuzgarlo pues, pese a que el hombre apenas había abierto la boca aún, ella ya lo estaba colmando con su desprecio. Por un instante se preguntó algo inquieta si no sería envidia pura y simple lo que la movía a sacar las uñas contra las personas que habían nacido con la cuchara de oro en la boca. Y deseó que ese no fuera el caso.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? ¿Te portas bien con mamá?

Anna aplicó el oído a la barriga de Erica, como para escuchar la respuesta a su pregunta, pero enseguida se echó a reír y abrazó cariñosamente a Erica. Hizo lo mismo con Patrik y fueron juntos a la terraza, donde les presentaron al resto de los invitados. Los niños se pusieron a correr por el jardín mientras que los mayores tomaban vino o, en el caso de Erica, refresco, y empezaron a asar la carne. Como de costumbre, los hombres se reunieron en torno a la parrilla, mientras las mujeres hablaban. Erica nunca había comprendido la relación de los hombres con las parrillas. Ellos, que en condiciones normales no dudaban en afirmar que no tenían ni idea de cómo freír un filete en la sartén, se consideraban verdaderos virtuosos a la hora de conseguir que la carne quedase en su

punto sobre una parrilla al aire libre. A las mujeres podía confiárseles como mucho la guarnición y tampoco funcionaban mal como portadoras de cervezas.

—¡Dios! ¡Qué casa tan bonita tenéis! —Maria iba por la segunda copa de vino, mientras que los demás apenas lo habían probado.

—Sí, gracias, estamos muy a gusto aquí.

A Erica le costaba mostrarse algo más que correcta con la novia de Dan. No se explicaba qué veía en ella, sobre todo si la comparaba con Pernilla, su ex mujer, pero suponía que se trataba de otro de esos misterios sobre los hombres que las mujeres no lograban descifrar. Lo único que se sentía capaz de afirmar sin la menor duda era que no la había elegido por su conversación. Era evidente que la joven despertó el instinto maternal de Bittan, que se dedicó a ella, con lo que Erica y Anna pudieron hablar un poco por su cuenta.

—¿A que es guapo? —preguntó Anna, contemplando a Gustav con admiración—. ¡Figúrate, que un hombre así se interese por mí...!

Erica miraba a su guapísima hermana menor preguntándose cómo una persona como ella podía perder la confianza en sí misma hasta ese punto. Hubo un tiempo en que Anna había sido un espíritu fuerte, independiente y libre, pero los años de convivencia con Lucas y los malos tratos recibidos la habían destrozado. Erica contuvo las ganas de zarandearla para que espabilase. Contempló a Emma y a Adrian, que corrían como locos a su alrededor, y se preguntó cómo podía su hermana dejar de sentirse orgullosa de los dos hijos tan bellos y educados que tenía. Pese a todo lo que habían sufrido a lo largo de sus cortas vidas, eran alegres y fuertes, y amaban a la gente que tenían a su alrededor. Todo ello era, naturalmente, mérito de Anna.

—Todavía no he podido hablar con él, en realidad, pero parece agradable. Ya te daré una calificación más precisa cuando me haya familiarizado un poco más con tu hombre. Aunque parece que no os ha ido mal encerrados en el reducido espacio de un velero, supongo que eso es una buena señal.

Acompañó el comentario de una sonrisa forzada, artificial.

—Bueno, tan reducido no es —objetó Anna entre risas—. Un amigo suyo le ha prestado un Najad 400, donde cabría sin problemas una pequeña armada.

Vinieron a interrumpirles la conversación la carne, ya sobre la mesa, y el frente masculino del grupo, que se sentó a la mesa orgulloso de haber ejecutado la variante moderna del sacrificio de un tigre salvaje.

—Y vosotras qué, chicas, aquí charlando, ¿eh?

Dan pasó el brazo por los hombros de Maria, que se le acercó arrullándolo. Las caricias no tardaron en convertirse en puro morreo y, aunque hacía ya muchos años que Dan y Erica habían dejado de ser novios, a ella no le agradó lo más mínimo ver sus lenguas retorciéndose. Gustav también parecía incómodo, pero Erica no pudo evitar observar que aprovechaba la ocasión para mirar de reojo el generoso escote de Maria, que se había abierto un poco más.

—Pero, Lars, no te pases poniéndole salsa a la carne, por Dios, ya sabes que has de tener cuidado con el peso.

—¿Qué dices? Si yo estoy fuerte como un toro, esto que ves son músculos —declaró el padre de Patrik en voz alta, dándose palmaditas en la panza—. Y Erica me ha dicho que esta salsa lleva aceite de oliva, así que es muy sana. Hoy por hoy puede leerse en todas partes que el aceite de oliva es bueno para el corazón.

Erica se reprimió las ganas de señalar que un decilitro no podía calificarse, tal vez, como la cantidad más saludable. Ya habían discutido sobre el mismo tema infinidad de veces, pero Lars era un experto a la hora de asumir exclusivamente los consejos alimentarios que le convenían. La comida era una de sus grandes aficiones en la vida y cualquier intento de recortar su consumo lo interpretaba como un ataque personal. Bittan se había resignado hacía ya mucho tiempo, pero de vez en cuando intentaba lanzarle alguna que otra indicación sobre qué opinión le merecían sus hábitos alimentarios. Toda tentativa de ponerlo a dieta había resultado en que se dedicase a comer a escondidas en cuanto ella volvía la espalda y, después, al constatar que no perdía peso, abría los ojos de par en par para expresar su asombro pues, según él, no comía prácticamente nada.

—Oye, ¿conoces a E—Type? —Maria acababa de interrumpir su examen oral de la boca de Dan y miraba a Gustav con absoluta fascinación—. Es que sale con Vicky y sus colegas, y Dan me dijo que tú conoces a la familia real, así que pensé que lo conocerías a él también. ¡Es que es tan guay!

Gustav parecía estupefacto, no se explicaba que a alguien pudiese resultarle más interesante conocer al cantante E—Type que al rey, pero se sobrepuso y contestó comedido a la pregunta de Maria:

—Yo soy un poco mayor que la princesa heredera, pero mi hermano pequeño los conoce tanto a ella como a Martin Eriksson.

Maria quedó un tanto confusa.

—¿Quién es Martin Eriksson?

Gustav lanzó un suspiro y, tras una breve pausa, dijo contrariado:

—E—Type.

—Ah, vale, está guapo —respondió ella entre risas, claramente impresionada.

Por Dios, se dijo Erica, ¿tendría de verdad veintiuno como les había asegurado Dan? A ella le parecía más acertado diecisiete. Aunque no pudo por menos de reconocer que era guapa. Algo apenada, miró sus orondos pechos y constató que los días en que sus pezones, como los de Maria, apuntaban al cielo, pertenecían para siempre al pasado.

La reunión no fue de las más logradas que habían celebrado. Erica y Patrik hicieron cuanto pudieron por mantener viva la conversación, pero era como si Dan y Gustav proviniesen de dos planetas distintos y Maria bebió de más y demasiado rápido, le entraron náuseas y se pasó el rato en el baño. El único que estuvo a gusto fue Lars, que, muy concentrado en su tarea, devoró los restos de todos los platos, ignorando tranquilamente las miradas matadoras de Bittan.

A las ocho de la tarde ya se habían marchado todos y Patrik y Erica se quedaron solos con la vajilla.

Decidieron dejarlo para después y se sentaron en el sofá, cada uno con su copa.

—¡Ah, qué ganas de tomar vino! —exclamó Erica mirando apenada su refresco.

—Sí, después de esta cena, comprendo que necesites una copa. Madre mía, ¿cómo conseguiste reunir a un grupo tan heterogéneo? ¿En qué estábamos pensando?

Se echó a reír meneando la cabeza.

—¿Conoces a E—Type?

Patrik imitaba la voz en falsete de Maria y Erica no pudo por menos de soltar una risita.

—¡Dios, qué enrollado! —seguía hablando con voz chillona hasta que las risitas de Erica desembocaron en puras carcajadas.

—Mi mamá dice que no importa ser un poco boba, siempre que seas mona...

Patrik imitaba a la joven con la cabeza algo ladeada y Erica se echó mano a la barriga y, resoplando, le rogó:

—Para ya, no puedo más. ¿No eras tú el que me pedía que yofuese amable con ella?

—Sí, ya lo sé, pero es que resulta difícil contenerse —admitió Patrik, antes de adoptar una expresión grave—. Oye, ¿a ti qué te ha parecido el tal Gustav? No daba la sensación de ser el hombre más cálido del mundo, precisamente. ¿Crees que le conviene a Anna?

Erica dejó de reír bruscamente y, con el ceño fruncido, contestó:

—No, la verdad es que estoy bastante preocupada. Claro que cabe pensar que cualquier cosa es mejor que un maltratador, y sí, bueno, lo es, pero yo habría querido... —no encontraba el modo de expresarlo— ... yo habría querido algo mejor para Anna. ¿No viste la cara que ponía cuando veía a los niños correr y alborotar? Estoy por creer que es de los que piensan que los niños han de verse, pero sin notarse, y eso a Anna no le conviene. Ella necesita a alguien que sea amable, cálido y cariñoso, alguien que la haga sentirse bien. Y, diga lo que diga, ahora no la veo feliz. Pero ella misma piensa que no merece más.

El sol descendía sumergiéndose en el mar como un disco de fuego purpúreo ante sus ojos pero, por una vez, no disfrutó de la inmensa belleza del atardecer. El desasosiego que le infundía la situación de su hermana la apesadumbraba demasiado, y era tal la responsabilidad que sentía que le costaba respirar. Si le agobiaba sentirse tan responsable de su hermana, ¿cómo iba a soportar la responsabilidad de otra nueva vida?

Apoyó la cabeza sobre el hombro de Patrik, dispuesta a recibir con él la oscuridad del ocaso.

El lunes empezó con una buena noticia: Annika había vuelto de sus vacaciones. Tostada por el sol y resplandeciente, relajada después de mucho vino y amor, ocupaba de nuevo su puesto en la recepción y, cuando vio entrar a Patrik, lo acogió con una esplendorosa sonrisa. Por lo general, él detestaba las mañanas de los lunes, pero ver a Annika le alegró el día. Ella

era, en cierto modo, el centro alrededor del cual giraba toda la comisaría. Ella era la que organizaba, debatía, reconvenía y loaba, según las necesidades. Cualquiera que fuese el problema, uno siempre podía confiar en recibir de ella consuelo y un juicioso consejo. Incluso Mellberg había empezado a tenerle cierto respeto y ya no se atrevía a darle pellizcos a hurtadillas ni a lanzarle esas miradas de cordero, tan frecuentes durante sus primeros meses en el trabajo.

Patrik no llevaba ni una hora en la comisaría cuando Annika fue a llamar a la puerta de su despacho y, con semblante compungido, le comunicó:

—Ahí fuera hay una pareja que viene a denunciar la desaparición de su hija.

Los dos cruzaron una mirada cómplice.

Annika hizo pasar a los preocupados padres que, abatidos, se sentaron frente a Patrik. Se presentaron como Bo y Kerstin Möller.

—Nuestra hija Jenny no volvió anoche a casa.

Fue el padre quien tomó la palabra. Era un hombre menudo y enjuto que rondaba la cuarentena. Mientras hablaba, se tironeaba nervioso los pantalones cortos de un estampado muy llamativo y miraba fijamente el tablero de la mesa. La realidad de, por fin, verse en la comisaría para denunciar la desaparición de su hija parecía hacer que el pánico aflorase en ellos. Se le hizo un nudo en la garganta, por lo que su mujer, también menuda, pero regordeta, fue la que continuó:

—Vivimos en el camping de Grebbestad y Jenny había quedado en Fjällbacka con unas amigas a las que se había encontrado. Creo que iban a salir por ahí, pero nos había prometido que estaría de vuelta hacia la una. Irían allí en autobús y el regreso lo tenían arreglado. —También la voz de la mujer empezó a quebrarse y tuvo que hacer una pausa, antes de seguir—: Cuando vimos que no llegaba, empezamos a preocuparnos. Fuimos a llamar a casa de una de las amigas y la despertamos a ella y a sus padres. Nos dijo que Jenny jamás se presentó en la parada del autobús y que pensaron que había decidido no ir con ellas. Entonces supimos que había ocurrido algo grave. Jenny jamás nos haría una cosa así. Es nuestra única hija y siempre nos avisa si va a llegar tarde. ¿Qué puede haberle pasado? Hemos oído lo de la chica que encontraron en Kungsklyftan, ¿creen que...?

En este punto, la voz la abandonó y dio paso a un sentido llanto de desesperación. Su esposo la abrazó para consolarla, pero tampoco él pudo reprimir el llanto.

Patrik estaba preocupado. Incluso muy preocupado, pero intentó no dejar traslucir su inquietud en presencia de la pareja.

—No creo que haya motivo para establecer ningún paralelismo aún.

«Joder, qué frialdad la mía», se dijo a sí mismo, pero le costaba mucho enfrentarse a ese tipo de situaciones. La angustia de las personas que tenía enfrente le hacía un nudo en la garganta de compasión, pero no podía permitirse ceder a ese sentimiento y su reacción era, curiosamente, una corrección casi burocrática.

—Empezaremos por recabar algunos datos sobre su hija. Se llama Jenny, ¿no? ¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete, pronto cumplirá dieciocho.

Kerstin seguía llorando, con el rostro oculto en la camisa de su marido, así que fue Bo quien proporcionó la información a Patrik. Cuando él preguntó si tenían alguna foto reciente de ella, Kerstin se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel y sacó una foto a color que llevaba en el bolso.

Patrik la tomó y la estudió con atención. Era una chica normal de diecisiete años, demasiado maquillada y con una expresión un tanto rebelde en la mirada. Después miró a los padres con una sonrisa, esforzándose por dar una imagen de absoluta confianza.

—Una hija muy guapa. Entiendo que estén orgullosos de ella.

Ambos asintieron vehementes y al rostro de Kerstin asomó incluso una cauta sonrisa.

—Es una buena chica. Claro que los adolescentes tienen sus ratos. Este año, por ejemplo, no quería venir con nosotros de vacaciones con la caravana, aunque lo hacemos todos los veranos desde que ella era pequeña, pero insistimos y le dijimos que, seguramente, sería el último verano que podríamos hacer algo juntos, así que al final aceptó.

Al oírse decir lo del último verano, Kerstin volvió a estallar en sollozos, mientras Bo le acariciaba el cabello para calmarla.

—Se lo van a tomar en serio, ¿verdad? Dicen que hay que esperar veinticuatro horas antes de empezar a buscar y eso, pero tienen que creernos: algo ha tenido que ocurrirle, de lo contrario, nos habría llamado.

No es el tipo de chica que pasa de todo y nos deja angustiados sin una noticia.

Una vez más, Patrik intentó aparentar tanta calma como pudo, pero, en su fuero interno, los pensamientos le cruzaban la mente como rayos. La imagen del cuerpo desnudo de Tanja en Kungsklyftan se perfiló en su retina y cerró los ojos un segundo para desecharla.

—Nosotros no esperamos veinticuatro horas, eso sólo pasa en las películas americanas, pero antes de que sepamos nada, deben tranquilizarse. Aunque estoy convencido de que tienen razón y de que Jenny es una buena chica, les aseguro que yo he visto estas cosas: conocen a alguien, olvidan el tiempo y el espacio, y que sus padres están en casa preocupados. No es nada insólito. Claro que vamos a empezar preguntando por el pueblo hoy mismo. Déjenle a Annika un número en el que podamos localizarles y les llamaré en cuanto sepa algo. Y si les llama o aparece por casa, comuníquennoslo enseguida, por favor. Ya verán cómo todo se arregla.

Una vez que se hubieron marchado, Patrik empezó a preguntarse si no les habría prometido demasiado. La sensación de resquemor que se le había instalado en el estómago no auguraba nada bueno. Observó la foto de Jenny que los padres le habían dejado. Ojalá la muchacha estuviese por ahí de fiesta.

Se levantó y se encaminó al despacho de Martin. Lo mejor sería empezar a buscar de inmediato. En caso de que hubiese ocurrido lo peor, no tenían un minuto que perder. Según el informe del forense, Tanja había estado viva y prisionera toda una semana antes de morir. El tictac de las agujas del reloj los apremiaba.

Capítulo 5

Verano de 1979

El dolor y la oscuridad hacían que el tiempo discurriese como una bruma sin sueños. Noche o día, vida o muerte, tanto daba. Ni siquiera los pasos que oía en el exterior, la certeza de la maldad que se aproximaba, eran capaces de lograr que la realidad penetrase su lóbrega morada. El ruido de huesos al romperse se mezclaba con los gritos de dolor de un ser humano, tal vez los suyos propios, no estaba segura.

La soledad era lo más duro de soportar. La ausencia total de sonidos, de movimientos, y la sensación del tacto en su piel. Jamás se había imaginado que la ausencia de contacto humano pudiese llegar a suponer semejante tortura. Superaba cualquier dolor, le hendía el alma como un cuchillo y la hacía temblar convulsamente zarandeando todo su cuerpo.

El olor del extraño era, a aquellas alturas, un aroma conocido, no desagradable, no el olor que ella había imaginado que exhalaría la maldad. Era más bien fresco y lleno de promesas de un cálido estío, en radical contraste con el negro olor húmedo que siempre respiraba, que la envolvía como una manta mojada y que, trocito a trocito, iba devorando los últimos vestigios de la persona que era antes de ir a parar a aquel lugar. De ahí que, cuando el extraño se le acercaba, ella inspirase con avidez su cálido perfume. Valía la pena vivir la maldad para, por un instante, poder inundarse del olor a aquella existencia que seguía su curso allá arriba. Al mismo tiempo, ese olor despertaba en ella apagados sentimientos de añoranza de la vida. Ya no era la misma que fue y echaba de menos a la persona en la que nunca se convertiría. Una despedida dolorosa, pero obligada en aras de la supervivencia.

El mayor tormento allá abajo era, en cualquier caso, el recuerdo de la cría. A lo largo de su corta vida, siempre la había culpado desde que nació, y ahora, en la undécima hora, comprendía que en realidad su hija era un

regalo. El recuerdo de sus tiernos bracitos alrededor de su cuello o de sus ojos que la miraban hambrientos en busca de algo que ella no era capaz de darle la perseguía en sueños a todo color. Era capaz de revivir cada ínfimo detalle de su pequeña, cada pequita, cada cabello, el diminuto remolino de la nuca, exactamente en el mismo lugar que el suyo. Y le prometía a Dios y a sí misma, una y otra vez que, si lograba huir de aquella prisión, compensaría a aquella chiquilla por cada segundo de amor materno que le había negado. Si...

* * *

—¡No vas a salir así!

—¡Saldré como me dé la gana, no es cosa tuya!

Melanie miraba a su padre con inquina y él le devolvía la misma moneda con su mirada. El tema de la discusión era habitual: lo reducido de las prendas que se ponía.

Claro que su ropa no era muy abundante en cuanto a la cantidad de tela, admitía Melanie, pero a ella le gustaba y sus amigas se vestían exactamente igual. Además, tenía diecisiete años y ya no era una mocosa, así que se ponía lo que a ella le parecía. Escrutó con desprecio a su padre, cuyo rostro se había encendido de ira y aparecía ahora rojizo desde el cuello hasta la frente. ¡Qué mierda hacerse viejo y cutre! Llevaba unos pantalones Adidas brillantes que dejaron de ser modernos hacía ya quince años y el color chillón de la camisa se mataba con el del pantalón. El barrigón que había criado, después de muchas bolsas de patatas fritas delante del televisor, amenazaba con reventar la camisa y hacer saltar algunos de los botones y, para remate, las horrendas chanclas de plástico. Le daba vergüenza que la vieran con él y detestaba tener que pasarse todo el verano en aquella mierda de camping.

Cuando era pequeña, le encantaban las vacaciones en la caravana. Siempre había montones de niños con los que jugar y podía bañarse y correr a su antojo entre las hileras de caravanas. Pero ahora sus colegas estaban en Jönköping y lo peor de todo era que había tenido que dejar allí a Tobbe. Ahora que no podía vigilar sus intereses, seguro que se la jugaría con la cerda de Madde, que siempre estaba enganchada a él como una lapa, y si eso llegaba a pasar, juraba por lo más sagrado que odiaría a sus padres para siempre jamás.

Mira que verse pillada en un camping del pueblucho de Grebbestad y, para colmo, la trataban como si tuviera cinco años en lugar de diecisiete. Ni siquiera podía elegir por sí misma cómo vestirse. Echó atrás la cabeza con un gesto altanero y se ajustó el top, que no era mucho más grande que la parte de arriba de un bikini. Era verdad que los shorts vaqueros, que eran mínimos, se le clavaban entre las piernas y resultaban bastante incómodos, pero las miradas que provocaban en los chicos compensaban cualquier molestia. El punto sobre la i lo ponían las altísimas plataformas que añadían como mínimo diez centímetros a su metro sesenta.

—Mientras que seamos nosotros quienes te costeemos techo, comida y, en general, todas tus necesidades, eso lo decidimos precisamente nosotros, así que ahora haz el favor de...

Su padre se vio interrumpido por unos fuertes golpes en la puerta y Melanie se apresuró a abrir, agradecida por el respiro. Al otro lado había un hombre de cabello oscuro y de unos treinta y cinco años de edad, así que Melanie se enderezó y sacó pecho enseguida. Un poco mayor para su gusto, pero parecía majo y, además, su padre se ponía enfermo con esas cosas.

—Hola, soy Patrik Hedström, de la policía de Tanumshede. ¿Podría pasar a hablar con ustedes un momento? Se trata de Jenny.

Melanie se apartó para dejarlo pasar, pero tan pocos centímetros que lo obligó a pegarse a la escasa vestimenta que cubría su persona.

Después de las presentaciones, se sentaron en torno a la pequeña mesa de comedor.

—¿Quiere que vaya a buscar a mi esposa? Está abajo, en la playa.

—No, no es necesario, en realidad es con Melanie con quien quería intercambiar unas impresiones. Como quizá sepan, Bo y Kerstin Möller han denunciado la desaparición de su hija Jenny y me dijeron que tú habías quedado con ella para ir a Fjällbacka ayer tarde, ¿es correcto?

Melanie se tiró un poco del top para ampliar el escote sin que se notase y se humedeció los labios antes de responder. Un policía, vaya, eso sí que era sexy.

—Sí, íbamos a vernos hacia las siete en la parada del autobús para tomar el de las siete y diez. Habíamos conocido a unos chicos que lo pillarían en Tanum Strand y sólo íbamos a ver si había algo que hacer en Fjällbacka, pero no teníamos ningún plan concreto.

—Pero Jenny no acudió.

—No, súper raro. No nos conocemos mucho, pero parecía una chica formal y eso, así que me sorprendió que no se presentase. No es que lo sintiera mucho, vamos, porque era más bien ella la que se colgaba de mí y a mí no me importaba quedarme sola con Micke y Fredde, los chicos de Tanum Strand, vamos.

—¡Pero Melanie, chiquilla!

Su padre le lanzó una mirada furibunda, que ella le devolvió.

—¿Qué pasa? ¿Qué le voy a hacer yo si me parecía aburrida? Tampoco es culpa mía que haya desaparecido. Lo más seguro es que se haya largado a Karlstad. Me contó algo de un chico al que había conocido allí y, si no era tonta del todo, seguro que decidió pasar de esta mierda de vacaciones en caravana y largarse con él.

—¡Pues tú no te atrevas ni a pensarlo! Ese tal Tobbe...

Patrik se vio obligado a interrumpir la discusión entre padre e hija y movió la mano ligeramente para llamar su atención. Por suerte, los dos callaron.

—En otras palabras, tú no tienes la menor idea de por qué no acudió a la cita.

—No, ni remota.

—¿Sabes si se veía con alguna otra persona del camping a la que pueda haberse confiado?

Como por accidente, Melanie rozó con su pierna desnuda la del policía, que respondió dando un respingo para satisfacción de la muchacha. Los tíos eran tan simples... Daba igual la edad, sólo tenían una cosa en la cabeza y, sabiendo eso, podía una llevarlos adonde quisiera. Volvió a rozarle la pierna; ya parecía que le sudaba el labio superior. Claro que también hacía un calor bochornoso dentro de la caravana.

—Había un tío, un pardillo al que, al parecer, conocía desde que era pequeña porque lo veía aquí todos los veranos. Un palurdo, pero ya te digo que ella tampoco es que fuese ningún crack, así que seguro que lo pasaban bien juntos.

—¿Y no sabrás cómo se llama o dónde puedo encontrarlo?

—Sus padres tienen la caravana dos filas más allá. La del toldo de rayas blancas y marrones con mil macetas de geranios delante.

Patrik le dio las gracias antes de, ruborizado, volver a quedar medio preso entre Melanie y la salida.

La joven intentó posar de la forma más provocativa que supo mientras se despedía de él desde la puerta. Su padre acababa de reemprender la retahíla, pero ella apagó el chip. De todos modos, nunca le decía nada digno de atención.

Sudoroso, y no sólo por el calor, Patrik se alejó de allí a buen paso. Fue un alivio salir de la angosta caravana al alboroto de fuera. Se había sentido como un pederasta mientras aquella jovencita le pegaba los pechos a la cara y, cuando empezó a rozarlo con su pierna, quiso que se lo tragara la tierra de lo desagradable que le resultó. Tampoco iba muy vestida que digamos, más o menos como si hubiese dividido en dos la tela de un pañuelo para cubrirse el cuerpo. En un arrebató visionario pensó que, dentro de diecisiete años, tal vez fuese su hija la que llevase esa indumentaria y se dedicase a intentar seducir a hombres mayores. Se estremeció ante la idea y se dijo que ojalá Erica llevase un niño en sus entrañas. Con los chicos adolescentes, al menos, sabía cómo funcionaba la cosa. Aquella jovencita se le antojaba un ser del espacio exterior, con tanto maquillaje y tan enojada. Tampoco pudo evitar constatar que llevaba un aro en el ombligo. Tal vez estuviese haciéndose viejo, pero lo consideraba cualquier cosa menos sexy. Más bien le hacía pensar en el riesgo de infecciones y la formación de cicatrices. En fin, seguro que esa opinión tenía que ver con la edad. Aún vivía fresca en su memoria la reprimenda de su madre cuando lo vio llegar con un aro en la oreja, y eso que tenía diecinueve años. Tuvo que quitárselo enseguida y fue lo máximo a lo que se atrevió.

Al principio se perdió entre las caravanas, que estaban tan juntas que parecían amontonadas. Era incapaz de entender cómo la gente se prestaba voluntariamente a pasar sus vacaciones empaquetada como arenques junto con otro montón de personas. Aunque, claro, comprendía que aquella práctica se había convertido para muchos en un estilo de vida y que la camaradería con los demás campistas, que volvían cada año al mismo lugar, era uno de los atractivos. Algunas caravanas apenas merecían ya ese nombre, pues las habían ampliado con tiendas de campaña montadas en todas direcciones y parecían más bien residencias permanentes que siempre estaban allí, año tras año.

Tras preguntar encontró por fin la caravana descrita por Melanie, a cuya puerta vio sentado a un chico alto y desgarbado, con la cara plagada de

acné. A Patrik le dio pena ver los granos, blancos o enrojecidos, y advertir que no había podido resistir la tentación de hurgarse algunos, pese a que le quedarían cicatrices que durarían hasta mucho después de que el acné hubiese desaparecido.

Cuando llegó adonde estaba el chico, el sol le daba directamente en los ojos y tuvo que hacerse sombra con la mano, porque se había olvidado las gafas de sol en la comisaría.

—Hola, soy de la policía. He estado hablando con Melanie, de aquella caravana. Me dijo que conocías a Jenny Möller. ¿Es verdad?

El chico asintió sin pronunciar palabra. Patrik se sentó a su lado sobre el césped y supo enseguida que aquel muchacho, a diferencia de la lolita de antes, parecía realmente preocupado.

—Me llamo Patrik, ¿y tú?

—Per.

Patrik alzó una ceja como para indicar que esperaba algo más.

—Per Thorsson —respondió el joven, mientras arrancaba nerviosamente manojos de briznas con la mano, sin apartar la vista de lo que hacía y sin mirar a Patrik, y añadió—: Si le ha ocurrido algo, ha sido culpa mía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Patrik atónito.

—Perdió el autobús por mi culpa. Llevamos toda la vida viéndonos aquí en verano, desde niños, y siempre lo hemos pasado muy bien juntos. Pero desde que conoció a la imbécil de Melanie, se volvió muy antipática. Sólo hablaba de ella, Melanie por aquí, Melanie por allí, Melanie ha dicho que tal y la madre que la parió. Antes se podía hablar con ella de cosas serias, cosas que significan algo, pero este verano, nada más que de maquillajes, ropa y basuras por el estilo, y si venía a verme, ni siquiera se atrevía a contárselo a Melanie porque al parecer ella piensa que soy un pardillo.

La velocidad con que arrancaba los manojos iba en aumento, de modo que a su lado se veía ya una zona totalmente pelada que crecía con cada ramito extraído. El olor a comida asándose en la parrilla flotaba denso sobre sus cabezas y se deslizó hasta las fosas nasales de Patrik, cuyo estómago protestó de hambre.

—Las adolescentes son así. Se le pasará, te lo aseguro. Después vuelven a la normalidad —lo calmó Patrik con una sonrisa, antes de adoptar

un tono más serio—. Pero, dime, ¿qué quieres decir con que tú tuviste la culpa? ¿Sabes dónde está? Porque, en ese caso, te diré que sus padres están terriblemente preocupados...

Per desechó su insinuación con la mano.

—No tengo la menor idea de dónde está. Sólo sé que tiene que haberle pasado algo. Ella jamás se iría así, sin más. Y puesto que pensaba hacer autoestop...

—¿Autoestop? ¿Adónde? ¿Cuándo se puso a hacer autoestop?

—Por eso es culpa mía —Per le hablaba a Patrik con una claridad excesiva, como si estuviese dirigiéndose a un niño pequeño. Continuó—: Empecé a darle el rollo porque estaba harto de que yo sólo le viniese bien cuando esa Melanie no sabía que estaba conmigo, así que la paré cuando pasó por delante de mi caravana para decirle lo que pensaba. No le sentó muy bien, pero no protestó y aguantó el chaparrón. Después me dijo que había perdido el autobús y que tendría que hacer autoestop hasta Fjällbacka, y se marchó.

Per alzó la vista de su rodal pelado y miró a Patrik. El labio inferior le temblaba levemente y Patrik notó que se esforzaba cuanto podía por no caer en la humillación de echarse a llorar allí, delante de todos los campistas.

—Por eso es culpa mía. Si no hubiera empezado a discutir con ella por algo que, bien mirado, es totalmente absurdo, no habría perdido el autobús y no le habría pasado nada. Seguro que se topó con algún psicópata cuando hacía autostop, y todo por mi culpa.

Su voz subió una octava y se quebró en falsete hasta cambiar de tono. Patrik negaba con gesto vehemente.

—No, no es culpa tuya. Y ni siquiera sabemos si le ha ocurrido algo. Eso es lo que intentaremos averiguar. Quién sabe, quizá aparezca cuando menos te lo esperes, quizá haya estado haciendo alguna trastada.

Su tono intentaba infundirle tranquilidad, pero el propio Patrik oyó lo falso que sonaba. Sabía que el temor que se percibía en los ojos del chico también lo expresaban los suyos. A tan sólo cien metros de donde ellos se encontraban, estaba el matrimonio Möller en su caravana, aguardando a su hija. Patrik sintió que se le helaba la boca del estómago, que tal vez Per tuviese razón y estuviesen esperando en vano. Alguien había recogido a Jenny, alguien cuyas intenciones no eran buenas.

Mientras que Jacob y Marita estaban en sus trabajos y los niños en la guardería, Linda esperaba la llegada de Johan. Era la primera vez que iban a verse en la casa de Västergården en lugar de en el pajar, y para Linda era algo muy emocionante. Saber que, pese a la prohibición, se encontrarían en la casa de su hermano, le añadía sal a la cita. Sin embargo, hasta que no vio la expresión de Johan cuando cruzó la puerta, no comprendió que volver a entrar en aquella casa despertaba unos sentimientos bien diferentes en él.

El joven no había estado allí desde que abandonaron la finca, inmediatamente después de la muerte de Johannes. Empezó a recorrerlo todo muy despacio, primero la sala de estar, después la cocina e incluso el baño. Era como si quisiera impregnarse de cada pequeño detalle. Habían cambiado muchas cosas. Jacob había reparado y pintado aquí y allá, y la casa no tenía el aspecto que él recordaba. Linda lo seguía muy de cerca.

—Hacía mucho que no venías a esta casa.

Johan asintió y pasó la mano por la chimenea de la sala de estar.

—Hace más de veinte años. Yo tenía apenas cinco cuando nos mudamos de aquí. Jacob ha hecho muchas reformas.

—Sí, todo tiene que ser tan bonito a su alrededor... Se pasa la vida con el bricolaje. Todo tiene que estar perfecto.

Johan no respondía. Era como si se encontrase en otro mundo. Linda empezó a lamentar haberlo invitado a casa. Lo único que ella pretendía era que pasaran un rato tranquilos en la cama, no un viaje por los tristes recuerdos del pasado de Johan. En realidad, ella prefería no pensar en absoluto en esa parte de Johan, la mitad de su persona obsesionada por sentimientos y experiencias, una parte que no la incluía a ella. Siempre lo había visto embrujado por su persona, casi adorándola, y eso era lo que ella quería de él, no a ese Johan adulto, meditabundo y reflexivo, que ahora se paseaba por la casa.

Linda le tiró del brazo y él se sobresaltó, como si lo hubiesen despertado de un trance.

—¿Subimos? Mi habitación está arriba, en la buhardilla.

Johan la siguió indolente escaleras arriba. Cruzaron la planta alta, pero, cuando Linda se disponía a subir la escalera que conducía a la buhardilla, se dio cuenta de que Johan se había detenido. Allí estaban antes su dormitorio y el de Robert, y también el de sus padres.

—Espera, ahora mismo voy. Sólo quiero ver una cosa.

No hizo caso de las protestas de Linda, sino que, con mano temblorosa, abrió la primera puerta que había en el descansillo, la de su dormitorio de pequeño. Aún seguía siendo la habitación de un niño, sólo que las ropas y los juguetes que ahora se veían por todas partes eran de William. Se sentó en el borde de la cama y rememoró el aspecto del dormitorio cuando aún era suyo. Tras unos minutos, se levantó y se dirigió a la habitación de su hermano Robert. La halló más cambiada aún que la suya, pues se había convertido en un dormitorio de niña donde dominaban el rosa, el tul y las lentejuelas. Salió casi enseguida y se encaminó, como atraído por un imán, a la habitación del fondo del rellano. Cuántas noches había recorrido esos metros de puntillas, caminando sobre la alfombra que su madre había puesto allí, hacia la puerta blanca del fondo, para abrirla con cuidado y escurrirse sigiloso en la cama de sus padres. Allí dormía seguro, libre de pesadillas y de monstruos bajo la cama. Él prefería dormir pegado, muy pegado a su padre. Comprobó que Jacob y Marita habían conservado el viejo y suntuoso cabecero; aquella era la habitación menos cambiada.

Sintió que las lágrimas le ardían bajo los párpados, y los apretó para impedir que brotaran antes de volverse de espaldas a Linda. Ante ella no quería mostrarse tan débil.

—¿Has terminado de mirar o qué? Aquí no hay nada que robar, si es eso lo que crees.

Detectó en su tono una maldad que no le había oído antes y una chispa de ira estalló en su interior. La idea de lo que pudo haber sido animó esa chispa y Johan la agarró del brazo con firmeza:

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Crees que estoy mirando qué robar? ¡Estás loca! Para que lo sepas, yo vivía aquí mucho antes de que se mudase tu hermano y, de no haber sido por el cerdo de tu padre, nosotros habríamos seguido viviendo en Västergården, así que cállate la boca.

Por un instante, Linda quedó muda de asombro ante la transformación experimentada por el dulce Johan. Pero se zafó enseguida de su brazo y le espetó:

—Oye, que no es culpa de mi padre que el tuyo se jugase su dinero y lo perdiese. E hiciese lo que hiciese el mío, tampoco es responsable de que el cobarde de tu padre se suicidase. Él decidió abandonaros y no puedes echarle la culpa de eso a mi padre.

Tal era la ira que sentía que su campo de visión se vio empañado por unas extrañas manchas blancas. Cerró los puños. Linda parecía tan delgada y frágil que se preguntó si no podría partirla en dos, pero se obligó a respirar hondo para calmarse. Con una extraña voz ronca, le advirtió:

—Hay muchas cosas de las que quiero y puedo acusar a Gabriel. Tu padre destrozó nuestras vidas por envidia. Mi madre me lo ha contado todo. A mi padre lo quería todo el mundo, en cambio a Gabriel lo consideraban un gruñón inaguantable y eso él no lo soportaba. Mi madre estuvo aquí ayer y le dijo un par de cosas. Lástima que no le diese una paliza también, claro que no se atrevería a tocarlo.

Linda se echó a reír.

—Hubo un tiempo en que sí que le gustó tocarlo, parece ser. Me da un asco que me muero al pensar en mi padre con la mugrienta de tu madre, pero así pasó, parece, hasta que ella comprendió que resultaba más fácil sacarle dinero a tu padre que al mío. Y se fue con él. Ya sabes cómo se llama a ese tipo de mujeres: ¡putas!

Linda, que era casi tan alta como él, le escupió sus palabras con tal desprecio que le salpicó la cara de saliva.

Por miedo a no saber contenerse, Johan retrocedió hacia la escalera. Sentía deseos de rodearle el cuello con las manos y estrangularla para que se callara; sin embargo, salió corriendo.

Desconcertada ante el curso que habían tomado los acontecimientos y de pura indignación al ver que no dominaba a Johan como ella creía, Linda se agarró de la barandilla y le gritó con odio:

—Eso, lárgate, perdedor de pacotilla; de todos modos, sólo servías para una cosa y ni siquiera en eso eras ninguna maravilla.

Concluyó con un corte de mangas, pero él ya salía por la puerta y no la vio.

Poco a poco, fue bajando el brazo y, con la volubilidad propia de la adolescencia, empezó a lamentar haberse expresado como lo había hecho. Pero la había sacado de sus casillas.

Cuando llegó el fax de Alemania, Martin acababa de colgar el auricular después de hablar con Patrik. La noticia de que alguien hubiese cogido a Jenny mientras hacía autoestop no mejoraba precisamente la situación. Podía haber sido cualquiera y la única fuente en la que podían

confiar al respecto era el ojo siempre alerta de la gente. La prensa llevaba días llamando a Mellberg enloquecida y, dado que ya sabían que la noticia tendría una amplia difusión, Martin esperaba que alguien llamase diciendo que había visto a Jenny subir a un coche cerca del camping. Esperaba poder seleccionar con relativa facilidad las llamadas realmente útiles de entre todas las que recibirían a partir de la publicación de la noticia, entre las que habría llamadas de perturbados mentales y de gente que aprovechaba la ocasión para amargarle la vida a un enemigo.

Fue Annika quien le llevó el fax, que era breve y conciso. Leyó como pudo las escasas frases y llegó a la conclusión de que el pariente más próximo de Tanja era su ex marido. A Martin le sorprendió que ya estuviese separada siendo tan joven, pero allí estaba el dato, más claro que el agua. Tras unos minutos de indecisión y una rápida consulta a Patrik por el móvil, marcó el número de la oficina de información turística de Fjällbacka. Al oír la voz de Pia en el auricular, sonrió inconscientemente.

—Hola, soy Martin Molin —se hizo un silencio que, en su opinión, duró un segundo de más—, el policía de Tanumshede —añadió malhumorado por haber tenido que aclarar quién era. Él, en cambio, habría podido decir hasta el número que ella calzaba si, por alguna extraña razón, se le hubiese pedido que lo hiciera.

—Ah, sí, hola, perdona. Se me da fatal recordar los nombres de la gente, aunque por suerte soy muy buena recordando caras, lo que es una ventaja en este trabajo —aclaró entre risas—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

«¿Por dónde empezaría yo...?», se preguntó Martin, pero recordó enseguida el motivo de su llamada y se dijo que debía comportarse.

—Tengo que hacer una llamada importante a Alemania y no confío en el cinco que saqué en alemán. ¿Podrías participar en una llamada a tres y hacer de intérprete?

—Por supuesto —respondió ella sin pensarlo—, en cuanto le pida a mi colega que se encargue de la oficina un rato.

Martin la oyó hablar con alguien, hasta que la voz de Pia volvió a sonar en el auricular.

—Ya está arreglado. ¿Cómo funciona eso? ¿Me llamas tú o qué?

—Sí, yo tengo que incorporarte a la llamada, así que espera un minuto mientras llamo.

Cuatro minutos más tarde exactamente, tenía al teléfono al ex marido de Tanja, Peter Schmidt, y a Pia. Empezó por presentarle sus condolencias y disculpándose por llamar en circunstancias tan amargas. La policía alemana ya había informado a Peter de la muerte de su ex mujer, de modo que Martin pudo ahorrarse esa tarea, pero le resultaba desagradable llamarlo con tan poco margen después de la triste noticia. Aquella era, en efecto, una de las misiones más desagradables de su profesión y, por fortuna, un fenómeno poco frecuente en su día a día laboral.

—¿Qué sabía usted del viaje de Tanja a Suecia?

Pia tradujo con fluidez al alemán la pregunta de Martin y después, del alemán al sueco, la respuesta de Peter.

—Nada. Por desgracia no nos dijimos adiós amistosamente, así que después de la separación apenas mantuvimos el contacto; pero mientras estuvimos casados, jamás mencionó que tuviese deseos de viajar a Suecia. Le gustaban más las vacaciones de sol y playa, a España o a Grecia. Yo creo que a ella Suecia le habría parecido un país demasiado frío para unas vacaciones.

«Frío...», pensó Martin irónicamente, al tiempo que veía por la ventana los vapores que despedía el asfalto. «Sí, sí, claro, y los osos polares se pasean por la calle...», remató para sí antes de proseguir.

—Es decir, jamás dijo una sola palabra de que tuviese nada que resolver en Suecia o algún contacto o relación con el país. ¿Ni sobre un pueblo llamado Fjällbacka?

La respuesta de Peter seguía siendo negativa y a Martin no se le ocurría nada más que preguntar. Seguía sin saber qué le habría querido insinuar Tanja a su compañera al hablarle del motivo de su viaje. De repente, cuando ya estaba a punto de despedirse, se le ocurrió una última pregunta.

—¿Hay alguna otra persona a la que le podamos preguntar? El único pariente de cuya existencia nos ha informado la policía alemana es usted, pero quizá pueda darnos el nombre de alguna amiga...

—Podrían hablar con su padre. Vive en Austria. Seguramente por eso la policía no lo encontró en ningún registro. Espere, aquí tengo su número de teléfono.

Martin oyó que Peter se alejaba y el ruido que hacía al buscar en algún cajón. Segundos después volvió a ponerse al teléfono. Pia seguía

traduciendo y se esforzó en repetir los números con especial claridad.

—No estoy seguro de que pueda decirles mucho. Hace dos años, poco después de que Tanja y yo nos separásemos, ellos dos tuvieron un fuerte enfrentamiento y se distanciaron bastante. Tanja no quiso contarme por qué, pero tengo la impresión de que llevaban mucho tiempo sin hablarse. Claro que nunca se sabe. Cuando hable con él, salúdalo de mi parte.

La conversación no había sido muy fructífera, pero Martin le dio las gracias y le preguntó si podía volver a llamarlo en caso de que surgiesen más preguntas. Pia se quedó al teléfono y se le adelantó preguntándole si quería llamar al padre de Tanja enseguida, para ayudarle con la traducción.

El tono de llamada sonó una y otra vez, pero nadie contestaba, no parecía haber nadie en casa. El comentario del ex marido sobre el enfrentamiento entre Tanja y su padre también había despertado la curiosidad de Martin. ¿Sobre qué podían haber discutido que fuera tan grave como para que interrumpiesen del todo el contacto? ¿Y tendría algo que ver con el viaje de Tanja a Fjällbacka y con su interés por la desaparición de las dos chicas?

Sumido en sus cavilaciones, casi se olvidó de que tenía a Pia al teléfono; le dio las gracias apresuradamente y acordaron que le ayudaría a llamar al padre de Tanja al día siguiente.

Martin se quedó un buen rato pensando y observando la fotografía de Tanja en el depósito. ¿Qué había ido a buscar a Fjällbacka? ¿Y qué habría encontrado?

Con sumo cuidado, Erica fue acercándose a los muelles. No era normal que hubiese huecos libres entre los barcos varados en aquella época del año. Por lo general, los veleros solían atracar en doble y hasta en triple fila, pero el asesinato de Tanja había espantado a bastante gente, que había ido a buscar sitio en otros puertos. Erica deseaba con todas sus fuerzas que Patrik y sus colegas resolviesen el caso cuanto antes. De lo contrario, el invierno se presentaría muy duro para todos aquellos que vivían de lo que ganaban durante el verano.

Anna y Gustav optaron, no obstante, por ir contra corriente y se quedaron en Fjällbacka un par de días más. Cuando vio el barco, comprendió por qué no había podido convencerlos de que se quedaran en casa con ella y con Patrik. Era impresionante. Allí estaba, al final del

muelle, de un blanco reluciente, con la cubierta de madera y con espacio suficiente para albergar por lo menos a dos familias.

Anna la saludó alegre al verla acercarse y la ayudó a subir al barco. Erica estaba sin resuello cuando, por fin, pudo sentarse a tomarse el gran vaso de refresco que le sirvió su hermana.

—¿Verdad que se harta una al final?

Erica puso los ojos en blanco, dándole la razón.

—¿Me lo preguntas? Pero supongo que es así como la naturaleza nos obliga a tener ganas de parir. Si no fuese por este calor tan agobiante... —se secó el sudor de la frente con una servilleta, pero no tardó en sentir cómo se le formaban nuevas gotas de sudor que le rodaban por la sien.

—Pobrecilla —se compadeció Anna con una sonrisa.

Gustav subió del camarote y saludó a Erica con corrección. Su indumentaria era tan impecable como la última vez que se vieron y sus blanquísimos dientes relucían sobre el fondo tostado de su rostro. Se dirigió a Anna y, algo irritado, le advirtió:

—La mesa del desayuno está aún sin recoger. Ya te he dicho que es preciso que mantengas un poco de orden en el barco. Si no, esto no funciona.

—Ah, sí, perdona, ahora mismo lo soluciono.

La sonrisa se borró del rostro de Anna que, bajando la mirada, se apresuró a descender a las regiones inferiores del barco. Gustav se sentó junto a Erica, con una cerveza fría en la mano.

—No es posible vivir en un barco si no se mantiene el orden. En especial si hay niños. De lo contrario, es un lío.

Erica se preguntó por qué no había podido quitar la mesa del desayuno él mismo si tan importante le parecía. Después de todo, no parecía inválido.

El ambiente empezaba a espesarse entre ellos y Erica sintió enseguida que el abismo creado por las diferencias entre sus orígenes y su educación se abría sin remisión. Aun así, se sintió obligada a romper el silencio.

—Un barco precioso.

—Sí, es una verdadera belleza —no cabía en sí de orgullo—. Me lo ha prestado un buen amigo, pero ahora me están dando ganas de comprarme uno.

Un nuevo silencio. Erica se alegró cuando vio que Anna volvía y se sentaba al lado de Gustav. Dejó el vaso que traía en el otro lado. Una arruga

de contrariedad se formó entonces en la frente de Gustav.

—¿Podrías hacerme el favor de no dejar los vasos ahí? Se forman manchas en la madera.

—Lo siento —se excusó ella con un hilo de voz, al tiempo que se apresuraba a retirar el vaso.

—Emma —dijo Gustav, trasladando su atención de la madre a la hija —, ya te he dicho que no puedes jugar con la vela. Aléjate de ahí ahora mismo —la pequeña, de cuatro años, se hizo la sorda y lo ignoró por completo. Gustav estaba a punto de levantarse cuando Anna se le adelantó de un salto.

—Ya voy yo. Seguro que no te ha oído.

La niña empezó a chillar enrabietada al ver que la arrancaban de donde estaba y, cuando Anna la llevó a la mesa donde se encontraban los mayores, estaba visiblemente enfurruñada.

—Eres malo —le dijo a Gustav al tiempo que se preparaba para propinarle un puntapié en la espinilla, gesto que le arrancó a Erica una sonrisa furtiva.

Entonces, Gustav agarró a Emma del brazo y, por primera vez desde que llegaron, Erica vio encenderse una chispa en los ojos de Anna. Le retiró a Gustav la mano y acercó a Emma contra sí.

—No la toques.

Él alzó las manos como para tranquilizarla:

—Perdona, pero tus hijos son unos salvajes. Alguien tiene que enseñarles modales.

—Mis hijos están perfectamente educados, gracias, y de su educación me encargo yo personalmente. Venga, vamos a Ackes a comprar un helado.

Le hizo un gesto a Erica, que se puso más que contenta de poder estar sola un rato con su hermana y sus sobrinos, sin el señor Melindres. Colocaron a Adrian en el carrito y Anna le dio permiso a Emma para ir empujándolo delante de ellas.

—¿A ti te parece que soy hipersensible? Lo único que hizo fue cogerla del brazo. Quiero decir que sé que lo que pasé con Lucas me ha afectado y me ha convertido en una madre sobreprotectora...

Erica tomó a su hermana del brazo.

—A mí no me parece que seas sobreprotectora en absoluto. Personalmente, pienso que tu hija es una excelente conocedora del género

humano y deberías haberla dejado que le diese una buena patada en la espinilla.

El rostro de Anna se ensombreció.

—Pues a mí me parece que exageras un poco. Después de todo, ahora que lo pienso, no era para tanto. Si uno no está acostumbrado a estar con niños, es normal estresarse.

Erica dejó escapar un suspiro. Por un instante creyó que su hermana iba a mostrar por fin un poco de entereza y a exigir el trato al que ella y sus hijos tenían derecho, pero Lucas había hecho un buen trabajo.

—¿Qué tal va el juicio por la patria potestad?

En un primer momento, Anna pareció dispuesta a desoír la pregunta, pero al cabo de un instante respondió en voz muy baja:

—No va nada bien. Lucas está resuelto a utilizar todos los medios a su alcance, por sucios que sean. Y que haya conocido a Gustav lo ha puesto más furioso si cabe.

—Pero no tiene a qué agarrarse, ¿no? Quiero decir, ¿qué puede aducir para demostrar que tú no eres una buena madre? Si hay alguien con razón para retirarle la patria potestad, ¿esa eres tú!

—Sí, bueno, pero él parece convencido de que si inventa las suficientes mentiras, algo quedará.

—Pero ¿y tu denuncia por maltrato a los niños? ¿No debería ser un argumento de más peso que su sarta de mentiras?

Anna no respondió y su silencio originó en Erica una sospecha muy desagradable.

—Nunca pusiste esa denuncia, ¿verdad? Me mentiste en mi propia cara y me dijiste que lo habías denunciado, pero no lo hiciste.

Anna no se atrevía a mirarla de frente.

—Venga, contesta. ¿Es así? ¿Tengo razón?

Anna le respondió desabrida.

—Sí, querida hermana, tienes razón. Pero no tienes derecho a juzgarme. No has estado en mi pellejo, así que no tienes ni idea de lo que es vivir siempre con el miedo de lo que pueda ocurrírsele. Si lo hubiese denunciado, me habría perseguido hasta el fin del mundo. Yo esperaba que, si no acudía a la policía, nos dejaría en paz. Y al principio pareció funcionar, ¿no?

—Sí, claro. Pero ahora ya no funciona. Maldita sea, Anna, tienes que aprender a pensar más allá.

—Sí, claro, para ti es muy fácil decirlo. Tú, que estás aquí con toda la tranquilidad del mundo, con un hombre que te adora y que nunca te haría daño, y ahora, después del libro de Alex, con dinero contante y sonante. Para ti es muy fácil decirlo, sí. Tú no sabes lo que es estar sola con dos niños y trabajar como una negra para darles de comer y vestirlos. A ti todo te va divinamente, claro, y no creas que no te he visto mirar a Gustav con desprecio. Tú crees que lo sabes todo, pero en realidad no tienes ni idea.

Anna no se molestó en darle a Erica la oportunidad de responder a su exabrupto, sino que echó a andar a buen paso hacia la plaza empujando el carrito con una mano y con Emma de la otra. Erica, por su parte, se quedó en la acera a punto de llorar y preguntándose cómo habían llegado a aquella situación. Su intención era buena. Lo único que quería era que Anna tuviese la vida que se merecía.

Jacob besó a su madre en la mejilla y le estrechó la mano a su padre con toda formalidad. Ésa había sido siempre la naturaleza de su relación: distante y correcta en lugar de cálida y cariñosa. Le resultaba raro ver a su propio padre como a un extraño, pero esa era la descripción que más se adaptaba a la realidad. Claro que había oído contar cómo su padre se quedaba en el hospital día y noche cuidándolo, junto con su madre, pero él no tenía de aquello más que un vago recuerdo borroso que no les había servido para estar más unidos. La relación íntima la había tenido, en cambio, con Ephraim, en el que veía más un padre que un abuelo. Desde que Ephraim le salvó la vida donándole parte de su médula, Jacob lo veía como a un héroe.

—¿Hoy no trabajas?

Su madre sonaba tan angustiada como de costumbre, sentada a su lado en el sofá. Jacob se preguntó cuáles serían los peligros que ella imaginaba siempre a la vuelta de la esquina. Aquella mujer había vivido toda su vida como si estuviese haciendo equilibrios al límite del abismo.

—Sí, pero hoy pensaba ir un poco más tarde y quizá trabajar un rato por la tarde. Pensé que estaría bien pasarme a ver cómo estabais. Ya me enteré de que os habían roto los cristales de las ventanas. Pero, mamá, ¿por

qué no me llamaste a mí en lugar de a papá? Yo habría podido venir en un santiamén.

Laine sonrió agradecida.

—No quería preocuparte. No te conviene alterarte.

Jacob no respondió, simplemente le sonrió dulcemente, casi para sus adentros.

Su madre le tomó la mano.

—Ya sé, ya sé, pero déjame que te coja la mano un momento. Es difícil enseñarle a un perro viejo, ya sabes.

—Pero, mamá, tú no eres vieja, si aún eres una niña...

La mujer se ruborizó, encantada con el cumplido. Aquella era una conversación habitual entre madre e hijo, y él sabía que a ella le gustaba oír ese tipo de comentarios. Con su padre no se lo había pasado tan bien nunca, los cumplidos no eran el lado fuerte de Gabriel.

Y, en efecto, lo oyeron resoplar impaciente en el sillón, hasta que por fin se levantó.

—Bueno, pues la policía ha estado hablando con el desastre que tienes por primos, así que esperemos que ahora se mantengan tranquilos un tiempo —dijo, al tiempo que empezaba a dirigirse al despacho—. ¿Tienes tiempo de echarle una mirada a los números?

Jacob le besó la mano a su madre, asintió y siguió a su padre. Gabriel había empezado hacía unos años a introducir a su hijo en los negocios de la finca, formación en la que no cejaba desde entonces. Su padre quería asegurarse de que Jacob sería perfectamente capaz de sustituirlo llegado el momento. Por suerte, Jacob tenía una inclinación natural para el negocio y se le daban tan bien los números como las tareas prácticas que requería.

Cuando ya llevaban un buen rato inclinados sobre los libros contables y estudiándolos juntos, Jacob se estiró un poco y comentó:

—Había pensado subir un rato a visitar al abuelo. Hace mucho tiempo que no lo hago.

—Mmm, ¿cómo? Ah, sí, claro, ve —respondió Gabriel, aún sumido en el mundo de las cifras.

Jacob subió la escalera que conducía a la planta superior y se encaminó despacio hacia la puerta de acceso al ala izquierda de la casa. En ella había vivido el abuelo Ephraim hasta el fin de sus días y Jacob había pasado allí de niño muchas horas.

Entró y comprobó que todo estaba intacto. Él mismo les había pedido a sus padres que no cambiasen ni trasladasen nada de sitio, y ellos habían respetado su deseo, conscientes de la relación tan singular que lo unía al abuelo.

Las habitaciones irradiaban fortaleza. Su decoración tan masculina y apagada, tan distinta de la del resto de las habitaciones del caserón, que era alegre y luminosa, provocaba en Jacob la sensación de haber accedido a otro mundo.

Se sentó en el sillón de piel que había junto a una de las ventanas y apoyó los pies en el escabel que tenía delante. Así encontraba Jacob a Ephraim cuando lo visitaba. Él, por su parte, se sentaba en el suelo, delante del abuelo, como un cachorrillo, a escuchar con devoción las historias de tiempos pasados.

Los relatos de las asambleas de evangelización lo atraían poderosamente. Ephraim le describía con todo lujo de detalles el éxtasis reflejado en los rostros de los congregados y su concentración absoluta en la figura del *Predicador* y sus hijos. Su abuelo poseía una voz profunda y atronadora con la que, sin duda, era capaz de embaucar a la gente. Lo que más le gustaba de las historias que el abuelo le contaba eran los episodios en los que narraba los milagros realizados por Gabriel y Johannes. Cada día obraban un nuevo portento y aquello le resultaba a Jacob tan maravilloso... No comprendía por qué su padre no sólo no quería hablar de ese período de su vida, sino que incluso parecía avergonzarse de él. Ni más ni menos que el don de curar, sanar a los enfermos y a los inválidos. ¡Qué dolor debió de sentir cuando perdió el don! Según Ephraim, desapareció de un día para otro. A Gabriel no le importó, pero Johannes cayó en la más honda desesperación. Por las noches, rogaba a Dios para que le devolviese la gracia y, tan pronto como veía un animal herido, echaba a correr tras él e intentaba concitar el poder que un día poseyó.

Jacob jamás llegó a entender por qué Ephraim se reía de un modo tan extraño cuando hablaba de aquella época. A Johannes debió de causarle un sufrimiento terrible y *El predicador*, como hombre de Dios, debería haberlo comprendido. Sin embargo, Jacob amaba a su abuelo y no cuestionaba nunca ni lo que decía ni la manera en que lo decía. A sus ojos, era infalible, claro, puesto que le había salvado la vida, no milagrosamente mediante la imposición de manos, pero sí donándole parte de su cuerpo para infundirle nueva vida. Y por eso lo idolatraba.

Claro que lo mejor de todo era el modo en que Ephraim acababa sus relatos. Solía guardar un silencio denso y trágico, miraba a su nieto fijamente a los ojos y le decía:

—Y tú, Jacob, tú también tienes dentro el don. En algún lugar, en lo más hondo de ti, aguarda a que alguien o algo lo despierte.

Jacob adoraba aquellas palabras.

Jamás consiguió activar tal don, pero a él le bastaba saber que su abuelo pensaba que, en su interior, latía aquella fuerza. Durante el tiempo que estuvo enfermo, intentó muchas veces cerrar los ojos y hacerlo surgir para curarse a sí mismo, pero así, con los ojos cerrados, lo único que veía era oscuridad, las mismas tinieblas que ahora lo atenazaban con mano de hierro.

Tal vez habría encontrado el camino si el abuelo hubiese vivido más tiempo. El abuelo le había enseñado a Gabriel y a Johannes, así que ¿por qué no iba a poder enseñarle a él?

El sonoro graznido de un pájaro lo arrancó de su cavilar. Las tinieblas que llevaba en su interior volvieron a aprisionarle el corazón con tal fuerza que se preguntó si no serían capaces de detener sus latidos. Últimamente, la oscuridad se hacía presente más a menudo y era más densa que nunca.

Puso los pies en el sillón y se encogió, abrazado a sus piernas. Si Ephraim estuviese allí, habría podido ayudarle a encontrar la luz sanadora.

—Llegados a este punto, partimos de la base de que Jenny Möller no se ha ausentado voluntariamente. Queremos poder contar con la ayuda de la gente y dirigimos nuestra petición en ese sentido a todos aquellos que la hayan visto, en especial a quienes la hayan visto cerca de algún coche. Según la información que tenemos, pensaba hacer autoestop hasta Fjällbacka, de modo que cualquier dato relacionado con ese hecho resultará del máximo interés.

Patrik miraba con gravedad y uno por uno a los periodistas congregados en la conferencia de prensa. Al mismo tiempo, Annika iba distribuyendo la fotografía de Jenny Möller, con el fin de que todos los diarios tuviesen una copia para su publicación. No siempre lo hacían así, pero en este caso la prensa podía serles de utilidad.

Para sorpresa de Patrik, fue Mellberg quien le propuso que dirigiese la precipitada conferencia de prensa, mientras él se quedaba apartado en la

pequeña sala de reuniones de la comisaría, observándolo.

Varios de los asistentes tenían la mano levantada para pedir turno de palabra.

—¿Existe alguna relación entre el asesinato de Tanja Schmidt y la desaparición de Jenny? ¿Han encontrado algo que establezca una conexión entre ese asesinato y los esqueletos de Mona Thernblad y Siv Lantin?

Patrik se aclaró la garganta.

—En primer lugar, aún no tenemos la identificación definitiva de Siv, así que os rogaría que no escribieseis nada al respecto. Por lo demás, no quiero hacer comentarios sobre nuestras conclusiones, con el fin de no entorpecer la investigación técnica.

Se oyó suspirar a los periodistas, pues siempre se encontraban con la misma excusa de «la investigación técnica», aunque eso no les impidió seguir incansables con las manos en alto.

—Los turistas han empezado a marcharse de Fjällbacka. ¿Tienen motivos para estar preocupados por su seguridad?

—No hay motivo alguno de preocupación. Estamos trabajando muy duro por resolver este caso, pero en estos momentos debemos centrarnos en encontrar a Jenny Möller. Es cuanto puedo decir. Gracias.

Salió de la sala en medio de las protestas de los periodistas, pero vio por el rabillo del ojo que Mellberg se quedaba rezagado. ¡Ojalá no dijera ninguna imbecilidad!

Patrik fue al despacho de Martin y se sentó en el borde de su escritorio.

—Que me aspen si lo de las conferencias de prensa no es como meter la mano en un avispero voluntariamente.

—Sí, aunque ahora puede sernos útil.

—Claro, alguien tiene que haber visto a Jenny subir al coche, si es que hizo autoestop como dice el chico. Con el tráfico tan intenso que suele haber en Grebbestadsvägen, sería un milagro que nadie hubiera visto nada.

—Cosas más raras ocurren —dijo Martin con un suspiro.

—¿Aún no has localizado al padre de Tanja?

—No he vuelto a intentarlo. Pensaba esperar hasta esta tarde. Lo más probable es que durante el día esté en el trabajo.

—Sí, claro, tienes razón. ¿Sabes si Gösta ha comprobado los registros de prisiones?

—Pues mira, por increíble que parezca, lo ha hecho. Pero nada, no hay nadie que haya estado encerrado todo este tiempo hasta ahora. Como era de esperar. Quiero decir que aquí uno puede matar al rey y salir al cabo de un par de años por buena conducta y la condicional la tienes en un par de semanas —aseguró al tiempo que arrojaba el bolígrafo sobre la mesa, visiblemente irritado.

—Venga, hombre, no seas tan cínico, eres demasiado joven. Dentro de diez años en la profesión puedes empezar a amargarte, pero hasta entonces has de seguir siendo ingenuo y depositar tu confianza en el sistema.

—Sí, viejo lobo —respondió Martin cuadrándose medio en broma, a lo que Patrik se levantó riéndose.

—Por cierto —recordó Patrik—, no podemos dar por hecho que la desaparición de Jenny guarde relación con los asesinatos de Fjällbacka, así que, por si acaso, pídele a Gösta que verifique si tenemos a alguien conocido por violación o similar que se haya librado de la cárcel otra vez. Pídele que compruebe a todos los que hayan estado en chirona por violación, agresión contra mujeres o algo así y que sepamos que suelen trabajar por la zona.

—Bien pensado, pero también puede ser alguien de fuera que esté aquí de turismo.

—Cierto, pero por algún sitio tenemos que empezar y ese es tan bueno como cualquier otro.

En ese momento, Annika asomó la cabeza.

—Disculpen los señores si los molesto, pero tienes al teléfono al forense, Patrik. ¿Te lo paso aquí o lo coges en tu despacho?

—Pásamelo a mi despacho, por favor. Dame medio minuto.

Ya en el despacho, se sentó a esperar a que sonase el teléfono. Notó que se le aceleraba el corazón, pues tener noticias del Instituto Forense era como esperar a Papá Noel. Uno nunca sabía qué sorpresas contendría el paquete.

Diez minutos después, ya estaba de vuelta en el despacho de Martin, pero se quedó en el umbral.

—Nos han confirmado que el segundo esqueleto pertenece a Siv Lantin, tal y como sospechábamos. Y el análisis de la tierra también está listo. Puede que ahí tengamos algo contundente.

Martin se inclinó hacia delante, con las manos cruzadas y lleno de expectación.

—Bueno, no me tengas en ascuas. ¿Qué han encontrado?

—Para empezar, el tipo de tierra que hallaron en el cadáver de Tanja, el que había en la manta y los restos hallados en los dos esqueletos son el mismo, lo que demuestra que, al menos en algún momento, las tres han estado en el mismo lugar. Además, el Laboratorio Nacional de Investigaciones Criminológicas ha detectado en la tierra un tipo de abono que sólo se usa en las granjas; incluso lograron determinar la marca y el nombre del fabricante. Lo mejor de todo es que no se vende en comercios, sino que se compra directamente del fabricante y, por si fuera poco, se trata de una de las marcas de uso más habitual. Así que, ya puestos, si pudieras llamar y pedirle una lista de los clientes que han comprado ese abono en concreto, tal vez podamos conseguir algo por fin. Aquí tienes una nota con el nombre del abono y el del fabricante. El número estará en las páginas amarillas.

—Yo me encargo. Te avisaré en cuanto tenga la lista —aseguró Martin, indicándole con un gesto de la mano que podía estar tranquilo.

—Perfecto —respondió Patrik con el pulgar en alto, al tiempo que tamborileaba ligeramente contra el quicio de la puerta.

—Oye, por cierto...

Patrik ya iba camino del pasillo, pero se dio la vuelta al oír la voz de Martin.

—¿Sí?

—¿Han dicho algo del ADN que encontraron?

—Seguían trabajando en ello. Esos análisis también son cosa del Laboratorio Nacional y parece que tienen una buena cola para ese tipo de pruebas. Hay muchas violaciones en esta época del año, ya sabes...

Martin asintió sombrío. Sí, lo sabía perfectamente. Era una de las grandes ventajas del otoño y el invierno. Gran parte de los violadores pensaba que hacía mucho frío para bajarse los pantalones. En verano, en cambio, el frío no era un inconveniente...

Patrik se encaminó a su despacho tarareando una cancioncilla. Por fin empezaban a ver la luz. Aunque lo que tenían no fuese gran cosa, era, al menos, algo concreto sobre lo que trabajar.

Ernst decidió permitirse el lujo de tomarse un perrito con puré en la plaza de Fjällbacka. Se sentó en uno de los bancos que daban al mar mientras, lleno de desconfianza, vigilaba a las gaviotas que lo sobrevolaban describiendo círculos en el aire. Si se les presentaba la oportunidad, las aves le robarían el perrito, de modo que no las perdía de vista ni un segundo. ¡Malditos pajarracos! Cuando era niño, se divertía amarrando un pez al extremo de una cuerda, que sujetaba por el otro. Así, cuando la gaviota, ignorante del peligro que la acechaba, se tragaba el pez, el pequeño Ernst se hacía de una cometa viviente que, indefensa, aleteaba en el aire presa del pánico. Otra diversión que le gustaba era robarle a su padre un poco de aguardiente y mojar en él migas de pan que luego les ofrecía a las gaviotas. Verlas volar y tambalearse sin ton ni son lo hacía carcajearse hasta el punto de tener que tumbarse en el suelo muerto de risa. Ya no se atrevía a cometer ese tipo de gamberradas, pero no por falta de ganas. Buitres asquerosos, eso es lo que eran las gaviotas.

Por el rabillo del ojo atisbo un rostro que le resultaba familiar. Gabriel Hult se detuvo con su BMW junto a la acera, delante del Centrumkiosken. Ernst se irguió en el banco. Se había mantenido al tanto de la investigación de asesinato de las chicas, de pura rabia al verse excluido, por lo que conocía bien el testimonio de Gabriel contra su hermano. Quizá, sólo quizá, se dijo Ernst, podría sacársele algo más a aquel engreído. La sola idea de la finca y los terrenos que poseía Gabriel Hult le hacía la boca agua de envidia y el hecho de poder apretarle un poco las tuercas lo reconfortaba. Y si existía la posibilidad, por pequeña que fuese, de averiguar algo nuevo para la investigación y restregárselo al cerdo de Hedström no estaría mal de propina.

Arrojó el resto del perrito y del puré en la papelera más próxima y echó a andar indolente en dirección al coche de Gabriel. El color plateado del BMW relucía al sol y Ernst no pudo resistir la tentación de pasarle la mano por el techo con expresión soñadora. ¡Joder, si yo tuviera uno así! Pero retiró la mano rápidamente cuando vio salir del quiosco a Gabriel con un periódico en la mano. El propietario miró suspicaz a Ernst, que se apoyaba tan tranquilo en la puerta del acompañante.

—Perdone, pero el coche en el que se está apoyando es mío.

—No me diga —respondió con todo el descaro de que fue capaz, antes de presentarse para ganar el respeto que merecía su cargo—. Ernst Lundgren, de la comisaría de Tanumshede.

Gabriel lanzó un suspiro.

—¿Qué pasa ahora? ¿Johan y Robert han vuelto a hacer de las suyas?

Ernst sonrió socarrón.

—Si no conozco mal a esas dos manzanas podridas, es lo más probable, aunque no estoy al corriente de nada. No, lo que yo quiero es hacer algunas preguntas sobre las mujeres que encontramos en Kungsklyftan —dijo, señalando con la cabeza la desvencijada escalera de madera que, encaramada a la loma, conducía hasta allí.

Gabriel se cruzó de brazos sujetando el periódico.

—¿Y qué se supone que podría saber yo de ese asunto? ¿No será una vez más la vieja historia de mi hermano, verdad? Ya he respondido a cuantas preguntas quisieron hacer sus colegas sobre ese asunto. Por un lado, fue hace muchísimos años y, teniendo en cuenta los sucesos de los últimos días, debería estar claro que Johannes no tuvo nada que ver con aquello. ¡Mire!

Desplegó el periódico y lo sostuvo ante Ernst. En la portada dominaba una fotografía de Jenny Möller junto a una borrosa instantánea de Tanja Schmidt. El titular, como era de esperar, resultaba de lo más llamativo.

—¿No querrá decir que mi hermano se ha levantado de la tumba para hacer esto, no? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Cuánto tiempo piensan perder en remover en las entrañas de mi familia, mientras que el verdadero asesino anda suelto? Lo único que tienen contra nosotros es el testimonio que di hace más de veinte años y, desde luego, entonces estaba seguro, pero, qué coño, tampoco había amanecido del todo aún, yo venía de pasar la noche despierto junto al lecho de muerte de mi hijo y seguramente me confundí.

Con ademán indignado, se dio la vuelta, rodeó el coche a buen paso en dirección a la puerta del conductor y presionó el botón del mando para desbloquear el cierre centralizado. Antes de entrar en el coche, disparó contra Ernst una última invectiva:

—Si siguen así, recurriré a nuestros abogados. Estoy harto; desde que encontraron a las chicas, la gente me mira que parece que van a perder los ojos, y no tengo la menor intención de permitir que mantengan con vida los rumores sobre mi familia sólo porque no tengan nada mejor que hacer.

Gabriel cerró de un portazo y salió derrapando, Galärbacken arriba, a una velocidad que hizo apartarse a los viandantes.

Ernst se carcajeó para sí. Gabriel Hult tendría dinero, pero él, como policía, gozaba, del poder de alterar su pequeño mundo privilegiado. Ahora, de repente, la vida tenía otro color.

—Nos hallamos ante una crisis que afectará a todo el municipio —auguró Stig Thulin, el hombre clave del ayuntamiento, con los ojos fijos en Mellberg, que no parecía muy impresionado.

—Bueno, como ya te he dicho a ti y a todos los demás que han llamado, trabajamos a toda máquina con esta investigación.

—Pues yo recibo a diario decenas de llamadas de empresarios preocupados y comprendo su preocupación. ¿Has visto cómo están los campings y los amarraderos de por aquí? Y esto no sólo afecta a los comerciantes de Fjällbacka, que ya es malo. A raíz de la desaparición de la última chica, los turistas huyen también de las localidades vecinas: Grebbestad, Harmburgsund, Kämpersvik e incluso las de más al norte, como Strömstad, empiezan a notarlo. Quiero saber cuáles son las medidas concretas que estáis adoptando para resolver esta situación.

El rostro de Stig Thulin, que por lo general exhibía siempre una sonrisa de anuncio de dentífrico, ostentaba ahora unas profundas arrugas en su noble frente. Había sido el principal representante del municipio durante más de un decenio y tenía cierta fama de semental en la región. Mellberg se vio obligado a reconocer que comprendía lo irresistible que el encanto de Thulin resultaba para las mujeres de la zona. No porque Mellberg cojease de ese pie, observó enseguida para sí mismo, pero ni siquiera un hombre podía dejar de notar que Stig Thulin estaba en perfecta forma física para sus cincuenta años, además del atractivo que las sienes encanecidas adquirían en combinación con el azul inocente de sus ojos.

Mellberg sonrió con ánimo de tranquilizarlo.

—Sabes tan bien como yo, Stig, que no puedo entrar en detalles sobre nuestro modo de llevar la investigación, pero tienes que creer en mi palabra cuando te digo que estamos aplicando todos los recursos a nuestro alcance para encontrar a la joven Möller y a quien haya cometido estos crímenes tan horribles.

—¿Crees de verdad que tenéis capacidad para sacar adelante una investigación tan compleja? ¿No deberíais solicitar ayuda de..., yo qué sé, de Gotemburgo, por ejemplo?

Las grises sienes de Stig se llenaban de sudor, tal era la excitación que sentía. Su plataforma política descansaba fundamentalmente en el grado de satisfacción que los empresarios del municipio experimentasen con su actuación y la indignación que habían demostrado los últimos días no auguraba nada bueno para las próximas elecciones. Él se encontraba más que a gusto en las esferas del poder y comprendía que su estatus político contribuía además, de forma nada despreciable, a sus éxitos en la cama.

En ese punto, en la no tan noble frente de Mellberg también empezó a formarse una arruga como señal de irritación.

—No necesitamos ayuda ninguna para esta investigación, te lo aseguro. Y tengo que decir que no aprecio en absoluto la desconfianza que demuestras tener en nuestra competencia al formular semejante pregunta. Hasta ahora, jamás hemos recibido quejas de nuestro modo de trabajar y no veo motivo para que se nos critique sin fundamento en esta ocasión.

Gracias a su profundo conocimiento del género humano, que le había sido de gran utilidad en el mundo de la política, Stig Thulin sabía cuándo llegaba el momento de retirarse. Respiró hondo y se recordó a sí mismo que de nada serviría a sus intereses indisponerse con la policía local.

—Sí, bueno, quizá me haya precipitado al hacer la pregunta. Por supuesto que gozáis de nuestra plena confianza. Sin embargo, quisiera subrayar la importancia de que el caso se resuelva lo antes posible.

Mellberg asintió sin más y, tras las consabidas frases de despedida, arrastró al principal del ayuntamiento fuera de la comisaría.

Se escrutó con mirada crítica ante el gran espejo que se había pasado semanas pidiendo que le pusieran en la caravana. No estaba tan mal, aunque un par de kilos menos no le harían ningún daño. Melanie se estiró la piel de la barriga y la metió para dentro, por probar. Así, mucho mejor. No quería que se le viese ni un gramo de grasa, de modo que decidió que, en las próximas semanas, sólo almorzaría una manzana. Su madre podía decir lo que quisiera, Melanie daría cualquier cosa por no ponerse tan gorda y repugnante como ella.

Después de colocarse bien la parte de arriba del bikini una vez más, tomó el bolso y la toalla y ya estaba a punto de salir para bajar a la playa cuando la interrumpieron unos toquécitos en la puerta. Seguro que era alguno de los colegas que iba a bañarse y pasaba a preguntarle si se

apuntaba. Abrió la puerta. Un segundo después, estaba volando por los aires y fue a estrellarse de espaldas contra la pequeña mesa de comedor. El dolor casi la hizo desmayarse y el golpe le había sacado todo el aire de los pulmones y le impedía emitir un solo sonido. Un hombre entró en la caravana. Ella rebuscaba en su memoria para averiguar si lo había visto con anterioridad. Le resultaba un tanto familiar, pero la conmoción y el dolor le impedían centrar sus pensamientos. De repente le vino a la mente una idea: la desaparición de Jenny. El pánico le hizo perder la poca conciencia que le quedaba y se desvaneció en el suelo, indefensa.

No protestó cuando él la levantó agarrándola de un brazo y la obligó a meterse en la cama, pero cuando empezó a desatarle el bikini que tenía anudado a la espalda, el miedo le infundió fuerzas e intentó asestarle una patada en la entrepierna. Falló el golpe y le dio en el muslo. La respuesta fue inmediata. Un puño bien cerrado se estrelló contra su espalda, exactamente en el mismo lugar en que se había golpeado con la mesa. El aire volvió a abandonar sus pulmones.

Se desplomó en la cama, rendida. La fuerza del golpe que le había asestado el hombre la hizo sentirse insignificante e indefensa y la única idea que tenía presente era la de la supervivencia. Se preparó para morir, pues ahora estaba segura de que Jenny también estaba muerta.

Un ruido obligó al hombre a darse la vuelta justo cuando acababa de bajarle a Melanie las bragas del bikini hasta las rodillas. Antes de que lograra reaccionar, un objeto hizo impacto en la cabeza del hombre que, emitiendo un sonido gutural, cayó de rodillas. Detrás de él, Melanie vio a Per, el pardillo, con un bate de béisbol sueco en la mano. «El bate más delgado», acertó a pensar antes de que la engullese la oscuridad.

—Mierda, debería haberlo reconocido.

Martin pateaba el suelo de pura frustración, gesticulando hacia el hombre que, esposado, llevaban en el asiento trasero del coche policial.

—¿Y cómo demonios ibas a hacerlo? En la cárcel se ha echado por lo menos veinte kilos encima y, además, se ha teñido el pelo de rubio. No lo habría reconocido ni su madre. Y por si fuera poco, sólo lo habías visto en una foto.

Patrik intentaba consolar a Martin en la medida de lo posible, pero sospechaba que su colega hacía oídos sordos. Estaban en el camping de

Grebbestad, junto a la caravana en la que vivían Melanie y sus padres, y un nutrido grupo de curiosos se había congregado a su alrededor para enterarse de lo sucedido. Melanie ya había sido trasladada en ambulancia al hospital de Uddevalla. Sus padres estaban de compras en el centro comercial de Svinesund cuando Patrik los localizó en el móvil y, conmocionados, se fueron derechos al hospital.

—Lo miré directamente a los ojos, Patrik. Creo que incluso lo saludé al pasar. El tipo debió de reírse de lo lindo cuando nos fuimos. Además, su tienda estaba justo al lado de la de Tanja y Liese. Mierda, ¿cómo se puede ser tan imbécil?

Se dio un amago de puñetazo en la frente, para subrayar lo que acababa de decir, mientras sentía en el pecho un nudo de angustia. El diabólico juego de las condicionales con «si» se había puesto en marcha en su mente. Si hubiera reconocido a Mårten Frisk, Jenny estaría ahora con sus padres, si..., si..., si...

Patrik sabía perfectamente lo que en aquellos momentos sucedía en el cerebro de Martin, pero ignoraba qué podría decirle para aliviar su tormento. Lo más probable es que en su caso él mismo se hubiese sentido igual, por más que la autocrítica, le recordaba la experiencia, no tuviese ningún sentido. Habría sido prácticamente imposible reconocer al violador al que habían detenido hacía cinco veranos. Entonces, Mårten Frisk sólo contaba diecisiete años y era un jovencuelo delgado y de cabello oscuro que se servía de una navaja para obligar a sus víctimas a obedecer. Ahora era una musculosa montaña rubia que, a todas luces, no creía tener que confiar más que en su propia fuerza para convertirse en el dueño de la situación. Asimismo, Patrik sospechaba que los esteroides, relativamente fáciles de conseguir en los centros penitenciarios del país, habían desempeñado un papel importante en la transformación física de Mårten, lo que no atenuaba precisamente su agresividad natural, sino que más bien transformaba las humeantes ascuas en un infierno arrasador.

Martin señaló al joven que, un tanto atribulado y mordiéndose las uñas, aguardaba apartado del escenario de los acontecimientos. Del bate de béisbol sueco ya se había encargado la policía y el joven daba muestras evidentes del mayor nerviosismo. Lo más probable es que no supiese a ciencia cierta si el largo brazo de la ley lo consideraría un héroe o un criminal. Patrik le hizo una seña a Martin de que lo acompañase, y ambos se dirigieron al joven, que no cesaba de dar pisotones nerviosos en el suelo.

—Me dijiste que tu nombre era Per Thorsson, ¿no es así?

El chico asintió.

Patrik le explicó a Martin:

—Es amigo de Jenny Möller. Fue él quien me contó que Jenny pensaba hacer autoestop hasta Fjällbacka.

Patrik volvió a dirigirse a Per.

—Lo tuyo de hoy ha sido una buena intervención. ¿Cómo sabías que estaban intentando violar a Melanie?

Per bajó la vista al suelo.

—Me gusta observar a la gente. En ese me fijé enseguida, en cuanto levantó su tienda aquí el otro día. Había algo curioso en su forma de sacar pecho ante las niñas del camping; se creía muy chulo con esos brazos de gorila que tiene. Y también me di cuenta de cómo miraba a las mujeres en general, sobre todo si no llevaban mucha ropa encima.

—Y lo de hoy, ¿cómo ha sido? —Martin estaba impaciente e intentaba animarlo a seguir.

Aún con la vista en el suelo, el chico prosiguió:

—Vi que el tipo se había dado cuenta de que los padres de Melanie se marchaban y luego esperó un rato.

—¿Como cuánto? —preguntó Patrik.

Per hizo memoria.

—Unos cinco minutos, más o menos. Después se encaminó resuelto a la caravana de Melanie y pensé que tal vez iba a hablar con ella o algo así, pero cuando Melanie abrió la puerta, él se metió dentro de golpe y entonces pensé «vaya mierda, ese tuvo que ser el que se llevó a Jenny», y sin pensarlo dos veces me hice con el bate con el que habían estado jugando los niños, me fui a la caravana y le di en la cabeza.

El joven tuvo que hacer aquí un alto para respirar y, por primera vez, alzó la vista y miró cara a cara a Patrik y a Martin, que vieron cómo le temblaba el labio inferior.

—¿Me acarrearé problemas este asunto? Quiero decir, por haberlo golpeado en la cabeza...

Patrik le puso la mano en el hombro, para tranquilizarlo.

—Creo que puedo prometerte que tu actuación no tendrá consecuencias de ningún tipo. No es que nosotros animemos a la gente a

comportarse de ese modo, no me malinterpretes, pero lo cierto es que, de no ser por tu mediación, ese tipo habría violado a Melanie.

La sensación de alivio lo hizo literalmente venirse abajo, pero se repuso enseguida, antes de preguntar:

—¿Puede haber sido el que...? Bueno, lo de Jenny...

El joven no se atrevía ni a pronunciar las palabras, pero sobre aquel punto no tenía Patrik ninguna palabra tranquilizadora que ofrecerle. Más aún, la pregunta de Per expresaba sus propias cavilaciones.

—No lo sé. ¿Lo viste mirar a Jenny del mismo modo en alguna ocasión?

Per se esforzaba por hacer memoria, pero al final negó con la cabeza.

—No recuerdo. Quiero decir que seguramente lo hizo, porque miraba a todas las chicas que pasaban, pero no puedo asegurar que a ella la mirase con especial interés.

Dieron las gracias a Per y lo dejaron con sus padres, que estaban muy preocupados. Después subieron al coche y pusieron rumbo a la comisaría. Allí, y ya a buen recaudo, se encontraba tal vez el tipo al que con tanto afán habían estado buscando. Cada uno por su cuenta, ambos cruzaron los dedos para que aquel fuese, en verdad, su hombre.

En la sala de interrogatorios reinaba un ambiente tenso. Todos estaban estresados pensando en Jenny Möller y en su deseo de sacarle la verdad a Mårten Frisk, pero había cosas que no podían forzarse y ellos lo sabían. Patrik dirigía el interrogatorio y a nadie le sorprendió que le hubiese pedido a Martin que lo acompañase. Una vez concluido el obligatorio proceso de registro de nombres, fecha y hora en la grabadora, comenzaron su trabajo.

—Estás detenido por el intento de violación de Melanie Johansson, ¿tienes algo que decir al respecto?

—Desde luego que sí, puedes creerlo.

Mårten presentaba una actitud indolente, retrepado en la silla y con uno de sus enormes bíceps descansando en el respaldo. Llevaba ropa veraniega, una camiseta escotada y pantalones cortos, el mínimo de tela para exponer el máximo de músculos. Tenía el rubio cabello teñido y demasiado largo, y el flequillo le caía constantemente sobre los ojos.

—No hice nada que ella no consintiese, y si dice lo contrario, miente. Habíamos quedado en vernos cuando sus padres se marchasen y

acabábamos de empezar a pasarlo bien cuando aquel imbécil entró como una tromba con el bate de béisbol. Por cierto, quiero poner una denuncia por agresión, así que anotadlo en vuestros blocs —dijo, con una sonrisa sardónica, señalando las libretas que Patrik y Martin tenían delante.

—De eso ya hablaremos más tarde, ahora vamos a abordar las acusaciones que hay contra ti.

El tono brusco de Patrik contenía todo el desprecio que aquel sujeto le inspiraba. Para él, los hombretones que se obsesionaban por jovencitas quedaban clasificados en el más bajo nivel imaginable.

Mårten se encogió de hombros, como si le fuese indiferente. Los años pasados en la cárcel habían constituido una buena escuela. La última vez que estuvo sentado frente a Patrik era un adolescente delgaducho e inseguro que soltó la confesión de las cuatro violaciones nada más sentarse en la sala de interrogatorios. Ahora, en cambio, había aprendido de los grandes y su transformación física se correspondía bien con la mental. Lo que seguía imperturbable, eso sí, era su odio y su deseo de agredir a las mujeres. Por lo que ellos sabían, ese deseo sólo había desembocado hasta el momento en violaciones, nunca en asesinato, pero a Patrik le preocupaba que los años vividos en la cárcel hubiesen causado más daño del que ellos sospechaban. ¿Habría involucionado Mårten Frisk de violador a asesino? De ser así, ¿dónde estaba Jenny Möller y cuál era la relación que su caso guardaba con las muertes de Mona y de Siv? Cuando ellas fueron asesinadas, ¡Mårten Frisk ni siquiera había nacido!

Patrik lanzó un suspiro y reanudó el interrogatorio.

—Supongamos que te creemos. Pero resulta que existe una coincidencia que nos inquieta, a saber, que tú vivías en el camping de Grebbestad cuando una chica llamada Jenny Möller desapareció y que, cuando la turista alemana desapareció primero para aparecer luego asesinada, tú te alojabas en el camping de Sälvik, en Fjällbacka. Es más, vivías justo en la tienda contigua a la de Tanja Schmidt y su amiga. Curioso, a nuestro entender.

Mårten palideció.

—No, vaya mierda, yo con eso no tengo nada que ver.

—Pero sabes a qué muchacha nos referimos, ¿verdad?

Visiblemente contrariado, admitió:

—Sí, claro que vi a las dos bolleras de la tienda de al lado, pero esas nunca han sido lo mío y, además, eran un poco viejas para mi gusto. Parecían dos marujas.

Patrik pensó en el rostro amable aunque quizá algo mediocre de Tanja, en la foto del pasaporte, y reprimió el impulso de arrojarle a Mårten el bloc a la cara. Con una mirada gélida, le preguntó:

—¿Y qué me dices de Jenny Möller, diecisiete años, bonita y rubia? Eso es lo que a ti te gusta, ¿no?

La frente de Mårten empezó a inundarse de pequeñas gotas de sudor. Sus ojos pequeños parpadeaban rítmicamente cuando se ponía nervioso y ahora lo hacían a un ritmo frenético.

—¡Yo no tengo nada que ver con eso! A ella no la he tocado, ¡lo juro!

Alzó los brazos como queriendo subrayar su inocencia y, en contra de su voluntad, Patrik creyó entender que había algo de verdad en su afirmación. Su actitud cuando salieron a relucir los nombres de Tanja y de Jenny había sido totalmente distinta a la provocada por las preguntas sobre Melanie. Por el rabillo del ojo, vio que también Martin parecía pensativo.

—Vale, podría reconocer que la tía de hoy tal vez no estuviese del todo en la onda, pero tenéis que creerme, no tengo la menor idea de qué habláis en el caso de las otras dos. ¡Lo juro!

El pánico que denotaba su voz no dejaba lugar a dudas y, como por un acuerdo tácito, Martin y Patrik decidieron interrumpir el interrogatorio. Por desgracia, ambos creían sus palabras. Lo que significaba que, en algún lugar, otra persona retenía a Jenny Möller, si no estaba ya muerta. Y la promesa que Patrik le había hecho a Albert Thernblad de que encontraría al asesino de su hija se le antojaba, de repente, muy, muy remota.

Gösta se sentía angustiado. Era como si, de repente, una parte de su cuerpo que estaba desde hacía años adormecida hubiese salido de su sopor. El trabajo llevaba tanto tiempo llenándolo de indiferencia que le resultaba extraño sentir algo que pudiera parecerse ni por asomo al deseo de involucrarse. Con cierta reserva, llamó a la puerta de Patrik.

—¿Puedo entrar?

—¿Qué? ¡Ah, sí, claro! —Patrik respondió distraído alzando la vista de la mesa.

Gösta entró con parsimonia y se sentó en la silla de las visitas. Pero no decía nada, así que, al cabo de un rato, Patrik se vio en la necesidad de preguntarle para qué había ido a verlo.

—Dime, ¿te preocupa algo?

Gösta se aclaró la garganta mientras se observaba con detenimiento las manos, apoyadas en las rodillas.

—Ayer me enviaron la lista.

—¿Qué lista? —preguntó Patrik con el ceño fruncido.

—La de los violadores de la zona que han salido de prisión. Sólo contenía dos nombres y uno era el de Mårten Frisk.

—¿Y a qué viene esa cara tan larga sólo por eso?

Gösta miró al techo. La angustia cobraba la forma de una gran bola que le ocupase todo el estómago.

—Pues que no hice mi trabajo. Pensé en comprobar los nombres, averiguar dónde estaban, ir a hablar con ellos..., pero no me tomé la molestia. Ésa es la pura verdad, Hedström. No me quise tomar la molestia. Y ahora...

Patrik no respondió, sino que decidió aguardar la continuación en actitud reflexiva.

—... Ahora me veo obligado a admitir que, de haber hecho bien mi trabajo, la muchacha no habría sido hoy atacada y casi violada y habríamos tenido la oportunidad de preguntarle por Jenny un día antes. Quién sabe, tal vez eso habría supuesto la diferencia entre la vida y la muerte para Jenny. Es posible que ayer estuviese viva y que hoy ya esté muerta. ¡Y todo porque soy un cantamañanas y no hice mi trabajo! —subrayó, dándose un puñetazo en el muslo.

Patrik guardó silencio un rato, al cabo del cual se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas. Se dirigió a él en un tono conciliador, no de reconvención como Gösta se esperaba. Éste lo miró sorprendido.

—Cierto que tu forma de trabajar deja mucho que desear de vez en cuando, Gösta, eso lo sabes tú tan bien como yo. Pero no es asunto mío abordar ese tema, sino de nuestro jefe. En cuanto a Mårten Frisk y al hecho de que no comprobases su paradero ayer, puedes estar tranquilo. En primer lugar, jamás lo habrías localizado en el camping con tanta rapidez como crees, te habría llevado como mínimo un par de días. En segundo lugar, y por desgracia, creo que no fue él quien se llevó a Jenny Möller.

Gösta miraba perplejo a Patrik.

—Pero... yo creía que estaba prácticamente solucionado...

—Sí, claro, y yo también lo creía. Tampoco puedo decir que esté totalmente seguro, pero ni a Martin ni a mí nos dio esa impresión durante el interrogatorio.

—¡Joder! —Gösta optó por considerar aquella información en silencio. No obstante, la angustia no terminaba de remitir—. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Ya te digo que no estamos del todo seguros, pero le hemos tomado una muestra de sangre a Frisk, y con ello averiguaremos con certeza si es o no nuestro hombre. Ya ha salido para el laboratorio y les hemos avisado de que es urgente, pero te agradecería que los apremiases un poco. Si, contra todo pronóstico, es él, cada hora transcurrida puede ser decisiva para la joven Möller.

—Por supuesto, cuenta con ello. Los perseguiré como si fuera un *pitbull*.

Patrik sonrió ante la comparación. Si tuviese que comparar a Gösta con un perro, sería más bien un viejo *beagle* cansado.

En su ferviente deseo de cumplir, Gösta se levantó de la silla y, a una velocidad jamás vista en él, salió del despacho. El alivio que experimentaba al ver que no había cometido el tremendo error del que se creía culpable lo hacía sentirse en una nube. Se prometió a sí mismo que, a partir de ahora, trabajaría con más ahínco que nunca, incluso tal vez haría alguna hora extra aquella tarde... Ay no, cierto, tenía reservada una cita de golf a las cinco... Bueno, ya trabajaría extra otro día.

Detestaba tener que moverse entre suciedad y desechos. Aquello era como acceder a otro mundo. Con suma cautela, fue pisando viejos periódicos, bolsas de basura y Dios sabe qué otras inmundicias.

—¿Solveig?

Ninguna respuesta. Se apretó el bolso contra el pecho y siguió avanzando por el pasillo. Allí la encontró. Sentía la aversión como una reacción física en todo su cuerpo. La odiaba mucho más de lo que había odiado a nadie en toda su vida, incluido su padre. Al mismo tiempo, dependía de ella y la sola idea la asfixiaba.

Solveig recibió a Laine con una amplia sonrisa.

—Pero mira a quién tenemos aquí. Puntual, como siempre. Desde luego, eres una mujer cumplidora, Laine —dijo cerrando el álbum con el que había estado entretenida hasta el momento, antes de indicarle a Laine que se sentara.

—Prefiero dejártelo enseguida, tengo un poco de prisa...

—Venga, Laine, ya conoces las reglas del juego. Primero nos tomamos algo tranquilamente y luego, el pago. Sería toda una impertinencia por mi parte no ofrecerle algo para picar a una visita tan distinguida.

Su voz destilaba sorna. Pero Laine no era tan necia como para protestar. Ya llevaban muchos años jugando al mismo juego. Cepilló con la mano una porción del sofá de la cocina y, cuando se sentó, no pudo evitar un gesto de repugnancia. Después de haber estado allí, la sensación de suciedad le duraba horas.

Solveig se levantó con esfuerzo de su silla y recogió con mimo los álbumes. Sacó dos tazas desportilladas y Laine tuvo que reprimir las ganas de limpiar la suya. Después, Solveig puso una cesta de galletitas finlandesas medio deshechas y animó a Laine a que se sirviese. La invitada tomó un trozo mientras en su fuero interno rogaba por que la visita pasase lo antes posible.

—¿No estamos a gusto?, dime.

Solveig mojaba con fruición una galleta en el café y miró maliciosamente a Laine, que respondió con silencio.

La anfitriona continuó impasible:

—Nadie que nos viera aquí sentadas, como dos viejas amigas, diría que una de nosotras vive en una casa señorial y la otra en un cobertizo apestoso. ¿A que no, Laine?

Laine cerró los ojos con la esperanza de que aquella humillación no tardase en llegar a su fin... hasta la próxima vez. Cruzó las manos bajo la mesa, recordándose por qué se exponía a aquella situación una vez tras otra.

—¿Sabes lo que me tiene preocupada, Laine? —preguntó Solveig con la boca llena, de modo que las migas cayeron sobre la mesa—. Que mandes a la policía tras mis hijos. ¿Sabes, Laine?, yo creía que tú y yo teníamos un trato. Pero, claro, cuando la policía se presenta aquí y afirma algo tan absurdo como que tú has dicho que mis chicos han roto los cristales de las ventanas, pues me pongo a cavilar, lógico.

Laine sólo fue capaz de asentir brevemente.

—Creo que me merezco una disculpa por ello, ¿no te parece? Porque, tal y como le explicamos a la policía, los chicos estuvieron aquí toda la noche. Así que no pueden haber estado tirando piedras a vuestras ventanas, Laine. —Solveig dio un sorbo a su café y señaló a Laine, antes de añadir—: Bueno, estoy esperando.

—Te pido perdón —Laine murmuró su respuesta mirándose las rodillas, humillada.

—Disculpa, no te he oído bien —insistió Solveig poniéndose la mano detrás de la oreja.

—Te pido perdón. Debí confundirme —contestó con una mirada retadora hacia su cuñada, aunque Solveig pareció contentarse con la disculpa.

—Bueno, pues ya lo hemos resuelto. No ha sido tan difícil, ¿verdad? ¿Vamos a ver si resolvemos también el otro asuntillo?

Solveig se inclinó sobre la mesa y se pasó la lengua por los labios. Laine tomó el bolso reacia y sacó un sobre. Solveig extendió la mano con avidez y empezó a contar minuciosamente el contenido con sus dedos grasientos.

—Exacto hasta el último céntimo. Como de costumbre. En fin, es lo que digo siempre. Tú eres cumplidora. Tú y Gabriel sois de verdad dos personas muy cumplidoras.

Laine se levantó y se encaminó hacia la puerta, aunque con la sensación de estar atrapada en una noria para ardillas. Una vez en la calle, respiró hondo el fresco aire estival. A su espalda, antes de que se cerrase la puerta, oyó gritar a Solveig:

—Siempre es un placer pasar un rato contigo, Laine. El mes que viene repetimos, ¿a que sí?

Laine cerró los ojos y se obligó a respirar tranquilamente. A veces se preguntaba si de verdad merecía la pena.

Después, recordaba el hedor del aliento de su padre cerca de su oído y los motivos por los que tenía que conservar a cualquier precio la tranquilidad de la vida que se había procurado a sí misma. Sí, tenía que valer la pena.

Tan pronto como entró por la puerta supo que algo no andaba bien. Erica estaba sentada en el porche, de espaldas a él, pero su postura indicaba

que había algún problema. La preocupación se adueñó de él por un instante, hasta que cayó en la cuenta de que, si algo relacionado con el bebé iba mal, ella lo habría llamado al móvil.

—¿Erica?

Ella se dio la vuelta y entonces Patrik pudo ver que tenía los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto. De un par de zancadas llegó a su lado y se sentó junto a ella en el sofá de mimbre.

—¿Pero, cariño, qué ha pasado?

—He discutido con Anna.

—Pero ¿por qué?

Patrik conocía bien los entresijos de la compleja relación entre las dos y los motivos por los que siempre parecían abocadas al enfrentamiento. Sin embargo, desde que Anna rompió con Lucas, se diría que habían firmado una especie de paz transitoria, así que Patrik se preguntaba cuál habría sido el problema en esta ocasión.

—Nunca denunció a Lucas por lo que le hizo a Emma.

—¿Qué demonios me estás diciendo?

—Lo que oyes. Y ahora que Lucas ha puesto en marcha un proceso por la custodia de los niños, yo creía que esa era la baza con la que ella ganaría la partida. Pero no hay nada contra él, en tanto que él sí que tejerá una maraña con todas las mentiras que se le ocurran de por qué Anna no es adecuada como madre.

—Sí, bueno, pero no tiene pruebas en qué basarse.

—No, eso ya lo sabemos. De todos modos, si acumula suficientes argumentos negativos, algo quedará. Ya sabes lo astuto que es. A mí no me sorprendería lo más mínimo que lograra ganarse al tribunal y ponerlo de su parte —dijo Erica desconsolada, apoyando el rostro sobre el hombro de Patrik—. Imagínate si Anna pierde a los niños, entonces se hundirá sin remedio.

Patrik la rodeó con su brazo y la estrechó para tranquilizarla.

—Bueno, bueno, no nos dejemos llevar por la imaginación. Anna cometió una tontería al no denunciar, pero la verdad es que la entiendo. Lucas ha dejado más que claro que con él no se juega, así que no es extraño que tuviese miedo.

—No, supongo que tienes razón. Pero creo que lo que más me dolió fue comprobar que me había mentado. Ahora me siento engañada. Cuando

le preguntaba qué había pasado con la denuncia, siempre me respondía con evasivas, que la policía de Estocolmo tenía muchas cosas pendientes y que les llevaba mucho tiempo procesar todas las denuncias que recibían, bueno, ya lo sabes, tú mismo lo has oído. Y ahora resulta que todo era mentira. Y no sé cómo, siempre consigue que me sienta como la mala de la película —dijo antes de estallar en un nuevo ataque de llanto.

—Venga, vamos, cariño, cálmate un poco. No queremos que el bebé tenga la impresión de que viene a un valle de lágrimas, ¿no?

Erica no pudo por menos de reírse entre las lágrimas, que se enjugó en la manga de la camiseta.

—Escúchame. La relación entre Anna y tú se asemeja en ocasiones más a la existente entre madre e hija que a la que cabe esperar entre hermanas y eso es lo que os causa tantos problemas. Tú te encargaste de Anna en lugar de tu madre, y por esa razón ella siente la necesidad de comprobar que tú te haces cargo de ella, pero, al mismo tiempo, necesita liberarse de ti. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Erica asintió.

—Sí, ya lo sé. Pero a mí me parece una injusticia que se me castigue por haber cuidado de ella —dijo entre nuevos sollozos.

—Bueno, yo creo que ahora estás compadeciéndote de ti misma algo más de la cuenta, ¿no? —señaló Patrik, apartándole un mechón de la frente—. Anna y tú aclararéis este malentendido tarde o temprano, igual que habéis aclarado otros y, además, pienso que en esta ocasión tú deberías mostrarte como la parte generosa. No creo que las cosas sean nada fáciles para ella en estos momentos. Lucas es un adversario poderoso y, si te he de ser sincero, comprendo que tu hermana esté aterrorizada. Así que piensa en ello antes de compadecerte de ti misma.

Erica se liberó de su abrazo y lo miró un tanto molesta.

—¿Es que tú no piensas ponerte de mi parte?

—Eso es lo que estoy haciendo, querida —la consoló, acariciándole el cabello, aunque por la expresión de sus ojos parecía hallarse a kilómetros de distancia.

—Perdona, yo aquí lamentándome de mis problemas y ni siquiera te he preguntado cómo os va.

—Uf, no menciones ese desastre. Te aseguro que hoy ha sido un día criminal.

—Pero no puedes entrar en detalles —completó Erica.

—No, no puedo. De todos modos, ha sido un día criminal —se lamentó con un suspiro, aunque se repuso enseguida—. Venga, vamos a pasar un rato agradable esta tarde, ¿de acuerdo? Me parece que tanto tú como yo necesitamos animarnos. Iré a la pescadería a comprar algo succulento mientras tú pones la mesa, ¿qué te parece?

Erica asintió y le puso la cara para que le diera un beso. El padre de su hijo tenía sus buenas facetas, se dijo.

—Compra también patatas fritas y alguna salsa, por favor. Ya que estoy gorda, me aprovecharé.

Él rompió a reír.

—Lo que tú digas, jefe.

Martin golpeó la mesa con el bolígrafo, irritado consigo mismo. El curso de los acontecimientos del día anterior le habían hecho olvidar la llamada al padre de Tanja Schmidt. Sería capaz de darse de tortas. Su única excusa era que, cuando dieron con Mårten Frisk, dejó de pensar que fuese importante. Lo más probable era que no lograra hablar con él hasta la tarde, pero podía intentarlo de todos modos. Miró el reloj: las nueve. Decidió comprobar si el señor Schmidt estaba en casa antes de llamar a Pia para pedirle que hiciera de intérprete.

Se oyó un tono, dos, tres, cuatro y ya empezaba a pensar en colgar cuando, después del quinto tono, le respondió una voz somnolienta. Avergonzado por haberlo despertado, Martin consiguió, en su chapurreado alemán, explicarle quién era y que lo volvería a llamar después de transcurridos unos minutos. La suerte lo acompañó porque Pia respondió enseguida desde la oficina de turismo. Le prometió que le ayudaría una vez más y, minutos más tarde, ambos estaban al teléfono.

—Quisiera empezar por presentarle mis condolencias.

El hombre que hablaba al otro lado del hilo telefónico le dio las gracias con voz queda, pero Martin sintió que su honda pena dominaría la conversación como un pesado velo. Vaciló un instante sobre cómo continuar. La dulce voz de Pia iba traduciendo lo que él decía pero, mientras pensaba en su siguiente pregunta, sólo se oía la respiración de ambos.

—¿Saben quién le ha hecho esto a mi hija?

La voz temblaba un poco y, en realidad, Pia no habría tenido por qué traducir. Martin lo había entendido.

—Aún no, pero lo averiguaremos.

Al igual que Patrik, cuando fue a ver a Albert Thernblad, Martin se preguntó si no estaría excediéndose en sus promesas, pero no pudo evitar hacer un intento de mitigar el dolor de aquel hombre del único modo que tenía a su alcance.

—Hemos hablado con la compañera de viaje de Tanja, según la cual su hija vino a Suecia y, en concreto, a Fjällbacka, por un motivo determinado. Sin embargo, cuando le preguntamos al ex marido de Tanja, nos dijo que no se le ocurría ninguna razón por la que ella quisiera venir aquí. ¿Usted sabe algo al respecto?

Martin contuvo la respiración. A su pregunta siguió un largo silencio insoportable. Después, el padre de Tanja comenzó a hablar.

Cuando el hombre colgó por fin el auricular, Martin se quedó preguntándose si era lógico dar crédito a lo que acababa de oír. Era una historia demasiado fantástica y, aun así, el eco de la verdad resonaba en ella de forma inequívoca y no pudo dejar de creer al padre de Tanja. Justo antes de colgar, cayó en la cuenta de que Pia seguía al teléfono y la joven le preguntó vacilante:

—¿Has averiguado lo que necesitabas? Creo que lo he traducido todo bien.

—Sí, estoy seguro de que lo has traducido correctamente. Y sí, he averiguado lo que necesitaba saber. No sé si tengo que advertírtelo, pero...

—Sí, ya lo sé, no puedo contárselo a nadie. Te prometo que no diré una palabra.

—Bien. Oye, por cierto...

—¿Sí?

¿Lo engañaban sus oídos? ¿Había un timbre esperanzado en su voz?, se preguntó. Pero le faltó valor y, además, le pareció que tampoco era el momento adecuado.

—No, nada, perdona. Ya lo hablamos otro día.

—De acuerdo.

En su respuesta le había parecido oír cierta decepción, pero su confianza en sí mismo estaba demasiado castigada aún, después de su

último fracaso en el frente amoroso, como para creerse que aquello era algo más que figuraciones suyas.

Colgó el auricular después de darle las gracias a Pia, pero el hilo de su pensamiento tomó otros derroteros. Se apresuró a pasar a limpio las notas que había ido tomando durante la conversación y se dirigió con ellas al despacho de Patrik. Por fin tenían algo concreto que cambiaría el curso de la investigación.

Cuando se reunieron, tanto ella como él se mostraron suspicaces. Era la primera vez desde el catastrófico encuentro en Västergården y ambos esperaban que el otro diese el primer paso de la reconciliación. Puesto que fue Johan el que llamó y puesto que a Linda la habían atormentado los remordimientos por su culpa en la disputa, decidió ser la primera en tomar la palabra.

—Oye, el otro día te dije cosas que no debería haber dicho. No era mi intención, pero me cabreó tanto que...

Estaban en su lugar de siempre, en el pajar del cobertizo de Västergården y, al mirarlo, le pareció que el perfil de Johan estuviese tallado en piedra. Sin embargo, sus rasgos no tardaron en ablandarse.

—¡Bah! Olvídalo. Yo también reaccioné con más dureza de la necesaria. Es que... —parecía buscar la palabra adecuada—, es que fue tan duro entrar allí, con todos los recuerdos. En realidad, no tenía nada que ver contigo.

Aún con cierta reserva en sus movimientos, Linda se acurrucó detrás de él y lo rodeó con sus brazos. La disputa había surtido un efecto inesperado y ahora sentía cierto respeto por él. Siempre lo había visto como a un niño, como alguien colgado de las faldas de su madre y de su hermano mayor, pero ese día vio en él a un hombre y eso la atraía. Ejercía una atracción inusitada. Había visto, igualmente, un rasgo peligroso que también incrementaba su atractivo: había estado a punto de agredirla, lo vio en sus ojos y en aquel momento, con la mejilla contra su espalda, el recuerdo la hacía vibrar por dentro. Era como volar cerca de una llama, tan cerca como para sentir el calor, pero con el control suficiente como para no quemarse. Si alguien sabía dominar esa balanza, era ella.

Dejó que sus manos avanzasen sobre él suavemente, hambrientas y exigentes. Todavía podía notar cierta resistencia por su parte, pero se sentía

segura y con la certeza de que ella aún tenía el poder en la relación, que sólo se había definido desde un punto de vista físico y ahí consideraba que las mujeres en general y ella en particular tenían ventaja, una ventaja que estaba dispuesta a utilizar ahora. Comprobó con satisfacción que la respiración de Johan se volvía más profunda y que su rechazo iba disipándose.

Linda se sentó en sus rodillas y, cuando sus bocas se encontraron, supo que había salido victoriosa de aquella batalla. Y de esa sensación pudo disfrutar hasta que sintió que Johan la agarraba firmemente y con fuerza de la melena y la obligaba a echar la cabeza hacia atrás, hasta que pudo mirarla a los ojos desde arriba. Si su intención había sido la de hacerla sentirse insignificante e indefensa, había conseguido su objetivo. Por un instante, Linda vio en sus ojos el mismo destello que durante la disputa en Västergården y se sorprendió a sí misma preguntándose si sería capaz de hacer llegar un grito de socorro hasta la casa. Probablemente no.

—¿Sabes? Tienes que portarte bien conmigo. De lo contrario, tal vez un pajarito vaya a contarle a la policía lo que vi en esta finca.

Linda abrió los ojos de par en par y le dijo en un susurro:

—¿Serías capaz? Me lo prometiste, Johan.

—Por lo que dice la gente, las promesas de cualquier miembro de la familia Hult no valen demasiado. Deberías saberlo.

—No puedes hacerlo, Johan. Por favor, haré cualquier cosa.

—Eso es, al final parece que la sangre es más densa que el agua.

—Tú mismo dices que no comprendes cómo Gabriel pudo comportarse así con el tío Johannes. ¿Piensas hacer tú lo mismo?

Le habló en tono suplicante. La situación se le había escapado de las manos por completo y ahora se preguntaba desconcertada cómo había podido dar la vuelta y verse ahora en tal desventaja, cuando era ella la que tenía el control.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? De alguna manera, podría decirse que es como un karma. Así el círculo se cierra en cierto sentido —observó sonriendo con maldad—. Aunque puede que tengas algo de razón, de modo que mantendré la boca cerrada. Pero no olvides que eso puede cambiar en cualquier momento, así que será mejor que te portes bien conmigo, cariño.

Le acarició las mejillas, pero sin dejar de tirarle fuerte del pelo con la otra mano. Después, la obligó a bajar la cabeza más aún. Ella no protestó.

El equilibrio de poder se había descompensado por completo.

Capítulo 6

Verano de 1979

La despertó el ruido de alguien que lloraba en la oscuridad. Resultaba difícil determinar el origen del sonido, pero se arrastró despacio en su dirección hasta que notó un tejido y algo que se movía bajo sus dedos. El bulto que había en el suelo empezó a lanzar gritos de horror, pero ella tranquilizó a la muchacha siseando y acariciándole el cabello. Ella sabía mejor que nadie cómo arañaba y hería el miedo antes de ser sustituido por una muda desesperación.

Era consciente de su egoísmo, pero no podía por menos de alegrarse de no estar sola. Se le antojaba que hacía una eternidad desde la última vez que pudo disfrutar de la compañía humana, aunque no creía que fuese a durar más de un par de días. Resultaba tan difícil no perder la cuenta de los días allá abajo, en la oscuridad. El tiempo sólo existía arriba, a la luz. Abajo el tiempo se convertía en un enemigo que te mantenía consciente de que existía una vida que quizá perteneciese ya al pasado.

Cuando la joven empezó a dejar de llorar, llegó la avalancha de preguntas. Ella no tenía ninguna respuesta que dar. En cambio, intentó explicarle lo importante que era ceder, no resistirse a la maldad desconocida. Pero la joven se negaba a comprender. Lloraba y le preguntaba, le rogaba y le suplicaba a un Dios en el que nunca había creído ni por un instante, más que quizá cuando era niña. Aunque, por primera vez, se sorprendió deseando estar equivocada, que Dios existiese de verdad. De lo contrario, ¿cómo se presentaría la vida para la pequeña, sin madre y sin Dios a quien recurrir? Fue por su hija por quien ella cedió al miedo, por lo que se hundió en él, y el modo en que la otra chica lo combatía empezaba a despertar su ira. Una y otra vez, intentó explicarle que de nada servía, pero la chica no quería escuchar. No tardaría en contagiarle su llama combativa y entonces tampoco pasaría mucho tiempo

antes de que volviese a alentar la esperanza y se volviese nuevamente vulnerable.

Oyó que se abría la portezuela y los pasos que se acercaban. Con movimiento rapidísimo apartó de su lado a la chica, que yacía con la cabeza apoyada en su rodilla. Quizá tuviese suerte, quizá en esta ocasión viniese a hacerle daño a la otra chica en lugar de a ella.

** * **

Reinaba un silencio ensordecedor. El parloteo de Jenny solía colmar el reducido espacio de la caravana. Ahora, en cambio, todo estaba mudo. Pasaban el tiempo sentados, uno frente al otro ante la pequeña mesa, encerrados cada uno en su burbuja. Cada uno en su propio mundo de recuerdos.

Sus diecisiete años pasaron como centellas en una especie de película interior. Kerstin sentía en su regazo el peso del cuerpecito recién nacido de Jenny y, sin ser consciente de ello, sus brazos fingieron mecer a un bebé que creció y creció, y ahora que lo pensaba, todo parecía haber ido tan deprisa... Demasiado deprisa. ¿Por qué habían invertido tantas horas de ese precioso tiempo en regañar y discutir? Si hubiera sabido lo que iba a suceder, nunca habría reñido a Jenny. Y allí sentada, con el corazón vacío, se prometió a sí misma que, si todo volvía a ser como antes, jamás volvería a alzarle la voz.

Bo, su marido, parecía el vivo reflejo del caos interior de su esposa. Se diría que en tan sólo un par de días había envejecido un decenio, pues tenía el rostro surcado de arrugas y marcado por el agotamiento. En aquellos momentos deberían tenderse la mano el uno al otro, servirse de mutuo apoyo, pero el pavor los tenía paralizados.

Sobre la mesa, sus manos extendidas se estremecían sin cesar. Bo las cruzó en un intento de calmar los temblores, pero las volvió a descruzar, pues parecía que estuviese rezando. Aún no se decidía a invocar a un poder superior, pues ello lo obligaría a admitir aquello a lo que todavía no se atrevía a enfrentarse. Se aferraba a la vana esperanza de que, después de todo, su hija estuviese por ahí, envuelta en una aventura a la que se hubiese entregado con actitud irresponsable. En el fondo de su corazón, sin embargo, sabía que había transcurrido ya demasiado tiempo como para que tal cosa fuese posible. Jenny era demasiado considerada con ellos, demasiado cariñosa para preocuparlos conscientemente hasta ese extremo.

Claro que habían discutido de vez en cuando, en especial los dos últimos años, pero él siempre se había sentido seguro del fuerte lazo que los unía. Sabía que su hija los quería y la única respuesta posible a la pregunta de por qué no volvía con ellos era una respuesta atroz. Algo había sucedido, sin duda. Alguien le había hecho algo a su querida Jenny. Bo terminó por romper el silencio, pero le falló la voz y tuvo que aclararse la garganta:

—¿Y si llamamos a la policía, por si hubiesen averiguado algo más?

Kerstin meneó la cabeza.

—Ya hemos llamado dos veces hoy. Se pondrán en contacto con nosotros en cuanto sepan algo.

—¡Pero, qué demonios, no podemos quedarnos aquí sentados! —gritó levantándose con brusquedad, de modo que se golpeó la cabeza con el armarito que había sobre la mesa—. ¡Mierda!, esto es tan estrecho. ¿Por qué tuvimos que obligarla a venir con nosotros de vacaciones otra vez? Ella no quería acompañarnos en la caravana. Si nos hubiésemos quedado en casa... Si la hubiésemos dejado quedarse con sus amigos, en lugar de forzarla a estar encerrada en esta caja de cerillas.

Se ensañó con el armario con el que acababa de golpearse. Kerstin lo dejó hacer y, cuando el acceso de ira derivó en llanto, se levantó sin decir una palabra y lo rodeó con sus brazos. Así permanecieron largo rato, en silencio, por fin unidos en un miedo y un dolor a los que, pese a sus intentos por conservar la esperanza, ya habían empezado a rendirse por anticipado.

Kerstin seguía sintiendo en sus brazos el peso de su bebé.

En esta ocasión brillaba el sol mientras caminaba por Norra Hamngatan. Patrik vaciló un instante antes de llamar. Sin embargo, enseguida se impuso su sentido del deber y dio un par de golpes firmes en la puerta. Nadie le abría. Lo intentó una vez más, con más fuerza, pero siguió sin recibir respuesta. Lógico, tendría que haber llamado por teléfono antes, pero cuando Martin fue a contarle lo que le había dicho el padre de Tanja, reaccionó como por impulso. Miró a su alrededor y vio a una mujer que trajinaba con las plantas del jardín vecino.

—Perdone, ¿sabe dónde están los Struwer? Su coche está ahí aparcado y supuse que estarían en casa.

La mujer interrumpió su tarea y asintió:

—Sí, están en el cobertizo —explicó al tiempo que, con la pala que tenía en la mano, señalaba una de las casetas rojas que daban al mar.

Patrik le dio las gracias y bajó una pequeña escalera de piedra que conducía a la parte delantera de la caseta. En el embarcadero había una tumbona en la que vio a Gun, concentrada en tomar el sol y con un bikini minúsculo. Tomó nota de que tenía el cuerpo tan arrugado como el rostro y con el mismo color de galleta de canela y pimienta. Evidentemente, había personas que no se preocupaban por los riesgos del cáncer de piel. Se aclaró la garganta para llamar su atención.

—Buenos días, perdone que le moleste tan temprano, pero quisiera hacerle un par de preguntas —la saludó Patrik con el tono formal que solía utilizar cuando se presentaba con malas noticias. Como policía, no como persona, esa era la única forma de poder llegar a casa y dormir bien después.

—Sí..., claro —respondió ella en tono inquisitivo—. Un momento, voy a ponerme algo de ropa —advirtió antes de entrar en la caseta.

Patrik se sentó a esperar junto a una mesa y, por un momento, se permitió disfrutar de las vistas. El puerto estaba más vacío que de costumbre, pero el mar centelleaba y las gaviotas volaban impertérritas sobre los muelles en busca de algo que comer. Le llevó un buen rato, pero cuando Gun salió por fin, lo hizo en pantalón corto y camiseta y con Lars pisándole los talones. El hombre saludó a Patrik con seriedad y se sentó a la mesa junto con su mujer.

—¿Qué ha sucedido? ¿Han encontrado al asesino de Siv? —preguntó Gun ansiosa.

—No, no es ese el motivo de mi presencia aquí —aclaró Patrik antes de hacer una pausa durante la que sopesó lo que diría a continuación—. Resulta que esta mañana hemos estado hablando con el padre de la joven alemana cuyo cadáver encontramos junto con el esqueleto de Siv —e hizo una nueva pausa.

Gun preguntó, alzando una ceja:

—¿Sí?

Patrik mencionó entonces el nombre del padre de Tanja y la reacción de Gun no lo decepcionó. La mujer dio un respingo y lanzó un hipido como para tomar aire. Lars la miró inquisitivo, pues no estaba lo suficientemente informado como para advertir enseguida la conexión.

—Pero si ese es el padre de Malin... ¿Qué me está diciendo? Si Malin murió...

No era fácil expresarse con diplomacia, pero tampoco consistía en eso su misión, por duro que fuese admitirlo, de modo que resolvió decir la verdad tal y como era.

—No, no murió. Eso fue lo que él le dijo, pero no era cierto. Según confesó, sus exigencias de compensación económica empezaron a resultarle..., ¿cómo decirlo?..., demasiado molestas. Por eso se inventó la historia de que su nieta había muerto.

—Pero la chica que murió aquí se llamaba Tanja, no Malin... —replicó Gun sin comprender.

—Al parecer, le cambió el nombre por otro más alemán. Pero no cabe la menor duda de que Tanja era su nieta Malin.

Por una vez en la vida, Gun Struwer quedó muda. Al cabo de unos minutos, Patrik se dio cuenta de que empezaba a ponerse furiosa. Lars intentó ponerle la mano en el hombro para tranquilizarla, pero ella la apartó.

—¿Quién demonios se cree que es? ¿Has oído en tu vida semejante desfachatez, Lars? ¡Mentirme de forma tan descarada diciéndome que mi nieta, mi carne y mi sangre, estaba muerta! Durante todos estos años he vivido en la más absoluta tranquilidad, convencida de que mi querida niña había sufrido una muerte terrible. Y desde luego, tener la cara dura de decir que lo hizo porque yo lo importunaba, ¿has oído mayor insolencia, Lars? Sólo porque le exigía aquello a lo que tenía derecho, dice que lo importunaba.

Una vez más, Lars intentó calmarla, pero ella volvió a zafarse de su mano. Estaba tan indignada que empezaron a formársele pequeñas burbujas de saliva en las comisuras de los labios.

—Pues le diré la verdad a la cara, vaya si pienso hacerlo. Ustedes tienen su número de teléfono, así que me lo van a dar, por favor, y así se enterará ese alemán de mierda de lo que pienso de todo esto.

Patrik suspiró para sus adentros. Comprendía que la mujer tenía razón en estar indignada, pero, a su juicio, se le había escapado lo más importante de lo que acababa de contarle. La dejó desfogarse un poco más, antes de proseguir muy tranquilo:

—Comprendo que es duro de entender, pero la chica que encontramos asesinada hace una semana junto a los esqueletos de Siv y Mona era su

nieta. De modo que es mi deber preguntarle: ¿se puso en contacto con ustedes en algún momento una joven llamada Tanja Schmidt? ¿No intentó entablar relación de algún modo?

Gun negó vehementemente con la cabeza, pero Lars parecía reflexionar, hasta que, muy despacio, le preguntó a su esposa:

—Alguien llamó un par de veces pero luego no decía nada. ¿No te acuerdas, Gun? Fue hará dos o tres semanas y creíamos que era alguien que nos quería gastar una broma pesada. ¿No pudo ser...?

Patrik asintió.

—Es muy posible. Su padre le había contado la historia hacía un par de años y, seguramente, a ella le costaba ponerse en contacto con usted después de conocerla. Además, estuvo en la biblioteca y sacó copias de los artículos relativos a la desaparición de su madre, así que lo más probable es que viniese a Fjällbacka para averiguar qué le pasó.

—Pobrecilla mía —Gun había comprendido por fin qué actitud se esperaba que mostrase y lloraba, como de costumbre, con lágrimas de cocodrilo—. Imagínese, mi niña aún vivía y estaba muy cerca de mí... Si al menos hubiésemos podido vernos antes... ¿Qué clase de persona es capaz de hacerme tal cosa? Primero, Siv y ahora mi pequeña Malin. —De repente se le ocurrió una idea—: ¿Creen que estoy en peligro? ¿Habrá alguien por ahí que esté pensando en venir a por mí? ¿Tal vez necesite protección policial?

Los ojos de Gun deambulaban obsesivos entre Patrik y Lars.

—No, no creo que sea necesario. No pensamos que los asesinatos estén relacionados con usted de ningún modo, así que yo en su lugar no me preocuparía lo más mínimo. —Dicho esto, no pudo resistirse a la tentación de añadir—: Además, el asesino parece sentir más inclinación por mujeres jóvenes.—Patrik se arrepintió enseguida de su comentario y se levantó resuelto, a fin de señalar que daba por concluida la conversación—. Sinceramente, lamento haber venido como mensajero de tan triste noticia, pero agradecería que me llamasen si recuerdan algún otro detalle. Para empezar, comprobaremos esas llamadas.

Antes de marcharse, y con cierta envidia, echó un último vistazo al panorama que se abría al mar. Gun Struwer era la prueba definitiva de que lo bueno no sólo iba a parar a manos de quienes lo merecían.

—¿Qué te dijo?

Martin estaba con Patrik en la sala de personal. Como de costumbre, el café llevaba demasiado rato calentándose en la cafetera eléctrica, pero ya se habían habituado, así que ambos lo bebían con avidez.

—No debería hablar así de ella, pero, ¡mecachis!, qué persona más espantosa. Lo que más la indignó no fue que se hubiese perdido tantos años de la vida de su nieta ni que la hubiesen asesinado, sino que el padre encontrase un método tan eficaz para librarse de sus exigencias de compensación económica.

—Sí, terrible.

Ambos reflexionaron sobre la mezquindad humana en medio del lúgubre ambiente reinante. La comisaría gozaba de una calma inusitada. Mellberg no se había presentado aún, quizá se hubiese quedado en la cama un buen rato más aquella mañana. Gösta y Ernst habían salido a la caza de los piratas de la carretera o, más bien, estarían sentados tomándose algo en algún área de servicio, a la espera de que los piratas acudiesen a ellos, se presentasen con santo y seña, y les pidiesen ser conducidos al calabozo. «Trabajo policial preventivo», lo llamaban ellos. Y, en cierto modo, tenían razón: aquella área de servicio, al menos, sería un lugar seguro mientras ellos estuviesen allí.

—¿Qué crees que pretendía conseguir Tanja viniendo aquí? Supongo que no pensaría jugar a los detectives y averiguar qué había sido de su madre...

Patrik meneó la cabeza.

—No, no lo creo. Aunque comprendo que sintiese curiosidad por lo ocurrido, que quisiera verlo con sus propios ojos. Tarde o temprano, se habría puesto en contacto con la abuela. Sin embargo, me figuro que la descripción que de ella le ofreció su padre no era demasiado halagadora, así que también entiendo que se lo pensase. Cuando tengamos la información de Telia, la compañía telefónica, no me sorprendería lo más mínimo comprobar que las llamadas de las que hablaba Lars se hubiesen realizado desde alguno de los teléfonos públicos de Fjällbacka; por ejemplo, desde el camping.

—Pero ¿cómo fue a parar a Kungsklyftan junto con los huesos de su madre y de Mona Thernblad?

—Tus sospechas son tan válidas como las mías, pero lo único que se me ocurre es que debió ver algo o, más bien, a alguien relacionado con la desaparición de su madre y de Mona.

—De ser así, Johannes queda automáticamente excluido, pues sabemos con certeza que está enterrado en el cementerio de Fjällbacka.

Patrik alzó la mirada.

—¿Lo sabemos con certeza? ¿Sabemos, sin asomo de dudas, que está muerto de verdad?

Martin rompió a reír.

—¿Estás bromeando? Sabemos que se colgó en 1979. No podría estar más muerto.

La voz de Patrik dejó traslucir cierta excitación.

—Ya sé que suena increíble, pero escúchame: imagina que, durante aquella investigación, la policía empieza a acercarse demasiado a la verdad y a acorralarlo más de la cuenta. Se trata de un Hult y puede disponer de grandes sumas de dinero, si no propio, de su padre. Algún que otro soborno aquí y allá y, como por arte de magia, consigue un certificado de defunción falso y un féretro vacío.

Martin volvió a reír de buena gana.

—Pero, hombre, ¡tú no estás bien de la cabeza! Estamos hablando de Fjällbacka, no de Chicago en los años veinte. ¿Estás seguro de que no te ha dado demasiado el sol mientras hablabas con los Struwer en el muelle? Porque me está dando la sensación de que has pillado una insolación. Piensa, por poner un ejemplo, en un hecho tan simple como que fue su hijo quien lo encontró. ¿Cómo se puede conseguir que un niño de seis años cuente algo así si no es verdad?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo. ¿Vienes conmigo?

—¿Adónde?

Patrik alzó la vista al cielo y le habló articulando con claridad cada palabra:

—A hablar con Robert, por supuesto.

Martin lanzó un suspiro, pero se levantó y masculló:

—Como si no tuviésemos ya bastantes cosas que hacer... —De camino a la salida, recordó un detalle—: Pero ¿y lo del abono? Tenía pensado ponerme a ello antes del almuerzo.

—Díselo a Annika —le gritó Patrik por encima del hombro.

Martin se detuvo en la recepción y le dejó a Annika los datos que necesitaba. La joven no tenía mucho que hacer, así que le encantó poder dedicarse a una tarea concreta.

Martin no pudo por menos de preguntarse si no se disponían a perder un tiempo precioso. La ocurrencia de Patrik se le antojaba demasiado rebuscada, demasiado fantasiosa para tener algún vínculo con la realidad. Pero él era el jefe de aquel caso...

Annika se aplicó enseguida a la tarea. Los últimos días habían sido muy estresantes ya que, como la araña tejedora, había sido ella la encargada de organizar las batidas con perros policía en busca de Jenny. Ahora, después de tres jornadas de búsqueda infructuosa, las habían interrumpido y, puesto que buena parte del contingente de turistas había abandonado la zona como consecuencia directa de los sucesos de la última semana, el teléfono de la comisaría guardaba un silencio fantasmal. Incluso los periodistas habían empezado a perder su interés en favor de otras noticias más urgentes y recientes.

Encontró la hoja de papel donde anotó los datos que le había proporcionado Martin y buscó un número de teléfono en la guía. Tras un vía crucis por distintas secciones de la empresa, le dieron finalmente el nombre del jefe de ventas. La dejaron a la espera y, con el ronroneo de la música ambiental en el oído, se dedicó a soñar de nuevo con Grecia, que ahora le parecía tan lejana. Al volver de su semana de vacaciones, se sentía relajada, fuerte y hermosa, pero tras haberse visto arrojada a la corriente demoledora de la comisaría, los efectos de sus vacaciones se habían consumido. Llena de añoranza, recreó ante sí las blancas playas, el agua de un intenso azul turquesa y los grandes cuencos de *tzatziki*. Tanto ella como su marido habían engordado un par de kilos a causa de la excelente cocina mediterránea, pero ninguno sentía especial preocupación por ello. No eran menudos en ningún sentido y ambos lo habían aceptado como un hecho objetivo de la vida y permanecían impermeables y felices ante los consejos de adelgazamiento de las revistas. Cuando estaban tumbados, uno junto a la otra, sus curvas se adaptaban perfectamente y se convertían en una única y cálida ola ondulante y carnosa, algo de lo que habían podido gozar sin contención durante las vacaciones...

Sus recuerdos vacacionales se vieron bruscamente interrumpidos por una voz melodiosa con el inconfundible acento iotacista de Lysekil. La gente solía decir que la tendencia de los estocolmeños de clase alta a sembrar de íes su dicción procedía de su vivo deseo de demostrar que veraneaban en la costa oeste. Ignoraba el porcentaje de verdad que habría en ello, pero era una buena historia.

Annika explicó el motivo de su llamada.

—¡Vaya, qué emocionante! Una investigación de asesinato. Pese a llevar treinta años en este sector, es la primera vez que tengo la oportunidad de ser útil en un asunto como este.

«Un placer poder alegrarte el día», se dijo Annika indignada, aunque se guardó su irónico comentario con el fin de no refrenar el ansia del individuo por proporcionarle información. A veces, la sed de sensacionalismo de la gente rayaba lo morboso.

—Necesitaríamos una lista de clientes que hayan comprado el producto FZ—302.

—¡Huy!, pues no es nada fácil. Dejamos de venderlo en 1985. Un producto excelente, pero, por desgracia, las nuevas reglas medioambientales nos obligaron a dejar de fabricarlo. —El jefe de ventas lanzó un suspiro, expresión de la injusticia que él hallaba en el hecho de que el cuidado del medio ambiente los obligase a suspender las ventas de una mercancía de éxito.

—Ya pero supongo que tendrán algún tipo de documentación archivada, ¿no? —comentó Annika para sonsacarle.

—Sí, bueno, tengo que comprobarlo con la sección de administración, pero supongo que habrá documentación abajo, en el antiguo archivo. Claro que hasta 1987 el registro de todos esos datos era manual. A partir de esa fecha, se digitalizó todo. Sin embargo, no creo que hayamos desechado nada.

—Y, de memoria, a nadie de la zona que comprase... —miró la nota para poder decirlo correctamente— el FZ—302?

—No, joven, hace ya tantos años, que no podría decirlo así sin más —dijo entre risas—. Ha llovido mucho desde entonces.

—No, claro, si tampoco esperaba yo que fuese tan fácil. ¿Cuánto cree que tardarán en confeccionar la lista?

El hombre reflexionó un instante.

—Pues si les llevo unos bollos a las chicas de administración y se lo pido amablemente, creo que podrían tener una respuesta a última hora de hoy o, a más tardar, mañana por la mañana. ¿Será suficiente?

Era mucho más rápido de lo que Annika se había atrevido a desear cuando empezó a hablarle de antiguos archivos, así que le dio las gracias más que contenta. Le escribió una nota a Martin con los resultados de su llamada y la dejó sobre su escritorio.

—Oye, Gösta...

—Sí, Ernst.

—¿Tú crees que la vida puede ser mejor que esto?

Estaban sentados en un área de descanso, justo a las afueras de Tanumshede, y se habían adueñado de una de las mesas de picnic que allí había. Ninguno de los dos era un principiante en aquel terreno, de modo que habían tomado la precaución de llevarse un termo de café de casa de Ernst y comprar una bolsa grande de bollos en la pastelería de Tanumshede. Ernst se había desabotonado la camisa y ahora exponía al sol su blanco y hundido pecho. Por el rabillo del ojo, observó discretamente a un grupo de chicas por debajo de la veintena que, entre risas y gritos, descansaban de su viaje.

—Oye, deja de babear y ponte bien la camisa. Imagínate que algún colega pasase por aquí. Tiene que parecer que estamos trabajando.

Gösta sudaba embutido en el uniforme. Él no era tan osado a la hora de ignorar las prescripciones impuestas por su trabajo y no se atrevía a sacarse la camisa.

—Anda, relájate un poco. Están más que ocupados buscando a la tipa esa. Nadie va a molestarse en ver qué hacemos tú y yo.

Gösta gruñó su protesta.

—Se llama Jenny Möller, no «la tipa esa». ¿Y no crees que nosotros también deberíamos estar ayudando en lugar de pasar el tiempo aquí sentados como dos malditos pederastas enfermos? —preguntó señalando con la cabeza a las chicas que, ligeras de ropa, charlaban un par de mesas más allá y de las que Ernst parecía tener dificultades para apartar la mirada.

—Hay que ver lo cumplidor que te has vuelto, hombre. Nunca jamás te he oído quejarte de los ratos que te he librado de la mina. No me digas que ahora el diablo, harto de carne, se metió a fraile.

Ernst se volvió hacia él y vio, algo inquieto, que lo miraba con encono. Gösta se contuvo, mejor no hablar. Ernst siempre le había inspirado cierto temor. Le recordaba demasiado a los chicos de la escuela que siempre lo esperaban a la salida del patio, aquellos que eran capaces de oler la debilidad para después utilizar su superioridad sin ningún tipo de compasión. Además, Gösta había comprobado por sí mismo cómo les iba a quienes se mostraban insolentes con Ernst; lamentó sus palabras y murmuró su respuesta:

—Bah, no lo decía por nada. Sólo que lo siento por sus padres. La chica sólo tiene diecisiete años.

—Si ellos no quieren nuestra ayuda, de todos modos. Mellberg va lamiéndole el culo a ese imbécil de Hedström, por la razón que sea, así que yo no pienso esforzarme para nada —su tono de voz resonó tan fuerte y tan sañudo que las chicas se volvieron a mirarlos.

Gösta no se atrevió a mandarlo callar, pero él sí bajó sensiblemente la voz, con la esperanza de que Ernst siguiera su ejemplo. No osó mencionar quién tenía la culpa de que él no formase parte del equipo de investigación, en tanto que Ernst, por su parte, había echado en el olvido su negligencia a la hora de redactar el informe de la desaparición de Tanja.

—Yo creo que Hedström está haciendo un buen trabajo. Martin Molin también se está empleando a fondo. Y, en honor a la verdad, yo no he contribuido todo lo que podía.

Ernst pareció no dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Qué demonios estás diciendo, Flygare? ¿Acaso quieres convencerme de que dos niños que no tienen ni una décima parte de nuestra experiencia pueden hacer el trabajo mejor que nosotros, eh? ¿Es eso lo que quieres decirme, so gilipollas?

Si Gösta hubiese recapacitado un poco antes de exponer su opinión, seguro que habría podido prever la reacción que con ella provocaría en el ego herido de Ernst. Ahora, en cambio, se trataba de dar marcha atrás con toda la rapidez posible.

—Bueno, no, no era eso lo que yo quería decir. Yo sólo he dicho que..., no, claro que no, que no tienen tanta experiencia como nosotros. Y, desde luego, tampoco han obtenido ningún resultado hasta el momento, así que...

—No, exacto —convino Ernst algo más satisfecho—. Aún no han demostrado nada de nada, así que ahí lo tienes.

Gösta respiró aliviado. Sus ganas de mostrar cierto grado de coraje se habían disipado rápidamente.

—En fin, Flygare, qué me dices, ¿nos tomamos otra ronda de café y otro bollo?

Gösta asintió sin más. Llevaba tanto tiempo viviendo según la ley de la mínima resistencia que la sentía como la única actitud natural.

Martin miró curioso a su alrededor cuando giraron hasta llegar a la casita. Nunca había estado en casa de Solveig y sus chicos, y contemplaba el desorden fascinado.

—¿Cómo demonios puede nadie vivir así?

Salieron del coche y Patrik alzó los brazos, expresando su imposibilidad de respuesta.

—Sobrepasa mi entendimiento. A mí me entran ganas de ponerme a ordenarlo todo. Creo que algunos de los coches viejos estaban aquí ya cuando vivía Johannes.

Después de llamar a la puerta, oyeron los pasos de unos pies que se arrastraban. Seguramente, Solveig estaba sentada en su rincón habitual de la cocina y no se daba ninguna prisa por ir a abrir.

—¿Qué pasa ahora? ¿Es que la gente honrada no puede estar tranquila en su casa?

Martin y Patrik intercambiaron una mirada cómplice. Un folio bien repleto de los delitos cometidos por sus hijos contradecía la afirmación contenida en su pregunta.

—Queríamos hablar un poco contigo y con tus hijos, si están en casa.

—Están durmiendo.

Se apartó de mala gana para dejarlos pasar. Martin no pudo ocultar un mohín de repugnancia, y Patrik le dio un codazo en el costado para que se comportase. Su colega recompuso enseguida el semblante y siguió a Patrik y a Solveig a la cocina. Ella los dejó solos mientras iba a despertar a sus hijos, que, tal y como había dicho, estaban dormidos en la habitación que compartían:

—Arriba, muchachos, la poli ha venido a darse otra vuelta por aquí; que quieren haceros unas preguntas, dicen. Venga, poneos las pilas a ver si se van cuanto antes.

No le importó lo más mínimo que Patrik y Martin oyesen o no lo que decía; antes al contrario, volvió bamboleándose a la cocina y se sentó en su rincón.

Johan y Robert aparecieron somnolientos y en calzoncillos.

—Mira que os gusta pasearos por aquí. Esto empieza a rayar en el acoso.

Robert se comportó de un modo frío y arrogante, como de costumbre. Johan los observaba desde detrás del flequillo y extendió el brazo en busca de un paquete de tabaco que había sobre la mesa. Encendió uno y, nervioso, se puso a darle vueltas al cenicero, hasta que Robert le bufó que se estuviese quieto.

Martin se preguntaba para sus adentros cómo pensaba Patrik formular la delicada pregunta que lo había llevado allí. Aún estaba convencido de que Patrik luchaba contra molinos de viento.

—Tenemos unas preguntas que hacer sobre la muerte de tu marido.

Solveig y sus hijos miraron a Patrik atónitos.

—¿Sobre la muerte de Johannes? ¿Y eso por qué? Se ahorcó y no hay mucho más que decir al respecto, salvo que fue gente como vosotros quien lo movió a ello.

Robert mandó callar a su madre, irritado, antes de dirigir una mirada asesina a Patrik.

—¿Qué es lo que pretendes? Mi madre tiene razón. Se colgó y eso es cuanto hay que decir sobre el particular.

—Bueno, lo único que perseguimos es tenerlo todo claro. Fuiste tú quien lo encontró, ¿no?

Robert asintió.

—Sí, un recuerdo con el que tendré que convivir el resto de mis días.

—¿Podrías contarme con detalle lo que pasó aquel día?

—No entiendo de qué puede servir —observó Robert contrariado.

—Ya, bueno, pero te lo agradecería de todos modos —insistió Patrik. Al cabo de unos minutos de espera, el joven se encogió de hombros con indiferencia.

—Bueno, si a ti esas cosas te despiertan el interés... —Robert encendió un cigarrillo, como su hermano. El humo se concentraba cada vez más denso en el pequeño rincón de la cocina—. Pues llegué a casa del colegio y salí al jardín para jugar un rato. Vi que la puerta del cobertizo estaba abierta

y sentí curiosidad, así que entré para ver qué pasaba. Como de costumbre, estaba muy oscuro, la única luz que alumbraba el interior era la que se filtraba por entre los maderos. Y olía a heno —en este punto del relato, Robert parecía ya perdido en su propio mundo—. Pero había algo distinto... —añadió vacilante—. No sé describirlo con exactitud, pero experimenté una sensación extraña.

Johan observaba fascinado a su hermano. Martin tuvo la impresión de que era la primera vez que oía el relato completo de cómo se había ahorcado su padre.

Robert prosiguió.

—Seguí avanzando despacio hacia el interior, como si estuviese siguiendo el rastro de una tribu de indios. Con sigilo, con mucho sigilo, fui de puntillas hasta el montón de heno y, cuando ya estaba en el centro del cobertizo, divisé algo en el suelo. Me acerqué. Cuando vi que era mi padre, me alegré mucho. Creí que quería jugar conmigo y que esperaba tenerme bien cerca para dar un salto y hacerme cosquillas o algo así —explicó, tragando saliva—, pero no se movía. Le empujé un poco con el pie, pero estaba totalmente inmóvil. Entonces vi que tenía una cuerda al cuello. Miré al techo y vi que, de la viga, colgaba un trozo de la misma cuerda.

La mano con la que sostenía el cigarrillo le temblaba convulsamente. Martin miró de reojo a Patrik, para ver cuál era su reacción ante el relato. Para él, estaba más que claro que Robert no había inventado la historia. El dolor de Robert era tan palpable que Martin tuvo la sensación de que podría tocarlo con la mano. Y se dio cuenta de que su colega pensaba como él. Patrik continuó abatido:

—¿Qué hiciste después?

Robert lanzó un anillo de humo y se quedó observándolo mientras se deshacía, antes de desaparecer.

—Fui a buscar a mi madre, por supuesto. Ella acudió enseguida, lo vio y empezó a gritar de tal modo que creí que me haría estallar los tímpanos. Luego llamó al abuelo.

Patrik preguntó extrañado:

—¿En lugar de llamar a la policía?

Solveig alisó el mantel con gesto nervioso y se apresuró a explicar:

—No, llamé a Ephraim. Fue lo primero que se me ocurrió.

—¿De modo que la policía no estuvo aquí?

—No, fue Ephraim quien se encargó de todo. Llamó al doctor Hammarström, que en aquella época era el médico de la zona. Vino, examinó a Johannes y redactó un certificado de esos en los que figura la causa de la muerte, como quiera que se llame, y llamó a la funeraria para que viniesen a buscar el cadáver.

—O sea, en ningún momento llamasteis a la policía, ¿no es eso? — insistió Patrik.

—Ya te he dicho que no. Fue Ephraim quien se encargó de todo. Lo más probable es que el doctor Hammarström hablase con la policía, pero nunca vinieron a comprobar nada. ¿Para qué, si era un suicidio?

Patrik no se molestó en explicarle que la policía ha de acudir siempre al escenario de un suicidio. Al parecer, Ephraim y el tal doctor Hammarström decidieron, sin consultar con nadie, no llamar a la policía hasta que el cadáver hubo sido trasladado del lugar del suceso. Pero ¿por qué? En cualquier caso, tenía la sensación de que no averiguarían más por el momento, cuando a Martin se le ocurrió una idea.

—¿No habréis visto por aquí a una mujer de unos veinticinco años, cabello castaño y complexión normal?

Robert se echó a reír. El tono grave en que el policía había formulado la pregunta no pareció afectarle lo más mínimo.

—Teniendo en cuenta la cantidad de tías que corretean por aquí, tendrás que precisar un poco más.

Johan los miraba fijamente y le dijo a Robert.

—La viste en una foto, es la que salía en los periódicos, la alemana a la que encontraron junto con los esqueletos de las otras chicas.

Solveig estalló de pronto:

—¿Qué demonios estáis insinuando? ¿Por qué iba a venir aquí esa chica? ¿Pensáis volver a ensuciar nuestro nombre otra vez? Primero acusáis a Johannes y ahora venís a hacerles preguntas acusadoras a mis hijos. ¡Fuera de aquí! ¡No quiero volver a veros! ¡Idos al infierno!

La mujer se había levantado mientras gritaba y, literalmente, empezó a empujarles sirviéndose de su inmenso corpachón. Robert se reía, pero Johan parecía cavilar.

Cuando Solveig volvió resoplando después de haber despachado a Martin y a Patrik antes de cerrar la puerta con todas sus fuerzas, Johan se

encaminó de nuevo al dormitorio sin pronunciar palabra. Se cubrió la cabeza con el edredón y fingió dormir. En realidad, necesitaba reflexionar.

Anna estaba sentada en la proa del lujoso velero, con los brazos alrededor de las piernas flexionadas, y se sentía muy desgraciada. Sin hacer preguntas, Gustav había aceptado partir de inmediato y ahora navegaba sin importunarla. Con un aura de magnanimidad, había aceptado sus disculpas y le había prometido llevarla a ella y a los niños a Strömstad, desde donde podrían tomar el tren para volver a casa.

Toda su existencia terminaba siempre siendo un completo caos. La injusticia implícita en las palabras de Erica la movía a llorar de rabia, pero era una rabia mezclada con el dolor de que siempre tuviesen que terminar enfrentadas. Todo resultaba siempre tan complicado con Erica... No podía conformarse con ser la hermana mayor, con apoyarla y animarla. Al contrario y por iniciativa propia, había adoptado el papel de madre sin reparar en que con ello no conseguía más que intensificar el vacío que ambas deberían haber sentido tras la muerte de su madre.

Al contrario que Erica, Anna nunca le había reprochado a Elsy la indiferencia con que siempre trató a sus hijas. Ella lo había tomado, o al menos así lo creía, como una dura realidad de la vida, pero al morir sus padres de forma tan repentina comprendió que, en el fondo, siempre había abrigado la esperanza de que Elsy se ablandase con los años y aceptase su papel. De haberlo hecho, además, le habría proporcionado a Erica la posibilidad de comportarse simplemente como una hermana, pero la muerte de su madre las había conducido a encasillarse más aún en unos papeles de los que ninguna de las dos sabía muy bien cómo salir. A los períodos de una paz tácitamente pactada sucedían otros de guerra de posiciones y cada vez que eso ocurría, era como si le arrancaran del cuerpo una parte del alma.

Al mismo tiempo, su hermana y los niños eran lo único que tenía. Por más que no hubiese querido confesárselo a Erica, también ella juzgaba a Gustav como lo que en realidad era: un niño grande, superficial y consentido. Pese a todo, no lograba resistir la tentación: para su confianza en sí misma, era un consuelo pasearse por ahí con un hombre como él. A su lado, todos la veían. La gente murmuraba y se preguntaba quién sería, y las mujeres miraban con envidia la ropa tan bonita y de marcas tan caras con que Gustav la obsequiaba sin cesar. Incluso en el mar, los ocupantes de los

barcos cercanos se dedicaban a mirar, señalando el imponente velero, y la veían sentada en la proa como un bello adorno.

Sin embargo, se avergonzaba cuando, en momentos de lucidez, comprendía que eran los niños los que sufrían a causa de su necesidad de sentirse aceptada. Ya lo habían pasado bastante mal los años que vivieron con su padre y, por más voluntad que pusiese, Anna no podía afirmar que Gustav fuese un buen sustituto. Era frío, torpe e impaciente con los niños, y a ella le costaba dejarlo solo con ellos.

Era tal la envidia que sentía de su hermana que a veces la ponía enferma. Mientras ella se veía en pleno juicio con Lucas por la custodia, tenía dificultades para cuadrar las cuentas y, en honor a la verdad, se hallaba inmersa en una relación vacía, Erica levitaba como una virgen encinta. El hombre al que su hermana había elegido como padre de sus hijos pertenecía al tipo que ella misma necesitaba para ser feliz, pero al que siempre desechaba como movida por un deseo de autodestrucción. El que Erica gozase ahora de una situación económica desahogada y, por si fuera poco, de cierto estatus de celebridad, despertaba en ella las malignas voces de la envidia entre hermanas. Anna no quería ser tan ruin, pero le resultaba difícil combatir la sensación de amargura cuando su propia vida sólo podía pintarse en una escala de grises.

Los gritos nerviosos de los niños, seguidos de los aullidos de frustración de Gustav, la arrancaron de sus pensamientos autocompasivos y la obligaron a volver a la realidad. Se abrigó bien con el chubasquero y se dirigió con cautela hacia la popa del barco. Después de calmar a los niños, se obligó a exhibirle a Gustav su mejor sonrisa. Aunque la mano que le había tocado en suerte no era muy buena, tenía que jugar sus cartas lo mejor posible.

Como en tantas ocasiones, en especial últimamente, se dedicaba a deambular sin rumbo por las habitaciones de aquella gran casa. Gabriel estaba fuera, en otro de sus viajes de negocios, y ella volvía a estar sola. El encuentro con Solveig le había dejado un desagradable regusto en la boca y, como era habitual, la abatió lo irremediable de la situación: jamás lograría liberarse. El mundo sucio y distorsionado de Solveig se le quedaría adherido como un mal olor.

Se detuvo de pronto ante la escalera que conducía a la planta superior del ala izquierda: las dependencias de Ephraim. Laine no había estado allí desde su muerte. Claro que tampoco subía apenas antes de que falleciera. Aquellos siempre habían sido los dominios de Jacob o, de forma excepcional, de Gabriel. Ephraim aguardaba sentado allá arriba como un señor feudal y sólo concedía audiencia a los hombres. En su mundo, las mujeres eran sombras cuya única misión consistía en complacer y atender la intendencia.

Subió los peldaños con pie vacilante, se detuvo ante la puerta y, al cabo de unos minutos, la empujó resuelta. Estaba tal y como ella la recordaba. Aún flotaba en el aire de las habitaciones ese aroma tan peculiar a masculinidad. Así que era allí donde su hijo había pasado tantas horas de su niñez. ¡Qué envidia sentía entonces! En comparación con Ephraim, ella y Gabriel habían salido perdiendo. En efecto, para Jacob, ellos eran simples y tristes mortales, en tanto que Ephraim gozaba prácticamente del estatus de una divinidad. Cuando murió tan de repente, la primera reacción de Jacob fue de perplejidad; no podía creer que Ephraim pudiese desaparecer así, sin más: un día estaba allí y al día siguiente no. El abuelo había sido como una fortaleza inexpugnable, como un hecho inamovible.

Se avergonzaba de ello, pero cuando supo que Ephraim estaba muerto, la primera sensación que experimentó fue de alivio. Y también una suerte de alegría triunfal al comprobar que ni siquiera él podía escapar a las leyes de la naturaleza. En algunas ocasiones, ella misma había puesto en duda que así fuese; parecía tan seguro de poder manipular al mismo Dios, de poder ejercer su influencia sobre Él...

Su sillón seguía junto a la ventana con vistas al bosque que se extendía al otro lado. Al igual que Jacob, tampoco ella pudo vencer la tentación de acomodarse unos minutos en su asiento. Por un instante, cuando se sentó, creyó sentir su espíritu en la habitación y, pensativa, fue siguiendo con los dedos las rayas del tapizado.

Las historias sobre el don de curar que poseían Gabriel y Johannes habían ejercido su influencia en Jacob. A ella no le gustaba. A veces, el pequeño bajaba con una expresión como de trance en el rostro que la llenaba de terror. Entonces lo abrazaba fuerte contra su pecho hasta que sentía que empezaba a relajarse. Cuando lo soltaba, todo había vuelto a la normalidad, hasta la próxima vez.

En cualquier caso, el viejo llevaba ya mucho tiempo muerto y enterrado. Por suerte.

—¿Deverdad crees que tu teoría tiene consistencia? ¿Que Johannes no está muerto?

—No lo sé, Martin, pero en estos momentos estoy dispuesto a echar mano de cualquier fleco al que pueda agarrarme. Admite conmigo que es muy extraño que la policía nunca llegase a ver a Johannes en el lugar del suicidio.

—Sí, desde luego, pero eso no significa que tanto el médico como el dueño de la funeraria estuvieran implicados —observó Martin.

—No es tan rebuscado como pueda parecer. No olvides que Ephraim era un hombre muy pudiente y mayores servicios ha comprado el dinero. Tampoco me sorprendería que fuesen amigos entre sí. Todos eran hombres importantes en la comunidad y seguramente participaban en las asociaciones, en los Lions, en agrupaciones sociales...; vamos, en todo lo habido y por haber.

—Ya, pero ayudar a huir a un sospechoso de asesinato...

—No era sospechoso de asesinato, sino de secuestro. Si no lo he entendido mal, Ephraim Hult era, además, un hombre con un poder de convicción insólito. Quién sabe si no los persuadió de que Johannes era inocente y que, pese a ello, la policía pretendía cargarle el muerto y por tanto aquella era la única forma de salvarlo...

—Pero, aun así, ¿cómo iba a dejar Johannes a su familia de ese modo, de la noche a la mañana? ¿Y con dos hijos pequeños?

—No olvides cómo describe todo el mundo a Johannes: un jugador, un hombre que siempre seguía la ley del mínimo esfuerzo y que se tomaba las reglas y los compromisos a la ligera. Si hay alguien capaz de salvar su pellejo a costa de su familia, es un tipo como Johannes. Le cuadra perfectamente.

Martin seguía mostrándose escéptico.

—Pero, en ese caso, ¿dónde ha estado metido todos estos años?

Patrik miró precavido a ambos lados antes de girar a la izquierda, en dirección a la comisaría de Tanumshede.

—Quizá ha ido al extranjero. Y con un montón de dinero de su padre —miró de reojo a Martin—. No pareces muy convencido de que mi teoría

sea nada brillante.

Martin rió de buena gana.

—No, podrías jurarlo. A mí me da la sensación de que has perdido el norte por completo, pero también es cierto que este caso no se ha caracterizado hasta ahora por ser muy normal que digamos, de modo que, ¿por qué no?

Patrik adoptó una actitud grave.

—La imagen de Jenny Möller es lo único que tengo en mente. Prisionera en algún lugar, por alguien que se dedica a torturarla de la forma más inhumana que se pueda imaginar. Es por ella por lo que intento indagar derroteros distintos de los normales y corrientes. No podemos permitirnos el lujo de ser tan cuadriculados como solemos. No hay tiempo para actuar así. Tenemos que sopesar incluso lo que pueda parecer inviable. Es posible, quizá incluso verosímil, que no sea más que una idea extravagante que se me ha ocurrido, pero aún no tengo ningún dato que me demuestre que no estoy en lo cierto, así que le debo a la joven Möller el esfuerzo de investigarlo, aunque me declaren idiota.

Martin comprendió el modo de razonar de Patrik e incluso se inclinaba a pensar que tenía razón.

—Pero ¿cómo te las vas a arreglar para conseguir la autorización de que abran la tumba sobre una base tan poco sólida y, además, tan rápido?

Patrik respondió con una expresión amarga en el rostro:

—Con tozudez, Martin, con tozudez.

El teléfono móvil de Patrik vino a interrumpirlos. Atendió la llamada, pero respondía sólo con monosílabos mientras Martin lo miraba ansioso, intentando adivinar el tema de la conversación, que Patrik dio por terminada enseguida.

—¿Quién era?

—Era Annika. Han llamado del laboratorio con los resultados de las pruebas de ADN de Mårten Frisk.

—¿Y? —Martin contenía la respiración. Deseaba con toda su alma que tanto Patrik como él hubiesen errado en su hipótesis y que la persona a la que tenían en el calabozo fuese el asesino de Tanja.

—La prueba no coincidía. Los restos de esperma que hallamos en Tanja no proceden de Mårten Frisk.

Martin no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que no se oyó a sí mismo soltar el aire poco a poco.

—¡Mierda! Aunque tampoco es ninguna sorpresa, ¿no?

—No, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Los dos permanecieron un rato sentados en lúgubre silencio. Al cabo de unos minutos, Patrik dejó escapar un suspiro, como para hacer acopio de fuerzas ante una tarea que seguía presentándose como la escalada del Everest.

—En fin, no nos queda más que conseguir en tiempo récord la autorización para abrir la tumba.

Patrik sacó el móvil y se puso manos a la obra. Nunca antes, en toda su carrera profesional, había necesitado ser tan convincente, porque ni siquiera él estaba seguro.

El estado de ánimo de Erica iba decayendo a toda velocidad. La ociosidad la hacía deambular de un lado a otro de la casa, ordenando aquí, recogiendo allá. La discusión mantenida con Anna le martilleaba vagamente la cabeza, con el mismo efecto de una resaca, agravando su estado. Por si fuera poco, no podía evitar compadecerse ligeramente de sí misma. Claro que, en cierto modo, le pareció una buena idea que Patrik volviese a trabajar, pero no contaba con que el trabajo lo absorbería tanto. Incluso cuando estaba en casa, su cerebro parecía en todo momento ocupado con el caso y, pese a que ella comprendía la responsabilidad del asunto y, por tanto, también comprendía a su marido, una débil voz miserable se elevaba en su interior, reclamando el deseo egoísta de que él centrara algo más de atención en su persona.

Así razonaba cuando decidió llamar a Dan. Quizá estuviese en casa y tuviese tiempo de pasarse a verla y tomarse un café con ella. Contestó al teléfono la mayor de sus hijas, que le explicó que Dan había salido a dar un paseo en barco con Maria. Lógico, todo el mundo se dedicaba a sus cosas mientras que ella se veía allí, sola con su barriga y sin nada que hacer.

De modo que, cuando sonó el teléfono, se lanzó sobre el aparato con tal entusiasmo que estuvo a punto de hacerlo caer de la mesa.

—Erica Falck —dijo con precisión.

—Sí, hola. Quería hablar con Patrik Hedström.

—Está en el trabajo. ¿Puedo hacer algo por ti o prefieres que te dé su número de móvil?

El hombre vaciló unos segundos.

—Pues, verás, fue su madre, Kristina, quien me dio su teléfono. Nuestras familias se conocen desde hace mucho tiempo y la última vez que hablé con ella me preguntó que por qué no me ponía en contacto con él cuando pasara por aquí y, ahora, como acabo de llegar a Fjällbacka con mi mujer...

A Erica se le ocurrió una idea excelente, pues vio de repente cómo se le presentaba la solución a sus problemas de desidia.

—¿Por qué no os pasáis por casa? Patrik llegará sobre las cinco. Le daremos una sorpresa. Además, entretanto, nos vamos conociendo nosotros. ¿Dices que erais amigos de la infancia?

—Vaya, eso sería estupendo. Sí, de niños pasamos juntos mucho tiempo. Luego, de mayores, apenas nos hemos visto, como suele ocurrir. Es que el tiempo vuela —explicó con una risita ahogada.

—Bueno, en ese caso está claro que ha llegado la hora de ponerle remedio. ¿Cuándo podéis venir?

Erica lo oyó intercambiar unas palabras con alguien que tenía a su lado y no tardó en volver a ponerse al auricular.

—No tenemos nada especial que hacer, de modo que podríamos pasarnos ahora mismo, si no hay inconveniente.

—¡Perfecto!

Erica sintió renacer su entusiasmo al ver interrumpida su monotonía. Les facilitó una breve descripción del camino y se apresuró a poner una cafetera. Cuando llamaron a la puerta, cayó en la cuenta de que había olvidado preguntarle cómo se llamaba. En fin, empezarían por las presentaciones.

Tres horas después estaba a punto de echarse a llorar, no cesaba de pestañear e invocaba sus últimas reservas con objeto de parecer interesada en la conversación.

—Uno de los aspectos más interesantes de mi trabajo es precisamente controlar el flujo de los CDR. Como te decía, los CDR, *Cali Data Record*, son los valores portadores de la información relativa a la duración y el destino de las llamadas de los usuarios, entre otras cosas. Una vez compilados todos los datos procedentes de los CDR, éstos constituyen una

increíble fuente de información acerca de los modelos de conducta de nuestros clientes...

Erica tenía la sensación de que el sujeto llevaba hablando una eternidad y no parecía dispuesto a terminar nunca. Jörgen Berntsson era tan aburrido que a Erica se le saltaban las lágrimas, y su esposa tampoco le iba a la zaga. No porque se entregase al mismo tipo de largas exposiciones sin interés, sino porque, desde que llegó, no había pronunciado una sola palabra, salvo su nombre.

Cuando oyó los pasos de Patrik en la escalinata, se levantó de un salto y fue aliviada a su encuentro.

—Tenemos visita —le susurró.

—¿De quién? —le preguntó él en el mismo tono.

—Un amigo tuyo de la infancia, Jörgen Berntsson, y su esposa.

—No, por favor, dime que estás de broma... —rogó Patrik con un lamento.

—No puedo, por desgracia.

—¿Cómo demonios han venido aquí?

Erica bajó la mirada, llena de remordimientos.

—Los he invitado yo para darte una sorpresa.

—¿Cómo, fuiste tú...? —levantó un poco la voz sin darse cuenta y volvió a cuchichear—: ¿Por qué los has invitado a casa?

Erica alzó los brazos con gesto abatido.

—Estaba tan aburrida... y me dijo que erais amigos de la infancia, así que pensé que te alegraría verlo.

—¿Tienes idea de cuántas veces me peleé con él cuando éramos niños? Y te aseguro que entonces no era mucho más divertido de lo que lo será ahora.

De pronto cayeron en la cuenta de que llevaban ya un rato sospechosamente largo en el vestíbulo y ambos respiraron hondo, como para hacer acopio de fuerzas.

—¡Hombre, hola! ¡Qué sorpresa!

Erica quedó impresionada de la actuación de Patrik. Ella, por su parte, no pudo hacer más que exhibir una apagada sonrisa cuando volvió a sentarse junto a Jörgen y Madeleine.

Una hora más tarde, estaba dispuesta a hacerse el haraquiri. Patrik llevaba un par de horas de ventaja y aún lograba aparentar cierto interés por

la conversación.

—¿Estáis de paso?

—Así es, pensábamos recorrer en coche la costa. Le hicimos una visita a una antigua amiga del colegio de Madde que vive en Smögen y a un compañero mío de Lysekil. Lo mejor de dos mundos: ¡irse de vacaciones y restablecer antiguos lazos de amistad, todo en uno!

Jörgen retiró una pelusa inexistente de sus pantalones e intercambió con su esposa una mirada cómplice, antes de dirigirse de nuevo a Patrik y a Erica. En realidad, no habría sido necesario que abriese la boca, pues ambos sabían lo que estaba a punto de preguntar.

—Bueno..., ahora que hemos visto la casa tan bonita que tenéis, y tan amplia, por cierto —observó admirando la sala de estar—, se me ocurre preguntaros si no podríamos quedarnos a pasar una o dos noches. La mayoría de los hoteles están completos.

La pareja miraba esperanzada a Patrik y a Erica, que no necesitaba recurrir a la telepatía para adivinar las oleadas de ideas de venganza que Patrik le dirigía mentalmente. Sin embargo, la hospitalidad era como una ley natural. No había modo de eludirla.

—Por supuesto que podéis quedaros si queréis. Tenemos una habitación para las visitas.

—¡Magnífico! ¡Qué bien lo vamos a pasar! Bueno, por dónde iba... ¡Ah, sí!, pues cuando ya hemos recopilado la cantidad suficiente de material CDR para emprender un análisis estadístico sobre su base...

La tarde pasó como en una nebulosa. Pese a todo, aprendieron más de lo que nunca habrían soñado acerca de las técnicas subyacentes en el mundo de las telecomunicaciones.

Un tono tras otro se oía en la línea, pero ninguna respuesta salvo el contestador, que repetía su «Hola, soy Linda, deja un mensaje después de oír la señal y te llamaré lo antes posible». Johan colgó el teléfono, irritado. Ya le había dejado cuatro mensajes, pero ella no lo había llamado aún. Con cierta reserva, marcó el número de la finca de Västergården. Esperaba que Jacob estuviese en el trabajo y tuvo suerte, pues fue Marita quien respondió.

—Hola, ¿está Linda en casa?

—Sí, está en su habitación. ¿Quién la llama?

Vaciló de nuevo pero decidió que lo más probable era que ella no lo reconociera, aunque le dijese su nombre. Johan.

Acto seguido oyó que Marita dejaba el auricular y subía las escaleras. Recreó mentalmente el interior de la casa, con mayor claridad que antes puesto que la había visto hacía poco por primera vez después de tantos años.

Un par de minutos más tarde la voz de Marita, ahora suspicaz, volvió a oírse en el auricular.

—Dice que no quiere hablar contigo. ¿Podrías decirme con qué Johan hablo?

—Gracias, tengo que irme —dijo colgando sin más.

Johan se deshacía en oleadas de sentimientos encontrados. Jamás había amado a nadie como amaba a Linda. Si cerraba los ojos, podía revivir la sensación del tacto de su piel desnuda. Al mismo tiempo, sin embargo, la detestaba. La reacción en cadena se había puesto en marcha cuando se enfrentaron como dos combatientes en Västergården. El odio y el deseo de hacerle daño fueron entonces tan intensos que estuvo a punto de no poder contenerse. ¿Cómo podían coexistir dos sentimientos tan opuestos?

Tal vez había sido un iluso al creer que tenían una buena relación, que para ella era algo más que un juego. Y allí, sentado junto al teléfono, se sintió como un imbécil, lo que no hizo sino echar más leña al fuego de su ira. Sin embargo, algo podía hacer para transmitirle a ella parte de su sensación de oprobio. Linda lamentaría haber creído que podía hacer con él lo que se le antojase.

Johan contaría lo que había visto.

A Patrik jamás se le habría ocurrido pensar que sentiría un respiro ante el hecho de ir a abrir una tumba, pero tras la tormentosa y prolongada noche anterior, incluso lo consideraba una actividad agradable.

Mellberg, Martin y Patrik contemplaban en silencio el macabro espectáculo que se les ofrecía en el cementerio de Fjällbacka. Eran las siete de la mañana y reinaba una temperatura agradable, aunque ya hacía un buen rato que había salido el sol. Muy de tarde en tarde pasaba un coche por la carretera que discurría al otro lado del cementerio y, salvo el gorjeo de los pájaros, lo único que se oía era el ruido de las palas contra la tierra.

Era una experiencia nueva para los tres. La apertura de una tumba representaba un fenómeno insólito en el día a día de un policía, y ninguno de ellos tenía la menor idea de cómo iba la cosa en realidad. ¿Habría que ir extrayendo la tierra con una pequeña excavadora y eliminando las distintas capas hasta llegar al ataúd o contarían con un equipo de enterradores profesionales que ejecutasen manualmente la siniestra tarea? La última opción era la más verosímil. Los mismos hombres que cavaban las tumbas para los enterramientos tendrían que intervenir ahora, por vez primera, para sacar de debajo de la tierra lo que ya había sido inhumado en su día. Con entereza y resolución, clavaban en la tierra sus palas sin decir una palabra. ¿De qué iban a hablar? ¿De los resultados deportivos del día anterior? ¿De la parrillada del fin de semana? No, la solemnidad del momento extendía una fina capa de silencio sobre su trabajo, que persistiría hasta que por fin pudiesen izar el féretro y arrancarlo de su descanso.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Hedström?

Mellberg parecía inquieto y Patrik compartía su preocupación. El día anterior había hecho uso de todo su poder de convicción —entre ruegos, amenazas y súplicas— para conseguir que los molinos de la justicia moliesen más rápido que nunca, con el fin de obtener el permiso necesario para la exhumación del cadáver de Johannes Hult. Sin embargo, su sospecha no era por ahora más que una sensación y poco más.

Patrik no era un hombre religioso, pero la idea de perturbar la paz de una tumba lo incomodaba. Había algo sagrado en la quietud del cementerio y esperaba de todo corazón que las razones para perturbar esa paz de los muertos resultasen fundadas.

—Stig Thulin me llamó ayer, de la secretaría municipal, y has de saber que no estaba nada satisfecho. Al parecer, alguna de las personas a las que te dedicaste a llamar ayer por la autorización se puso en contacto con él y le contó que delirabas no se sabía qué acerca de una conspiración entre Ephraim Hult y dos de los hombres más respetados de Fjällbacka, que aludías incluso a sobornos y a Dios sabe qué más. Estaba terriblemente indignado. Ephraim está muerto, pero el doctor Hammarström aún vive, al igual que el entonces dueño de la funeraria, y si al final se comprueba que andábamos sirviéndonos de acusaciones infundadas...

Mellberg alzó los brazos, pero no era preciso que terminase la frase; Patrik sabía cuáles serían las consecuencias. En primer lugar, recibiría la

mayor reprimenda de su vida y, por añadidura, corría el riesgo de convertirse en el hazmerreír de la comisaría.

Mellberg pareció leerle el pensamiento.

—Así que mejor será que tengas razón, Hedström.

Con su grueso índice señaló la tumba de Johannes, mientras pateaba el terreno en un nervioso ir y venir. El montón de tierra superaba ya el metro de altura y los enterradores estaban anegados en sudor. Ya no podía faltar mucho...

El hasta ahora excelente humor de que Mellberg había hecho gala últimamente no lo era tanto aquella mañana y dicho cambio no parecía guardar relación sólo con lo intempestivo de la hora y lo desagradable de la misión; había algo más. La irascibilidad, que por lo general constituía una característica constante y distintiva de su personalidad pero que durante un par de semanas fuera de lo común parecía disipada, había vuelto a ocupar su puesto. Aún no había cobrado toda su fuerza, pero iba por el buen camino. En efecto, el comisario no había hecho otra cosa que protestar, perjurar y quejarse todo el tiempo que estuvieron esperando. En cierto modo, y por extraño que pudiera parecer, esa actitud suya resultaba más agradable y familiar que el breve período de cordialidad. Mellberg se marchó, aún entre exabruptos, para acercarse a lisonjear al equipo de Uddevalla que acababa de llegar como refuerzo. Martin susurró por la comisura de la boca:

—Fuese lo que fuese, parece que ya ha pasado.

—¿Y tú a qué crees que se debía?

—Enajenación mental transitoria —le siseó Martin.

—Annika oyó ayer una historia bastante cómica.

—¿Cómo? ¡Cuenta! —lo apremió Martin.

—Antes de ayer, Mellberg se marchó temprano...

—Bueno, eso no es nada insólito.

—No, claro, tienes razón, pero Annika lo oyó llamar al aeropuerto de Arlanda. Y después parece que le entró una prisa terrible.

—¿Arlanda? ¿Sugieres que iba a recoger o a despedir a alguien al aeropuerto? Por otro lado, sigue aquí, así que tampoco era él el que salía de viaje...

Martin estaba tan desconcertado como Patrik e igual de intrigado.

—Sobre lo que pensaba hacer allí no sé yo más que tú, pero la intriga crece por momentos...

Uno de los enterradores les hizo seña de que se acercasen hasta el gran montón de tierra. Ambos lo hicieron con recelo y miraron en el agujero que había al lado. Se veía un ataúd de color marrón.

—Ahí tenéis a vuestro hombre. ¿Lo sacamos?

Patrik asintió.

—Pero tened cuidado. Llamaré al equipo de la científica, que se hará cargo del ataúd en cuanto lo hayáis sacado de ahí.

Se acercó a los tres técnicos de Uddevalla que, con semblante circunspecto, hablaban con Mellberg. El coche de la funeraria había aparcado en el sendero de gravilla y aguardaba con la puerta trasera abierta, listo para transportar el féretro con o sin cadáver.

—Ya está terminado. ¿Lo abrimos aquí o preferís hacerlo vosotros en Uddevalla?

Torbjörn Ruud, jefe del equipo de policía científica, no contestó de inmediato, sino que le ordenó a la única mujer del grupo que fuese a tomar algunas fotografías. Una vez terminada la sesión fotográfica, se dirigió a Patrik:

—Lo abriremos aquí. Si tienes razón y no hallamos dentro ningún cadáver, lo sabremos enseguida y si, por el contrario, ocurre lo que a mí se me antoja más plausible, es decir, que sí haya un cadáver ahí dentro, lo llevaremos a Uddevalla para identificarlo. Porque me figuro que, de ser así, eso es lo que pretendéis, ¿no? —Su bigote de morsa subía y bajaba mientras le hacía la pregunta a Patrik.

Patrik asintió.

—Sí, si hay alguien en el ataúd, me gustaría tener la confirmación irrefutable de que se trata del cadáver de Johannes Hult.

—Bueno, podremos arreglarlo. Solicité sus placas para la identificación dental ayer mismo, así que no tardarás mucho en tener la respuesta. Parece que hay prisa...

Ruud bajó la vista. Tenía una hija de diecisiete años y no necesitaba que le dijese explícitamente lo importante que era el factor tiempo. Bastaba con imaginarse por un segundo el horror que debían de estar viviendo los padres de Jenny Möller.

En medio de un gran silencio, observaron cómo el féretro se acercaba al borde de la tumba hasta que por fin vieron la superficie de la tapa. A Patrik le pinchaban las manos de impaciencia y excitación. ¡Pronto lo sabrían! De repente, por el rabillo del ojo, percibió un movimiento al otro extremo del cementerio. Volvió la vista hacia el lugar. ¡Maldita sea! En efecto, tras cruzar la verja de la estación de bomberos de Fjällbacka, Solveig se les acercaba echando humo, a toda máquina. No era capaz de correr, sino que avanzaba balanceándose como un buque en el oleaje, con el rumbo puesto directamente hacia la tumba junto a la que ahora se veía todo el ataúd.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo, pandilla de soplapollas?

Los técnicos de Uddevalla, que no habían visto nunca a Solveig Hult, se estremecieron al oírla expresarse en términos tan groseros. Patrik comprendió, aunque tarde, que deberían haberlo previsto y haber preparado algún tipo de acordonamiento del lugar. Pensó que, al ser tan temprano, la gente se mantendría apartada de la zona. Claro que Solveig era la viuda, así que se alejó de donde estaba para ir a su encuentro.

—Solveig, no deberías estar aquí.

Patrik la cogió del brazo sin ningún tipo de violencia, pero ella se zafó de su mano y siguió caminando.

—¡Es que no os rendís nunca, vamos! Ahora queréis molestar a Johannes hasta en su tumba. ¿Os habéis propuesto destrozar nuestras vidas a cualquier precio?

Antes de que nadie pudiese reaccionar, Solveig se había plantado junto al ataúd y se tumbó sobre él. Se lamentaba como una plañidera italiana mientras golpeaba con los puños la tapa del féretro. Todos quedaron como petrificados. Nadie sabía qué hacer. Entonces, Patrik divisó a dos figuras que se acercaban corriendo por el mismo lugar por el que había llegado Solveig. Johan y Robert les lanzaron una mirada llena de odio antes de apresurarse a llegar donde estaba su madre.

—No hagas eso, mamá. Venga, vamos a casa.

Todos permanecían inmóviles como estatuas y no se oían en el cementerio más que los lamentos de Solveig y los ruegos de sus hijos. Johan se volvió hacia los demás.

—Lleva toda la noche despierta, desde que llamasteis para comunicarle lo que pensabais hacer. Intentamos detenerla, pero se escapó.

¡Malditos polis! ¿No acabará nunca todo esto?

Sus palabras sonaron como el eco de las de su madre. Por un instante, todos se sintieron avergonzados de la sucia tarea que se habían visto obligados a ejecutar. Porque, en efecto, esa era la palabra correcta: era *su obligación* terminar lo que habían empezado.

Torbjörn Ruud le hizo a Patrik un gesto de asentimiento y todos fueron a ayudar a Johan y a Robert a separar a su madre del féretro. Sus fuerzas parecían haberse agotado y la mujer se vino abajo abrazada al mayor de sus hijos.

—Haced lo que tengáis que hacer, pero después, dejadnos en paz — declaró Johan sin mirarlos a los ojos.

Los dos hijos condujeron a su madre hacia la verja de salida del cementerio. Nadie se movió hasta que no hubieron desaparecido de su vista. Y nadie hizo el menor comentario de lo ocurrido.

El ataúd estaba ya junto a la fosa, cargado de secretos.

—¿Pesaba como si hubiera alguien dentro? —le preguntó Patrik a los hombres que lo habían izado.

—No es fácil decirlo. El féretro es ya de por sí muy pesado. Además, a veces entra tierra por alguna ranura. La única manera de averiguarlo es abrirlo.

No podían retrasar el instante por más tiempo. El fotógrafo había tomado las instantáneas necesarias. Provistos de guantes, Ruud y sus colegas se pusieron manos a la obra.

Despacio, muy despacio, fueron abriendo la tapa del ataúd. Todos contenían la respiración.

Annika llamó a las ocho en punto. Habían tenido toda la tarde del día anterior para buscar en los archivos, así que, a aquellas alturas, ya deberían haber encontrado algo. Y tenía razón.

—¡Qué oportuna has sido! Acabamos de encontrar la carpeta que contiene la lista de clientes del FZ—302. Aunque, por desgracia, no tengo buenas noticias. O, bueno, tal vez sean precisamente buenas noticias lo que tengo. Sólo teníamos un cliente en la zona. Rolf Persson que, por cierto, todavía es cliente nuestro, aunque ya le servimos otro producto, claro. Espera, te doy la dirección.

Annika anotó los datos en un papel autoadhesivo. En cierto modo, se sentía decepcionada de que no le hubiesen facilitado más nombres. No era gran cosa tener sólo un cliente al que comprobar, pero el jefe de ventas tal vez tuviese razón, después de todo, y quizá fuese más positivo que negativo. Un solo nombre era, en realidad, lo que necesitaban.

—¿Gösta?

Sentada en su silla de trabajo, se deslizó sobre las ruedas hasta la puerta y asomó la cabeza al pasillo antes de llamarlo. Nadie respondió. Volvió a llamar, algo más alto en esta ocasión, y su tesón recibió la justa recompensa cuando vio la cabeza de Gösta que, como la suya, también asomaba al pasillo.

—Tengo una tarea que encomendarte. Tenemos el nombre de un agricultor de la zona que utilizaba el abono hallado en los cuerpos de las chicas.

—¿No deberíamos preguntarle primero a Patrik?

Gösta se resistía. Aún tenía los ojos adormilados y el primer cuarto de hora que había estado ante su escritorio lo había pasado bostezando y restregándose los ojos.

—Patrik, Mellberg y Martin están con la exhumación del cadáver y no podemos molestarlos. Sabes que es urgente, Gösta. En esta ocasión no podemos seguir la norma.

Incluso en condiciones normales resultaba difícil llevarle la contraria a Annika cuando se ponía así, pero, en esta ocasión, Gösta estaba dispuesto a admitir que tenía buenas y sobradas razones para insistir. El hombre lanzó un suspiro.

—Pero no vayas tú solo. No buscamos a un simple fabricante clandestino de alcohol, no lo olvides. Llévate a Ernst —le sugirió antes de afirmar como cuchicheando, para que Gösta no lo oyera: «Para algo habrá de servir ese tío de mierda». Después volvió a alzar la voz y añadió—: Procura tener los ojos abiertos a todo lo que veas. Si observáis cualquier cosa sospechosa, fingid que no habéis visto nada, venís y se lo contáis a Patrik, y que él decida lo que hay que hacer.

—Figúrate que no sabía yo que habías ascendido de secretaria a jefa de policía, Annika. ¿Ha sido durante tus vacaciones? —preguntó Gösta con amarga sorna, aunque sin atreverse a decirlo como para que Annika lo oyese. Eso sería una osadía rayana en la imbecilidad. Ya detrás de las

cristaleras de la recepción, Annika sonrió para sí con las gafas para usar ante el ordenador en la punta de la nariz, como de costumbre. Conocía a la perfección el tipo de ideas de rebelión que cruzaban la mente de Flygare, pero no le preocupaba especialmente. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de respetar sus opiniones. Lo importante era que hiciese su trabajo sin complicar las cosas. Ernst y él podían formar una combinación peligrosa para enviarlos juntos a una misión, pero en este caso no le quedaba más remedio que decir como Kajsa Warg: «Hay que echar mano de lo que hay a mano».

A Ernst no le hizo mucha gracia que lo sacasen de la cama. Al saber que el jefe no se encontraría en la comisaría, calculó que podría quedarse entre las sábanas un rato más, hasta que reclamasen su presencia en su puesto, y el sonido estridente del timbre vino a arruinar por completo sus planes.

—¿Qué demonios pasa?

Al otro lado de la puerta aguardaba Gösta, cuyo dedo pertinaz no se apartaba del timbre.

—Tenemos que trabajar.

—¿No puedes esperar una hora? —preguntó Ernst colérico.

—No, tenemos que ir a interrogar a un agricultor, el que compraba el abono que los técnicos encontraron en los cadáveres.

—¿Quién ha dado la orden, el listillo de Hedström? ¿Y te dijo que yo te acompañase? Yo que creía que estaba proscrito de esta maldita investigación.

Gösta sopesó las dos posibilidades, la de mentirle y la de decirle la verdad, y optó por la segunda.

—No, Hedström está en Fjällbacka con Molin y Mellberg. Me lo pidió Annika.

—¿Annika? —repitió Ernst en medio de una carcajada—. ¿Desde cuándo aceptamos tú y yo órdenes de una simple secretaria? ¿Sabes qué te digo? Que no, que voy a meterme en la cama un rato más.

Aún muerto de risa, empezó a cerrarle a Gösta la puerta en las narices, pero el pie que su colega introdujo entre la hoja y el marco se lo impidió.

—Oye, creo que lo mejor será que vayamos a hablar con ese tipo —dijo Gösta, antes de recurrir al único argumento que sabía haría mella en

Ernst—. Imagínate la cara que pondrá Hedström si somos nosotros los que resolvemos el caso. Quién sabe, puede que el maldito campesino ese tenga a la chica en su casa. ¿No sería un placer comunicarle la noticia a Mellberg?

El destello que iluminó el rostro de su colega le confirmó a Gösta que el argumento había dado en el clavo. A Ernst Lundgren le parecía oír ya los elogios de su jefe.

—A ver, espera que me vista. Nos vemos en el coche.

Diez minutos después iban rumbo a Fjällbacka. La finca de Rolf Persson estaba precisamente al sur de las propiedades de la familia Hult, y Gösta no pudo evitar preguntarse si sería casualidad. Después de errar el camino una vez, dieron por fin con el sitio y aparcaron en la explanada. No había señales de vida. Salieron del coche fueron echando un vistazo a su alrededor mientras se acercaban a casa.

El edificio era similar al de todas las fincas de la región. Un cobertizo con las paredes de madera en color rojo se alzaba, a pocos metros de la vivienda, que era blanca con los marcos de las ventanas en azul. Pese a todo lo que se escribía acerca del tema de las ayudas concedidas por la UE, que llovían sobre los campesinos suecos como el maná en el desierto, Gösta sabía que la realidad era, por desgracia, bien distinta; en efecto, aquella finca, por ejemplo, ofrecía una lamentable imagen de abandono. Se veía que los propietarios hacían cuanto podían por mantenerla, pero el color había empezado a desvaírse tanto en la vivienda como en el cobertizo, y de las paredes emanaba una difusa sensación de desesperanza. Entraron en la terraza donde la abundante decoración de la madera indicaba que la casa se había construido antes de que los nuevos tiempos hubiesen hecho de la rapidez y la eficacia conceptos sagrados.

—Entrad.

La voz quebrada de una anciana los invitó a pasar. Así lo hicieron, no sin antes limpiarse bien los pies en la alfombra que había delante de la puerta. El techo era tan bajo que Ernst se vio obligado a encogerse; Gösta, en cambio, que nunca había pertenecido al imponente grupo de los altos, pudo entrar derecho sin preocuparse de posibles daños para su testa.

—Buenos días, somos policías. Buscamos a Rolf Persson.

La anciana, que estaba preparando el desayuno, se limpió las manos en un paño.

—Un momento, voy a buscarlo. Está en el sofá, reponiendo fuerzas. Ya ven, cosas que pasan cuando uno se hace viejo —explicó, entre carcajadas huecas, al tiempo que se adentraba en el interior de la casa.

Gösta y Ernst miraron desconcertados a su alrededor y optaron por sentarse ante la mesa. La cocina le trajo a Gösta el recuerdo de su hogar de la infancia, aunque el matrimonio Persson era sólo unos diez años mayor que él mismo. En un primer momento la mujer le pareció mayor, pero, al observarla más de cerca, notó que sus ojos eran más jóvenes de lo que daba a entender su cuerpo. El trabajo duro podía obrar ese tipo de transformaciones en la gente.

Aún utilizaban una vieja cocina de leña para guisar. El suelo estaba cubierto con una capa de linóleo, bajo la que, seguramente, se escondía un magnífico original de madera. Las nuevas generaciones preferían recuperar esos viejos entarimados, pero para los Persson y para el propio Gösta constituían un recuerdo demasiado vivo de la pobreza de la infancia. El linóleo era, cuando se puso de moda, un signo evidente de que se habían liberado de la vida miserable de sus padres.

Los paneles que cubrían las paredes estaban desgastados y también hacían aflorar esos tristes recuerdos. No pudo resistir la tentación de pasar el índice por la grieta que se abría entre dos de los listones; experimentó la misma sensación que cuando, de niño, hacía otro tanto en la cocina de sus padres.

Lo único que se oía era el silencioso tictac del reloj de cocina, pero, tras unos minutos de espera, percibieron un murmullo de voces procedente de la habitación contigua. No distinguían las palabras, pero sí lo suficiente para comprender que una de las voces expresaba indignación y la otra, súplica. Transcurrieron varios minutos tras de los cuales la señora volvió con el marido. También él parecía mayor de los setenta que podía tener y el hecho de que lo hubiesen despertado en mitad de su siesta matinal no favorecía especialmente su aspecto. Tenía el cabello revuelto y las mejillas surcadas por profundas arrugas, claro indicio de cansancio. La mujer volvió a los fogones. Mantenía los ojos bajos, centrados en el cazo de gachas, que removía sin cesar.

—¿Qué asunto trae por aquí a la policía?

La voz del hombre sonó autoritaria y Gösta no pudo por menos que notar el sobresalto de la mujer al oírlo. Ya empezaba a intuir por qué parecía

mucho más vieja de lo que en realidad era. La infeliz hizo ruido sin querer con la cuchara en el cazo, ante lo que Rolf rugió enseguida:

—¿Quieres dejar eso de una vez? Ya seguirás luego con el desayuno. Ahora déjanos en paz.

La mujer inclinó más aún la cabeza y se apresuró a retirar el cazo del fuego. Sin pronunciar palabra, se marchó, dejándolos solos en la cocina. Gösta hubo de reprimir el impulso de ir tras ella y decirle alguna palabra amable, algo que paliara la brusquedad del marido, pero al final lo dejó pasar.

Rolf se sirvió una copa y se sentó sin preguntarles a Gösta y a Ernst si les apetecía, aunque ninguno de los dos se habría atrevido a aceptar. Apuró el licor de un trago y se limpió la boca con el reverso de la mano, mientras los miraba desafiante.

—Bueno, ¿qué quieren?

Ernst miraba envidioso el vaso vacío, así que fue Gösta quien tomó la palabra.

—¿Solía utilizar un abono llamado... —sacó el bloc para consultar la denominación del producto— FZ—302?

Persson rompió a reír de buena gana.

—¿Y para eso han venido a despertarme de mi sueño reparador? ¿Para preguntarme qué abono utilizo? Madre mía, se ve que la policía no tiene mucho que hacer en los tiempos que corren.

Gösta no hizo amago de sonreír siquiera.

—Tenemos nuestras razones para preguntar. Y quiero que me dé una respuesta —la antipatía que le inspiraba aquel hombre se acentuaba a medida que pasaba el tiempo.

—Bueno, vale, no hay motivo para enfadarse. No tengo nada que ocultar —volvió a reír y se sirvió otra copa.

Ernst se relamía, con los ojos clavados en la copa. A juzgar por su aliento, aquella no era el primer trago que Rolf Persson se tomaba aquella mañana. Puesto que tenía vacas que ordeñar, seguro que llevaba despierto un par de horas y, si calculaban con manga ancha y una pizca de buena voluntad, podía decirse que aquella era para Rolf Persson la hora del almuerzo. Sin embargo, incluso según un cálculo tan benevolente, a Gösta le parecía un poco temprano para beber alcohol, aunque Ernst no parecía de acuerdo.

—Estuve utilizándolo hasta 1984 o 1985, creo. Después no sé qué demonios de consejo de medio ambiente llegó a la conclusión de que podía «ejercer una influencia negativa sobre el equilibrio ecológico» —hablaba con voz chillona y acompañó sus palabras del signo de las comillas—, así que hubo que cambiar a un abono diez veces peor que, además, también era diez veces más caro. ¡Imbéciles de mierda!

—¿Durante cuánto tiempo utilizó ese abono?

—Pues unos diez años, tal vez. Seguro que tengo las fechas exactas en mis libros de cuentas, pero creo que empecé a mediados de los setenta. ¿Por qué les interesan esos datos? —preguntó, dedicándoles a Gösta y a Ernst una mirada maliciosa.

—Guardan relación con una investigación en curso.

Gösta no dijo más; sin embargo, el campesino empezó a asociar y a comprender.

—Tiene algo que ver con las chicas, ¿verdad? Con las chicas de Kungsklyftan y con la que ha desaparecido. ¿Creen que yo estoy involucrado en eso? ¡Eh!, ¿es eso lo que se les ha ocurrido pensar? Ah, no, eso sí que no.

Dicho esto, se levantó y se apartó de la mesa con pie vacilante. Rolf Persson era un hombre corpulento que, al parecer, aún no se había visto afectado por ninguno de los signos de decrepitud propios de su edad, pues bajo las mangas de la camisa se apreciaban unos músculos tensos y fuertes. Ernst alzó las manos para calmarlo y se levantó también. En situaciones así, Lundgren podía ser realmente útil, se dijo Gösta lleno de gratitud. Su colega vivía para momentos como aquel.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos. Tenemos una pista y hemos de seguirla, y no es el único al que vamos a visitar. No hay razón para sentirse señalado de ninguna manera. Pero queríamos echar un vistazo a la finca, sólo para poder borrarlo de la lista.

El agricultor lo miró con desconfianza, pero al fin asintió. Gösta aprovechó para pedirle:

—¿Puedo usar el lavabo?

Su vejiga no era lo que fue en otro tiempo y había ido aguantando las ganas hasta que la situación empezó a ser urgente. Rolf asintió y le señaló una puerta con las iniciales WC.

—Desde luego, la gente se dedica a robar como buitres. ¿Qué podemos hacer las personas honradas como nosotros...?

Ernst se interrumpió al ver que Gösta volvía, una vez cumplida su misión. La copa vacía que había ante Ernst evidenciaba que por fin se había tomado el trago que tanto deseaba, y él y el campesino parecían ahora viejos amigos.

Media hora después, Gösta se armó de valor y empezó a reprender al colega.

—¡Joder, cómo apestas a alcohol! ¿Cómo crees que pasarás desapercibido delante de Annika con ese aliento maloliente?

—Bah, venga, Flygare, no reacciones como una maestra de escuela. Sólo me tomé un trago, no hay nada malo en ello. Y no es de buena educación rechazar un trago cuando te invitan.

Gösta soltó una risita, pero no añadió más comentarios. Se sentía abatido. La media hora que habían pasado revisando la propiedad del campesino no había dado el menor resultado. No había ni rastro de la joven ni tampoco de que se hubiese excavado ni de que hubiesen desenterrado ningún cadáver recientemente, y tenía la sensación de haber malgastado la mañana. Ernst y el campesino, en cambio, parecían haber congeniado en el breve lapso en el que Gösta fue a aligerar su vejiga y, mientras recorrían la finca, fueron charlando amigablemente. En opinión de Gösta, habría sido mucho mejor que hubiese mantenido la distancia con un posible sospechoso de un caso de asesinato, pero, como era habitual, Lundgren seguía sus propias reglas.

—¿No te ha dicho Persson nada de provecho?

Ernst ahuecó la mano y echó el aliento para olerlo. En un primer momento, pasó por alto la pregunta de su colega.

—Oye, Flygare, ¿no podrías parar aquí un momento? Quiero comprar caramelos de menta.

Gösta no contestó, sino que giró algo enojado para detenerse ante la estación de servicio de OKQ8 y aguardó en el coche mientras Ernst se apresuraba a comprar algo con lo que remediar sus problemas de aliento. Hasta que no volvió al coche, no contestó a la pregunta de Gösta.

—No, ahí hemos ido a picar en piedra. Un tío estupendo y juraría que no tiene nada que ver con el asunto. No, de hecho, opino que podemos desechar esa teoría ahora mismo. Lo del abono seguro que es una pista

infructuosa. Esos malditos técnicos forenses se pasan el día sentados en el laboratorio y pierden la vida analizando cosas mientras nosotros, que trabajamos fuera, en el mundo real, vemos lo ridículas que resultan sus teorías, el ADN, el análisis de cabellos y de abono, las huellas de neumáticos y todas esas cosas con las que se entretienen a todas horas. ¡Quita! Lo mejor es una buena paliza en el momento adecuado, eso es lo que hace que los misterios de un caso se desvelen ante uno como las páginas de un libro, Flygare —terminó su intervención con el puño cerrado, a fin de ilustrar su punto de vista. Satisfecho al haber tenido ocasión de demostrar quién de ellos dos sabía mejor cómo había que desarrollar el trabajo policial, apoyó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos unos segundos.

Gösta siguió conduciendo en silencio rumbo a Tanumshede. Sin embargo, él no estaba tan seguro de que su colega tuviese razón.

La noticia había llegado también a oídos de Gabriel la tarde del día anterior. Toda la familia se había reunido en silencio en torno a la mesa del desayuno, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Para sorpresa de todos, Linda había vuelto la noche antes con sus cosas para pasarla en la casa y, sin decir palabra, se fue a dormir a su habitación, que siempre estaba preparada.

Laine rompió el silencio, con cierta aprensión.

—¡Qué bien que hayas vuelto a casa, Linda!

Ella farfulló una respuesta ininteligible, con la mirada fija en la tostada que estaba untando de mantequilla.

—Habla más alto, Linda; es de mala educación murmurar de ese modo.

Laine le lanzó a Gabriel una mirada aniquiladora, pero a él no pareció preocuparle lo más mínimo. Aquella era su casa y no tenía la menor intención de hacer ningún papel ante la jovencita, sólo por conseguir el dudoso placer de tenerla allí una temporada.

—Digo que sólo pasaré aquí una o dos noches y que luego volveré a Västergården. Necesitaba cambiar de aires, eso es todo. Allí siempre están dando la murga con los aleluyas. Y la verdad es que deprime ver cómo lo hacen con los niños. Es un horror oírlos hablar de Jesús a todas horas.

—Sí, yo ya le he dicho a Jacob que me parece que están siendo un poco estrictos con los niños. Pero su intención es buena y la fe es importante para Jacob y Marita, eso es algo que hay que respetar. Por ejemplo, sé perfectamente que Jacob se enfada muchísimo cuando te oye maldecir como lo haces. Te diré que no es lenguaje apropiado para una señorita.

Linda alzó la vista al cielo, muy irritada. Lo único que quería era librarse por unas horas de Johan, porque allí no se atrevería a llamar, pero ya la estaban sacando de quicio con el rollo de siempre. Al final, terminaría volviendo a casa de su hermano aquella misma noche. Así no se podía vivir.

—Bueno, supongo que en casa de Jacob habrás oído lo de la exhumación. Mi padre llamó y lo contó todo justo después de que la policía se hubiese puesto en contacto con él, ¡habrase visto mayor tontería!, pensar que todo era un plan tramado por Ephraim para que pareciese que Johannes estaba muerto. Es lo más absurdo que he oído en mi vida.

Unas manchas de rojo encendido fueron apareciendo en el pecho de Laine, que no paraba de jugar con el collar de perlas que llevaba, y Linda tuvo que reprimir el impulso de abalanzarse sobre ella, arrancarle el collar y dejar rodar las malditas perlas por el suelo.

Gabriel se aclaró la garganta para contribuir con su autoritaria voz a la discusión. Todo aquel asunto de la exhumación lo molestaba profundamente. Alteraba sus círculos y levantaba polvo en el orden de su mundo, algo que le disgustaba enormemente. Ni por un momento había creído que las afirmaciones de la policía tuviesen el menor fundamento, pero ese no era el problema. Tampoco le importaba que, con la exhumación, perturbasen el reposo de su hermano, aunque, claro está, no era una idea agradable. No, lo que en realidad le irritaba era el desorden que conllevaba todo aquel proceso: los ataúdes estaban para inhumarlos, no para exhumarlos. Las tumbas, una vez cavadas, debían quedar intactas y los ataúdes, una vez cerrados, no deberían abrirse de nuevo. Así tenía que ser: debe y haber, orden y concierto.

—A mí me resulta un tanto curioso que la policía pueda actuar así por iniciativa propia. No sé a quién le habrán retorcido el brazo para conseguir la autorización para hacer algo semejante, pero pienso llegar hasta el fondo en mis averiguaciones, podéis creerme. No vivimos en un estado policial, ¿no?

Una vez más se oyó murmurar a Linda, que no alzó la cabeza del plato.

—Perdón, ¿qué has dicho, cariño?

—Preguntaba si no deberíais considerar al menos la idea de cómo deben estar pasándolo Solveig, Robert y Johan. ¿No comprendéis cómo deben de sentirse ellos, que saquen de la tumba a Johannes de ese modo? No, qué va, lo único que vosotros sabéis hacer es protestar y lamentaros de vosotros mismos. Ya podíais pensar en otra persona, para variar.

Arrojó la servilleta sobre el plato y se levantó de la mesa. Las manos de Laine volvieron a jugar con el collar y parecía como si dudase si ir o no en busca de su hija, pero una mirada de Gabriel la clavó en la silla.

—En fin, ya sabemos de quién ha heredado ese carácter tan crispado.

Dijo aquellas palabras en un tono acusador. Laine no replicó.

—Mira que ser capaz de decir que no nos preocupamos de cómo lo estarán pasando Solveig y los chicos. Por supuesto que sí, pero ellos han demostrado una y otra vez que no quieren nuestro aprecio, y uno recoge lo que siembra...

Había ocasiones en que Laine odiaba a su marido. Allí estaba, tan pagado de sí mismo, comiéndose el huevo sin que le fallase el apetito. Recreó en su mente una escena en que se levantaba, cogía el plato de Gabriel y se lo aplastaba contra el pecho muy despacio, pero lo que hizo en realidad fue levantarse y empezar a quitar la mesa.

Capítulo 7

Verano de 1979

Ahora compartían el dolor. Como dos siamesas, se apretaban la una contra la otra en una simbiosis mantenida por la misma proporción de odio que de amor. Por un lado, infundía seguridad el no tener que estar sola en la oscuridad. Por otro, el mal generaba la enemistad natural, el deseo de librarse, de que fuese la otra la que sufriese el dolor la próxima vez que él llegase.

No hablaban mucho. Las voces resonaban aterradoras en aquella ceguera subterránea. Cuando los pasos se acercaban de nuevo, se separaban en el acto perdiendo ese contacto de la piel que constituía su única protección en las tinieblas. Ahora, lo único que importaba era huir del dolor y se arrojaban la una sobre la otra, luchando cada una por no ser la primera en caer en manos del perverso.

En esta ocasión fue ella quien ganó y empezó a oír los gritos. En cierto modo, librarse era casi igual de terrible. El crujido de los huesos al romperse estaba grabado en su tímpano y cada grito que profería la otra lo sentía ella en su cuerpo maltratado. Además, sabía lo que sucedía a los gritos. Después del dolor, las mismas manos que retorcían y doblaban, que pinchaban y herían, se transformaban y se posaban cálidas y dulces sobre el lugar en que el dolor era más intenso. Ella conocía ya aquellas manos tan bien como las suyas. Eran grandes y fuertes, pero, al mismo tiempo, suaves, sin rugosidades ni protuberancias. Esos dedos, largos y sensibles como los de un pianista y, pese a que nunca los había visto, era capaz de recrearlos en su mente.

De pronto empezaron a identificarse los gritos y deseó poder alzar los brazos para cubrirse las orejas con las manos. Pero sus brazos colgaban flácidos e inútiles a ambos lados de su cuerpo y se negaban a obedecer sus instrucciones.

Cuando cesaron los lamentos y la trampilla que había sobre su cabeza se abrió para volver a cerrarse enseguida, fue arrastrándose sobre la fría y húmeda superficie hacia la fuente de los gritos.

Era el momento de procurar consuelo.

* * *

Mientras la tapa del ataúd empezaba a deslizarse, todos guardaban silencio. Patrik se sorprendió al darse cuenta de que, nervioso, se volvía a mirar hacia la iglesia. No sabía qué esperaba ver. Un rayo que surgiese de la torre y que los abatiese a todos en plena práctica hereje. Sin embargo, no sucedió nada semejante.

Cuando vio el esqueleto en el ataúd, se le encogió el corazón. Se había equivocado.

—Bueno, Hedström, vaya embrollo que has organizado con este asunto.

Mellberg movía la cabeza de un lado a otro, como lamentándose, y sólo con esa frase logró que Patrik se sintiera como si hubiesen colocado su cabeza de diana. En cualquier caso, su jefe tenía razón. Menudo embrollo.

—Bien, entonces, nos lo llevamos para constatar que es el tipo que creemos. Aunque no creo que nos llevemos ninguna sorpresa al respecto, porque no tendrás también alguna teoría sobre intercambio de cadáveres o algo así, ¿verdad?

Patrik no respondió, sólo meneó la cabeza al tiempo que se decía que, seguramente, merecía tanta ironía. Los técnicos hicieron su trabajo y, cuando el esqueleto, poco después, viajaba camino a Gotemburgo, Patrik y Martin se acomodaron en el coche para regresar a la comisaría.

—Podías haber estado en lo cierto. Tampoco era tan descabellado.

Martin intentaba consolarlo, pero Patrik seguía negando con la cabeza.

—No, tú tenías razón. Eran unos planes de conspiración demasiado grandiosos para que fuese verosímil. Supongo que tendré que aguantar más de una broma durante mucho tiempo.

—Pues sí, cuenta con ello —convino Martin compasivo—. Pero míralo de este modo: ¿podrías haber vivido tranquilo si no lo hubieses hecho y después se hubiese descubierto que tenías razón y que le había costado la vida a Jenny Möller? Así, por lo menos, lo has intentado y tenemos que seguir trabajando con todas las ideas que se nos ocurran,

descabelladas o no. Es nuestra única posibilidad de encontrarla antes de que sea tarde.

—Si no lo es ya —remató Patrik sombrío.

—¿Lo ves? Así es justamente como no debemos pensar. Aún no la hemos encontrado muerta, es decir, que sigue viva. No hay otra posibilidad.

—Tienes razón. Sólo que no sé en qué dirección continuar. ¿Dónde intentaremos buscar ahora? Siempre vamos a parar a la maldita familia Hult, pero nunca con argumentos suficientes como para obtener algo concreto sobre lo que trabajar.

—Tenemos la conexión entre los asesinatos de Siv, Mona y Tanja.

—Y nada que nos diga que existe relación entre ellas tres y la desaparición de Jenny Möller.

—Así es —admitió Martin—, pero en realidad eso no importa, ¿no crees? Lo principal es que hagamos cuanto podamos por encontrar al asesino de Tanja y al que secuestró a Jenny. Si es la misma persona o si se trata de dos sujetos distintos, ya lo veremos. Pero hemos de hacer todo lo que podamos.

Martin subrayó cada una de sus últimas palabras, con la esperanza de que el mensaje hubiese calado. Comprendía que Patrik se martirizase tras el fracaso de la exhumación del cadáver, pero en aquellas circunstancias no podían permitirse un jefe de investigación que careciese de confianza en sí mismo. Tenía que creer en lo que estaban haciendo.

Cuando llegaron a la comisaría, Annika los retuvo en la recepción. Tenía el auricular en una mano y cubría el micrófono con la otra, para que la persona con la que hablaba no oyese lo que iba a decirles.

—Patrik, es Johan Hult. Tiene mucho interés en localizarte. ¿Lo atiendes en tu despacho?

Patrik asintió y se dirigió aprisa a responder desde su mesa. Un segundo después, Annika le había pasado la llamada y sonó el teléfono.

—Patrik Hedström.

Escuchó con gran interés, interrumpió al interlocutor con un par de preguntas y, con renovada energía, echó a correr por el pasillo en dirección al despacho de Martin.

—Vamos, Molin, tenemos que ir a Fjällbacka.

—Pero ¡si acabamos de llegar de allí! ¿Adónde vamos?

—Vamos a mantener una pequeña conversación con Linda Hult. Creo que tenemos en marcha algo interesante, algo muy, muy interesante.

Erica esperaba que, al igual que la familia Flood, los nuevos huéspedes también quisieran irse a pasar el día en la playa y así podría librarse de ellos. Sin embargo, se equivocó por completo sobre ese particular.

—A Madde y a mí no nos va mucho el mar. Nos apetece más quedarnos aquí en el jardín haciéndote compañía. Tenéis unas vistas tan bonitas...

Jörgen contemplaba satisfecho el panorama del archipiélago, dispuesto a pasar el día al sol. Erica intentó reprimir la risa, pues su aspecto era ridículo. Estaba blanco como una aspirina y, a todas luces, pretendía mantenerse así. Se había embadurnado en crema protectora de la cabeza a los pies, lo que lo hacía parecer más blanco aún, pero en la nariz se había puesto una especie de loción de color fosforescente con más factor de protección. Completaba el *look* un enorme sombrero y, tras media hora de preparativos y entre suspiros de satisfacción, fue a echarse junto a su mujer en una de las tumbonas que Erica se sintió obligada a ofrecerles.

—¡Ah!, esto es el paraíso, ¿verdad, Madde?

Jörgen cerró los ojos y Erica se dijo contenta que podría aprovechar para quedarse sola un rato, pero el invitado abrió un ojo:

—¿Sería mucho pedir que nos trajeras algo de beber? Un buen vaso de refresco no estaría nada mal. Seguro que a Madde también le apetece.

Su mujer asintió, sin dignarse abrir la boca ni alzar la vista. Tan pronto como se instaló en la tumbona, se aplicó a la lectura de un libro sobre derecho fiscal y, a juzgar por su aspecto, también ella parecía sentir horror por las quemaduras solares: unos pantalones hasta los tobillos y una camisa de manga larga evitarían que ocurriese tal cosa. Además, también llevaba sombrero y la nariz fosforescente. Al parecer, toda precaución era poca. Así tumbados, uno junto al otro, se asemejaban a dos alienígenas que hubiesen aterrizado sobre el césped de Erica y Patrik.

Erica fue a la cocina a preparar el refresco. Cualquier cosa, con tal de no tener que charlar con ellos. Eran con diferencia las personas más aburridas con las que se había topado en su vida. Si, la noche anterior, le hubiesen dado a elegir entre pasar el rato con ellos o entretenerse observando cómo se secaba la pintura de una pared, no lo habría dudado ni

un instante. Llegado el momento, ya le diría un par de cosas a la madre de Patrik por haberles dado tan generosamente su número de teléfono.

Al menos Patrik podía escaparse unas horas mientras estaba en el trabajo, aunque a ella no le había pasado inadvertido el hecho de que el caso lo tenía deshecho; nunca lo había visto tan afectado, tan ansioso de obtener resultados. Claro que, en otros casos anteriores, no era tanto lo que había en juego.

Le habría gustado poder ayudarle un poco más. Durante la investigación de la muerte de su amiga Alex, sus aportaciones fueron de utilidad para la policía en varias ocasiones; pero en aquel caso su implicación era también de tipo personal. Ahora, además, se veía encadenada a la ingente mole en que se había convertido su cuerpo. La barriga y el calor se confabulaban para, por primera vez en su vida, obligarla a una ociosidad involuntaria. Por si fuera poco, experimentaba la desagradable sensación de que su cerebro hubiese adoptado la posición de reposo. Todos sus pensamientos se orientaban al bebé que llevaba en su vientre y al esfuerzo hercúleo que se le exigiría en un futuro no muy lejano. Su mente se empeñaba en no centrarse durante mucho rato en otros asuntos, de modo que se preguntó cómo lo harían las embarazadas que trabajaban hasta el día previo al parto. Cabía la posibilidad de que ella fuese distinta pero, a medida que avanzaba el embarazo, se había visto reducida —o elevada, según se mirase—, a una palpitante incubadora, un organismo de alimentación y reproducción. Cada fibra de su cuerpo estaba preparada para dar a luz al bebé, de ahí que los intrusos despertasen en ella más irritación. Sencillamente, perturbaban su concentración. En efecto, no comprendía a qué se debía su anterior desasosiego al verse sola en casa; ahora, esa situación se le antojaba el paraíso.

Entre suspiros, preparó una gran jarra de refresco con cubitos de hielo, tomó dos vasos y se lo llevó todo al personal que descansaba en el césped.

Una rápida ojeada a la finca de Västergården les demostró que Linda no estaba allí. Marita se extrañó al ver a los dos policías, pero no les preguntó directamente cuál era el motivo de su visita, sino que les sugirió que fuesen a la casa. Por segunda vez en muy poco tiempo, Patrik atravesó el largo paseo hasta el edificio. Una vez más le sorprendió la belleza del conjunto y observó que Martin, a su lado, lo admiraba boquiabierto.

—¡Vaya, cómo hay gente que puede vivir en un sitio tan bonito...!

—Sí, los hay que viven bien —convino Patrik.

—¿Y sólo dos personas habitan esa gran mansión?

—Bueno, tres si contamos a Linda.

—Desde luego, no es de extrañar que haya problemas de vivienda en Suecia —observó Martin.

En esta ocasión, fue Laine quien les abrió la puerta cuando llamaron.

—¿En qué puedo ayudarles?

¿Advirtió Patrik un timbre de preocupación en su voz al preguntar?

—Estamos buscando a Linda. Venimos de Västergården, pero su nuera nos dijo que estaba aquí —le informó Martin, señalando vagamente con la cabeza hacia Västergården.

—¿Para qué la quieren? —preguntó Laine con la puerta entreabierta, para que no entraran, cuando Gabriel apareció a su espalda.

—Tenemos que hacerle unas preguntas.

—Pues a mi hija no va a interrogarla nadie sin que nosotros sepamos de qué se trata —dijo Gabriel sacando pecho, dispuesto a defender a su retoño.

Sin embargo, justo cuando Patrik se disponía a dar cuenta de sus argumentos, apareció Linda por la esquina de la casa. Llevaba ropa de montar y parecía venir de los establos.

—¿Me buscan a mí?

Patrik asintió, aliviado al verse libre de un enfrentamiento con su padre.

—Sí, queríamos hacerte unas preguntas. ¿Quieres que nos quedemos fuera o vamos adentro?

Gabriel interrumpió la conversación.

—¿Qué está pasando, Linda? ¿Te has metido en algo de lo que debamos estar al corriente? No te creas que vamos a permitir que la policía te interrogue sin que nosotros estemos presentes.

Linda asintió débilmente, con una súbita expresión de niña desvalida.

—Podemos entrar.

Como abandonada a su suerte, entró con Martin y con Patrik hasta la sala de estar. No parecían preocuparle los muebles cuando se sentó en el sofá con la ropa de montar apestando a establo. Laine no pudo menos que

fruncir el ceño, inquieta al verla acomodarse en el blanco sofá. Linda la miró retadora.

—¿Te parece bien que te hagamos las preguntas en presencia de tus padres? Si fuese un interrogatorio en regla, no podríamos negarnos puesto que no eres mayor de edad, pero ahora lo único que pretendemos es hacerte unas preguntas, de modo que si...

Gabriel parecía dispuesto a enredarse en una nueva perorata al respecto, pero Linda se encogió de hombros, dando así a entender que no le importaba. Por un instante, Patrik creyó advertir una mezcla de esperanzada satisfacción y nerviosismo, pero dicha sensación no tardó en esfumarse.

—Acabamos de recibir una llamada de Johan Hult, tu primo. ¿Sabes de qué quería hablar con nosotros?

La joven volvió a encogerse de hombros y se puso a toquetearse las uñas con desinterés.

—Parece que os habéis visto bastante durante un tiempo, ¿no es cierto?

Patrik avanzaba con cautela, paso a paso. Johan les había ofrecido bastantes datos sobre la naturaleza de su relación con Linda y el policía sospechaba que Gabriel y Laine no acogerían demasiado bien la noticia.

—¡Vaya que sí! Nos hemos visto bastante.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Tanto Laine como Linda se sobresaltaron. Al igual que su hijo, Gabriel nunca utilizaba palabras que se saliesen de tono y, de hecho, no recordaban haberlo oído decir nada similar con anterioridad.

—¿Qué pasa? Yo puedo ver a quien quiera, ¿no? No eres tú quien lo decide.

Patrik resolvió que era mejor intervenir antes de que la conversación empezase a degenerar en disputa:

—Bueno, a nosotros no nos importa cuándo o con qué frecuencia os habéis visto; por lo que a nosotros respecta, eso puedes reservártelo si quieres, pero uno de esos encuentros sí reviste especial interés para nosotros. Johan nos dijo que os visteis una noche, hace cosa de dos semanas, en el pajar del cobertizo de Västergården.

Gabriel se puso rojo de ira, pero no dijo nada y decidió esperar impaciente la respuesta de Linda.

—Sí, es posible. Allí nos hemos visto varias veces, así que no puedo decir cuándo con exactitud.

La joven seguía concentrada en jugar con sus uñas, sin mirar a los ojos a ninguno de los mayores que tenía a su alrededor.

Martin continuó donde lo había dejado Patrik:

—Aquella noche fuisteis testigos de un suceso especial, según Johan. ¿Sigues sin saber a qué nos referimos?

—Puesto que parecéis saberlo, tal vez podáis decírmelo vosotros mismos, ¿no?

—¡Linda! No empeores las cosas poniéndote impertinente. Haz el favor de contestar las preguntas de la policía. Si sabes de qué habla, dilo, pero si es algo en lo que te haya metido ese... gamberro, pienso ir y...

—Tú no sabes una mierda de Johan. Eres tan hipócrita..., pero...

—Linda —la interrumpió Laine en tono de advertencia—. No empeores tu situación. Haz lo que te dice tu padre y responde a las preguntas de la policía. Del otro asunto ya hablaremos después.

Tras unos minutos de reflexión, Linda pareció inclinada a seguir el consejo de su madre y prosiguió a regañadientes:

—Supongo que Johan os ha dicho que vimos a la chica.

—¿A qué chica? —preguntó Gabriel atónito.

—A la alemana, la que asesinaron.

—Sí, eso nos dijo Johan —confirmó Patrik, que siguió aguardando a que Linda continuase.

—Yo no estoy tan segura como Johan de que fuese ella. Vimos la foto en los periódicos y se parecía mucho, supongo, pero debe de haber montones de chicas más o menos con el mismo aspecto. Y, además, ¿qué iba a hacer ella en Västergården? No puede decirse que esté en pleno centro turístico.

Martin y Patrik ignoraron su pregunta. Ambos sabían perfectamente qué tenía que hacer Tanja allí: seguir la única pista existente en torno a la desaparición de su madre.

—¿Dónde estaban aquella noche Marita y los niños? Según Johan, no estaban en casa, pero no supo decirnos adonde habían ido.

—Pasaron un par de días en casa de los padres de Marita. Jacob y Marita suelen hacerlo así —explicó Laine—. Cuando Jacob quiere dedicarse a arreglar algo en la casa y gozar de cierta tranquilidad, ella se va

con los niños para que pasen un par de días con los abuelos y así los ven de vez en cuando. Nosotros vivimos tan cerca que los vemos prácticamente a diario.

—Bueno, dejaremos en el aire la cuestión de si la chica a la que visteis era o no Tanja Schmidt, pero ¿podrías describírnosla?

Linda vaciló un instante.

—Era morena, constitución normal, el cabello por los hombros. Normal y corriente. No era especialmente guapa —añadió con la prepotencia de quien se sabe en posesión de una apariencia muy agradable.

—¿Qué ropa llevaba? —inquirió Martin inclinándose hacia delante para atraer la atención de la joven, pero sin éxito.

—Bueno, no me acuerdo con exactitud. Hace ya dos semanas y, además, había empezado a oscurecer.

—Venga, inténtalo —la animó Martin.

—Pues eso, vaqueros, creo. Una especie de camiseta ajustada y una rebeca. La rebeca era azul y la camiseta blanca, creo, o quizá al contrario. Ah, sí, y un bolso de color rojo.

Patrik y Martin intercambiaron una mirada muy elocuente, pues Linda acababa de describir la vestimenta que Tanja llevaba el día que desapareció. La rebeca era blanca y la camiseta azul, no al contrario.

—¿A qué hora de la tarde la visteis?

—Temprano. Sobre las seis, quizá.

—¿Sabes si Jacob le abrió la puerta y la dejó entrar?

—Nadie le abrió cuando llamó a la puerta, desde luego. Después rodeó la casa y la perdimos de vista.

—¿No os disteis cuenta de cuándo se marchó, si es que lo hizo? —preguntó Patrik.

—No, la carretera no se ve desde el cobertizo. Y ya os digo que yo no estoy tan segura como Johan de que fuese ella.

—¿Se te ocurre qué otra chica podría ser? Quiero decir que no es habitual que los desconocidos vengan a llamar a vuestra puerta.

Una vez más, Linda se encogió de hombros, indiferente. Tras unos minutos de silencio, respondió:

—No, no sé quién podría ser, pero podría tratarse de algún vendedor, qué se yo.

—¿Y Jacob no mencionó después ninguna visita?

—No.

Linda no abundó más en la respuesta y tanto Patrik como Martin comprendieron que estaba más preocupada por lo que había visto de lo que en realidad quería darles a entender a ellos, quizá también a sus padres.

—¿Pueden decirme qué es lo que buscan? Como ya he dicho antes, empiezo a pensar que esto se asemeja bastante al acoso, ¡como si no hubiese bastante con la exhumación del cadáver de mi hermano! Por cierto, ¿qué tal fue eso? ¿Estaba vacío el ataúd?

Formuló la pregunta con sorna manifiesta y Patrik no pudo por menos de darse por aludido.

—No, había un esqueleto en el ataúd. Probablemente, su hermano Johannes.

—Probablemente. —Gabriel resopló despectivo al tiempo que se cruzaba de brazos—. ¿Van a ir también por el pobre Jacob?

Laine miraba a su marido horrorizada. Era como si acabase de comprender las consecuencias de las preguntas de la policía.

—¡Pero... no, no creerán que Jacob...! —exclamó más que preguntó, llevándose las manos a la garganta.

—Por ahora no creemos nada, pero nos interesa mucho saber cómo y por dónde se movió Tanja antes de desaparecer, de modo que Jacob puede ser un testigo importante.

—¡Testigo! Desde luego que lo están haciendo con discreción; ese mérito, al menos, se lo he de reconocer; pero no crean que vamos a caer en la trampa. Se han propuesto terminar lo que los inútiles de sus colegas iniciaron en el 79, les da lo mismo a quién le endosan el muerto, ¿verdad?, con tal de que sea un Hult. Primero se empeñan en que Johannes aún está vivo y ha empezado a matar muchachas tras una pausa de veinticuatro años y luego, cuando resulta que está en su ataúd tan muerto como se pueda estar, van por Jacob. —Gabriel se levantó y les señaló la puerta—. ¡Fuera! No quiero volver a verles por aquí a menos que traigan papeles y que yo haya podido llamar a mi abogado. ¡Mientras tanto, ya se están yendo al infierno!

Las palabras fuera de tono surgían con creciente fluidez de su boca y, en las comisuras de los labios, se apreciaban pequeñas burbujas de saliva. Patrik y Martin sabían cuándo su presencia no era deseada en un lugar, recogieron velas y se encaminaron a la puerta. Cuando ésta se cerró a sus

espaldas con un golpe seco, oyeron la voz de Gabriel, que preguntaba con un rugido a Linda:

—¿Y qué coño has estado haciendo tú, eh?

—Donde menos lo esperas...

—Pues sí, la verdad es que no me imaginaba que bajo esa tranquila apariencia aceschase semejante actividad volcánica —corroboró Martin.

—Ya, bueno, pero yo lo comprendo. Desde su punto de vista... —los pensamientos de Patrik se desviaron nuevamente hacia el fracaso de aquella mañana.

—Ya te he dicho que no pienses más en eso, hombre. Hiciste lo que pudiste y no puedes andar martirizándote y compadeciéndote de ti mismo por más tiempo —le recriminó Martin.

Patrik lo miró perplejo. Martin sintió que fijaba en él su mirada y se encogió de hombros al tiempo que se disculpaba:

—Lo siento. Supongo que el estrés también empieza a hacer mella en mí.

—No, qué va, si tienes toda la razón. No es el momento adecuado para compadecerse de uno mismo —apartó la vista de la carretera un instante para mirar a su colega—. Y nunca pidas perdón por ser sincero, Martin.

—Vale.

Se hizo un silencio desconcertante que duró unos minutos pero que Patrik rompió cuando pasaban por el campo de golf de Fjällbacka, para atenuar la tensión:

—¿Por qué no te sacas el carnet verde de una vez? Así podremos jugar una partida juntos.

Martin sonrió, provocador.

—¿Te atreverías? Quién sabe si no tengo un talento natural y te fundo en el campo.

—No creo. Yo tengo bastante habilidad para los deportes de pelota.

—Bien, pues ya podemos darnos prisa, porque después tendrá que pasar mucho tiempo antes de que podamos jugar unas partidas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Patrik, un tanto desconcertado.

—Puede que con tanto follón se te haya olvidado, pero tienes un hijo en camino que llegará dentro de un par de semanas. Y cuando eso ocurra,

no te quedará mucho tiempo libre para disfrutar de ese tipo de distracciones, ¿no crees?

—Bah, ya me las arreglaré. Cuando son tan pequeños, se pasan el tiempo durmiendo, así que a alguna partida sí que podremos escaparnos. Y Erica comprenderá que yo tengo que salir a alguna actividad mía de vez en cuando, claro. Eso fue lo que acordamos cuando decidimos tener hijos, que cada uno debía concederle al otro un espacio para que se dedicase a lo que le apeteciera y no estar siempre enfrascados en ser padres.

Para cuando Patrik había llegado al final de la frase, Martin ya llevaba un rato llorando de risa y negando con la cabeza.

—Sí, sí, seguro que tenéis un montón de tiempo de sobra para dedicaros a vuestras cosas. Como los bebés duermen tanto... —dijo remedando a Patrik, lo que le hizo reír de más buena gana aún.

Patrik, que sabía que la hermana de Martin tenía cinco hijos, empezó a preocuparse un poco y a preguntarse qué sería lo que Martin sabía y que él parecía ignorar. Sin embargo, antes de que tuviese tiempo de formular la pregunta, sonó el móvil.

—Aquí Hedström.

—Hola, soy Pedersen. ¿Llamo en mal momento?

—No, en absoluto. Espera que encuentre dónde aparcar.

Acababan de dejar atrás el camping de Grebbestad, y sus rostros se ensombrecieron enseguida. Patrik avanzó unos cien metros hasta llegar al aparcamiento del muelle de Grebbestad, donde giró para detenerse.

—Bien, ya he aparcado. ¿Habéis encontrado algo?

No podía ocultar la ansiedad, en tanto que Martin lo observaba con gesto tenso. Fuera del coche no cesaban de pasar montones de turistas que salían y entraban en los comercios y en los restaurantes. Patrik se percató con envidia del semblante de felicidad inconsciente que los caracterizaba a todos.

—Sí y no. Vamos a efectuar un análisis más exhaustivo dentro de un rato pero, dadas las circunstancias, pensé que te resultaría muy agradable saber que algo bueno ha salido de tu, según decían, precipitada exhumación.

—Pues sí, no te lo voy a negar. Me siento un poco como un idiota, así que todo lo que puedas decirme me interesa —aseguró Patrik, conteniendo la respiración.

—Para empezar, hemos comprobado la placa de identificación dental y el tipo del ataúd, y es, sin duda, Johannes Hult, así que sobre ese particular no tengo, por desgracia, ninguna noticia interesante. Sin embargo —el médico no pudo resistir la tentación de hacer una breve pausa para aumentar el efecto dramático—, es absurdo decir que murió ahorcado. De hecho, su fallecimiento se debió a un fuerte golpe que recibió en la nuca con un objeto contundente.

—¿Qué me estás diciendo? —gritó Patrik, haciendo saltar a Martin del asiento—. ¿Qué tipo de objeto contundente? ¿Le atizaron con un bate en la cabeza, o qué quieres decir?

—Sí, algo así. De todos modos, en estos momentos lo tenemos en la mesa y, en cuanto sepa algo más, vuelvo a llamarte. Pero hasta que no lo haya analizado detalladamente, no puedo darte más detalles. Lo siento.

—Te agradezco que me hayas avisado tan pronto. Dime algo, por favor, en cuanto tengas más datos.

Patrik cerró la tapa del móvil con gesto triunfante.

—¿Qué te ha dicho? Dime, ¿qué te ha dicho? —lo apremió Martin, con una curiosidad que lo hacía balbucear.

—Que no soy un completo idiota.

—Sí, bueno, para constatar algo así es precisa la intervención de un médico..., pero ¿aparte de eso? —dijo Martin con sequedad, pues no le gustaba que lo tuvieran en ascuas.

—Dice que Johannes Hult fue asesinado.

Martin bajó la cabeza hasta las rodillas y se frotó el rostro con las manos en una especie de parodia de la desesperación.

—Mira, ¿sabes que te digo?, que me doy por despedido de toda la investigación. Esto no es normal. ¿Quieres decir que el principal sospechoso de la desaparición de Siv y de Mona, e incluso de su muerte, resulta ahora que también fue asesinado?

—Eso es exactamente lo que acabo de decir. Y si Gabriel Hult cree que puede chillar lo suficiente como para que nos abstengamos de rebuscar en sus cosas, está totalmente equivocado. Si hay algo que demuestre que esa familia nos oculta algún asunto, es esto. Alguno de ellos sabe cómo y por qué fue asesinado Johannes Hult, y qué relación guarda su muerte con los asesinatos de las chicas, ¡te apuesto lo que quieras! —exclamó golpeándose con el puño la palma de la mano, mientras notaba que la apatía

de aquella mañana se iba reemplazando en su interior por una ola de renovada energía.

—Lo único que cabe esperar es que sepamos resolverlo con la rapidez necesaria. Lo digo por Jenny Möller —observó Martin.

Aquel comentario fue para Patrik un contundente jarro de agua fría. En efecto, no debía permitir que lo venciese el instinto de competitividad. No podía olvidar por qué estaban haciendo su trabajo. Permanecieron un rato sentados, observando pasar a la gente. Después, Patrik volvió a poner el coche en marcha y siguieron camino a la comisaría.

Kennedy Karlsson creía que todo empezó por culpa de su nombre. En realidad, no había muchas más razones que aducir. La mayoría de los otros chicos tenían buenas excusas, como que los padres bebían y los maltrataban. En su caso era, pues eso, sólo el nombre.

Su madre había pasado varios años en Estados Unidos después de terminar el colegio. Antes habría causado sensación en el pueblo que alguien se fuese a Estados Unidos. Sin embargo, a mediados de los ochenta, cuando su madre se fue, ya hacía tiempo que un billete para Estados Unidos había dejado de significar un viaje sólo de ida. Eran muchas las personas cuyos hijos adolescentes se marchaban a la ciudad o al extranjero. Lo único que no había cambiado era que sí alguien abandonaba la seguridad del pueblo, las malas lenguas empezaban a decir que aquello no podía terminar bien. Y en el caso de su madre, habían acertado, en cierto modo. Después de un par de años en la tierra prometida, volvió con él en la barriga. De su padre no supo nunca nada, pero ni siquiera esa era una buena excusa pues, antes de que él naciera, su madre se había casado con Christer, que había funcionado muy bien como un verdadero padre. No, era lo del nombre. Suponía que su madre había querido hacerse la interesante y demostrar que ella, pese a haber tenido que volver a casa con el rabo entre las piernas, había visto mundo y él debía convertirse en la prueba viviente de ello. De modo que su madre nunca perdía la ocasión de contar que el mayor de sus hijos se llamaba Kennedy, por John F. Kennedy, «puesto que durante los años que pasó en Estados Unidos aprendió a admirar a aquel hombre». Él se preguntaba por qué, en tal caso, no eligió ponerle simplemente John.

Christer y su madre les habían otorgado mejor destino a sus hermanos y hermanas. Así, para ellos sí valieron nombres como Emelie, Mikael y

Thomas. Nombres suecos normales de toda la vida, lo que hacía que él destacase más aún entre la prole. El hecho de que su padre, además, fuese negro, no mejoraba en nada las cosas, pero Kennedy no se creía raro por eso, no; estaba convencido de que era el maldito nombre.

Lo cierto es que él tenía muchas ganas de empezar la escuela. Lo recordaba perfectamente: la excitación, la alegría, la ansiedad por empezar algo distinto, por ver cómo se abría ante él todo un mundo nuevo. Sólo les llevó un día o dos aplastar sus ansias a causa del maldito nombre. No tardó en aprender lo grave que era el pecado de diferenciarse de la mayoría: un nombre raro, un peinado llamativo, ropa pasada de moda, tanto daba; eran detalles que indicaban que no eras como los demás. En su caso, como añadido, lo empeoraba todo el que creyesen que se consideraba superior por tener ese nombre tan original. ¡Como si lo hubiese elegido él! Si hubiese podido elegir, habría querido llamarse algo así como Johan, Oskar o Fredrik, algo que le permitiese el acceso al grupo de forma automática.

Tras el infierno de los días iniciales en primer curso, nada cambió. Las pullas, los golpes y el vacío hicieron que construyese a su alrededor un muro resistente como el granito, y la acción no tardó en seguir al pensamiento. Toda la ira que había ido acumulando intramuros empezó a filtrarse por rendijas y ranuras que fueron agrandándose más y más, hasta que su cólera se hizo patente a ojos de todos. Y entonces ya era demasiado tarde. A aquellas alturas ya había abandonado la escuela, había perdido la confianza en su familia y, además, sus amigos no eran los amigos que hay que tener.

Kennedy se había resignado al destino que su nombre le había otorgado. «Problemas» era el lema que llevaba tatuado en la frente y lo único que tenía que hacer era cumplir las expectativas. Una forma de vivir fácil y, paradójicamente, también difícil.

Todo aquello cambió el día en que, en contra de su voluntad, fue a la granja de Bullaren. Fue una de las condiciones que le impusieron cuando lo pillaron por el desafortunado robo de un coche después del cual decidió, en un principio, adoptar la actitud de oponer la mínima resistencia para salir de allí lo antes posible. Después conoció a Jacob y gracias a él conoció a Dios.

Sin embargo, a sus ojos, los dos eran prácticamente lo mismo.

No medió ningún milagro. No había oído una voz celestial atronadora ni había visto el rayo caer desde las alturas ante sus pies, como prueba de que Él existía. Fue gracias a las horas que pasó con Jacob, las

conversaciones que mantuvo con él, como la imagen de Dios fue perfilándose a sus ojos paulatinamente. Como un rompecabezas que, muy despacio, fuera configurando la imagen que mostrara la caja que lo contiene.

En un primer momento, se resistió. Escapó y se fue a hacer de las suyas con los colegas. Bebía hasta perder la cabeza y volvía a ser ignominiosamente arrastrado de vuelta a la granja para, al día siguiente, con la cabeza dolorida, enfrentarse a la cálida mirada de Jacob que siempre, por curioso que pudiera parecer, se le presentaba vacía de reproches.

Él se quejó ante Jacob de su nombre y le explicó que eso tenía la culpa de todos los errores que había cometido. Sin embargo, resultó que Jacob logró explicarle a él que aquello era algo positivo y que constituía un presagio de cómo le iría en la vida. Era un don, le hizo ver Jacob. El hecho de que ya en el momento de nacer hubiese quedado marcado por una identidad tan singular sólo podía significar que Dios lo había elegido a él de entre los demás. Su nombre lo convertía en un ser especial, no en un ser raro.

Con la ansiedad de un hambriento ante una mesa puesta, bebió Kennedy sus palabras. Poco a poco empezó a ver con toda claridad que Jacob tenía razón: su nombre, Kennedy Karlsson, era un don que lo convertía en un ser especial; era un indicio de que Dios tenía para él un plan muy especial. Y era a Jacob a quien debía agradecerle el haberlo sabido, antes de que fuese demasiado tarde.

Le preocupaba ver que Jacob estaba inquieto últimamente. No había podido evitar oír los rumores sobre la relación que se establecía entre su familia y las chicas muertas, y creía que ahí estaba la causa del desasosiego de Jacob. Él había sentido en su propia carne la malevolencia de la gente que olfateaba sedienta de sangre. Ahora, se diría, le había tocado a la familia Hult hacer el papel de presa.

Con suma delicadeza llamó a la puerta de Jacob. Le había parecido oír voces alteradas en el interior y, cuando abrió, vio que Jacob estaba colgando el auricular, indignado.

—¿Qué tal?

—Bah, simples problemas de familia. Nada de lo que debas preocuparte.

—Tus problemas son mis problemas, Jacob. Lo sabes. ¿Por qué no me cuentas de qué se trata? Confía en mí, al igual que yo confié en ti.

Jacob se frotó los ojos con gesto cansado, como hundido.

—Es todo tan absurdo. A causa de una tontería que mi padre cometió hace veinticuatro años, la policía cree ahora que tenemos algo que ver con el asesinato de la turista alemana sobre la que hablaban los periódicos.

—Pero ¡eso es terrible!

—Sí, y la última es que exhumaron el cadáver de mi tío Johannes esta mañana.

—¿Qué me dices? ¿Han perturbado la paz de su última morada?

Jacob dejó escapar media sonrisa satisfecha. Hacía un año, Kennedy habría preguntado «¿qué mierda de última qué?».

—Por desgracia, así es. Toda la familia está sufriendo por ello, pero no hay nada que podamos hacer.

Kennedy sintió cómo la ira de siempre bullía en su pecho, aunque ahora estaba más tranquilo; ahora era la ira de Dios.

—¿No podéis denunciarlos por vejación o algo así?

Jacob volvió a sonreír, desolado.

—O sea, que tu experiencia con la policía es que resulta posible conseguir algo mediante esos procedimientos.

No, claro, su respeto por la poli era mínimo, por no decir inexistente. Nadie mejor que él podía comprender la frustración de Jacob.

Sentía una gratitud inmensa ante el hecho de que Jacob optase por contarle sus tribulaciones a él precisamente. Otro don por el que le daría gracias a Dios en sus oraciones nocturnas. Kennedy estaba a punto de decírselo a Jacob, cuando el timbre del teléfono los interrumpió.

—Disculpa —rogó Jacob cogiendo el auricular.

Cuando, minutos después, volvió a colgar, estaba aún más pálido. Kennedy dedujo, por la conversación, que era el padre de Jacob quien había llamado y, mientras escuchaba, se esforzó cuanto pudo por disimular su interés.

—¿Ha ocurrido algo?

Jacob dejó las gafas sobre la mesa con gesto cansino.

—Pero habla, ¿qué te ha dicho? —Kennedy no podía ocultar el dolor y la angustia que reinaban en su corazón.

—Era mi padre. La policía ha estado allí haciéndole preguntas a mi hermana. Mi primo Johan llamó a la policía y les confesó que él y mi hermana vieron a la chica asesinada en mi finca justo antes de que desapareciera. ¡Que Dios me ayude!

—Que Dios te ayude —susurró Kennedy como un eco.

Se habían reunido en el despacho de Patrik. Había poco espacio, pero con algo de buena voluntad, lograron acomodarse todos. Mellberg había ofrecido el suyo, que era tres veces más espacioso que los demás, pero Patrik no quería trasladar allí todo lo que tenía fijado en el corcho que había detrás de su mesa.

Estaba lleno de papeles y de notas, y en el centro se veían las fotos de Siv, Mona, Tanja y Jenny. Patrik estaba sentado en el borde de la mesa, de medio lado. Por primera vez en mucho tiempo se reunían todos, Patrik, Martin, Mellberg, Gösta, Ernst y Annika. Todas las cabezas pensantes de la comisaría de Tanumshede, con la mirada fija en Patrik, que, súbitamente, sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros y cómo el sudor le bañaba la nuca. Siempre le había disgustado ser el centro de atención y la sola idea de que todos esperasen a oír lo que tenía que decir le hacía experimentar un molesto hormigueo por el cuerpo. Antes de empezar, se aclaró la garganta.

—Hace media hora llamó Tord Pedersen, del Instituto Forense, y nos comunicó que la exhumación de esta mañana no fue en vano —en este punto, hizo una pausa y, por un instante, se permitió la satisfacción ante el hecho que acababa de revelar. No tenía intención de ser el hazmerreír de sus colegas por mucho más tiempo—. El examen del cadáver de Johannes Hult demuestra que no se colgó, sino que falleció de un fuerte golpe que le asestaron en la nuca con un objeto contundente.

Un murmullo de asombro se elevó entre los presentes. Patrik prosiguió, consciente de contar con la máxima atención por parte de todos ellos:

—En otras palabras: que tenemos otro asesinato, aunque no sea muy reciente que digamos. Así que consideré conveniente que nos reuniésemos para revisar conjuntamente todo lo que sepamos. ¿Alguna pregunta antes de continuar?... Bien, entonces, prosigamos.

Patrik empezó por repasar el viejo material sobre Siv y Mona, entre el que se encontraba el testimonio de Gabriel. Continuó con la muerte de Tanja y los informes médicos que revelaban que su cadáver presentaba exactamente el mismo tipo de lesiones que los de Siv y Mona, y el hecho de que hubiese resultado ser la hija de Siv, además de la información proporcionada por Johan, que decía haber visto a Tanja en Västergården.

Gösta pidió la palabra.

—¿Y qué me dices de Jenny Möller? Yo no estoy tan convencido de que su desaparición esté relacionada con los asesinatos.

Las miradas de todos los presentes, incluida la de Patrik, se dirigieron a la fotografía de la rubia adolescente que les sonreía desde el corcho.

—Estoy de acuerdo contigo, Gösta —admitió Patrik—. Se trata de una teoría más, pero las búsquedas no han dado ningún resultado y nuestro control de violadores conocidos en la zona sólo nos procuró la falsa pista de Mårten Frisk, así que lo único que podemos hacer es esperar que la gente nos ayude y que alguien haya visto algo, mientras trabajamos con la posibilidad de que el asesino de Tanja sea la misma persona que se llevó a Jenny. ¿Responde eso a tu pregunta?

Gösta asintió. En principio, la respuesta de Patrik significaba que, a decir verdad, no sabían nada en absoluto, tal y como él pensaba.

—Por cierto, Gösta, Annika me dijo que habíais ido a comprobar lo del abono. ¿Sacasteis algo en claro de ahí?

Fue Ernst quien respondió:

—Nada de nada. El campesino con el que hablamos no tiene nada que ver con el asunto.

—Pero echaríais un ojo, ¿no?, por si acaso —insistió Patrik, que no se dejó convencer por Ernst.

—Pues claro que sí. Ya te digo, nada de nada —repitió Ernst enojado.

Patrik miró a Gösta inquisitivo y éste asintió, confirmando la versión de su colega.

—Bien, en ese caso... tendremos que pensar si existe un modo de seguir indagando por ese lado. Entretanto, tenemos el testimonio de una persona que vio a Tanja justo antes de que desapareciera. Johan, el hijo de Johannes, me llamó esta mañana para contarme que había visto en Västergården a una joven que, según él, era Tanja. Su prima Linda, la hija de Gabriel, estaba con él, y Martin y yo fuimos a verlos hace unas horas. La

muchacha ha corroborado que, en efecto, vieron a una joven, pero ella no está tan convencida como Johan de que fuese Tanja.

—Pero, en ese caso, ¿crees que podemos confiar en él como testigo? La lista de delitos de Johan y las rivalidades existentes en el seno de esa familia hacen dudar de la credibilidad de sus palabras —intervino Mellberg.

—Sí, claro, yo también lo he pensado. Tendremos que esperar y ver qué dice Jacob Hult, pero en mi opinión resulta interesante que, de un modo u otro, siempre nos topemos con esa familia. Adonde quiera que dirijamos nuestros pasos, siempre nos conducen a la familia Hult.

El calor se intensificaba cada vez más en el reducido despacho. Patrik había dejado abierta una ventana, pero no mejoró mucho la situación, pues tampoco del exterior entraba aire fresco. Annika intentaba darse aire con el bloc de notas. Mellberg se enjugaba el sudor de la frente con la palma de la mano y el rostro de Gösta adoptaba un preocupante tono grisáceo que se adivinaba bajo el bronceado. Martin se había desabotonado la camisa, lo que le permitió a Patrik comprobar, lleno de envidia, que había quien tenía tiempo de asistir de vez en cuando al gimnasio. Ernst era el único que parecía imperturbable.

—Ya, bueno, en ese caso —dijo— yo apuesto por esos dos gamberros. Hasta ahora son los únicos de la familia que han tenido que ver con la policía.

—Además de su padre —les recordó Patrik.

—Exacto, además de su padre. Lo que confirma que hay algo podrido en esa rama de la familia.

—¿Y la información sobre la última vez que se vio a Tanja con vida? Fue en Västergården... Según la hermana de Jacob, éste estaba en casa en aquel momento. Eso lo pondría a él en el punto de mira, ¿no?

Ernst resopló incrédulo.

—¿Y quién te dice que la chica estuvo allí? Johan Hult. No, yo no me creería una sola palabra de ese muchacho.

—¿Cuándo tienes previsto que hablemos con Jacob? —quiso saber Martin.

—Pensaba que tú y yo podríamos ir a Bullaren después de esta reunión. Ya he llamado por teléfono para comprobar que estuviera en el trabajo.

—¿No crees que Gabriel lo habrá llamado para prevenirlo? —observó Martin.

—Seguro que sí, pero no podíamos evitarlo. Ya veremos qué nos cuenta.

—¿Qué hacemos ahora que sabemos que Johannes murió asesinado? —insistió Martin.

Patrik no quería admitir que ignoraba cómo usar esa información. Tenía demasiadas novedades a las que enfrentarse al mismo tiempo y temía que, si se alejaba para contemplar el panorama completo, lo ingente de la misión que tenía ante sí lo paralizase por completo. Lanzó un suspiro antes de contestar:

—Cada cosa a su tiempo. No le revelaremos a Jacob nada al respecto cuando hablemos con él. No quiero que Solveig y los chicos estén sobre aviso.

—O sea, que el siguiente paso será hablar con ellos, ¿no es así?

—Sí, supongo, a menos que alguno de vosotros tenga otra propuesta.

El silencio por respuesta. Nadie parecía tener ninguna idea que aportar.

—¿Qué hacemos los demás entretanto?

La respiración de Gösta era cada vez más pesada, hasta el punto de que Patrik se preguntó si no estaría a punto de darle un infarto, pues hacía mucho calor.

—Según Annika, hemos recibido alguna información de los vecinos desde que la fotografía de Jenny apareció en los diarios. Ella ha ordenado los datos según el grado de credibilidad y de interés, así que Ernst y tú podéis empezar a comprobar esa lista.

Patrik esperaba no estar cometiendo un error al volver a incluir a Ernst en la investigación, pero había decidido darle otra oportunidad después de ver que parecía estar comportándose cuando acompañó a Gösta en el seguimiento del asunto del abono.

—Annika, me gustaría que, una vez más, te pusieras en contacto con la empresa de abonos para pedirles que ampliasen el área donde buscar clientes de la marca en cuestión. La verdad es que no creo que los cuerpos fueran trasladados desde una gran distancia, pero puede que merezca la pena comprobarlo.

—Por supuesto —respondió Annika, sudorosa, al tiempo que seguía abanicándose con el bloc.

A Mellberg no se le asignó ninguna tarea. A Patrik le costaba darle órdenes a su jefe y, además, prefería que no se mezclase en el trabajo diario relacionado con la investigación. No obstante, tuvo que admitir que Mellberg había llevado a cabo un excelente trabajo al mantener a los políticos apartados de su camino.

Seguía habiendo algo raro en su comportamiento. Por lo general, la voz de Mellberg se superponía a la de todo el mundo; ahora, en cambio, escuchaba en silencio y parecía absorto y como en otro mundo. El buen humor que los había tenido a todos confundidos durante un par de semanas se veía ahora desplazado por un silencio más alarmante aún. Patrik le preguntó:

—Bertil, ¿hay algo que quieras añadir o sugerir?

—¿Cómo? Perdón, ¿qué has dicho? —respondió Mellberg sobresaltado.

—Si tienes algo que añadir —repitió Patrik.

—Ah, eso —respondió Mellberg aclarándose la garganta, al ver que todas las miradas se centraban en él—. No, creo que no. Me parece que tienes la situación bajo control.

Annika y Patrik intercambiaron una mirada elocuente. Por lo general, la recepcionista sabía todo lo que pasaba en la comisaría, pero, en esta ocasión, se encogió de hombros en señal de que no tenía la menor idea.

—¿Alguna pregunta? ¿No? Pues, en ese caso, vamos a trabajar.

Aliviados, huyeron del bochorno de la habitación para buscar algo de aire fresco. Tan sólo Martin se quedó rezagado.

—¿Cuándo nos vamos?

—Pues podríamos almorzar primero y salir enseguida.

—De acuerdo. Salgo a comprar algo y nos encontramos en el comedor, ¿te parece?

—Sí, gracias, me harías un favor; así me da tiempo de llamar a Erica.

—Salúdala de mi parte —dijo Martin ya camino de la calle.

Patrik marcó el número de su casa, con la esperanza de que Jörgen y Madde no la hubiesen vuelto loca de aburrimiento...

—Un lugar de lo más aislado.

Martin miraba a su alrededor sin ver otra cosa que árboles. Llevaban un cuarto de hora transitando por estrechas carreteras, bosque a través, y empezaba a preguntarse si no se habrían despistado.

—Tranquilo, lo tengo perfectamente controlado. Ya he estado aquí antes, en una ocasión en que uno de los chicos se puso difícil, así que daré con el sitio.

Patrik tenía razón. Pocos minutos después, giraban para entrar en el jardín.

—Parece un buen sitio.

—Sí, tiene muy buena fama. Al menos, esa es la fachada. Yo, por mi parte, empiezo a sospechar en cuanto profieren demasiados aleluyas, pero será cosa mía. Aunque la intención de estas asociaciones de iglesias libres en principio sea buena, suelen terminar atrayendo a un montón de gente de lo más curioso. Ofrecen una estrecha unión, una sensación de gran familia muy atractiva para los que no se sienten en casa en ninguna parte.

—Se diría que conoces el tema.

—Bueno, mi hermana estuvo metida en asuntos feos durante un tiempo. Esos años de búsqueda de la adolescencia, ya sabes. Sin embargo, salió bien parada de todo aquello, así que nunca llegó a ser tan grave, pero aprendí lo suficiente sobre el funcionamiento de este tipo de instituciones como para contemplarlas a la luz de un saludable escepticismo. Aunque, como te digo, nunca he oído nada negativo sobre esta en concreto, así que imagino que no hay razón para pensar que no sean buenas personas.

—Ya; de todos modos, tampoco tendría nada que ver con nuestra investigación —observó Martin.

Sonó como una advertencia y, de hecho, esa fue en cierto modo su intención. Patrik solía conducirse con serenidad y comedimiento, pero el tono de desprecio con que habló de esos centros hizo que Martin se preguntase algo inquieto hasta qué punto influiría ello en el interrogatorio de Jacob.

Fue como si Patrik le hubiese leído el pensamiento.

—No te preocupes —lo tranquilizó con una sonrisa—. Es uno de mis caballos de batalla, pero ya sé que no tiene nada que ver con el caso.

Aparcaron el coche y salieron. Había una actividad febril. Chicos y chicas parecían trabajar tanto fuera como dentro de la casa. Había un grupo bañándose en el lago y sus gritos se oían desde lejos. Era un ambiente casi

idílico. Martin y Patrik llamaron a la puerta y un chico de unos dieciocho años acudió a abrirles. Ambos se sobresaltaron al verlo. De no ser por lo sombrío de su mirada, no lo habrían reconocido.

—Hola, Kennedy.

—¿Qué queréis? —preguntó en tono poco amistoso.

Tanto Patrik como Martin se quedaron mirándolo perplejos. El largo cabello que siempre le ocultaba el rostro había desaparecido, al igual que la ropa siempre negra y el aspecto poco saludable. El joven que ahora tenían ante sí estaba tan aseado y tan bien peinado que, simplemente, resplandecía. Sin embargo, sí reconocieron su mirada, tan hostil como la que ostentaba cuando lo detenían por algún robo en un coche o por tenencia de drogas, entre otros muchos motivos.

—Tienes muy buen aspecto, Kennedy —comentó Patrik con amabilidad, pues el muchacho siempre le había inspirado compasión.

Kennedy no se dignó responderle siquiera, sino que simplemente repitió la pregunta:

—¿Qué queréis?

—Queremos hablar con Jacob. ¿Está en casa?

Kennedy les cortó el paso.

—¿Para qué lo queréis?

Aún afable, Patrik le advirtió:

—Eso no es asunto tuyo, así que te preguntaré otra vez: ¿está dentro?

—Vais a dejar de acosarlo y a su familia también. Ya me he enterado de lo que pretendéis hacer y os diré que es inadmisibile. Pero tendréis vuestro castigo. Dios lo ve todo y también dentro de vuestros corazones.

Martin y Patrik intercambiaron una mirada muy elocuente.

—Sí, y seguramente estará bien, Kennedy, pero será mejor que te apartes de nuestro camino.

El tono de Patrik resonó en esta ocasión amenazador y, tras un instante de tensión de fuerzas, Kennedy retrocedió y los dejó pasar, aunque a disgusto.

—Gracias —dijo Martin secamente antes de seguir a Patrik pasillo adentro. Parecía como si su colega supiese adónde iba.

—Su despacho está al fondo del pasillo, si no recuerdo mal.

Kennedy los seguía a un par de metros, como una sombra silenciosa. Martin sintió un escalofrío en medio de aquel calor.

Llamaron a la puerta. Jacob estaba sentado ante su escritorio cuando entraron. No parecía muy sorprendido.

—Vaya, mira lo que tenemos aquí: el brazo de la ley. ¿No tenéis a ningún criminal de verdad al que perseguir?

Kennedy aguardaba detrás de ellos en el umbral, con los puños cerrados.

—Gracias, Kennedy, puedes cerrar la puerta cuando te marches.

El chico obedeció la orden sin replicar palabra, aunque no demasiado satisfecho.

—Entonces, supongo que sabes por qué estamos aquí.

Jacob se quitó las gafas que usaba para el ordenador y se inclinó hacia delante. Se lo veía estragado.

—Sí, mi padre me llamó hace una hora y me contó no sé qué historia descabellada sobre mi querido primo, que dice haber visto a la chica asesinada aquí, en mi casa.

—¿Es descabellada la historia? —preguntó Patrik sin apartar la vista de Jacob.

—Por supuesto que lo es —aseguró Jacob tamborileando con las gafas sobre la mesa—. ¿Por qué iba a venir esa joven a Västergården? Por lo que he leído, era turista y Västergården no está precisamente en la zona turística. Y con respecto al llamado testimonio de Johan pues..., bueno, a estas alturas, ya sabéis cuál es nuestra situación familiar y, por desgracia, Solveig y los suyos aprovechan cualquier oportunidad para mancharnos a nosotros. Es triste, pero hay personas que no tienen a Dios en su corazón, sino a alguien muy distinto ...

—Es posible —observó Patrik con una sonrisa complaciente—, pero resulta que, por nuestra parte, sabemos qué habría podido venir a hacer la joven a Västergården. —Creyó ver un destello de inquietud en los ojos de Jacob, antes de continuar—. No había venido a Fjällbacka como turista, sino para buscar sus raíces y tal vez averiguar algo más acerca de la desaparición de su madre.

—¿De su madre? —preguntó Jacob, desconcertado.

—Así es. Era la hija de Siv Lantin.

Al oír el nombre, las gafas tintinearon contra la mesa. ¿Era auténtico o fingido aquel asombro?, se preguntó Martin, que decidió dejar a Patrik las

preguntas para, entretanto, dedicarse a observar las reacciones de Jacob durante la conversación.

—Vaya, eso sí que es una noticia, lo admito, pero sigo sin entender qué había venido a hacer a Västergården.

—Como te decía, al parecer pretendía averiguar qué le ocurrió a su madre. Y teniendo en cuenta que tu tío era el principal sospechoso de la policía... —Patrik no concluyó la frase.

—Confieso que todo esto me suena a especulaciones por vuestra parte. Mi tío era inocente, pero lo abocasteis a la muerte con vuestras insinuaciones. Una vez desaparecido él, se diría que queréis pillar a cualquiera de nosotros. Dime, ¿qué fibra se os ha roto en el corazón para que tengáis tal necesidad de destruir lo que han construido otros? ¿Es por nuestra fe y por la alegría que nos procura por lo que nos envidiáis?

Jacob había empezado a sermonearlos y Martin comprendía que fuese tan apreciado como predicador. En efecto, aquella forma suya de subir y bajar el tono de voz como en oleadas resultaba encantadora.

—Sólo hacemos nuestro trabajo.

Patrik respondió tajante y tuvo que contenerse para no manifestar el desprecio que le inspiraba toda aquella palabrería religiosa. Sin embargo, también él hubo de admitir para sí que había algo especial en el modo de hablar de Jacob. Cualquiera más débil que él podía dejarse llevar por aquella voz y verse atraído por su mensaje.

—Entonces, dices que Tanja Schmidt nunca vino a Västergården, ¿no es así? —prosiguió Patrik.

Jacob alzó los brazos.

—Juro que jamás he visto a esa chica. ¿Algo más?

Martin pensaba en la información que les había facilitado Pedersen: que Johannes no se había suicidado. Aquella noticia conmocionaría a Jacob, desde luego. Sin embargo, sabía que Patrik tenía razón: no habrían tenido tiempo de salir de la casa siquiera cuando ya estarían llamando por teléfono al resto de la familia Hult.

—No, creo que hemos terminado, pero cabe la posibilidad de que volvamos en otra ocasión.

—No me sorprendería.

La voz de Jacob había perdido el tono predicador y volvía a sonar suave y tranquila. Martin estaba a punto de poner la mano en la manivela

para abrir la puerta, cuando ésta se abrió ante él sin el menor ruido. Kennedy estaba al otro lado y la abrió en el momento preciso, de lo que dedujo que había estado escuchando. Sus dudas se esfumaron en cuanto vio el negro fuego que ardía en sus ojos. Martin retrocedió ante la carga de odio que transmitían. Jacob le habría enseñado más sobre la máxima de «ojo por ojo» que sobre la de «ama a tu prójimo».

Reinaba un ambiente tenso en torno a la pequeña mesa, aunque no porque antes hubiese sido alegre; al menos, no desde la muerte de Johannes.

—¿Cuándo terminará todo esto? —preguntó Solveig con la mano en el pecho—. Siempre tenemos que acabar hundidos en el barro. Es como si todos creyeran que no hacemos más que esperar a que nos pisoteen —se lamentó—. ¿Qué va a decir la gente ahora, cuando oigan que la policía ha exhumado su cadáver? Y yo que creía que dejarían de murmurar cuando encontrasen a la última chica desaparecida, pero ahora parece que todo vuelve a empezar.

—¡Déjalos que hablen, joder! ¿Qué nos importa lo que la gente se dedique a murmurar en sus casas?

Robert apagó el cigarrillo con tal fuerza que volcó el cenicero. Solveig apartó enseguida su álbum.

—¡Robert! ¡Ten cuidado, vas a quemar el álbum!

—Estoy tan harto de tus malditos álbumes... Día tras día, no haces otra cosa que pasarte las horas ahí sentada recolocando esas viejas fotografías. ¿No entiendes que eso ya pasó? Es como si hiciera cien años, y ahí estás tú, suspirando y ordenando las fotos. Papá está muerto y tú ya no eres la reina de la belleza. Si no me crees, ¡mírate!

Robert tomó los álbumes y los arrojó de la mesa. Solveig se lanzó con un grito a recoger las instantáneas que se habían esparcido por el suelo. Su reacción hizo que la ira de Robert aumentase aún más. El joven ignoró la mirada suplicante de su madre, se acuclilló, recogió un puñado de fotos y empezó a rasgarlas en pedazos.

—No, Robert, por favor, mis fotos no. ¡Por favor, Robert! —al gritar aquellas palabras, su boca parecía una herida abierta.

—Eres una vieja gorda y fea, ¿no lo entiendes? Y nuestro padre se ahorcó. Ya es hora de que lo pilles.

Johan, que había estado todo el tiempo impasible ante la escena, se levantó y le agarró la mano a Robert. Le arrebató los restos de las fotografías que su hermano tenía arrugadas en la mano y lo obligó a escuchar.

—Cálmate, esto es exactamente lo que ellos pretenden, ¿no lo entiendes? Quieren enfrentarnos, nos quieren desunidos. Pero no vamos a darles esa satisfacción, ¿me oyes? Hemos de mantenernos unidos, así que ayuda a mamá a recoger sus álbumes.

La ira de Robert se esfumó como el aire que se deja escapar de un globo. Se frotó los ojos y contempló horrorizado el desorden que había a su alrededor. Solveig estaba tendida en el suelo como una blanda masa de desesperación, sollozando y dejando caer entre los dedos los trozos de fotografías. Su llanto era desolador. Robert cayó de rodillas a su lado y la abrazó. Con mucha ternura, le retiró un grasiento mechón de pelo de la cara y la ayudó a levantarse.

—Perdona, mamá, perdón, perdón, perdón. Te ayudaré a recomponer el álbum. No puedo reparar las fotos rotas, pero no son muchas. Mira, las mejores están enteras. Fíjate qué guapa estás aquí.

Sostuvo entre sus manos una fotografía de Solveig, con el consabido traje de baño y con una banda en el pecho en la que se leía «Reina de Mayo, 1967». Y desde luego que era hermosa. El llanto cedió y se convirtió en entrecortados sollozos. Solveig tomó la fotografía y sonrió.

—Sí, ¿verdad que era guapa, Robert?

—Sí, mamá, eras muy guapa. La más guapa que he visto jamás.

—¿Lo dices de verdad?

Solveig sonreía coqueta mientras le acariciaba el cabello y Robert la ayudó a sentarse de nuevo en la silla.

—Sí, de verdad. Palabra de honor.

Poco después lo habían recogido todo y Solveig estaba de nuevo sentada y feliz mirando sus álbumes. Johan le hizo una seña a Robert invitándolo a salir. Se sentaron en la escalinata de la entrada y encendieron un cigarrillo.

—Joder, Robert, no puedes perder los papeles así precisamente ahora.

Robert apartaba la gravilla con el pie, pero no dijo nada. ¿Qué iba a decir?

Johan dio una calada y dejó escapar el humo entre los labios.

—No podemos hacerles el juego. Te lo digo como lo pienso, tenemos que mantenernos unidos.

Robert seguía sin hablar. Estaba avergonzado. A sus pies, en la gravilla, se había formado un agujero. Arrojó en él la colilla y lo cubrió con arena; una medida absurda por demás: la tierra que los rodeaba estaba repleta de viejas colillas. Transcurridos unos segundos, se volvió hacia Johan.

—Oye, eso de que viste a la chica en Västergården... —dudó un instante, antes de terminar—, ¿es verdad?

Johan dio la última calada, tiró la colilla al suelo y se levantó sin mirar a su hermano.

—Pues claro que es verdad, joder.

Y dicho esto, entró en la casa.

Robert permaneció allí sentado un rato más. Por primera vez en su vida, advirtió que se abría un abismo entre él y su hermano. Y se sintió morir de miedo.

La tarde discurría en aparente calma. Patrik no quería precipitarse hasta tener más detalles sobre el cadáver de Johannes, de modo que podía decirse que no estaba haciendo otra cosa que esperar a que sonase el teléfono. Se sentía muy inquieto, así que salió a la recepción para charlar un rato con Annika.

—¿Qué tal os va? —le preguntó, como de costumbre, por encima de las gafas.

—Este calor no facilita las cosas, precisamente —al mismo tiempo que respondía, notó una fresca brisa que surgía de la recepción de Annika. Un ventilador enorme zumbaba sobre su mesa y Patrik cerró los ojos con cara de satisfacción.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí también? Le compré uno a Erica, podría haber comprado otro para mi despacho. Será lo primero que haga mañana, te lo aseguro.

—Anda, es verdad, ¿cómo lleva el embarazo? Tiene que ser muy duro, con este calor.

—Sí, hasta que le compré el ventilador se volvía loca con este bochorno. Además, duerme mal, tiene calambres en las corvas, le resulta imposible tumbarse boca abajo, claro, y todo lo que tú ya sabes.

—Bueno, no creo, yo no lo sé —respondió Annika.

De pronto, Patrik cayó en la cuenta de lo que acababa de decir. Annika y su marido no tenían hijos, así que había metido la pata con su imprudente comentario. Ella intuyó su preocupación.

—Tranquilo. En nuestro caso, es por elección propia. Lo cierto es que nunca hemos querido tener hijos; nosotros tenemos más que suficiente con derrochar amor con nuestros perros.

Patrik notó cómo recuperaba el color.

—Vaya, temía haber dicho una inconveniencia. En cualquier caso, ahora mismo es una lata para los dos, aunque más para ella, claro. Lo único que queremos es que todo pase. Por si fuera poco, últimamente estamos siendo invadidos de vez en cuando.

—¿Invadidos? —preguntó Annika enarcando una ceja.

—Parientes y conocidos que opinan que Fjällbacka en el mes de julio es una idea excelente.

—Y se ofrecen a haceros compañía, ¿no es eso...? —dijo Annika con ironía—. Sí, sí, nosotros también sabemos lo que es eso. Al principio teníamos el mismo problema con la casa de veraneo, hasta que nos cansamos y dijimos que... ¡fuera caraduras! Desde entonces, no hemos sabido de ellos, pero enseguida te das cuenta de que tampoco los echas de menos. Los que son amigos de verdad, vienen también en el mes de noviembre. A los demás, tanto da tenerlos como perderlos.

—Sí, qué razón tienes —convino Patrik—, pero es más fácil decirlo que hacerlo. Claro que Erica despachó a la primera pandilla que se presentó, pero ahora tenemos la segunda tanda de huéspedes y nos comportamos como los mejores anfitriones. Y la pobre Erica, que se pasa el día en casa, tiene que dedicarse a atenderlos —se lamentó con un suspiro.

—En ese caso, quizá deberías portarte como un hombre y arreglar las cosas, ¿no?

—¿Yo? —preguntó Patrik mirando a Annika como ofendido.

—Exacto. Si Erica está en casa estresada mientras tú te pasas los días aquí tranquilamente, tal vez deberías dar un puñetazo en la mesa y procurar que ella también disfrute de cierta tranquilidad. Para ella no debe de ser nada fácil, acostumbrada como está a tener su trabajo y su carrera, verse de repente ociosa y encerrada en casa con la barriga mientras que tu vida sigue su curso habitual.

—Vaya, pues no lo había considerado desde ese punto de vista —respondió Patrik con una expresión bobalicona.

—No, ya me figuraba yo que no. Ya sabes, esta noche te las arreglas para despachar a la visita, por más que Lutero te susurre al oído lo contrario, y luego te dedicas a mimar a la futura mamá como es debido. ¿Has hablado con ella siquiera? ¿Le has preguntado cómo se siente, tan sola encerrada todo el día? Supongo que tampoco puede salir con este calor, sino que estará prácticamente recluida en casa.

—Pues sí. —Patrik apenas podía hablar y respondió en un susurro. Era como si lo hubiese arrollado una apisonadora y sentía en la garganta la mano férrea de la angustia. No había que ser un genio para comprender que Annika tenía razón. Una mezcla de egoísmo miope y esa tendencia suya a dejarse absorber por la investigación le habían impedido pensar siquiera en cómo debía de estar pasándolo Erica. Se había figurado que sería agradable para ella estar de vacaciones y dedicarse sólo a su embarazo. Pero él sabía lo importante que era para Erica trabajar y lo difícil que le resultaba estar ociosa. Sin embargo, ahora comprendía que se había engañado a sí mismo porque le convenía a sus intereses.

—Así que ¿por qué no te vas hoy a casa un rato antes y te dedicas a cuidar un poco a tu pareja?

—Es que... estoy esperando una llamada —fue la respuesta que surgió de su boca de forma casi automática; pero la mirada de Annika le indicó que no era la respuesta adecuada.

—¿Quieres decir que tu teléfono móvil sólo funciona en el recinto de la comisaría? Pues es una cobertura un tanto limitada para tratarse de un móvil, ¿no te parece?

—Sí... —replicó Patrik angustiado antes de levantarse de un salto—. Bueno, pues me voy a casa. ¿Me desvías las llamadas al móvil?

Annika se quedó mirándolo como si fuese imbécil mientras él salía reculando. Si hubiese llevado gorra, se la habría quitado para inclinarse...

Sin embargo, una serie de sucesos imprevistos lo retuvieron una hora más.

Ernst repasaba uno a uno los dulces de Hedemyrs. En un primer momento, pensó acudir a la pastelería, pero la cola de clientes que aguardaban allí le hizo cambiar de planes.

En pleno debate selectivo entre un bollo de canela o un *delicato*, atrajo su atención un terrible alboroto repentino procedente del piso superior. Dejó los dulces y fue a ver qué ocurría. El establecimiento tenía tres plantas: en la planta baja estaba el restaurante, el quiosco y una papelería; en la primera, la tienda de comestibles, y en la última había ropa, zapatos y artículos de regalo. Junto a la caja vio a dos mujeres que discutían tironeando de un bolso. Una de ellas llevaba en la camisa una chapa en la que se leía que pertenecía al personal de la tienda, en tanto que la otra parecía un personaje de una película rusa de bajo presupuesto: falda supercorta, medias de rejilla, un top más apropiado para una niña de doce años y pintada con tanto maquillaje como una puerta.

—*No, no, my bag!* —gritaba la mujer con voz chillona y en un inglés con fuerte acento extranjero.

—He visto que ha cogido algo —le respondía la dependienta, también en inglés, pero con clara entonación sueca. Al ver a Ernst, pareció aliviada—. Menos mal, detenga a esta mujer, agente. La he visto guardarse cosas en el bolso e intentar largarse sin más.

Ernst no lo dudó un instante. De dos zancadas se acercó a la sospechosa y la agarró del brazo. Puesto que no sabía inglés, no se molestó en hacer ninguna pregunta, sino que le arrebató bruscamente el bolso, que era bastante grande, y vació impertérrito su contenido en el suelo. Un secador, una maquinilla de afeitar, un cepillo de dientes eléctrico, un cerdito de cerámica con una corona de San Juan en la cabeza..., todo aquello salió del interior.

—¿Qué me dice de esto? —Ernst hizo la pregunta en sueco y la dependienta tradujo al inglés.

La mujer meneaba la cabeza, haciéndose la inocente, y dijo:

—No sé nada. Hablen con mi novio. Él lo arreglará todo. ¡Es el jefe de la policía!

—¿Qué dice esta mujer? —barbotó Ernst, indignado por tener que recurrir a otra mujer para que le ayudase con el idioma.

—Dice que no sabe nada y que hablen con su novio que, según ella, es el jefe de la policía...

La dependienta observaba presa del mayor desconcierto ya a Ernst ya a la mujer, que ahora exhibía una sonrisa de satisfacción y superioridad.

—Ah, sí, claro, desde luego que hablará con la policía. Y allí veremos si sigue con ese rollo del «novio jefe de policía». Puede que esa historia funcione en Rusia o de donde quiera que venga la señora, pero ya verá que aquí las cosas son de otro modo —le aseguró a la extranjera, gritándole a escasos centímetros del rostro.

La mujer no comprendía una palabra, pero, por primera vez desde el inicio del incidente, parecía un tanto insegura.

Ernst se la llevó de Hedemyrs sujetándola con brusquedad y cruzó con ella la calle en dirección a la comisaría. La joven iba arrastrándose tras él sobre sus tacones y los conductores reducían la velocidad de sus vehículos para contemplar el espectáculo. Annika los observó con los ojos desorbitados cuando pasaron ante la recepción.

—¡Mellberg! —se oyó retumbar en el pasillo la voz de Ernst. Martin y Gösta asomaron la cabeza para ver qué pasaba. Ernst volvió a gritar en dirección al despacho de Mellberg—. ¡Mellberg!, ven aquí, te traigo a tu novia —vociferó riendo para sí, pensando que la joven haría un ridículo espantoso. En el despacho de Bertil reinaba un extraño silencio y Ernst empezó a preguntarse si habría salido mientras él iba a comprar los bollos—. ¡Mellberg! —gritó por tercera vez, con menos ahínco y confianza en que la mujer tuviese que tragarse en público su mentira. Tras un largo minuto de espera durante el que Ernst aguardó una respuesta con la mujer del brazo y en mitad del pasillo, ante las miradas perplejas de todo el personal, Mellberg salió por fin de su despacho. Con la vista clavada en el suelo y un nudo en el estómago, Ernst empezó a sospechar que aquello no tendría el desenlace perfecto que él había calculado.

—¡Bertil! —la mujer se zafó del policía y echó a correr en dirección a Mellberg, que se quedó petrificado, como un ciervo a la luz de los faros. La joven era unos veinte centímetros más alta que Mellberg, con lo que la escena, cuando ella lo abrazó contra su pecho, resultaba, como mínimo, ridícula. Ernst estaba boquiabierto y, con la sensación de que se lo tragaba la tierra, decidió empezar a elaborar mentalmente su solicitud de despido antes de que lo echasen. De hecho, comprendió con horror que el efecto de varios años de estudiadas lisonjas al jefe había quedado aniquilado por un simple y desgraciado error.

La mujer soltó a Mellberg y se volvió señalando con un dedo acusador a Ernst, que sostenía su bolso con una expresión bobalicona.

—Ese bruto me puso las manos encima. ¡Dice que he robado! Oh, Bertil, tienes que ayudar a tu pobre Irina.

Mellberg le dio unas tímidas palmaditas en el hombro, gesto que exigió que alzara la mano a la altura de su propia nariz, aproximadamente.

—Vete a casa, Irina, ¿de acuerdo? A casa. Yo iré después. ¿OK?

Su inglés podía calificarse de burdo chapurreo, pero la mujer lo entendió y no pareció contenta con el mensaje.

—No, Bertil. Me quedo aquí. Tú hablas con ese hombre y yo me quedo aquí para ver cómo trabajas, ¿OK?

Mellberg negó vehementemente y la empujó con firmeza y suavidad hacia la salida. Ella se volvió preocupada y le dijo:

—Pero, Bertil, cariño, Irina no roba, ¿OK?

Acto seguido le lanzó una mirada malévola y triunfante a Ernst antes de salir de allí bamboleándose sobre sus tacones. Ernst, por su parte, seguía concentrado en la alfombra sin atreverse a afrontar la mirada de Mellberg.

—¡Lundgren, a mi despacho!

Aquellas palabras le sonaron a Ernst como la sentencia del juicio final. Siguió sumiso los pasos de Mellberg por el pasillo, aún flanqueado por las cabezas de los demás, todos boquiabiertos. Ahora, al menos, conocían el origen de los extraños cambios de humor de su jefe...

—Bien, ahora me vas a contar qué ha pasado —lo conminó Mellberg.

Ernst asintió abatido, con la frente bañada en sudor, aunque no a causa del calor en esta ocasión.

Le refirió a su jefe el tumulto que estalló en Hedemyrs y cómo, al acudir, vio a la mujer en plena batalla por el bolso con la dependienta. Con voz temblorosa, le reveló asimismo que él vació el contenido del bolso en el suelo, lo que le permitió comprobar que había dentro una serie de artículos por los que nadie había pagado. Una vez concluido el relato, aguardó la sentencia. Ante su asombro, Mellberg se retrepó en la silla lanzando un profundo suspiro.

—Desde luego, vaya embrollo en el que me he metido —dudó un instante antes de proseguir; después, se agachó, abrió un cajón y sacó algo que dejó sobre la mesa para que Ernst lo viera—. Esto es lo que me esperaba... Página tres.

Preso de gran curiosidad, Ernst tomó lo que parecía un catálogo escolar y lo hojeó hasta la página tres. Estaba plagado de fotografías de

mujeres con una breve descripción de estatura, peso, color de ojos y aficiones. De repente, comprendió qué era Irina: una «esposa adquirida por correo», aunque apenas había coincidencias entre la Irina real y la de la fotografía y la información que sobre ella ofrecía el catálogo. Se había quitado, como mínimo, diez años, diez kilos y un kilo de maquillaje. En la foto era guapa, inocente y miraba a la cámara con una amplia sonrisa. Ernst observó el retrato y después dirigió la vista a Mellberg, que alzó los brazos con impotencia:

—¿Ves? Eso es lo que yo esperaba. Estuvimos escribiéndonos durante un año y, al final, no aguantaba las ganas de traerla a casa —explicó señalando el catálogo que Ernst tenía sobre sus rodillas—. Hasta que llegó —dijo con un suspiro—. Fue una ducha fría, te lo aseguro. Y enseguida empezó con su letanía: «Bertil, querido, cómprame esto, esto y esto». Incluso la sorprendí registrándome la cartera cuando creía que no la veía. Mecachis, ¡qué cagada!

Acompañó aquellas palabras de un golpe en el nido de pelo de la coronilla que hizo que Ernst se preguntase dónde estaría aquel Mellberg tan preocupado por su aspecto físico. De nuevo llevaba la camisa llena de lamparones y las manchas de sudor bajo el brazo se veían tan grandes y redondas como platos de postre. En cierto modo, era tranquilizador. Las cosas volvían a su antiguo orden.

—Confío en que no irás contándolo por ahí.

Mellberg subrayó su advertencia agitando el dedo índice en el aire y Ernst negó vehementemente con la cabeza. No diría una sola palabra. Experimentó una inmensa sensación de alivio pues, pese a todo, no iban a despedirlo.

—Entonces, ¿podemos olvidar este pequeño incidente? Yo me encargaré de resolverlo... con el primer avión, de vuelta a casa.

Ernst se levantó para salir del despacho, retrocediendo entre reverencias.

—Y dile al personal de ahí fuera que deje de cuchichear y empiece a hacer un trabajo decente.

Ernst sonrió satisfecho al oír renacer la aspereza en la voz de Mellberg. El jefe había vuelto a su habitual forma de ser.

Si había abrigado la menor duda sobre lo acertado de la afirmación de Annika, dicha duda se disipó tan pronto como cruzó el umbral de la puerta. Erica se arrojó literalmente en sus brazos y Patrik vio el velo de agotamiento que empañaba su semblante. Allí estaba la conciencia, remordiéndole una vez más. Debería haber sido más solícito, haber estado más atento al estado de ánimo de Erica. En cambio, se había refugiado en el trabajo más que de costumbre y la había dejado sola, encerrada entre cuatro paredes, sin nada entretenido que hacer.

—¿Dónde están? —le preguntó en un susurro.

—En el jardín —le cuchicheó ella a su vez—. ¡Oh, Patrik, si se quedan un día más, no lo soportaré! Lo único que han hecho en todo el día es estar tumbados esperando que yo atienda sus necesidades y deseos. No puedo más.

Erica se derrumbó en sus brazos, y él la consoló acariciándola.

—No te preocupes, yo me encargaré de todo. Lo siento, no debería haber trabajado tanto esta semana.

—Bueno, lo cierto es que me preguntaste y yo te dije que no me importaba. Y, además, tampoco has tenido elección —musitó Erica con el rostro hundido en su pecho.

Pese a sus remordimientos, no pudo por menos de darle la razón. ¿Cómo habría podido actuar de otro modo cuando tenían a una joven desaparecida, quizá secuestrada en algún lugar? Sin embargo, al mismo tiempo, era su deber dar prioridad a la salud de Erica y a la del bebé.

—Ya, bueno, pero el hecho es que no soy el único agente de la comisaría. Y puedo delegar algunas tareas en otros. De todos modos, ahora tenemos un problema bastante más urgente que resolver.

Se apartó de Erica, respiró hondo y salió al jardín.

—Hola, ¿qué tal? ¿Habéis estado a gusto?

Jörgen y Madde volvieron hacia Patrik sus narices fluorescentes y asintieron risueños. «Qué menos —pensó Patrik—, cuando habéis tenido quien os sirva y os atienda en todo momento, porque creéis que esto es un hotel.»

—Pues, ¿sabéis? Yo he resuelto vuestro dilema. He hecho algunas llamadas y he estado preguntando. Y resulta que en el hotel Stora hay habitaciones libres, puesto que mucha gente se ha marchado de Fjällbacka.

Claro que, como parece que viajáis con un presupuesto muy ajustado, tal vez no os convenga, ¿no?

Jörgen y Madde que, por un instante, adoptaron una expresión de sincera preocupación, asintieron vehementes: no, claro, no les convenía.

—Pero —prosiguió Patrik viendo con satisfacción sus ceños fruncidos por la desazón—, resulta que también llamé al albergue de Valö y, ¿no os lo imagináis?... ¡Ellos también tienen plazas libres! Estupendo, ¿verdad? Barato, limpio y bonito. No hay una solución mejor.

Dio una palmada de exagerado entusiasmo y se adelantó a las objeciones que intuyó saldrían de los labios de sus huéspedes.

—De modo que lo mejor será que empecéis a hacer el equipaje ahora mismo, pues el barco sale de la plaza de Ingrid Bergman dentro de una hora.

Jörgen empezó a balbucir algo, pero Patrik alzó las manos y volvió a adelantársele.

—No, no, no me des las gracias. No ha sido ninguna molestia, tan sólo un par de llamadas telefónicas.

Y con una amplia sonrisa, se marchó a la cocina, desde donde Erica había estado escuchando a hurtadillas por la ventana. Se dieron una palmada de complicidad y triunfo, y tuvieron que hacer un esfuerzo para no empezar a reírse.

—Muy elegante —le susurró Erica admirada—. No sabía que vivía con un maestro de proporciones maquiavélicas.

—Es mucho lo que aún ignoras de mí, querida —respondió Patrik—. Yo soy un ser muy complejo, ¿sabes?

—Vaya, ¿no me digas? Y yo que siempre te he tenido por alguien bastante previsible —replicó Erica con una sonrisa retadora.

—Pues si ese enorme balón no estuviera en mi camino, te haría ver exactamente lo previsible que soy —atajó Patrik, notando que su insinuación y sus caricias contribuían a relajar la tensión acumulada. De repente, se puso serio—. ¿Has sabido algo más de Anna?

La sonrisa desapareció del rostro de Erica.

—No, ni una palabra. Bajé al muelle, pero no están allí varados.

—¿Crees que se habrán ido a casa?

—No lo sé. De lo contrario, habrán seguido navegando por la costa. Pero ¿sabes qué?, no tengo fuerzas para preocuparme por eso. Estoy

cansada de su susceptibilidad y de que se enfade si digo algo que no le conviene.

Lanzó un suspiro y se disponía a proseguir, cuando los interrumpieron Jörgen y Madde, que pasaron airados ante ellos para recoger sus cosas.

Minutos después, cuando Patrik ya había llevado a aquellos veraneantes insatisfechos hasta el muelle desde el que partiría el barco hacia Valö, se sentaron los dos en el porche a disfrutar de la tranquilidad. Deseoso de ser complaciente y aún con la sensación de que debía compensar a Erica, empezó a masajearle los pies y las pantorrillas hinchadas, mientras ella suspiraba relajada. Apartó de su mente el recuerdo de las chicas asesinadas y de la desaparecida Jenny Möller. Su alma también necesitaba algo de reposo de vez en cuando.

Recibió la llamada por la mañana. Como parte de su plan de mimar un poco a su pareja, Patrik había decidido levantarse algo más tarde aquel día, así que, cuando Pedersen llamó, Erica y él estaban desayunando tranquilamente en el jardín. Miró a Erica como disculpándose mientras se levantaba de la mesa, pero ella le sonrió y le indicó con un gesto que atendiese la llamada. Ya parecía mucho más descansada y contenta.

—Dime, ¿tienes algo interesante para mí? —preguntó Patrik.

—Pues sí, podría decirse que así es. Si empezamos por la causa de la muerte de Johannes Hult, mi primera observación era correcta. No se colgó. Si me dices que lo hallaron en el suelo con una cuerda al cuello, te aseguro que se la pusieron después de que se hubiese producido el óbito. La causa de la muerte fue un fuerte golpe en la nuca, asestado con un objeto contundente, aunque no redondo, sino más bien afilado. Su cadáver presenta, además, una fractura en la mandíbula, lo que podría indicar que también le asestaron un golpe por delante.

—En otras palabras, ¿no cabe la menor duda de que se trata de un asesinato? —preguntó Patrik, aferrándose fuertemente al auricular.

—Exacto, él no pudo, de ninguna manera, causarse esas lesiones a sí mismo.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Resulta difícil establecer ese dato porque lleva mucho tiempo bajo tierra. Yo calculo que el momento de la muerte coincide más o menos con el

que se supone que se colgó, de modo que no lo colocaron allí después, si es eso lo que estás pensando —le aclaró Pedersen con sorna.

Tras un instante de silencio, mientras reflexionaba sobre lo que Pedersen acababa de decirle, se le ocurrió una idea:

—Me sugerías que habías encontrado algo más al examinar el cadáver de Johannes. ¿De qué se trata?

—Pues sí, y creo que os gustará. Resulta que tenemos una sustituta que es más exhaustiva de lo habitual y se le ocurrió tomar una prueba de ADN del cadáver de Johannes y compararla con la del resto de esperma hallado en el cadáver de Tanja Schmidt.

—¿Y...? —la respiración de Patrik denotaba expectación.

—Pues hay que joderse, pero ¡existe un parentesco! La persona que mató a Tanja Schmidt es pariente de Johannes Hult.

Patrik jamás había oído al impecable Pedersen expresarse en esos términos, pero consideró que, en esta ocasión, estaba más que justificado. Había que joderse. Volvió a centrarse en la conversación, para seguir indagando:

—¿Podéis determinar el grado de parentesco? —inquirió con el pulso acelerado.

—Sí, y estamos en ello, pero necesitamos más material de referencia, así que ahora tu misión consiste en tomar muestras de sangre de todos los miembros de la familia Hult.

—¿De todos? —repitió Patrik, abatido tan sólo de imaginar cuál sería la reacción del clan ante semejante intromisión en sus vidas privadas.

Le dio las gracias por la información y volvió a la mesa, donde Erica aguardaba como una Madonna de generosas formas, con un camisón blanco y la rubia cabellera suelta sobre los hombros. Le gustaba tanto, que aún se quedaba sin respiración al verla.

—Vete —le dijo Erica. Él le dio las gracias con un beso en la mejilla.

—¿Tienes algún plan para hoy? —le preguntó.

—La ventaja de tener huéspedes exigentes es que, cuando se han marchado, sé apreciar un día de vagancia total. En otras palabras, hoy no pienso hacer nada en absoluto. Me tumbaré fuera a leer y comeré algo rico.

—Me parece un buen plan. Procuraré volver temprano a casa, a las cuatro a más tardar. Te lo prometo.

—Sí, bueno, haz lo que puedas y llega cuando tengas que llegar. Anda, vete ya, que se te ve la impaciencia en la cara.

No tuvo que decírselo dos veces. Patrik salió y se apresuró camino de la comisaría.

Una vez allí, unos veinte minutos más tarde, los demás estaban tomando café en el comedor. Con cierto remordimiento, comprobó que había llegado incluso más tarde de lo que pensaba.

—¡Hombre, Hedström! Se te olvidó poner el despertador, ¿no?

Ernst, con la confianza en sí mismo totalmente reestablecida después de la charla con Mellberg, le habló en el tono más altanero de que fue capaz.

—No, no te creas, ha sido más bien un poco de compensación por todas las horas extras. Mi pareja también necesita que la cuide —respondió Patrik, al tiempo que le dirigía un guiño a Annika, que había abandonado la recepción unos minutos.

—Sí, claro, supongo que se cuenta entre los privilegios del jefe el poder tomarse unas horas matinales de descanso cuando le plazca —replicó Ernst, sin poder reprimirse.

—Cierto que soy responsable de esta investigación en concreto, pero no soy jefe de nada —observó Patrik en tono apacible, aunque las miradas que Annika le lanzó a Ernst no lo eran tanto. Y continuó—: Además, como responsable de la investigación, os traigo algunas novedades y una nueva tarea que emprender.

Les refirió lo que Pedersen le había comunicado y, por un instante, la sensación de triunfo inundó el comedor de la comisaría de Tanumshede.

—Bueno, en ese caso, hemos reducido el campo de trabajo a cuatro posibles sospechosos —declaró Gösta—: Johan, Robert, Jacob y Gabriel.

—Sí, pero no olvidéis dónde vieron a Tanja por última vez —señaló Martin.

—Eso según Johan —intervino Ernst—. Tampoco hay que olvidar que es Johan quien *dice* que fue así. Yo, por mi parte, quisiera oír antes el testimonio de alguien más fiable.

—Cierto, pero también Linda asegura que vieron a alguien la noche que estuvieron allí...

Patrik interrumpió la discusión entre Ernst y Martin.

—Sea como fuese, en cuanto hayamos reunido a todos los miembros de la familia Hult y les hayamos tomado las muestras de sangre para el ADN, no tendremos que especular más. Eso está claro. De camino a la comisaría llamé para solicitar la autorización que necesitamos. Todos sabemos que es urgente y por qué, y espero el visto bueno del fiscal en cualquier momento.

Dicho esto, se sirvió una taza de café, se sentó con los demás y dejó el móvil encima de la mesa. Todos lo miraban de soslayo.

—Bueno, ¿qué os pareció el espectáculo de ayer?

Ernst soltó una carcajada y olvidó enseguida la promesa que le había hecho a Mellberg de no divulgar lo que éste le había confiado. A aquellas alturas, todos sabían lo de la novia por correo de Mellberg y, ciertamente, las habladurías no tuvieron parangón con ningún otro chisme durante años, pues sería un asunto que se ventilaría a espaldas del jefe por mucho, mucho tiempo.

—Sí, qué barbaridad —rió Gösta—. Cuando se está tan desesperado por una mujer como para solicitarla por catálogo, ¿qué se puede esperar?

—¡Qué cara debió de poner cuando fue a recogerla al aeropuerto y vio hasta qué punto quedaban frustradas sus expectativas! —dijo Annika, regodeándose de buena gana al imaginar el desastre. Mofarse de las desgracias ajenas no les resultaba tan horrible cuando el objetivo era Mellberg...

—Bueno, pero hay que decir que la novia no se lo pensó dos veces: derecha a la tienda a llenar el bolso, sin reparar mucho en lo que metía en él, con tal de que tuviese el precio puesto... —se burló Ernst—. Aunque, a propósito de robar, a ver si vosotros entendéis esto. El tal Persson, al que fuimos a interrogar ayer Gösta y yo, me contó que algún cretino solía robarle aquel maldito abono. Cada vez que hacía un pedido, le desaparecían un par de sacos grandes. ¿Podéis explicaros que haya gente tan tacaña como para ir a robar un saco de estiércol? Claro que parece que se trata de un estiércol bastante caro, pero aun así... —se golpeó las rodillas muerto de risa—. ¡Madre mía! —remató secándose las lágrimas sin parar de reír, hasta que se dio cuenta del profundo silencio que reinaba en el comedor.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Patrik en un tono ominoso que Ernst había oído con anterioridad, en concreto hacía un par de días, y supo

enseguida que había vuelto a meter la pata.

—Pues eso, que me dijo que solían robarle sacos de ese abono.

—Y, teniendo en cuenta que Västergården es la finca más cercana, no se te ocurrió que podía ser una información importante, ¿no?

Le habló con tal frialdad que Ernst sintió escalofríos. Patrik se volvió hacia Gösta.

—¿Tú también lo oíste, Gösta?

—No, el agricultor debió de decírselo mientras yo estaba en el lavabo —explicó mirando a Ernst con encono.

—No caí —protestó Ernst—. Tampoco tiene uno por qué acordarse de todo, joder.

—Eso es precisamente lo que hay que hacer, pero ya hablaremos de ello más tarde. Ahora, la cuestión es qué nos aporta a nosotros ese dato.

Martin pidió la palabra levantando la mano, como si estuviesen en la escuela.

—¿Soy el único que piensa que tenemos a Jacob cada vez más acorralado? —puesto que nadie respondía, intentó ser más explícito—. En primer lugar, tenemos un testimonio, por más que proceda de una fuente dudosa, según el cual Tanja estuvo en Västergården poco antes de desaparecer. En segundo lugar, el ADN hallado en el cadáver de Tanja apunta a un pariente de Johannes y, en tercer lugar, alguien robaba sacos de una granja literalmente contigua a Västergården. A mí me parece suficiente para que lo convoquemos a un pequeño interrogatorio y, entretanto, echemos un vistazo a su propiedad.

Todos seguían guardando silencio, así que Martin continuó su argumentación:

—Como tú mismo dijiste, Patrik, es urgente. No tenemos nada que perder por darnos una vuelta y echar una ojeada, además de apretarle las clavijas a Jacob. Sólo perderemos si no hacemos nada. Claro que tendremos los resultados cuando los hayan testado a todos y hayan comparado sus muestras de ADN, pero, mientras tanto, no podemos quedarnos aquí sentados mirando las musarañas. ¡Algo hemos de hacer!

Patrik rompió por fin el silencio.

—Martin está en lo cierto. Tenemos datos suficientes como para que merezca la pena hablar con él y no nos vendrá mal inspeccionar un poco Västergården. Haremos lo siguiente: Gösta irá a buscar a Jacob. Martin, tú

te pondrás en contacto con Uddevalla y les pides refuerzos para efectuar un registro en Västergården. Pídele a Mellberg que te ayude a conseguir la autorización, pero procura que no sólo se contemple en ella la vivienda, sino todos los demás edificios que hay en la finca. Todos iremos informando a Annika. ¿De acuerdo? ¿Alguna duda?

—Sí, ¿cómo vamos a hacer lo de las muestras de sangre? —quiso saber Martin.

—¡Hala!, es verdad, ya se me olvidaba. Nos vendría bien clonarnos... —Patrik reflexionó unos minutos—. Martin, si recibes ayuda de Uddevalla, ¿podrías encargarte de eso tú también? —Martin asintió—. Bien, ponte en contacto con el centro médico de Fjällbacka para que envíen a alguien que tome las muestras. Y, por lo que más quieras, procura que las muestras vayan correctamente marcadas y le lleguen a Pedersen como un rayo. Venga, manos a la obra. No olvidéis por qué hay mucha prisa.

—¿Qué quieres que haga yo? —le preguntó Ernst con la esperanza de ganarse de nuevo su favor.

—Tú te quedas aquí —respondió Patrik sin malgastar un minuto en explicaciones.

Ernst masculló algo entre dientes, pero sabía cuándo le convenía acatar una orden. En cualquier caso, ya tendría una charla con Mellberg cuando todo hubiese acabado. Tampoco era para tanto; después de todo, ¡errar es humano!

A Marita se le salía el corazón del pecho. La misa al aire libre fue tan maravillosa como de costumbre y su Jacob resplandecía en el centro de todo; erguido, fuerte y con la voz firme, predicando la palabra de Dios. Fueron muchos los congregados; además de la mayoría de los que vivían en la finca —algunos no habían visto la luz aún y se negaban a participar—, había acudido un centenar de fieles adeptos. Se sentaron en el césped, con la mirada fija en Jacob, que ocupaba su lugar habitual en la cresta de la roca, de espaldas al mar. En torno a él se alzaban altos y espesos los abedules, que daban sombra cuando apretaba el calor y susurraban acompañando la melodiosa voz de Jacob. Había ocasiones en que se sentía incapaz de comprender su propia felicidad; que aquel hombre al que todos admiraban visiblemente la hubiese elegido a ella y sólo a ella.

Cuando conoció a Jacob, no tenía más que diecisiete años. Él tenía veintitrés y ya había adquirido fama de ser un hombre de peso en la parroquia. En cierta medida, se lo debía a su abuelo, cuyo renombre se extendió al nieto, pero en su mayor parte era gracias a su propio carisma. Fuerza y dulzura, esa era la insólita combinación que le otorgaba un poder de atracción al que nadie era susceptible de escapar. Sus padres, y por tanto ella también, vivieron muchos años como miembros de la parroquia y jamás se perdían una misa.

Antes siquiera de acudir a la primera de las oficiadas por Jacob Hult, ella sintió un cosquilleo en el estómago, como un presagio de que algo extraordinario iba a suceder. Como así fue. No pudo apartar la vista de él, sus ojos quedaron pendientes de su boca, de donde la palabra de Dios manaba como el agua de un riachuelo. Cuando también él empezó a mirarla a los ojos, ella empezó a elevar plegarias a Dios: plegarias febriles, preces, súplicas... Ella, que había aprendido que no debía pedir nada para sí misma, pidió entonces algo tan mundano como un hombre, pero no podía evitarlo. Pese a que sentía el escozor del fuego del purgatorio en busca de la pecadora que había en ella, siguió pidiendo, obcecada, y no cesó hasta que no supo que él había posado su mirada sobre ella y que le agradaba lo que veía.

En realidad, no entendía por qué Jacob la había elegido por esposa. Sabía que tenía un aspecto físico común y corriente, y que era tímida e introvertida. Sin embargo, él quiso elegirla a ella y, el día que se casaron, se prometió a sí misma que nunca se preguntaría por qué ni cuestionaría la voluntad de Dios. Era evidente que Él los había distinguido a ellos dos entre la muchedumbre y vio que su unión sería buena, y con esa certeza tendría que contentarse. Tal vez un ser tan fuerte como Jacob necesitaba una compañera tan débil como ella para que no lo desgastase la resistencia de un igual. ¡Qué sabía ella!

Los niños se retorcían inquietos a su lado, sentados en el suelo. Sabía que se morían de ganas de correr y jugar, pero ya tendrían tiempo después, ahora debían escuchar a su padre mientras predicaba la palabra de Dios.

—Es en las dificultades cuando se pone a prueba nuestra fe, pero también en ellas se fortalece. Sin oposición, la fe se debilita y nos convierte en seres satisfechos y cómodos. Empezamos a olvidar por qué hemos de dirigirnos a Dios para que nos guíe. Y así, no tardamos en vernos conducidos por caminos ilusorios. Yo mismo me he visto sometido

últimamente a esas pruebas de que hablo, como bien sabéis. Al igual que toda mi familia. Las fuerzas del mal trabajan para poner a prueba nuestra fe. No obstante, están abocadas al fracaso porque han hecho que mi fe crezca en tamaño y vigor, un vigor tal que las fuerzas del mal no tienen la menor posibilidad de alcanzarme. ¡Alabado sea Dios por haberme otorgado tanta fortaleza!

Alzó las manos al cielo entre los gritos de alabanza de los fieles, cuyos rostros resplandecían de dicha y de fe. Marita elevó también las manos al cielo y le dio gracias a Dios. Las palabras de Jacob la hicieron olvidar las dificultades de las últimas semanas. Confiaba en él y confiaba en el Señor y, si permanecían juntos, nada les ocurriría.

Cuando Jacob, poco después, concluyó la celebración, se vio rodeado de pequeños grupos de fieles. Todos querían estrecharle la mano y demostrarle su gratitud y su apoyo. Todos parecían necesitar tocarlo para, en cierto modo, participar así de su sosiego y llevarse a sus hogares una porción de su calma. Marita, por su parte, se mantuvo apartada, triunfante y consciente de que Jacob era suyo. A veces se preguntaba, llena de remordimiento, si no sería pecaminoso sentir un placer tan inmenso al saberse dueña de su hombre, desear tener para sí cada fibra de su cuerpo, pero siempre terminaba desechando la idea: no cabía duda de que era voluntad de Dios que estuvieran juntos y, siendo así, no podía ser un error.

Cuando la muchedumbre empezó a dispersarse y a apartarse de él, tomó a los niños de la mano y se le acercó con ellos. Lo conocía tan bien... Sabía que todo aquello que lo había colmado durante el oficio de la misa empezaba a difuminarse y a ser reemplazado por ese cansancio característico en sus ojos.

—Ven, vayamos a casa, Jacob.

—Aún no, Marita. Me quedan un par de cosas por hacer.

—No será nada que no puedas hacer mañana. Venga, te llevo a casa, sé que estás cansado.

Jacob sonrió y le tomó la mano.

—Como de costumbre, tienes razón, mi querida y sensata esposa. Voy al despacho a buscar mis cosas y nos vamos.

Habían empezado a aproximarse a la casa cuando dos hombres se les acercaron a pie. En un primer momento no vieron quiénes eran, pues el sol

les daba en la cara, pero cuando los tuvieron más cerca, Jacob no pudo por menos de lanzar un gruñido, presa de la mayor irritación.

—¿Qué es lo que queréis ahora?

Marita miraba ya a Jacob, ya a los hombres, hasta que comprendió que, por el tono de Jacob, debían de ser policías. Los miró con odio, pues ellos eran quienes estaban causándoles a Jacob y a su familia tantas preocupaciones.

—Queríamos hablar contigo unos minutos, Jacob.

—¿Qué más puede quedar por decir? ¿Más de lo que dije ayer? —dejó escapar un suspiro—. En fin, mejor será acabar cuanto antes. Vamos a mi despacho.

Los dos policías se quedaron donde estaban. Un tanto incómodos, miraron a los niños, y Marita comenzó a intuir que algo iba mal. Como por instinto, atrajo a los niños hacia sí.

—No, aquí no. Nos gustaría hablar contigo en la comisaría.

Fue el más joven de los policías quien se lo dijo, mientras el de más edad se quedaba un tanto apartado, observando a Jacob con mirada grave. El pánico le clavó a Marita sus garras: en verdad los acechaban las fuerzas del mal, tal y como Jacob había dicho en su sermón.

Capítulo 8

Verano de 1979

Sabía que la otra chica ya no estaba. Desde su oscuro rincón, oyó cómo se le escapaba el último aliento y, con las manos entrelazadas, se puso a rezar de forma obsesiva rogándole a Dios que recibiera en su seno a su compañera de suplicio. En cierto modo, la envidiaba porque ya no sufriría más.

La chica ya estaba allí cuando ella fue a parar a aquel infierno. El miedo la paralizó al principio, pero los brazos de la muchacha la abrazaron y la calidez de su cuerpo le transmitió una suerte de extraña tranquilidad. Asimismo, siempre fue amable con ella. La lucha por la supervivencia las había obligado a unirse y a separarse. Ella, por su parte, había conservado la esperanza. La otra, en cambio, no; y por eso la odiaba a veces, porque ¿cómo iba a permitir que se desvaneciese la esperanza? Toda su vida le habían enseñado que toda situación, por desesperada que pareciese, tenía una solución. ¿Por qué había de ser diferente la situación en que ahora se encontraba? Veía los rostros de su padre y de su madre y se reconfortaba ante la idea de que, finalmente, acabarían encontrándola.

La otra, ¡pobre muchacha!, no tenía nada. Supo quién era tan pronto como sintió su cálido cuerpo en la oscuridad, pero nunca cruzaron una palabra mientras vivieron allá arriba y, como por un acuerdo tácito, no se llamaron por su nombre allí abajo. La sensación de normalidad habría sido demasiado insoportable de sobrellevar. Sin embargo, sí le habló de su hija, la única vez que su voz resonó con un timbre vivo.

Cruzar las manos para rezar por la que se había ido le exigió un esfuerzo casi sobrehumano. Sus miembros no la obedecían, pero hizo acopio de todas sus fuerzas hasta que, finalmente, consiguió que sus manos rebeldes adoptasen la posición propia para una plegaria.

Armada de paciencia, aguardaba con su dolor en la oscuridad. Ahora ya sólo era cuestión de tiempo que sus padres la encontraran. Muy pronto...

* * *

Jacob contestó irritado:

—De acuerdo, iré con vosotros a la comisaría, pero es la última vez; después tenéis que acabar con toda esta historia, ¿está claro?

Marita vio acercarse a Kennedy por el rabillo del ojo. Nunca le había gustado aquel chico. Había en su mirada algo desagradable, mezclado con la adoración que le inspiraba Jacob. No obstante, su marido la reconvino cuando ella le reveló sus sentimientos al respecto. Kennedy era un niño desgraciado que, por fin, había empezado a hallar la paz en su interior. Lo que ahora necesitaba era amor y comprensión, no desconfianza. Pese a todo, el desasosiego no la abandonaba. Jacob le indicó a Kennedy con un gesto que volviese a la casa y el chico obedeció a su pesar. Era como un perro guardián dispuesto a defender a su amo, pensó Marita.

Jacob se dirigió a ella, le tomó el rostro entre las manos y le aconsejó:

—Vete con los niños, no pasa nada. La policía no pretende otra cosa que alimentar la hoguera en la que ellos mismos han de consumirse.

Sonrió, como para quitarle hierro a sus palabras, pero ella se aferró aún con más fuerza a los niños, que los miraban asustados. Con la natural sensibilidad infantil, presentían que algo estaba a punto de perturbar el equilibrio de su mundo.

El más joven de los dos policías volvió a tomar la palabra, aunque en esta ocasión parecía más incómodo:

—Te recomendaría que no volvieses a casa con los niños hasta esta tarde. Creo que... —vaciló un instante—, bueno, vamos a efectuar un registro allí...

—Pero ¿qué os habéis creído? —era tal la indignación de Jacob que se le trababa la lengua al hablar.

Marita observó que los niños se movían inquietos, pues no estaban acostumbrados a oír gritar a su padre.

—Te lo explicaremos, pero en la comisaría. ¿Nos vamos?

Dispuesto a no inquietar más a los niños, asintió resignado. Les acarició la cabeza, besó a Marita en la mejilla y echó a andar entre los dos policías en dirección al coche.

Cuando los agentes partieron con Jacob, ella se quedó allí mirándolos, como petrificada. Cerca de la casa, Kennedy observaba la escena. Sombras de negra noche habitaban sus ojos.

También en la finca se habían alterado los ánimos.

—¡Llamaré a mi abogado! ¡Esto es un completo despropósito! ¡Hacernos análisis de sangre a todos y tratarnos como si fuéramos vulgares criminales!

Gabriel estaba tan fuera de sí que le temblaba la mano que aún tenía sobre la manivela de la puerta. Martin, que encabezaba el grupo, le sostuvo la mirada con toda tranquilidad. Detrás de él se encontraba el médico de distrito de Fjällbacka, el doctor Jacobsson, que transpiraba copiosamente. La inmensa mole de su cuerpo no se adaptaba bien a las altas temperaturas que padecían, pero la fuente primordial del sudor que le cubría la frente era lo desagradable que le resultaba la situación.

—Hágalo, si quiere, pero explíquele qué documentos nos avalan, así podrá confirmarle que tenemos todo el derecho. Y si no puede personarse aquí en quince minutos, también tenemos derecho, considerando lo urgente del asunto, a ejecutar la orden de registro sin su presencia.

Martin se expresó intencionadamente con un lenguaje tan formal y burocrático como le fue posible, pues sospechaba que sería la mejor forma de que su mensaje calase en la mente de Gabriel. Y de hecho funcionó porque, aunque de mala gana, Gabriel los dejó pasar, tomó los documentos que Martin le mostraba y se dirigió al teléfono para llamar al abogado. Martin les indicó a los dos policías de Uddevalla que habían llegado de refuerzo que entrasen con él y se prepararon para esperar. Gabriel hablaba por teléfono indignado y gesticulando sin cesar y, minutos después, volvió al vestíbulo, donde lo esperaban los agentes.

—Estará aquí dentro de diez minutos —declaró secamente.

—Bien. ¿Dónde están su mujer y su hija? A ellas también tenemos que extraerles sangre.

—En los establos.

—¿Podrías ir a buscarlas? —le preguntó Martin a uno de los policías de Uddevalla.

—Claro. ¿Dónde están los establos?

—Siga el sendero que hay a la izquierda de la casa. Los encontrará a unos doscientos metros —respondió Gabriel, cuyos gestos denotaban lo mal que estaba encajando la situación, por más que se esforzase por mantener el tipo. Con toda la frialdad de que fue capaz, añadió—: Supongo que a ustedes los he de invitar a pasar mientras esperamos.

Cuando llegaron Linda y Laine, todos guardaban silencio y estaban sentados en el sofá, visiblemente incómodos.

—¿Qué ocurre, Gabriel? El policía asegura que el doctor Jacobsson ha venido a extraernos sangre para una prueba. Será una broma, ¿no?

Linda, que se resistía a apartar la vista del joven agente que había ido en su busca al establo, tenía otra opinión del asunto, que le parecía «muy guay».

—Por desgracia, parece que van totalmente en serio, Laine. Ya he llamado a Lövgren, el abogado, que llegará en cualquier momento. Y hasta entonces no nos sacarán una gota de sangre.

—Pero... no lo entiendo. ¿Por qué quieren hacer tal cosa? —siguió preguntando Laine, desconcertada pero tranquila.

—Lo siento, por razones técnicas de la investigación no podemos responder a esa pregunta. No obstante, llegado el momento, les daremos una explicación.

Gabriel se puso a examinar la autorización que tenía delante.

—Según este documento, también tienen autorización para tomar muestras de sangre de Jacob, de Solveig y sus hijos.

Martin no supo decir si fueron imaginaciones suyas, pero creyó ver una sombra de preocupación en el rostro de Laine. Un segundo después, llamaban débilmente a la puerta. Era el abogado de Gabriel.

Una vez cumplimentados los formalismos y cuando el letrado le hubo explicado a Gabriel y a su familia que la policía tenía la autorización necesaria para extraerles una muestra de sangre a todos, en primer lugar lo hicieron con él y después con Laine, que, para extrañeza de Martin, parecía la más serena. Notó, además, que también Gabriel observaba a su esposa, asombrado pero complacido. Finalmente extrajeron la sangre a Linda, que había entablado tal comunicación visual con el policía de Uddevalla que Martin acabó lanzando a su colega una mirada de reprobación.

—Bien, pues ya hemos terminado —Jacobsson se levantó con esfuerzo de la silla y recogió los tubos con la sangre extraída, que habían sido

cuidadosamente marcados con los nombres de cada uno, para colocarlos en una nevera.

—¿Ahora van a casa de Solveig? —quiso saber Gabriel con una súbita sonrisa maliciosa—. Pues procuren ir armados de cascos y porras, porque no creo que se deje sacar sangre sin oponer resistencia.

—Estoy seguro de que podremos controlar la situación —respondió Martin con acritud, pues no le gustó el destello de malevolencia que asomó a los ojos de Gabriel.

—Bueno, pero luego no digan que no les he avisado... —añadió éste con una risotada.

Laine le espetó:

—¡Pero, bueno, Gabriel, compórtate como un adulto!

El interpelado calló inmediatamente de pura perplejidad al verse recriminado como un niño por su esposa y, sentado en la silla, se quedó observándola como si estuviese viéndola por primera vez.

Martin salió con sus colegas y con el médico, y se distribuyeron entre los dos coches. De camino a casa de Solveig, llamó a Patrik.

—Hola, ¿qué tal os ha ido? —contestó éste.

—Como era de esperar —respondió Martin—. Gabriel se puso hecho una furia y llamó a su abogado. Pero tenemos lo que fuimos a buscar y ya nos dirigimos a casa de Solveig. Me figuro que allí tampoco será fácil...

—Sí, mejor que vayas prevenido, pero procura que no se os vaya de las manos.

—No, claro, seré de lo más diplomático. No te preocupes. Y a vosotros, ¿cómo os fue?

—Bien. Está con nosotros y pronto llegaremos a Tanumshede.

—Buena suerte.

—Gracias, igualmente.

Martin concluyó la conversación en el preciso momento en que giraban ante la casucha de Solveig Hult. En esta ocasión no se sorprendió ante el terrible aspecto de abandono, puesto que ya lo había visto con anterioridad, pero una vez más se preguntó cómo podía nadie vivir en aquellas condiciones. Uno podía ser pobre, pero tener las cosas limpias y ordenadas a su alrededor.

Preso de cierta angustia, llamó a la puerta. Sin embargo, ni en el mayor de los delirios habría podido imaginar aquella acogida. ¡Plas! Una tremenda

bofetada estalló en su mejilla derecha, y fue tal su sorpresa que perdió el resuello. Más que verlo, intuyó que los dos policías se tensaban a su espalda dispuestos a intervenir, pero él alzó una mano para detenerlos.

—Tranquilos, tranquilos. No hay necesidad alguna de recurrir a la fuerza, ¿no es cierto, Solveig? —le preguntó en tono suave a la mujer que respiraba con vehemencia, aunque pareció calmarse al oírlo.

—¿Cómo os atrevéis a aparecer por aquí después de haber desenterrado a Johannes? —preguntó con los brazos en jarras, de modo que les cerraba el paso por completo.

—Comprendo que fue difícil para ti, Solveig, pero sólo hacemos nuestro trabajo, por lo que te ruego que colabores.

—¿Qué es lo que queréis ahora? —inquirió, como escupiendo cada palabra.

—¿No me vas a permitir que entre un momento para que pueda explicártelo?

Dirigiéndose a los dos colegas y al doctor, les ordenó:

—Esperad aquí fuera mientras yo entro a hablar un momento con Solveig.

Dicho esto, entró sin más y cerró la puerta. Solveig estaba tan perpleja que no pudo hacer otra cosa que dejarlo entrar. Martin concitó todas sus habilidades diplomáticas para exponerle la situación con la mayor claridad posible. Transcurridos unos minutos, sus protestas comenzaron a atenuarse y, al fin, abrieron la puerta para que entrasen los demás.

—Solveig, los chicos tienen que venir también. ¿Dónde están?

Ella rompió a reír.

—Seguro que están holgazaneando en la parte trasera de la casa. Supongo que ellos también han empezado a cansarse de esas jetas tan feas que tenéis —respondió entre risotadas, al tiempo que abría una ventana mugrienta—. ¡Johan, Robert, ya podéis ir viniendo, que la poli está aquí otra vez!

Se oyó el crujido de hojas secas entre los arbustos, hasta que Johan y Robert aparecieron con paso indolente. Los dos jóvenes miraron con suspicacia al grupo que se apiñaba en la cocina.

—¿Qué pasa?

—Ahora quieren también nuestra sangre —declaró fríamente Solveig.

—Pero, ¡qué coño! ¿Estáis locos? Y una mierda os voy yo a dejar que me saquéis sangre.

—Robert, no lo compliques todo —rogó Solveig, dejando traslucir su hastío—. El policía y yo hemos estado hablando. Le he dicho que no causaremos problemas, así que siéntate y cierra el pico. Cuanto antes se vayan, mejor.

Para alivio de Martin, los chicos se avinieron a obedecer a su madre y, aunque reticentes, permitieron que Jacobsson les extrajese sangre. Una vez que hubo terminado con Solveig también, dejó los tres tubos marcados en la nevera y anunció que, por su parte, eso era todo.

—¿Para qué queréis las muestras? —preguntó Johan con curiosidad.

Martin le dio la misma respuesta que a Gabriel. Después se volvió al más joven de los agentes de Uddevalla:

—¿Puedes ir a Tanumshede a recoger la prueba que tienen allí y enviarlo todo a Gotemburgo inmediatamente?

El joven, el mismo que había estado flirteando con Linda en la finca, respondió:

—Me encargaré de ello. Ya han salido de Uddevalla otros dos policías para ayudaros... —guardó silencio y observó vacilante a Solveig y a sus hijos, que estaban escuchando la conversación— en vuestro *otro* caso. Os verán... —hizo otra pausa bastante embarazosa— en el *otro* escenario.

—Bien —respondió Martin antes de despedirse de Solveig—, pues ya podemos marcharnos. Muchas gracias.

Por un instante contempló la posibilidad de revelarles la verdad sobre Johannes, pero no osó contravenir las órdenes directas de Patrik al respecto. El director de la investigación no quería que lo supieran aún, y así debía ser.

Ya fuera de la casa, se detuvo un instante. Si no se tenía en cuenta la ruinoso vivienda, los coches medio desguazados y demás porquería, podía decirse que el lugar en que vivían era una maravilla. Se dijo que ojalá fuesen capaces, más adelante, de apartar la vista de su propia ruina personal y admirar la belleza que los rodeaba, aunque no podía evitar abrigar sus dudas al respecto.

—Bien, próxima estación, Västergården —anunció encaminándose al coche con paso decidido. Habían cumplido una de las tareas, la otra estaba por hacer. Se preguntó cómo les iría a Patrik y a Gösta.

—Dime, ¿tú por qué crees que te hemos traído aquí? —preguntó Patrik, sentado junto a Gösta frente a Jacob, en la pequeña sala de interrogatorios.

Jacob los observó en calma, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Cómo voy a saberlo? No hay la menor lógica en nada de lo que habéis hecho contra mi familia, así que supongo que no nos queda más que resistir e intentar mantener la cabeza fuera del agua.

—En otras palabras, estás convencido de que la policía se ha propuesto como principal objetivo acosar a tu familia, ¿lo dices en serio? ¿Por qué motivo sería? —preguntó Patrik, lleno de curiosidad, inclinándose hacia delante.

Una vez más, Jacob respondió sereno:

—El mal y la infamia no precisan motivos, pero ¿qué sé yo?, tal vez tengáis la sensación de que hicisteis el ridículo con Johannes y ahora intentáis por todos los medios justificaros ante vosotros mismos.

—¿A qué te refieres? —insistió Patrik.

—Quiero decir que pensáis que si es posible encerrar ahora a alguno de nosotros por lo que sea, podréis demostrar que teníais razón también en el caso de Johannes —explicó Jacob.

—¿Y no te parece un tanto rebuscado?

—Es que no sé qué pensar. Sólo sé que os habéis aferrado a nosotros como sabandijas y que os resistís a soltarnos. Mi único consuelo es la certeza de que Dios ve la verdad.

—Tú hablas mucho de Dios, muchacho —intervino Gösta—. Y tu padre, ¿es tan creyente como tú?

La pregunta pareció incomodar a Jacob, tal y como Gösta pretendía.

—Mi padre conserva su fe en algún lugar de su fuero interno, pero la... —se interrumpió, como buscando la palabra adecuada— complejidad de su relación con su propio padre le hizo cuestionar su fe en Dios. Aunque eso no quiere decir que no la tenga.

—Ah, sí, su padre, Ephraim Hult, *El predicador*. Él y tú sí estabais muy unidos —observó Gösta, como una constatación, más que como una pregunta.

—No comprendo qué interés puede tener esa circunstancia para vosotros, pero sí, mi abuelo y yo estábamos muy unidos —respondió Jacob impaciente.

—Él te salvó la vida, ¿no? —preguntó Patrik.

—Así es, me salvó la vida.

—¿Qué sintió tu padre ante el hecho de que el suyo, con el que él mismo tenía una relación complicada según tú, fuese la persona en cuya mano estaba salvar tu vida, en lugar de ser él mismo quien lo hiciera? —prosiguió Patrik.

—Todos los padres desean ser héroes para sus hijos, pero yo no creo que él lo viese así. Después de todo, mi abuelo me salvó la vida y mi padre le estuvo eternamente agradecido por ello.

—¿Y Johannes? ¿Cómo era su relación con Ephraim y con tu padre?

—De verdad que no entiendo qué importancia puede tener hoy todo esto. ¡Sucedió hace más de veinte años!

—Lo sabemos, pero te agradeceríamos que respondieras —dijo Gösta.

La serenidad de Jacob empezaba a flaquear y, como indicio externo de ello, empezó a pasarse la mano por el cabello algo revuelto.

—Johannes... Bueno, mi padre y él tuvieron una serie de problemas, pero Ephraim lo amaba. No porque existiese entre ellos ninguna relación especial, porque en esas generaciones las cosas eran así, y no había que manifestar los sentimientos.

—¿Discutían mucho tu padre y Johannes? —inquirió Patrik.

—Discutir, lo que se dice discutir... Claro que tenían sus disputas, pero como todos los hermanos...

—Ya, pero, a decir de la gente, fueron más que disputas. Hay quien sostiene incluso que Gabriel odiaba a su hermano —Patrik ejercía cada vez más presión sobre Jacob.

—Odio... es una palabra demasiado fuerte que no debe usarse a la ligera. Sí, puede que mi padre no abrigase un sentimiento de excesivo cariño por Johannes, pero, si hubiesen tenido tiempo, estoy seguro de que Dios habría intervenido. Los hermanos no deben estar enfrentados.

—Presumo que tienes en mente a Caín y Abel. ¡Qué interesante es la comparación con ese relato bíblico! ¿Tan mal estaban las cosas entre tu padre y tu tío? —insistió Patrik.

—No, desde luego que no. Mi padre no terminó asesinando a su hermano, ¿no? —Jacob parecía estar recobrando parte de la calma que había empezado a perder y volvió a entrelazar las manos en actitud de oración y recogimiento.

—¿Estás seguro? —inquirió Gösta en tono tendencioso.

Jacob miró turbado a los dos hombres que tenía frente a sí.

—¿Qué queréis decir? Johannes se colgó, todo el mundo lo sabe.

—Bueno, verás..., la cuestión es que, cuando examinamos los restos mortales de Johannes, los resultados nos indicaron algo distinto: Johannes fue asesinado, no se suicidó.

Sus manos cruzadas sobre la mesa empezaron a temblar sin control. Jacob quería hablar, pero no conseguía articular palabra. Patrik y Gösta se irguieron en sus asientos al mismo tiempo, como si estuviesen repitiendo una coreografía, para observar mejor a Jacob. Al menos en apariencia, la noticia era para él una completa novedad.

—¿Cómo reaccionó tu padre ante la muerte de su hermano Johannes?

—Pues... no estoy muy seguro —balbuceó Jacob—. Yo aún estaba convaleciente en el hospital. —De repente, una idea cruzó su mente como un rayo—: ¿Estáis insinuando que mi padre mató a Johannes? —La sola idea lo hizo estallar en una risita nerviosa—. No estáis en vuestros cabales. Que mi padre asesinara a su hermano... Pues, no, ¡ya no sé qué pensar! —La risita se convirtió en carcajada, aunque ni Patrik ni Gösta parecían hallarlo igual de divertido.

—¿A ti te parece que es divertido que tu tío Johannes muriese asesinado? ¿Te parece gracioso? —inquirió Patrik con frialdad.

Jacob calló súbitamente y bajó la vista.

—No, desde luego que no. Es sólo que me he quedado atónito... —volvió a inclinar la cabeza—. Pero, en ese caso, entiendo aún menos por qué queréis hablar conmigo. Yo no tenía entonces más de diez años y estaba en el hospital, así que supongo que no pretenderéis insinuar que yo tuve algo que ver —subrayó la palabra «yo», como para señalar lo absurdo que sería—. En todo caso, parece evidente qué fue lo que en verdad ocurrió. A la persona que mató a Siv y a Mona debió de parecerle perfecto que designarais a Johannes como cabeza de turco y, para que nunca quedase libre de sospecha, lo mató y fingió que se había suicidado. El asesino sabía cómo reaccionaría la gente de por aquí, que lo consideraría una prueba tan buena de su culpabilidad como una confesión escrita. Y, seguramente, se trata de la misma persona que mató a la turista alemana. Es una hipótesis sostenible, ¿no? —preguntó expectante y con un brillo particular en los ojos.

—Una teoría bastante buena —admitió Patrik—. Y no sería nada descabellada si no fuese porque hemos comparado el ADN de Johannes con el de los restos de esperma que hallamos en el cadáver de Tanja Schmidt. Y resulta que Johannes es familia de la persona que la mató.

Patrik aguardó la reacción de Jacob, que, no obstante, permaneció imperturbable, así que prosiguió.

—De modo que hoy hemos tomado muestras de sangre de toda la familia y las enviaremos a Gotemburgo para que las constaten, junto con la que te tomamos a ti cuando llegaste. Una vez conozcamos el resultado, creo que tendremos claro quién es el asesino. Así que, ¿no te parece que puedes contarnos lo que sabes, Jacob? Vieron a Tanja en tu casa y el asesino es pariente de Johannes, ¿no crees que se trata de una curiosa coincidencia?

A Jacob se le iba un color y le venía otro, pasando de la mayor palidez al gris más sombrío. Patrik vio cómo temblaba.

—Ese testimonio es falso y lo sabéis. Johan sólo quería implicarme porque odia a mi familia. Y en cuanto al ADN y los análisis de sangre y todo eso, podéis tomar las muestras que queráis, pero a mí no tendréis con qué cogerme... y tendréis que pedirme disculpas cuando hayáis obtenido las respuestas.

—Si es así, te prometo que yo mismo me disculparé —respondió Patrik con serenidad—, pero hasta entonces pienso seguir insistiendo hasta obtener las respuestas que necesito.

Le habría gustado que Martin y su grupo hubiesen terminado el registro antes de que ellos empezasen a interrogar a Jacob, pero, puesto que el tiempo apremiaba, tenían que trabajar como podían. Lo que más le urgía tener era los resultados de los análisis de la tierra de Västergården, para saber si contenían restos del abono FZ—302. Además, esperaba que Martin pudiese darle pronto una respuesta sobre las posibles evidencias físicas de que Tanja o Jenny hubiesen estado allí, pero los análisis de la tierra no podían hacerlos sobre el terreno; aquello llevaba su tiempo. Por otro lado, no creía que encontrasen nada en la finca. ¿Sería viable matar o esconder a alguien sin que Marita o los niños se percatasen de ello? De forma absolutamente espontánea, a él le parecía que Jacob encajaba bien en el papel de principal sospechoso, pero precisamente por esa razón no se sentía cómodo con esa hipótesis: ¿cómo puede uno esconder a una persona en la finca donde vive sin que su familia sospeche lo más mínimo?

Como si le hubiese leído el pensamiento, Jacob le advirtió:

—Espero sinceramente que no lo pongáis todo manga por hombro en mi casa. Marita se pondrá furiosa si, al llegar, ve que todo está desordenado.

—Creo que nuestros hombres son muy cuidadosos —observó Gösta.

Patrik miraba su móvil. ¡Ojalá Martin no tardase en llamar!

Johan se había retirado al sosiego del cobertizo. La reacción de Solveig, en primer lugar a la exhumación del cadáver y después a las extracciones de sangre, lo había puesto nervioso. No era capaz de soportar todos aquellos sentimientos y necesitaba un rato de soledad para reflexionar sobre lo sucedido. Sentía la dureza del suelo de cemento en el que estaba sentado, pero le agradaba su frescura. Se abrazó las piernas y apoyó la cabeza sobre sus rodillas. En aquel momento echaba de menos a Linda más que nunca, pero se trataba de una añoranza aún mezclada con ira. Tal vez aquello no cambiase nunca. Pero, al menos, había perdido parte de su ingenuidad y había recuperado el control al que nunca debería haber renunciado. Sin embargo, ella era como un veneno para su espíritu. Su cuerpo joven y firme lo había convertido en un imbécil. Estaba indignado consigo mismo por haber permitido que una mujer se adueñase de su interior de aquel modo.

Sabía que era un soñador y que por esa razón se había abandonado así a Linda a pesar de que ella era demasiado joven, demasiado segura de sí misma, demasiado egoísta. Era consciente de que ella no se quedaría en Fjällbacka y de que no tenían ninguna posibilidad de futuro común. Pese a todo, al soñador que llevaba dentro le costaba aceptar aquello. Ahora había aprendido.

Johan se prometió a sí mismo que se enmendaría. Intentaría ser como Robert: atrevido, duro, invencible. Robert siempre caía de pie. Nada parecía afectarle. Lo envidiaba.

En medio de sus cavilaciones, oyó a su espalda un ruido que lo hizo volverse, convencido de que era Robert. De repente, una mano atenazó su garganta y Johan perdió el resuello.

—No te muevas o te retuerzo el cuello.

Johan reconoció vagamente la voz, pero no la situaba. Cuando le soltaron la garganta, se vio arrojado con violencia contra la pared. El aire escapó de golpe de sus pulmones.

—¿Qué coño haces? —Johan intentaba darse la vuelta, pero alguien lo tenía fuertemente agarrado y le apretaba la cara contra la fría pared de hormigón.

—Cierra el pico —ordenó la voz, implacable. Johan consideró la posibilidad de gritar y pedir ayuda, pero no creía que lo oyesen en la casa.

—¿Qué demonios quieres? —apenas podía hablar con la mitad del rostro aplastado contra la pared.

—¿Qué quiero? Tranquilo, te lo voy a explicar ahora mismo.

El agresor le expuso sus condiciones y, en un primer momento, Johan no comprendió nada. Sin embargo, cuando se volvió y se vio cara a cara con la persona que le había atacado, todo encajó de pronto. Un puño cerrado se estrelló contra su cara, señal de que el individuo iba en serio. Sin embargo, su espíritu rebelde se resistía.

—¡Vete al diablo! —farfulló Johan. Un líquido viscoso que sólo podía ser sangre empezó a llenarle la boca y sus pensamientos flotaban como en una nebulosa, pero se negó a retroceder.

—Harás lo que te digo.

—No —balbuceó.

Entonces le sobrevino una lluvia de golpes. Fueron cayendo sobre él sin interrupción, hasta que una oscuridad infinita lo engulló.

La finca era una maravilla. Martin no pudo por menos de admitirlo cuando abordaron la tarea de registrar la casa y la intromisión en la vida privada de Jacob y su familia. El interior de la vivienda lucía con colores suaves, las habitaciones irradiaban calidez y sosiego, y tenían un sello rural de blancos tapetes de lino y delicados visillos. A él le hubiese gustado tener una casa así. Ahora, en cualquier caso, él y sus colegas debían perturbar toda aquella paz. De forma sistemática, fueron revisándola palmo a palmo. Nadie hablaba, todos trabajaban en silencio. Martin se concentró en la sala de estar. Lo más frustrante era que no sabían qué buscaban exactamente y que, incluso aunque viesan algún rastro de las chicas, no estaba seguro de que lo identificasen como tal.

Por primera vez desde que él mismo empezase a abogar por la tesis de que Jacob era el hombre que buscaban, sintió crecer la duda en su interior. Era imposible imaginar que alguien que viviese en aquel entorno, con tanta paz a su alrededor, quisiera quitarle la vida a un semejante.

—¿Qué tal os va ahí arriba? —les preguntó a los policías que registraban el piso superior.

—Nada, por ahora —respondió alguno de ellos.

Martin lanzó un suspiro y siguió abriendo cajones y rebuscando entre todos los objetos.

—Voy a salir a buscar en el granero —le dijo a su colega de Uddevalla que le ayudaba en la planta baja.

El ambiente fresco del cobertizo era una bendición. Entendía perfectamente que Johan y Linda lo hubiesen convertido en su lugar de encuentro. El olor a heno le cosquilleaba en la nariz y le traía a la memoria el recuerdo de los veranos de la infancia. Subió los peldaños de la escalera hasta la parte alta del granero y miró por entre las rendijas de los maderos. En efecto, desde allí se veía Västergården perfectamente, tal y como les había dicho Johan. No sería difícil reconocer a alguien desde esa distancia.

Martin volvió a bajar. Allí no había nada, salvo unos viejos aperos de labranza abandonados y corroídos por el óxido. No creía que encontrasen nada allí tampoco pero, aun así, les pediría a sus colegas que lo revisaran bien. Salió del granero y echó un vistazo a su alrededor. Aparte de la casa y el propio granero, les quedaba un pequeño cobertizo y una casita de juegos por inspeccionar, pero tampoco abrigaba la menor esperanza de encontrar nada allí. Eran demasiado pequeños para poder albergar a una persona; pero, por si acaso, los mirarían también.

El sol le quemaba la coronilla y le llenaba la frente de sudor. Echó a andar hacia la casa para continuar con el registro, aunque el entusiasmo con que había emprendido la tarea aquella mañana empezaba a enfriarse. Se le encogía el corazón al pensar que Jenny Möller estaría en algún lugar, pero no allí.

También Patrik había empezado a descorazonarse. Tras un par de horas de interrogatorio, seguían sin sacar nada en claro de Jacob. Parecía sinceramente conmovido ante la noticia de que Johannes hubiese sido asesinado y se negaba a decir nada, salvo repetir que estaban acosando a su familia y que él era inocente. Patrik no cesaba de mirar el móvil que, sobre la mesa, como burlándose de él, se negaba a sonar. Necesitaba desesperadamente recibir alguna buena noticia. Sabía que no obtendrían ningún resultado de los análisis de sangre hasta la mañana siguiente, como

muy pronto, de modo que tenía sus esperanzas puestas en Martin y el equipo que efectuaba el registro en Västergården, pero no llamaban. De hecho, no lo hicieron hasta las cuatro de la tarde, cuando Martin le informó abatido de que no habían encontrado nada y que se marchaban. Patrik le hizo a Gösta un gesto para que saliese con él de la sala de interrogatorios.

—Era Martin. No han encontrado nada.

La chispa de la esperanza se apagó en los ojos de Gösta.

—¿Nada?

—No, nada de nada. Así que no parece que tengamos otra solución que soltarlo. ¡Mierda! —Patrik dio una palmada de frustración contra la pared, pero se calmó enseguida—. Bueno, esto es transitorio. Espero que mañana nos llegue el informe de los análisis de sangre y entonces quizá podamos detenerlo de una vez.

—Sí, pero imagínate lo que puede hacer hasta mañana. Sabe lo que tenemos y, si lo soltamos, no tiene más que ir y matar a la chica.

—Cierto, pero ¿qué demonios podemos hacer si no? —la frustración de Patrik se tornó en ira, pero comprendió que era injusto pagarlo con Gösta y se disculpó enseguida—. Bueno, haré un último intento de obtener alguna noticia de los análisis antes de que lo soltemos. Puede que hayan tenido tiempo de sacar en claro algo que nos sea de utilidad. Saben lo urgente que es y por qué, así que esos análisis son lo primero de la lista.

Patrik entró en su despacho y marcó el número del Instituto Forense desde su teléfono fijo. A esas alturas se lo sabía de memoria. Al otro lado de la ventana, los coches circulaban sin cesar, como de costumbre bajo el sol estival, y sintió envidia de los veraneantes que, ignorantes de todo, pasaban por allí en sus coches cargados de artilugios de playa. A él también le habría gustado no saber nada de todo aquello.

—Hola, Pedersen, soy Patrik Hedström. Sólo llamaba por si teníais ya algún resultado, antes de que soltemos a nuestro sospechoso.

—¿No te dije que no acabaríamos antes de mañana por la mañana? Y eso porque pensamos dedicarle esta noche un número considerable de horas extraordinarias, que lo sepas —respondió Pedersen, tan estresado como irritado.

—Sí, lo sé, pero se me ocurrió que tal vez ya tuvieseis algo.

Tras un largo silencio, Patrik intuyó que Pedersen se debatía en una lucha interna y se irguió expectante en su silla.

—Tenéis algo, ¿verdad?

—No es más que un resultado preliminar. Hemos de comprobarlo y confirmarlo antes de pronunciarnos; de lo contrario, las consecuencias pueden ser catastróficas. Además, los análisis deben repetirse en el Laboratorio Nacional de Investigaciones Criminológicas; nuestro equipo no es tan sofisticado como el suyo y...

—Sí, ya —lo interrumpió Patrik—, ya lo sé, pero está en juego la vida de una chica de diecisiete años, así que si hay alguna circunstancia en la que convenga que te saltes la norma, ninguna mejor que esta —afirmó expectante y conteniendo la respiración.

—De acuerdo, pero trata la información con cuidado; no te imaginas la que me puede caer si... —Pedersen dejó la frase sin concluir.

—Palabra de honor, pero dime lo que sabes —a Patrik le sudaba la mano en la que sostenía el auricular.

—Como es lógico, empezamos por analizar la sangre de Jacob Hult. Y obtuvimos una serie de datos interesantes preliminares, claro —volvió a advertir Pedersen—. Según nuestro primer análisis, Jacob Hult no se corresponde con la muestra de esperma de la víctima.

Patrik dejó escapar el aire muy despacio. Ni siquiera se había percatado de que estaba conteniendo la respiración.

—¿Cuál es el porcentaje de seguridad?

—Como te dije, tenemos que realizar la prueba varias veces para poder decir que estamos totalmente seguros, pero yo creo que se trata de un formalismo judicial, así que puedes darlo por bueno —concluyó Pedersen.

—¡Vaya tela! Pues eso le da otro giro a la cosa —Patrik no podía ocultar su decepción. Comprendió que, hasta ese momento, había estado totalmente seguro de que Jacob era su hombre. Ahora, en cambio, se encontraban otra vez en el punto inicial... o casi.

—¿Y no habéis encontrado ninguna correspondencia al investigar las otras muestras?

—Aún no hemos llegado ahí. Supusimos que queráis que nos concentrásemos en Jacob Hult, y eso fue lo que hicimos, así que, salvo sus análisis, sólo hemos podido analizar las muestras de otra persona, pero podré darte los resultados de los demás mañana por la mañana.

—Ya, bueno, entretanto tengo en la sala de interrogatorios a un tipo al que tengo que soltar, además, después de pedirle disculpas —se lamentó

Patrik lanzando un suspiro.

—Bueno, hay una cosa más.

—¿Sí? —preguntó Patrik.

Pedersen parecía dudar.

—La otra prueba que hemos realizado es la de Gabriel Hult y...

—Dime —lo acució Patrik.

—Pues, según nuestro análisis de la estructura de su ADN y después de contrastarla con la de Jacob, es imposible que Gabriel sea su padre.

Patrik se quedó petrificado en la silla.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí, estoy aquí. Sólo que no era eso lo que esperaba oír. ¿Estás seguro? —inquirió antes de caer en la cuenta de cuál sería la respuesta, y de adelantarse a Pedersen—. Ya, bueno, ya sé que es un resultado preliminar y que tenéis que hacer más pruebas, etc.; ya lo sé, no tienes que decírmelo una vez más.

—¿Puede ese dato ser importante para la investigación?

—En estos momentos, todo es importante para la investigación, así que seguro que podemos sacarle algún partido. Gracias, Pedersen.

Patrik permaneció sentado un rato más, presa del más absoluto desconcierto, con las manos cruzadas por detrás de la nuca y los pies sobre el escritorio. El resultado negativo de la prueba de Jacob los obligaba a modificar su tesis por completo. Seguía en pie el dato de que el asesino de Tanja era, de hecho, familia de Johannes y, con Jacob fuera de juego, sólo tenían a Gabriel, Johan y Robert. Uno menos, quedaban tres. Sin embargo, aunque no fuese Jacob, Patrik era capaz de apostar cualquier cosa a que algo sabía. A lo largo de todo el interrogatorio, experimentó la sensación de que les ocultaba algo, un dato que Jacob luchaba por mantener oculto bajo la superficie. La información que acababa de facilitarle Pedersen quizá les proporcionase la ventaja que precisaban para hacerle hablar. Patrik bajó los pies de la mesa y se levantó. Le explicó a Gösta sucintamente lo que había averiguado y ambos volvieron a la sala de interrogatorios, donde Jacob se toqueteaba las uñas de aburrimiento. Los dos policías habían llegado a un acuerdo sobre qué estrategia aplicar.

—¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

—Tenemos derecho a retenerte durante seis horas, pero, como ya te dijimos, tú tienes derecho a llamar a un abogado en el momento en que lo

desees. ¿Quieres llamar a alguno?

—No, no es necesario —respondió Jacob—. Aquel que es inocente no necesita otro defensor que la fe en que Dios lo pondrá todo en su lugar.

—Bien, en ese caso debes de sentirte bien protegido; Dios y tú parecéis uña y carne —aseguró Patrik.

—Él sabe dónde me tiene a mí y yo dónde lo tengo a Él —repuso Jacob secamente—. Y me compadezco de quienes viven su vida sin Dios.

—Así que nosotros, pobres infelices, te damos pena. ¿Es eso lo que quieres decir? —preguntó Gösta en tono jocoso.

—Hablar con vosotros es perder el tiempo. Habéis cerrado vuestros corazones.

Patrik se inclinó hacia delante para estar más cerca de Jacob.

—Resulta interesante todo eso de Dios, el diablo, el pecado y todo lo demás. ¿Cuál es la postura de tus padres al respecto? ¿Viven ellos conforme a los mandamientos de Dios?

—Puede que mi padre se haya apartado de la parroquia, pero conserva la fe y tanto él como mi madre son personas temerosas de Dios.

—¿Estás seguro de ello? Quiero decir, ¿qué sabes tú de su forma de vida?

—¿A qué te refieres? ¡Yo conozco a mis padres! ¿Estáis tramando algo para ensuciar su buen nombre?

A Jacob le temblaban las manos y Patrik experimentó cierta satisfacción al comprobar que había logrado perturbar su estoico sosiego.

—Quiero decir que es imposible que tú sepas lo que sucede en la vida de otras personas. Tus padres pueden tener sobre su conciencia pecados que tú ni sospechas, ¿no crees?

Jacob se puso en pie y se encaminó a la puerta.

—¡Bueno, ya es suficiente! O me detenéis o me soltáis, pero no pienso seguir escuchando vuestras mentiras.

—Por ejemplo, ¿tú sabías que Gabriel no es tu padre?

Jacob quedó paralizado en mitad de un movimiento, con la mano a medio camino hacia la manivela, y se dio la vuelta muy despacio.

—¿Qué has dicho?

—Te preguntaba si tú sabías que Gabriel no es tu padre. Acabo de hablar con los técnicos que están analizando las muestras de sangre que os extrajimos y no cabe la menor duda: Gabriel no es tu padre.

Jacob palideció y a los dos agentes no les cupo la menor duda de que estaba sorprendido.

—¿Han analizado mi sangre? —preguntó con voz trémula.

—Sí, y te prometí que te pediría perdón si estaba equivocado. —Jacob lo miraba sin pronunciar palabra—. Perdón —dijo Patrik—. Tu sangre no coincide con el ADN hallado en el cuerpo de la víctima.

Jacob se vino abajo como un globo pinchado y se dejó caer pesadamente en la silla.

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora?

—Has dejado de ser sospechoso del asesinato de Tanja Schmidt, pero yo sigo creyendo que nos ocultas algo. Ahora tienes la oportunidad de contarnos lo que sabes y creo que debes aprovecharla, Jacob.

Jacob negó con la cabeza antes de responder:

—Yo no sé nada. Yo ya no sé nada. Por favor, ¿no podría irme ya?

—Todavía no. Antes queremos hablar con tu madre, porque supongo que tendrás alguna que otra pregunta que hacerle.

Jacob asintió.

—Pero ¿por qué razón queréis hablar con ella? Esto no tiene nada que ver con la investigación, ¿verdad?

Patrik se sorprendió a sí mismo al oírse repetir las palabras que le había dicho a Pedersen:

—En estos momentos, todo tiene que ver con la investigación. Ocultáis algo, podría apostarme el sueldo de todo un mes. Y estamos decididos a averiguar qué es, sean cuales sean los medios que hayamos de utilizar.

Era como si toda la fuerza combativa de Jacob hubiese desaparecido de repente, pues ya sólo era capaz de asentir resignado. La noticia parecía haberlo conmocionado.

—Gösta, ¿podrías ir a buscar a Laine?

—Pero no tenemos autorización para traerla aquí. ¿O sí? —inquirió Gösta contrariado.

—Seguramente ya se habrá enterado de que tenemos aquí a Jacob para interrogarlo, de modo que no será complicado convencerla para que venga por voluntad propia. —Patrik se dirigió a Jacob—. Te traeré algo de comer y de beber, y te quedarás aquí solo un rato, hasta que hayamos hablado con tu madre. Después podrás tener una charla con ella tú mismo, ¿de acuerdo?

Jacob asintió apático. Daba la sensación de estar sumido en los más hondos pensamientos.

Anna fue a abrir la puerta de su casa de Estocolmo con una mezcla de sentimientos antagónicos. Había sido maravilloso desconectar por un tiempo, tanto para ella como para los niños, pero también había contribuido a que su entusiasmo por Gustav se enfriase ligeramente. En honor a la verdad, había sido un suplicio pasar varios días en aquel barco con él y con su pedantería. Además, durante la última conversación que mantuvo con Lucas, detectó algo en su tono de voz que la dejó preocupada. Pese a todo el maltrato a que la había sometido, Lucas siempre había dado la impresión de tener control sobre sí mismo y sobre la situación. Ahora, por primera vez, había oído resonar el pánico en su voz y, con ello, la intuición de que podían suceder cosas que él no tuviese calculadas. Anna había oído, a través de un conocido, rumores de que estaba empezando a irle mal en el trabajo: había perdido los nervios durante una reunión, en otra ocasión había insultado a un cliente y, en general, su impecable fachada comenzaba a agrietarse. Y eso la aterraba lo indecible.

Había algo raro en aquella cerradura. La llave se resistía a girar hacia donde debía. Tras varios intentos, comprendió la razón, la llave no estaba echada. Aun así, ella tenía la certeza de que había cerrado con llave cuando se marchó hacía una semana. Anna les dijo a los niños que se quedasen donde estaban y abrió con la máxima cautela. Estuvo a punto de desmayarse. Su primer apartamento propio, del que se sentía tan orgullosa, estaba destrozado por completo. No quedaba un solo mueble en pie. Todo estaba deshecho y alguien había escrito en las paredes con spray negro. «Putas», se leía en la pared de la sala de estar, rotulado en mayúsculas. Anna se llevó la mano a la boca mientras las lágrimas afloraban a sus ojos. No tenía que pensar mucho para saber quién le había hecho algo así. El temor que llevaba rondándole por la cabeza desde que habló con Lucas se había convertido en una certeza: Lucas había empezado a perder el control. El odio y la ira que siempre mantenía a raya bajo la superficie habían empezado a erosionar también la fachada.

Anna retrocedió en el rellano de la escalera y estrechó a sus hijos muy fuerte contra su pecho. Su primer impulso fue llamar a Erica, pero enseguida cambió de parecer y decidió que tenía que resolver aquello sola.

Estaba contenta con su nueva vida y se sentía muy fuerte. Por primera vez desde siempre era dueña de su existencia, no la hermana pequeña de Erica, ni la mujer de Lucas; dueña de sí misma. Y ahora todo estaba destruido.

Sabía lo que se vería obligada a hacer: el gato había ganado la partida y ahora al ratón no le quedaba más que un lugar en el que refugiarse. Cualquier cosa, con tal de no perder a los niños.

Sin embargo, estaba convencida. Por lo que a ella se refería, estaba dispuesta a rendirse; pero si tocaba a alguno de los niños, lo mataría sin dudar.

Aquel no había sido un buen día. Gabriel se había indignado tanto ante lo que él llamaba abuso por parte de la policía que se encerró en su despacho y se negó a salir. Linda volvió al establo con los caballos y Laine se quedó sola en la sala de estar, con la mirada perdida. La idea de que Jacob estuviese siendo interrogado en la comisaría le llenaba los ojos de lágrimas por la humillación que suponía. Era su instinto maternal lo que la movía, su deseo de defenderlo de todo mal, ya fuese niño o adulto, y aunque sabía que aquello quedaba fuera de su ámbito de control, lo sentía como un fracaso. El monótono tictac de un reloj resonaba en el silencio y su tono monocorde estuvo a punto de hacerla entrar en trance; de ahí que se sobresaltara al oír el ruido de unos golpes en la puerta. Fue a abrir presa de una gran angustia, pues últimamente sentía que cada llamada a su puerta traía consigo una desagradable sorpresa. Así, no se sorprendió lo más mínimo al ver a Gösta.

—¿Qué quieren ahora?

Gösta se retorció las manos un tanto turbado.

—Necesitamos que responda a algunas preguntas... en la comisaría — guardó silencio, como a la espera de que Laine lo abrumase con una avalancha de protestas. Pero ella asintió sin más y lo siguió hasta la escalinata.

—¿No va a decirle a su marido adonde va? —preguntó Gösta extrañado.

—No —replicó ella por toda respuesta. Gösta la observó con curiosidad y, por un instante, se preguntó si no se habrían excedido al presionar a la familia Hult. Después recordó que, en algún punto de sus

intrincadas relaciones familiares, existía un asesino y, además, una joven desaparecida. La pesada puerta de roble se cerró tras ellos y, como una esposa japonesa, Laine fue caminando a unos pasos de Gösta hasta llegar al coche. Recorrieron el trayecto hasta la comisaría en medio de un penoso silencio, sólo interrumpido por Laine, que quiso saber si aún tenían a su hijo allí retenido. Gösta asintió sin pronunciar palabra y, durante el resto del camino hasta Tanumshede, Laine se dedicó a mirar por la ventanilla y a contemplar el paisaje que iban dejando atrás. Ya empezaba a atardecer y el sol teñía de púrpura los campos; sin embargo, ninguno de los dos se percató de la belleza del entorno.

Patrik pareció aliviado cuando los vio entrar en la comisaría. Mientras Gösta iba a buscar a Laine, él se había dedicado a caminar pasillo arriba y abajo, nervioso e impaciente, ante la puerta de la sala de interrogatorios, con el ferviente deseo de haber podido leer los pensamientos de Jacob.

—Hola —saludó apenas a Laine. Empezaba a considerar superfluas las presentaciones, por enésima vez, y estrecharle la mano le parecía un gesto demasiado formal, dadas las circunstancias. No estaban allí para intercambiar formalismos corteses. Patrik se sentía ligeramente preocupado por el modo en que Laine se tomaría sus preguntas. Presentaba un aspecto muy frágil y débil, con los nervios a flor de piel, pero pronto comprobó que no tenía por qué inquietarse pues Laine parecía resignada, pero serena y tranquila.

Puesto que la comisaría de Tanumshede sólo contaba con una sala de interrogatorios, fueron a sentarse en el comedor. Laine rechazó el café que le ofrecieron, mientras que tanto Patrik como Gösta sentían la necesidad de un aporte de cafeína. El café sabía a latón, pero lo bebieron sin darlo a entender con ninguna mueca. Ninguno de los dos sabía por dónde empezar y, para su sorpresa, fue Laine la que se les adelantó abriendo el diálogo.

—Creo que tenían unas preguntas que hacerme, ¿no? —preguntó señalando a Gösta.

—Sí —contestó Patrik despacio—. Hemos obtenido cierta información que no estamos seguros de cómo tratar, ni de qué papel puede desempeñar en la investigación. Tal vez ninguno, pero en estos momentos, no hay tiempo para tratar las cosas con delicadeza, de modo que iré derecho al grano —en este punto, Patrik respiró hondo. Laine seguía sosteniéndole la

mirada, impasible; pero el agente vio que tenía las manos cruzadas y muy tensas—. Tenemos un primer resultado preliminar de los análisis de sangre —ahora vio, además, que le temblaban las manos y se preguntó durante cuánto tiempo sería capaz de mantener su aparente calma—. En primer lugar, he de decirle que el ADN de Jacob no coincide con el ADN que hallamos en la víctima.

Laine se vino abajo ante sus ojos. Las manos le temblaban ya sin control y, entonces, Patrik comprendió que había acudido a la comisaría dispuesta a oír que su hijo había sido detenido por asesinato. Con el alivio pintado en el rostro, y después de tragar saliva varias veces para contener el llanto, Laine permaneció en silencio, de modo que Patrik prosiguió:

—En cambio, sí que encontramos una anomalía al comparar la sangre de Jacob y de Gabriel. Su análisis muestra con toda claridad que Jacob no puede ser hijo de Gabriel... —dijo, interrogando con la entonación y a la espera de la reacción de la mujer. Ahora bien, la tranquilidad que Laine había sentido al oír que su hijo quedaba libre de sospecha pareció haberle quitado un enorme peso de encima, por lo que sin dudar más de un segundo, respondió:

—Así es. Gabriel no es el padre de Jacob.

—Y, en ese caso, ¿quién es su padre?

—No entiendo qué puede tener eso que ver con los asesinatos. En especial ahora que ha quedado claro que Jacob es inocente.

—Como ya le dije, no tenemos tiempo que perder en ese tipo de consideraciones, así que le agradecería que respondiese a mi pregunta.

—Ni que decir tiene que no podemos obligarla —intervino Gösta—, pero le recuerdo que tenemos a una joven desaparecida y necesitamos toda la información a nuestro alcance, aunque no parezca pertinente.

—¿Llegará a saberlo mi marido?

Patrik vaciló un instante.

—No puedo prometerle nada, pero no veo razón alguna para ir a contarle la verdad. No obstante —volvió a dudar—, le diré que Jacob ya lo sabe.

Laine se estremeció al oírlo. De nuevo empezaron a temblarle las manos.

—¿Qué dijo? —preguntó con un hilo de voz, como en un susurro.

—No voy a mentirle: se indignó. Y él también se pregunta, claro está, quién será su padre.

Se hizo un silencio compacto en torno a la mesa, pero Gösta y Patrik aguardaron a que estuviera lista. Después de unos minutos, Laine respondió, aún con la voz débil.

—Es Johannes —alzó un poco la voz—. Johannes es el padre de Jacob.

Ella misma pareció sorprendida de poder pronunciar aquellas palabras en voz alta sin que la fulminase un rayo caído del cielo. El secreto debió de ir convirtiéndose con los años en algo mucho más grave y difícil de sobrellevar, de modo que ahora se le antojaba casi un alivio poder articular en palabras aquella verdad. Y continuó hablando rápidamente.

—Tuvimos una breve aventura. No pude resistirme. Era como una fuerza de la naturaleza que irrumpía y tomaba lo que se le antojaba. Y Gabriel era tan... distinto —Laine dudaba a la hora de elegir el vocabulario, pero Patrik y Gösta supieron sobrentender—. Gabriel y yo llevábamos un tiempo intentando tener hijos y, cuando me quedé embarazada, se puso muy contento. Yo sabía que el niño podía ser tanto suyo como de Johannes, pero, pese a todas las complicaciones que ese hecho podía conllevar, deseaba con todo mi ardor que fuese de Johannes. Un hijo suyo sería tan... ¡magnífico! Johannes era un ser tan vivo, tan hermoso, tan vibrante...

Iluminó su mirada un destello que realzó sus rasgos y, en un abrir y cerrar de ojos, la hizo parecer diez años más joven. No cabía la menor duda de que había estado enamorada de Johannes. Todavía hoy la ruborizaba el recuerdo de su romance, pese a los años transcurridos.

—¿Cómo supo que era hijo de Johannes y no de Gabriel?

—Lo supe en cuanto lo vi, en el preciso momento en que me lo pusieron en el pecho.

—Y Johannes, ¿sabía que era su hijo? —inquirió Patrik.

—¡Oh, sí! Y lo amaba. Yo siempre supe que sólo fui para Johannes un entretenimiento pasajero, por más que me hubiese gustado ser otra cosa, pero con Jacob era distinto. Johannes venía a escondidas, cuando Gabriel estaba de viaje, sólo para verlo y jugar con él. Hasta que Jacob empezó a tener edad suficiente como para poder hablar de ello; entonces tuvo que dejarlo —explicó Laine con amargura, antes de proseguir—. Él detestaba

ver cómo su hermano educaba a su primogénito, pero no estaba dispuesto a renunciar a la vida que tenía ni a Solveig —admitió a su pesar.

—Y usted, ¿cómo se sentía? —preguntó Patrik conmovido. Laine se encogió de hombros.

—Al principio la vida era un infierno. Vivir tan cerca de Johannes y Solveig, ver cómo nacían sus hijos, hermanos de Jacob..., pero yo tenía a mi hijo y después, muchos años después, nació Linda. Por increíble que pueda parecer, con los años he llegado a amar a Gabriel; no como amaba a Johannes, pero quizá de un modo más realista. A Johannes no podías amarlo de cerca sin sucumbir. Mi amor por Gabriel es más aburrido, pero también resulta más fácil convivir con él —confesó Laine.

—¿No tuvo miedo de que todo saliese a la luz cuando Jacob enfermó? —quiso saber Patrik.

—No, entonces había otras cosas por las que sentir miedo —respondió Laine con rabia—. Si Jacob moría, nada tendría importancia y mucho menos quién era su padre. —Y se apresuró a añadir, ahora con voz más dulce—: Pero Johannes estaba tan preocupado... Lo desesperaba el hecho de que Jacob estuviese enfermo y él no pudiese hacer nada, ni siquiera podía mostrar abiertamente su miedo, ni sentarse a su lado en el hospital. Para él no fue fácil —en este punto, Laine perdió el hilo, abandonada a un tiempo pretérito, pero se llamó al orden y se obligó a volver al presente.

—¿De verdad que nadie sospechó ni supo nada? ¿No se lo confió a nadie?

Una expresión de amargura emergió a los ojos de Laine.

—Sí, Johannes se lo contó a Solveig en un acceso de debilidad. Mientras él vivió, ella no se atrevió a utilizarlo, pero, tras la muerte de Johannes, Solveig empezó a hacerme insinuaciones que pronto se convirtieron en exigencias cada vez mayores según menguaba su cuenta corriente.

—¿Es decir, la chantajeaba? —intervino Costa.

Laine asintió.

—Así es. Llevo veinticuatro años pagándole.

—¿Cómo ha podido hacerlo sin que Gabriel lo note? Porque me figuro que se trata de sumas considerables.

Otro gesto de asentimiento.

—No ha sido fácil. Sin embargo, aunque Gabriel es muy exhaustivo con las cuentas de la finca, jamás ha sido tacaño conmigo, siempre he podido disponer de dinero para ir de compras, para la casa y esas cosas. En cualquier caso, para poder pagarle a Solveig, economicé hasta el máximo y le he ido dando a ella la mayoría de lo que me daba Gabriel —su voz rezumaba amargura, matizada con un timbre de algo más fuerte aún—. Pero supongo que ahora no tengo elección y que tendré que contárselo a Gabriel, de modo que, en lo sucesivo, me veré al menos libre del problema con Solveig. —Esbozó una sonrisa, pero enseguida recobró la expresión grave y, mirando a Patrik a los ojos, declaró—: Lo único bueno de todo esto es que ya no me importa demasiado lo que diga Gabriel, por más que así haya sido durante más de treinta años. Para mí, lo más importante son Jacob y Linda, de ahí que lo único que me interese sea saber que Jacob está libre de toda sospecha. Porque supongo que así es, ¿verdad? —preguntó ansiosa, mirándolos fijamente a los dos.

—Sí, eso parece.

—Entonces, ¿por qué lo retienen aquí? ¿Puedo ir a recogerlo ya?

—Sí, ya puede ir y llevárselo de aquí —afirmó Patrik con serenidad—, pero nos gustaría pedirle un favor: Jacob sabe algo de todo este asunto y, por su propio bien, es importante que nos lo cuente. Hable un rato con él ahí dentro e intente convencerlo de que no le conviene guardarse lo que sepa.

Laine resopló displicente.

—Desde luego, lo comprendo. Pero ¿por qué iba a ayudarles después de todo lo que le han hecho a él y a su familia?

—Porque cuanto antes resolvamos esto, antes podrán seguir adelante con sus vidas.

A Patrik no le resultaba fácil sonar convincente, puesto que no quería revelar que si bien los resultados de los análisis demostraban que el agresor no era Jacob, sí indicaban que era pariente de Johannes. Ése era su as en la manga y no pensaba jugárselo hasta que no fuese absolutamente necesario. Y hasta ese momento esperaba que Laine lo creyese y entendiese su forma de razonar. Tras unos minutos de espera, consiguió su propósito: Laine asintió.

—Haré lo que pueda, pero no estoy segura de que tenga razón. No creo que Jacob sepa más de esto que cualquier otro.

—En tal caso, tarde o temprano tendremos ocasión de comprobarlo — se limitó a responder Patrik—. Entonces, ¿viene?

Laine se encaminó a la sala de interrogatorios a paso lento. Gösta se volvió hacia Patrik con el ceño fruncido:

—¿Por qué no le dijiste que Johannes había muerto asesinado?

Patrik se encogió de hombros.

—No lo sé. Tengo la sensación de que cuanto más mezclados estén los conceptos para ellos dos, tanto mejor para nosotros. Jacob se lo contará a Laine y, esperemos, esa noticia la desequilibrará. Y entonces quizá, sólo quizá, alguno de los dos se abra por fin.

—¿Crees que Laine también oculta algo?

—No lo sé —repitió Patrik—. Pero ¿no viste la expresión de su rostro cuando le dijimos que Jacob no figuraba en la lista de sospechosos? Era de sorpresa.

—Espero que tengas razón —contestó Gösta pasándose la mano por la cara, con gesto cansado. Había sido un día muy largo.

—Aguardaremos aquí hasta que hayan terminado. Después nos vamos a casa a comer y a descansar. No seremos de ninguna utilidad si estamos exhaustos —sentenció Patrik.

Y se sentaron a esperar.

Solveig creyó oír algo fuera, pero después volvió el silencio y se encogió de hombros, para seguir concentrada en sus álbumes. Tras las tormentas emocionales de los últimos días, era un placer descansar en la seguridad de sus viejas fotos. Ellas no cambiaban nunca; como mucho, se tornaban un tanto pálidas y amarillas con los años.

Miró el reloj de la cocina. Cierto que los chicos entraban y salían a placer, pero aquella noche le habían prometido que volverían para la cena. Robert iba a comprar unas pizzas en Kaptén Falck y ya empezaba a sentir el hambre acuciándole el estómago. De pronto oyó unos pasos fuera, sobre la gravilla, y se levantó con esfuerzo para sacar los platos y los cubiertos. Aunque no hacían falta platos, pues comerían directamente de la caja.

—¿Dónde está Johan? —preguntó Robert al tiempo que dejaba las pizzas en la encimera y lo buscaba con la mirada.

—Yo creía que tú lo sabrías. Llevo sin verlo varias horas —aseguró Solveig.

—Seguro que está en el cobertizo, voy a buscarlo.

—Pues dile que se dé prisa, que no pienso esperarlo —le gritó Solveig mientras se alejaba, antes de husmear con avidez en las cajas para encontrar la suya.

—¿Johan? —Robert empezó a gritar antes de llegar al cobertizo, pero no obtuvo respuesta.

Bueno, no sería nada. Johan se volvía a veces sordo y ciego cuando llevaba un rato allí metido.

—¿Johan? —gritó más alto esta vez, pero no oyó más que su propia voz y la calma de la noche.

Algo irritado, abrió la puerta del cobertizo, dispuesto a regañar a su hermano menor por perder el tiempo soñando despierto, pero enseguida olvidó su propósito.

—¡Johan! ¡Joder!

Su hermano estaba tendido en el suelo, con un halo rojo alrededor de la cabeza. Le llevó un segundo comprender que era sangre. Johan no se movía.

—¡Johan! —lo llamó, en tono lastimero y con el llanto abriéndose paso por el pecho. Se arrodilló junto al maltratado cuerpo de Johan y lo tanteó atribulado con las manos. Quería hacer algo, pero no sabía qué y tenía miedo de agravar sus heridas tocándolo. Johan lanzó un gemido que lo sacó de su estatismo. Se levantó con las rodillas manchadas de sangre y echó a correr en dirección a la casa.

—¡Mamá, mamá!

Solveig abrió la puerta y entrecerró los ojos para ver mejor. Tenía los dedos y la boca llenos de grasa, claro indicio de que ya había empezado a comer. Y ahora estaba enojada porque la habían interrumpido.

—¿A qué demonios viene tanto jaleo? —Entonces vio las manchas rojas en la ropa de Robert y supo en el acto que no eran de pintura—. ¿Qué ha pasado? ¿Es Johan?

Echó a correr hacia el cobertizo tan rápido como le permitía su voluminoso cuerpo, pero Robert la detuvo antes de que llegase.

—¡No entres! Está vivo, pero alguien lo ha destrozado a golpes. ¡Está muy mal y tenemos que llamar a una ambulancia!

—¿Quién...? —sollozó Solveig desplomándose como una muñeca sin vida en los brazos de Robert. Él se liberó de sus brazos, irritado, y la obligó a sostenerse sola.

—¡Qué más da quién! Lo primero que tenemos que hacer es buscar ayuda. Llama al centro de salud también, porque la ambulancia tiene que venir desde Uddevalla.

Robert iba dando las órdenes con el carisma de un general y Solveig reaccionó de inmediato. Volvió corriendo a la casa mientras Robert, convencido de que pronto acudirían en su ayuda, se apresuraba a regresar con su hermano.

Cuando llegó el doctor Jacobsson, nadie habló ni pensó siquiera en las circunstancias en que se habían visto antes a lo largo de aquel mismo día. Robert se apartó un poco, aliviado al saber que, a partir de ese momento, tomaba el control de la situación alguien que sabía lo que hacía, pero tenso y a la espera de la sentencia.

—Está vivo, pero hay que llevarlo al hospital lo antes posible. La ambulancia está en camino, ¿verdad?

—Sí —confirmó Robert con un hilo de voz.

—Ve a la casa a buscar una manta.

Robert no era tan necio como para ignorar que la petición del médico iba más encaminada a darle trabajo a él que a cubrir ninguna necesidad, pero se sintió agradecido al tener una misión concreta que cumplir y obedeció gustoso. Robert tuvo que apretujarse con su madre que, en la puerta del cobertizo, lloraba y temblaba en silencio. No tenía fuerzas para consolarla, ocupado como estaba en mantenerse íntegro él mismo, así que Solveig tendría que arreglárselas como pudiese. Oyó las sirenas acercarse desde lejos. Nunca antes se había alegrado tanto al atisbar las luces azules por entre las copas de los árboles.

Laine estuvo con Jacob durante media hora. A Patrik le habría gustado aplicar el oído a la pared, pero tuvo que armarse de paciencia. Tan sólo uno de sus pies, que golpeteaba contra el suelo, delataba su ansiedad. Tanto él como Gösta se habían ido a sus respectivos despachos para intentar adelantar algún trabajo, pero no resultaba nada fácil. Patrik deseaba más que nada en el mundo saber qué esperaba sacar de todo aquel montaje, pero no logró aclararse. Sólo esperaba que, de algún modo, Laine pudiese tocar

la tecla exacta para hacer que Jacob empezase a hablar, aunque cabía la posibilidad de que su intento lo cerrase aún más. Y eso era precisamente lo peor: los riesgos que entrañaba la consecución de ciertos beneficios se convertían en acciones difíciles de explicar a posteriori de forma lógica.

Además, lo irritaba el hecho de tener que esperar hasta la mañana siguiente para conocer los resultados de los análisis de sangre. De mil amores se habría quedado trabajando toda la noche siguiendo la pista de Jenny Möller, si hubiera tenido alguna, pero los análisis eran lo único que tenían y había contado, más de lo que él mismo creía, con que el análisis de Jacob encajaría. Ahora que esa teoría se había desmoronado, sólo tenían un papel en blanco del que partir y se encontraban, por desgracia, como al principio. La chica estaba por allí, en algún lugar, y él tenía la sensación de que sabían ahora menos que antes. El único resultado constatable hasta el momento era que tal vez hubiesen logrado desunir a una familia y que, hacía veinticuatro años, se cometió un asesinato. Aparte de eso, nada.

Miró el reloj por enésima vez y, presa de la mayor frustración, se puso a tamborilear con el bolígrafo sobre la mesa. Quizá, sólo quizá, en aquel momento Jacob estaría contándole a su madre los detalles que les ayudarían a resolverlo todo de un plumazo. Quizá...

Un cuarto de hora más tarde, supo que aquella batalla estaba perdida. Al oír abrirse la puerta de la sala de interrogatorios, se levantó de un salto y salió al encuentro de sus ocupantes: dos rostros herméticos, la mirada pétrea, pero rebelde. Y en ese preciso instante comprendió que, fuese lo que fuese lo que ocultaba Jacob, no lo revelaría por voluntad propia.

—Dijeron que podía llevarme a mi hijo —observó Laine con voz gélida.

—Sí —respondió Patrik. No había nada más que decir.

Ahora tendrían que hacer lo que le había dicho a Gösta hacía unos minutos: marcharse a casa a cenar y descansar. Así, al menos, tal vez pudiesen seguir trabajando con algo más de energía al día siguiente.

Capítulo 9

Verano de 1979

Le preocupaba qué sería de su madre, que estaba enferma. ¿Cómo podría cuidarla su padre si estaba solo? La esperanza de que alguien la encontrase empezaba a desvanecerse ante el horror de estar ya sola en aquellas tinieblas. Sin la suave mano de la otra, la oscuridad se le antojaba más negra aún.

También el olor se le hacía insoportable. Aquel olor dulce y sofocante a muerte anulaba todos los demás. Incluso el olor de sus excrementos se esfumaba entre aquel dulzor repugnante y la había hecho vomitar varias veces, agrias bocanadas de bilis, a falta de alimento. Ya empezaba a sentir la añoranza de la muerte. Eso la asustaba más que ninguna otra cosa. La muerte empezaba a coquetear con ella, a susurrarle, a prometerle que ahuyentaría el dolor y la angustia.

Siempre estaba atenta a los pasos que podían acercarse desde arriba. El sonido que emitía la trampilla al abrirse. Los maderos que se apartaban y después los pasos otra vez, despacio, bajando la escalera. Sabía que la próxima vez que los oyese, sería la última. Su cuerpo no soportaría más dolor y ahora, igual que la otra, también ella cedería a la atracción de la muerte.

Y, en efecto, como si lo hubiese reclamado, oyó el sonido que tanto temía. Con el corazón encogido de dolor, se dispuso a morir.

* * *

Fue maravilloso que Patrik llegase a casa más temprano la noche anterior, aunque, al mismo tiempo, ella no se lo esperaba, dadas las circunstancias. Ahora que ella misma esperaba un hijo, Erica podía entender de verdad la angustia de unos padres y sufría con los de Jenny Möller.

Se sintió un poco culpable por haber estado tan contenta todo el día. Desde que sus huéspedes se marcharon, la paz había vuelto a su alrededor, lo que le había permitido andar charlando con el amiguito que pataleaba en su barriga, descansar, recuperarse y leer un buen libro. Además, aunque resoplando, había subido la cuesta de Galärbacken para comprar algo rico de comer y una buena bolsa de golosinas que ahora la llenaba de remordimientos. La comadrona le había advertido que el azúcar no era muy saludable en el embarazo y que si se abusaba, su hijo podría nacer diabético. Cierto que le había dicho que para ello había que consumir grandes cantidades, pero sus palabras resonaban siempre en la mente de Erica. Si a esto se añadía la larga lista de alimentos no recomendables que había en la puerta del frigorífico, a veces tenía la sensación de que traer al mundo a un niño saludable era una misión imposible. Existían, por ejemplo, ciertos pescados que no podían probarse, mientras que otros sí, pero no más de una vez por semana y, además, había que tener en cuenta si los habían pescado en el mar o en un lago... Por no hablar del dilema del queso. Erica adoraba el queso en todas sus formas y tenía memorizado cuáles le estaba permitido comer y cuáles no. Por desgracia para ella, el queso azul era uno de los que figuraban en la lista de prohibidos y ya tenía alucinaciones sobre el festín de quesos y vino tinto que se daría tan pronto como hubiese dejado de amamantar al pequeño.

Tan absorta estaba en sus recreaciones de orgías culinarias que ni siquiera oyó que Patrik había llegado a casa. Casi se le sale el corazón por la boca y le llevó un buen rato recuperar el ritmo cardíaco.

—¡Por Dios! ¡Qué susto me has dado!

—Perdona, no era mi intención. Creí que me habías oído entrar.

Patrik se sentó a su lado en el sofá de la sala de estar y Erica se sorprendió al ver su aspecto.

—Pero..., Patrik, pareces agotado. ¿Ha ocurrido algo? —De repente, se le cruzó una idea por la cabeza—: ¿La habéis encontrado? —preguntó, con el corazón encogido.

Patrik negó con la cabeza.

—No. —No dijo nada más. Erica aguardó sin apremiarlo hasta que, después de unos minutos, él pareció capaz de continuar—. No, no la hemos encontrado. Y, además, tengo la sensación de que hemos retrocedido.

De pronto, Patrik se inclinó hacia delante y se cubrió el rostro con las manos. Erica se le acercó un poco, lo abrazó y apoyó la mejilla en su hombro. Más que oírlo, lo sintió llorar en silencio.

—¡Mierda! Sólo tiene diecisiete años. ¿Te imaginas? Diecisiete años y un cerdo desquiciado cree que puede hacer con ella lo que se le antoje. Quién sabe lo que estará sufriendo la pobre y, mientras, nosotros dando tumbos como imbéciles incompetentes sin tener ni idea de lo que hacemos. ¿Cómo demonios pudimos creer que seríamos capaces de esclarecer un caso como este? Por lo general nos dedicamos a los robos de bicicletas y cosas por el estilo... ¿Qué clase de imbécil nos ha permitido, ¡me ha permitido a mí!, dirigir esta maldita investigación? —exclamó lamentándose profundamente abatido.

—Nadie podría haberlo hecho mejor, Patrik. ¿Cómo crees que habría ido la cosa si hubiesen mandado a alguien de Gotemburgo o cualquier otra alternativa que se te ocurra? Ellos no conocen el pueblo, no conocen a la gente ni saben cómo funcionan aquí las cosas. Ellos no podrían haberlo hecho mejor; en todo caso, peor. Y tampoco habéis estado totalmente solos en esto, aunque comprendo que tú lo veas así. No olvides que tenéis aquí a un par de hombres de Uddevalla que os han ayudado en las batidas y demás. La otra noche, tú mismo dijiste lo bien que habéis colaborado. ¿Ya lo has olvidado?

Erica le hablaba como a un niño, pero sin condescendencia. Sólo quería transmitir claramente su opinión, que pareció calar en Patrik, pues se tranquilizó y Erica notó que empezaba a relajarse.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo Patrik, aún insatisfecho—. Hemos hecho cuanto hemos podido, pero nada parece suficiente. El tiempo vuela y aquí estoy yo, en casa, mientras Jenny tal vez esté muriendo en este preciso momento.

De nuevo sintió el pánico en su voz. Erica se cogió de su brazo.

—Shhh, no puedes permitirte pensar en esos términos —dijo con algo más de firmeza—. No puedes venirte abajo. Si algo le debes a esa chica y a sus padres, es la obligación de mantener la cabeza fría para poder seguir trabajando.

Patrik no respondió, pero Erica sabía que estaba escuchándola.

—Sus padres me han llamado hoy tres veces. Ayer fueron cuatro. ¿Tú crees que empiezan a darse por vencidos?

—No, no lo creo —respondió Erica—. Yo pienso que ellos confían en que estáis haciendo vuestro trabajo. Y, en estos momentos, tu trabajo es hacer acopio de fuerzas para la jornada de mañana. No seréis de ninguna utilidad si estáis exhaustos.

Patrik sonrió débilmente al oír de boca de Erica las mismas palabras que él le había dicho a Gösta. Después de todo, a veces también él tenía razón.

Siguió su consejo al pie de la letra. Pese a que no le apetecía nada, cenó antes de irse a dormir, aunque no profundamente. En sus sueños se vio a sí mismo corriendo tras una joven rubia que se le escapaba continuamente. La tenía tan cerca que podía alcanzarla tan sólo con extender el brazo, pero ella se reía y se escabullía sin cesar. Cuando sonó el despertador, estaba sudoroso y cansado.

A su lado, Erica había pasado la mayor parte de las horas de vigilia nocturna cavilando sobre Anna. Y, en la misma medida en que el día anterior había estado resuelta a no dar el primer paso, sabía ahora que debía llamarla tan pronto como amaneciese. Algo no iba bien, lo presentía.

El olor a hospital la asustaba. Había algo definitivo en aquel efluvio estéril, en las paredes sin color y las tristes reproducciones artísticas que las decoraban. Después de haber pasado la noche sin dormir, tenía la sensación de que todos a su alrededor se movían a cámara lenta. El sonido de la ropa del personal al desplazarse se reforzaba hasta el punto de sobreponerse al murmullo reinante. Solveig esperaba que, en cualquier momento, le anunciaran que el mundo se hundía a su alrededor. La vida de Johan pendía de un hilo muy delgado, le había asegurado el médico al alba, y ella había empezado a llorarlo con antelación. ¿Qué otra cosa podía hacer? Todo cuanto había tenido en su vida se le había escapado de las manos como fina arena barrida por el viento. Nada de lo que intentara retener había permanecido: Johannes, la vida en Västergården, el futuro de sus hijos..., todo había palidecido hasta perderse en la nada, abocándola a refugiarse en su propio mundo.

Ahora, en cambio, ya no tenía adonde huir. Ahora la realidad se hacía patente en forma de visiones, sonidos, olores...; la realidad de que en aquel momento estaban cortando el cuerpo de Johan era demasiado tangible como para huir de ella.

Hacía ya mucho tiempo que Solveig había roto con Dios, pero en aquel momento le rogaba con toda su alma. Repetía todas las palabras que era capaz de recordar de la fe de su infancia, hacía promesas que nunca podría cumplir con la esperanza de que la buena voluntad bastase para otorgarle a Johan al menos una pequeña y mínima ventaja que lo mantuviese con vida. A su lado estaba Robert, con la conmoción plasmada en el semblante; la misma expresión de toda la tarde, de toda la noche. Nada habría deseado más que tenderle la mano y tocarlo, consolarlo, comportarse como una madre, pero habían pasado tantos años que ya tenía perdidas todas las oportunidades. Sin embargo, allí estaban, sentados uno junto al otro como dos extraños, unidos sólo por el amor que ambos sentían por aquel que yacía en la mesa de operaciones; ambos callados, conscientes de que él era el mejor de los tres.

Caminando desde el final del pasillo, atisbaron una silueta que les resultaba familiar. Linda se acercaba, pegada a las paredes, insegura ante la acogida que le dispensarían; sin embargo, con los golpes recibidos por su hijo y hermano, Solveig y Robert habían perdido todo deseo de discutir. Linda se sentó en silencio al lado de Robert y aguardó unos minutos antes de atreverse a preguntar:

—¿Cómo está? Mi padre me dijo que lo llamaste para contárselo esta mañana.

—Sí, pensé que Gabriel debía saberlo —respondió Solveig, aún con la mirada perdida—. Después de todo, la sangre es más espesa que el agua. Pensé que debía saberlo... —dijo antes de volver a perderse en su mundo. Linda asintió sin pronunciar palabra y Solveig continuó—: Siguen operando. No sabemos nada..., salvo que puede morir.

—Pero ¿quién lo hizo? —quiso saber Linda, resuelta a no permitir que su tía se instalase en su silencio antes de haber obtenido respuesta a sus preguntas.

—No lo sabemos —dijo Robert—. Pero el que sea, ¡lo pagará!

Subrayó la amenaza con un golpe seco contra el brazo de la silla, como saliendo de la conmoción por un instante. Solveig no dijo nada.

—Por cierto, ¿qué demonios haces tú aquí? —inquirió Robert, que parecía no haber comprendido hasta ahora lo extraño que resultaba que su prima, con la que nunca habían mantenido ninguna relación directa, se presentase en el hospital.

—Pues... yo..., nosotros... —Linda balbuceaba buscando las palabras adecuadas para describir la relación entre Johan y ella. Por otro lado, la sorprendió que Robert no supiese nada. Ciertamente que Johan le había asegurado que no le había hablado a su hermano de la relación entre ambos, pero ella no llegó a creérselo del todo. El hecho de que Johan hubiese querido mantener en secreto su relación era una prueba evidente de lo importante que era para él y, al comprenderlo, se sintió avergonzada.

—Nosotros..., Johan y yo..., nos hemos visto bastante —explicó Linda sin apartar la vista de sus cuidadas uñas.

—¿Cómo que os habéis visto? —Robert la miraba perplejo. Al cabo de un instante, lo entendió—. ¡Ajá! O sea que vosotros dos... Vale —resumió, echándose a reír—. Vaya con mi hermano. ¡Menudo pillo! —siguió riendo hasta que cayó en la cuenta de por qué estaba en el hospital y recobró enseguida parte de su expresión anterior.

Los tres guardaban silencio viendo pasar las horas, sentados uno junto al otro en aquella triste sala de espera, mientras que, a cada ruido de pasos, escudriñaban el pasillo en busca de algún médico que viniese a anunciarles la sentencia. Ignorándose mutuamente, los tres rezaban en silencio.

Cuando Solveig llamó temprano aquella mañana, quedó sorprendido ante la compasión que le provocó la noticia. Las dos familias llevaban tantos años en pie de guerra que su enemistad se había convertido en una suerte de segunda personalidad; sin embargo, cuando conoció el estado en que se encontraba Johan, hasta el último gramo de resentimiento que lo envenenaba se disipó de golpe. Johan era su sobrino, su carne y su sangre, y eso era lo único que contaba. Pese a todo, tampoco se le antojaba del todo natural acudir al hospital. Le parecía, en cierto modo, un gesto hipócrita; de modo que, cuando Linda dijo que ella sí quería ir, sintió un gran alivio e incluso le pagó el taxi desde Uddevalla, a pesar de que, por lo general, consideraba que ir en taxi era el colmo de la extravagancia.

Sentado ante su escritorio, Gabriel se debatía en un estado de absoluto desconcierto. El mundo entero parecía del revés y todo iba a peor. Experimentaba la sensación de que el colmo de todo se hubiese producido en las últimas veinticuatro horas. A Jacob lo llaman a interrogatorio, el registro en Västergården, las extracciones de sangre a toda la familia y, ahora, Johan ingresado en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte.

Había dedicado toda su vida a construir una tranquilidad y una seguridad que ahora se derrumbaban ante sus ojos.

En el espejo que colgaba de la pared de enfrente vio reflejado su rostro y lo miró como si fuera la primera vez. En cierto sentido, así era, en efecto. Él mismo veía hasta qué punto había envejecido en los últimos días. La vitalidad que caracterizaba su mirada había desaparecido, su semblante irradiaba preocupación y su cabello, por lo general bien peinado, aparecía ahora revuelto y sin brillo. Gabriel se vio obligado a admitir que se había decepcionado a sí mismo. Siempre se había considerado un hombre de los que se crecían con las dificultades y como alguien en quien la gente podía confiar cuando corrían tiempos difíciles. Sin embargo, era Laine quien se había manifestado como la más fuerte de los dos. Tal vez, en realidad, él siempre lo supo. Tal vez también ella lo sabía, pero lo dejó vivir en la ilusión, puesto que entendía que, de ese modo, él sería más feliz. Una cálida sensación lo invadió ante esa idea, un amor tranquilo, algo que había tenido escondido en lo más hondo de su ser, bajo su egocéntrico desprecio, pero que ahora tenía la posibilidad de aflorar a la superficie. Tal vez todo aquel desastre alumbraría, al fin, algo bueno.

Unos golpecitos en la puerta vinieron a interrumpir su cavilar.

—Adelante.

Laine entró despacio y Gabriel volvió a constatar el cambio que se había producido en ella. No quedaba ni rastro de la nerviosa expresión de su semblante ni del casi convulso y constante movimiento de sus manos; incluso parecía más alta, puesto que ahora caminaba erguida.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

Ella asintió y se sentó en uno de los dos sillones que Gabriel tenía en el despacho para las visitas. La miró inquisitivo, pues las profundas ojeras que enmarcaban sus ojos contradecían su respuesta. Pese a todo, había dormido más de doce horas. El día anterior, cuando llegó a casa después de ir a buscar a Jacob a la comisaría, apenas tuvo tiempo de hablar con ella. Laine aseguró, con un hilo de voz, que estaba agotada y se fue a dormir a su habitación. Gabriel sospechaba que algo estaba pasando; ahora lo sentía claramente: Laine no lo había mirado a los ojos una sola vez desde que entró en el despacho, sino que tenía la vista fija en sus zapatos, como si estuviera estudiándolos. Sintió crecer el desasosiego en su interior, pero, antes de escucharla, la puso al corriente de lo sucedido a Johan. Laine se mostró sorprendida y, como él, compasiva, pero en cierto modo, como si la

noticia no hubiese calado en ella realmente. Algo tan crucial debía de ocupar su pensamiento, que ni siquiera la agresión sufrida por Johan la hizo concentrarse en otro asunto. Todas las alarmas interiores de Gabriel se pusieron en marcha al mismo tiempo.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Pasó algo ayer en la comisaría? Yo estuve hablando anoche con Marita, me dijo que habían soltado a Jacob, así que la policía no puede tener... —no supo cómo continuar. Las ideas se agolpaban en su cabeza, pero ninguna explicación le parecía adecuada.

—No, Jacob está libre de toda sospecha —confirmó Laine.

—¿Qué me dices? ¡Eso es estupendo...! —exclamó radiante—. Pero ¿cómo..., qué es lo que...?

El rostro de Laine mostraba la misma expresión ominosa y seguía sin mirarlo a la cara.

—Antes de que te lo cuente, hay algo que debes saber —Laine se mostró algo indecisa—. Johannes es...

Gabriel se retorció impaciente en la silla.

—Dime, ¿qué pasa con Johannes? ¿Algo relacionado con la lamentable exhumación de su cadáver?

—Sí, podría decirse que sí. —De nuevo guardó silencio, lo que infundió en Gabriel deseos de zarandearla para que hablase de una vez. Después, Laine respiró hondo y la verdad fluyó de sus labios con tal rapidez que apenas se oyó a sí misma— Le contaron a Jacob que habían examinado el cadáver de Johannes y que constataron que no se suicidó, sino que murió asesinado. —A Gabriel se le escapó el bolígrafo de las manos. Contemplaba a Laine como si la mujer hubiese perdido el juicio. Pero ella prosiguió—: Sí, ya sé que suena como un despropósito, pero al parecer están completamente seguros. Alguien mató a Johannes.

—¿Saben quién fue? —fue lo único que se le ocurrió preguntar a Gabriel.

—Está claro que no lo saben —le respondió Laine con un bufido—. Acaban de descubrirlo y después de tantos años...

—Pues sí que es una noticia, pero háblame de Jacob. ¿Pidieron disculpas? —inquirió Gabriel derecho al grano.

—Ya te he dicho que ha dejado de ser sospechoso. Han conseguido demostrar lo que nosotros ya sabíamos —constató Laine con una amarga sonrisa.

—Sí, desde luego no puede decirse que sea una sorpresa, era sólo cuestión de tiempo. Pero ¿cómo...?

—Mediante los análisis de las muestras de sangre que nos tomaron esta mañana. Compararon su sangre, en primer lugar, con los restos de esperma del asesino, y no coincidían.

—Bueno, eso podría habérselo dicho yo. Como de hecho hice, por cierto, si no recuerdo mal —dijo Gabriel en tono ampuloso mientras sentía deshacerse el gran nudo que tenía en el estómago—. Pero, en ese caso, lo que tenemos que hacer es brindar con champán, Laine. No comprendo a qué viene esa expresión tuya tan sombría.

En ese momento, Laine alzó la vista y lo miró directamente a los ojos.

—Porque también habían analizado tu sangre.

—Sí, pero la mía tampoco ha podido coincidir —dijo Gabriel entre risas.

—No, no con el asesino, pero... tampoco con la de Jacob.

—¿Qué quieres decir con que no coincidía? ¿En qué sentido?

—Comprobaron que tú no eres el padre de Jacob.

El silencio que siguió a aquellas palabras fue como una explosión. Gabriel entrevió una vez más su rostro en el espejo, pero en esta ocasión ni siquiera se reconoció a sí mismo. Era un extraño boquiabierto y con los ojos desorbitados quien lo observaba desde el cristal. No fue capaz de seguir mirándolo y apartó la vista.

Laine parecía liberada de toda la pesadumbre de este mundo y su rostro se iluminó. Gabriel entendió que sentía un gran alivio. De pronto cayó en la cuenta de lo duro que habría sido para ella guardar semejante secreto durante tantos años; después, no obstante, la empatía dio paso a la ira con toda la fuerza imaginable.

—¿Qué demonios estás diciendo? —rugió de tal modo que la hizo saltar en la silla.

—Tienen razón, tú no eres el padre de Jacob.

—¿Y quién coño es su padre entonces? —Silencio. Poco a poco, fue viéndolo claro y, en un susurro, pronunció el nombre cayendo abatido hacia atrás—. Johannes.

Laine no tuvo que confirmárselo. De pronto, para Gabriel, todo estaba más claro que el agua y maldijo su absurda necedad que le impidió darse cuenta antes. Las miradas furtivas, la sensación de que alguien había estado

en casa mientras él estaba ausente, el extraordinario parecido de Jacob con su hermano.

—Pero... ¿por qué?

—¿Quieres decir que por qué tuve una aventura con Johannes? —la voz de Laine se había tornado fría, con un timbre metálico—. Porque él era todo lo que no eras tú. Yo fui una segunda opción para ti, una esposa elegida por razones de tipo práctico, alguien que debía ser consciente de cuál era su sitio y procurarte una vida tal y como tú la tenías pensada con el mínimo esfuerzo. Todo tenía que ser organizado, lógico, racional, ¡sin vida! —su voz se suavizó ligeramente—. Johannes no hacía nada que no quisiera hacer. Amaba cuando lo deseaba, odiaba cuando quería, vivía cuando quería... Estar con él era como vivir con una fuerza natural. Él me veía a mí, *me veía* de verdad, no sólo pasaba ante mí camino de su próxima reunión. Cada encuentro amoroso con él era como morir y volver a nacer.

Gabriel temblaba al oír la pasión que vibraba en la voz de Laine. Cuando se aplacó, ella se quedó observándolo con sobriedad.

—Puedes creerme, siento mucho haberte engañado con respecto a Jacob durante todos estos años, te lo digo de corazón y te ruego que me perdones. Pero... no pienso pedirte perdón por haber amado a Johannes. —Movida por un impulso, se inclinó hacia delante y posó sus manos sobre las de Gabriel, que reprimió el deseo de retirarlas y las dejó pasivamente donde estaban—. Tuviste tantas oportunidades, Gabriel... Yo sé que hay en ti muchos de los rasgos que caracterizaban a Johannes, pero tú no les permites aflorar. Habríamos podido pasar una larga vida juntos y yo te habría amado. En cierto modo, llegué a amarte, pese a todo, pero te conozco lo suficiente para saber que ahora no me permitirás que lo haga.

Gabriel no respondió. Sabía que ella tenía razón. Toda su vida había sido una lucha por no vivir en la sombra de su hermano y la infidelidad de Laine vino a herirlo donde más le dolía.

Recordaba las noches que él y Laine habían pasado en vela junto a su hijo en el hospital. En aquellos momentos, él habría deseado ser el único que estuviese junto a Jacob, para que su hijo comprendiese hasta qué punto eran prescindibles los demás, incluida Laine. En el mundo de Gabriel, él era lo único que Jacob necesitaba: eran ellos dos contra el resto del mundo. Ahora se le antojaba ridículo recordarlo. En realidad, él había sido la víctima. Era Johannes quien tenía derecho a estar con Jacob en el hospital, a cogerle la mano, a decirle que todo se arreglaría; y Ephraim, que le había

salvado la vida. Ephraim y Johannes, aquel eterno dúo del que Gabriel nunca pudo formar parte ahora se le antojaba un dúo invencible.

—¿Y Linda? —conocía la respuesta, pero se vio obligado a preguntar, al menos para herir a Laine. Pero ella resopló antes de responder:

—Linda es hija tuya. De eso no cabe la menor duda. Johannes es el único hombre con el que mantuve una relación mientras hemos estado casados y asumiré las consecuencias.

Había otra pregunta que lo atormentaba.

—¿Lo sabe Jacob?

—Sí, lo sabe. —Laine se puso de pie, miró a Gabriel con tristeza y dijo quedamente—: Recogeré mis cosas hoy mismo. Me marcharé antes de que anochezca.

Él no le preguntó adonde iría. Tanto daba. Ya nada tenía importancia.

Habían ocultado bien su intromisión. Ni ella ni los niños notaron que la policía había estado allí. Al mismo tiempo, se notaba un cambio, algo intangible pero presente, una sensación de que su hogar había dejado de ser ese lugar seguro de antes. Todo había sido manoseado por gente extraña, toqueteado, inspeccionado. Habían estado buscando la maldad ¡en su casa! Ciertamente que la policía sueca era bastante considerada, pero, por primera vez en su vida, entendió cómo debían de ser las cosas en alguna de las dictaduras y de los estados policiales que veía en las noticias de televisión. A ella le parecía lamentable y se compadecía de las personas que vivían bajo la amenaza constante de la irrupción ajena en sus hogares; sin embargo, nunca había comprendido realmente lo sucio que uno podía llegar a sentirse después ni el miedo ante el próximo episodio insospechado.

Echó de menos a Jacob en la cama aquella noche. Habría querido tenerlo a su lado, cogidos de la mano, como una garantía de que todo volvería a ser como antes. Sin embargo, cuando llamó a la comisaría la tarde anterior, le dijeron que su madre había ido a buscarlo, así que supuso que dormiría allí. A decir verdad, se dijo que bien podría haberla llamado, pero, en el preciso momento en que tuvo la idea, se maldijo a sí misma pensando que era una presunción por su parte. Jacob siempre hacía lo mejor para los dos y si ella estaba indignada porque la policía había estado registrando su casa, no podía ni imaginar siquiera cómo se habría sentido Jacob al verse encerrado e interrogado.

Con parsimonia, fue quitando la mesa del desayuno de los niños. Un tanto indecisa, tomó el auricular y empezó a marcar el número de sus suegros, pero cambió de idea y volvió a colgar. Seguramente, Jacob estaría aún descansando y no quería molestarlo. Justo cuando acababa de colgar, sonó el teléfono, que la sobresaltó. Vio en la pantalla que era el número de la finca, así que contestó ansiosa, convencida de que sería Jacob.

—Hola, Marita, soy Gabriel.

Marita frunció el entrecejo; apenas había reconocido la voz de su suegro, pues sonaba como la de un anciano.

—Hola, Gabriel. ¿Cómo estáis?

Enmascaró su inquietud con un tono jovial, pero en realidad guardaba tensa la respuesta. De pronto se le ocurrió que tal vez le hubiese ocurrido algo a Jacob, pero Gabriel se le adelantó antes de que ella acertase a preguntar.

—Llamaba para saber si Jacob está en casa.

—¿Jacob? Pero... ¿no fue Laine a recogerlo ayer? Yo pensaba que estaría con vosotros.

—No, aquí no ha venido. Laine lo dejó ayer en la puerta de vuestra casa —respondió Gabriel, tan aterrado como ella.

—Pero, ¡Dios santo! En ese caso, ¿dónde puede estar? —Marita se cubrió la boca con la mano, como luchando para no dejarse vencer por la angustia.

—Supongo que habrá... Debe de estar... —Gabriel no pudo concluir sus frases, con lo que sólo consiguió aumentar su desasosiego. Si no estaba en su casa ni en la de sus padres, no quedarán muchas más alternativas. De pronto, se le ocurrió una idea terrible—. Johan está en el hospital. Lo atacaron y lo agredieron en su casa ayer por la tarde.

—¡Madre mía! ¿Y cómo está?

—No saben si sobrevivirá. Linda está en el hospital y me dijo que me llamaría en cuanto supieran algo.

Marita se dejó caer pesadamente en una de las sillas de la cocina. El corazón le bombeaba en el pecho y le costaba respirar. Sentía como si tuviese una soga al cuello.

—¿Tú crees que...?

La voz de Gabriel era apenas audible.

—No, eso no puede ser. ¿Quién iba a...?

Entonces, ambos comprendieron al mismo tiempo que todas sus penurias se debían al hecho de que un asesino andaba suelto. Casi podía oírse el eco del silencio en el auricular.

—Marita, llama a la policía. Salgo para allá ahora mismo. —Después sólo se oyó cómo colgaba el auricular.

Una vez más, sentado ante el escritorio y sin saber qué hacer, Patrik intentaba obligarse a buscar algo en lo que ocuparse en lugar de quedarse mirando el teléfono. Era tal su deseo de que le diesen los resultados de los análisis que casi lo podía mascar. El reloj seguía avanzando lento e implacable. Decidió adelantar algo de trabajo de administración y sacó los documentos. Media hora después, aún no había hecho nada con ellos, simplemente aguardar sentado con la mirada perdida en el vacío. Notaba el cansancio después de haber pasado tan mala noche. Tomó un trago del café que tenía en la mesa, pero puso cara de asco, pues ya se le había enfriado. Con la taza en la mano, se disponía a ir por otro, cuando, de pronto, sonó el teléfono. Se abalanzó con tal ímpetu que derramó el café frío sobre la mesa.

—Patrik Hedström.

—¡Jacob ha desaparecido!

Estaba tan seguro de que era la llamada del Instituto Forense que le llevó un instante registrar la información en su cerebro.

—¿Perdón?

—Soy Marita Hult. Mi marido está desaparecido desde ayer tarde.

—¿Desaparecido? —seguía sin entenderlo bien. Estaba tan cansado que no podía pensar con agilidad, como si las ideas se negasen a navegar por su cerebro.

—No vino a casa anoche y tampoco ha dormido en casa de sus padres. Y teniendo en cuenta lo que le ha sucedido a Johan...

Ahora sí que no comprendía nada de nada.

—Veamos, vaya más despacio. ¿Qué dice que le ha sucedido a Johan?

—Está ingresado en el hospital de Uddevalla, le dieron una paliza y no es seguro que sobreviva. ¿Y si Jacob ha sido víctima de la misma persona? Quién sabe si no estará herido y abandonado en algún sitio.

El pánico que desvelaba su voz iba en aumento, pero el cerebro de Patrik ya había logrado encajar las piezas. En cualquier caso, allí no sabían

nada de la agresión sufrida por Johan Hult, así que les habrían presentado la denuncia a los colegas de Uddevalla. Tenía que ponerse en contacto con ellos de inmediato, pero antes lo más importante era tranquilizar a la mujer de Jacob.

—Marita, seguro que a Jacob no le ha ocurrido nada, pero enviaré a un agente a su casa y me pondré en contacto con la policía de Uddevalla para ver qué saben ellos de Johan. No es que me tome lo que dice a la ligera, pero aún no veo razón para preocuparse. Sucede a veces, aquí solemos verlo, que por uno u otro motivo una persona decide estar lejos de su hogar una noche o dos. Y puede que Jacob estuviese alterado después de la noticia de ayer y necesitase estar en paz unas horas, ¿no?

Evidentemente frustrada, Marita le aseguró:

—Jacob nunca pasaría la noche fuera de casa sin decirme dónde está. Es demasiado considerado para hacer algo así.

—La creo y le prometo que nos pondremos a ello inmediatamente. Mandaré a alguien para que hable con ustedes, ¿de acuerdo? ¿Podría llamar a sus suegros y pedirles que vayan a su casa ellos también? Así podremos hablar con todos.

—Será más fácil que yo vaya a la de ellos —dijo Marita, que pareció aliviada al comprobar que empezarían a adoptar medidas concretas enseguida.

—De acuerdo —convino Patrik y, antes de colgar, le aseguró una vez más que intentase por todos los medios no pensar en lo peor.

La pasividad de Patrik desapareció de repente. Pese a lo que le había dicho a Marita, también él se inclinaba a creer que las razones de la desaparición de Jacob no eran tan sencillas. Si, además, Johan había sido atacado o víctima de un intento de asesinato o lo que quiera que fuese, había motivo de preocupación más que suficiente. Empezó por llamar a los colegas de Uddevalla.

Un poco después lo habían puesto al corriente de cuanto ellos sabían sobre la agresión, que no era mucho. Alguien había agredido a Johan con tal brutalidad, la noche anterior, que se debatía entre la vida y la muerte. Puesto que el propio Johan no estaba en condiciones de decirles quién le había hecho aquello, la policía no tenía aún ninguna pista. Habían hablado con Solveig y Robert, pero ninguno de los dos había visto a nadie en las inmediaciones de la casa. Por un instante, Patrik sospechó de Jacob, pero

resultó precipitado, pues a Johan lo golpearon mientras Jacob estaba siendo interrogado en la comisaría.

No sabía, por tanto, cuál debería ser el siguiente paso. Tenían dos tareas pendientes: por un lado, quería que alguien fuese al hospital de Uddevalla para hablar con Solveig y con Robert, para ver si, pese a todo, conocían algo de utilidad; y, por otro lado, necesitaba enviar a alguien a la finca para que hablase con la familia de Jacob. Tras unos minutos de vacilación, resolvió enviar a Martin y a Gösta, pero, justo cuando ya se disponían a salir, volvió a sonar el teléfono. En esta ocasión, sí era del Instituto Forense.

Presa de la mayor angustia, se preparó para oír la información obtenida por el laboratorio, pues tal vez contuviese la pieza que les faltaba; pero jamás, por mucha imaginación que tuviese, habría podido sospechar siquiera lo que le dijeron.

Martin y Gösta llegaron a la finca después de haberse pasado todo el camino discutiendo lo que Patrik les había dicho. Ninguno de los dos lo comprendía, pero la falta de tiempo tampoco les permitía perderse en indecisiones. Lo único que podían hacer era meter la cabeza hasta el fondo a ver qué sacaban.

Ante la escalinata de la entrada principal se vieron obligados a sortear dos grandes maletas. Martin se preguntó lleno de curiosidad cuál de los miembros de la familia se iría de viaje. Parecía mucho más equipaje del que Gabriel podía necesitar para uno de sus viajes de negocios y, además, era más bien femenino, así que se figuró que sería Laine.

En esta ocasión no los condujeron a la sala de estar, sino que, a través de un largo pasillo, los llevaron a una cocina que se encontraba en el otro extremo de la casa. Una dependencia que a Martin le agradó enseguida. Claro que la sala de estar era muy bonita, pero tenía un sello ligeramente impersonal. La cocina era mucho más acogedora y tenía una sencillez rural contraria a la pátina de fría elegancia que caracterizaba al resto de la finca. En la sala de estar, Martin se sentía como un pueblerino; allí, en cambio, le entraron ganas de arremangarse y empezar a cocinar en grandes y humeantes ollas.

Marita estaba sentada ante la enorme mesa rústica, con la silla contra la pared. Parecía estar buscando cobijo en medio de una situación tan

inesperada como aterradora. Oyó en la distancia los gritos de niños que jugaban fuera y, cuando miró por la ventana que daba al jardín, vio que se trataba de los dos hijos de Jacob y de Marita, que estaban correteando por el césped.

Se saludaron todos con un gesto y después se sentaron ante la mesa junto a Marita. Martin tenía la impresión de que reinaba un ambiente extraño, pero no pudo precisar por qué. Gabriel y Laine se habían sentado tan lejos como les fue posible el uno del otro y Martin se percató de que ambos se esforzaban al máximo por que sus miradas no se cruzasen. Pensó en las maletas que había en la puerta y entonces cayó en la cuenta de que Laine debía de haberle confesado a Gabriel su aventura con Johannes y el fruto de ella. No era, pues, extraño que el ambiente estuviese tan enrarecido e impenetrable. Eso explicaba, además, las maletas. Lo único que retenía a Laine en la casa era la preocupación por la ausencia de Jacob, que ambos compartían.

—Empecemos por el principio —dijo Martin—. ¿Quién de ustedes vio a Jacob por última vez?

Laine alzó la mano.

—Fui yo.

—¿Y eso cuándo fue? —prosiguió Gösta.

—Hacia las ocho. Después de haberlo recogido de la comisaría —dijo señalándolos a los dos.

—¿Y dónde lo dejó? —preguntó Martin.

—Justo a la entrada de Västergården. Me ofrecí a llevarlo hasta la puerta, pero me dijo que no era necesario. Es un poco complicado dar la vuelta al final del camino y sólo hay unos doscientos metros hasta la casa, así que no insistí.

—¿Cuál era entonces su estado de ánimo? —continuó Martin.

Laine miró de reojo a Gabriel. Todos sabían cuál era el tema subyacente, aunque nadie se atrevía a decirlo claramente. Martin cayó en la cuenta de que era bastante probable que Marita no tuviese la menor idea de la novedad sobre el parentesco de Jacob. Por desgracia, en aquellos momentos él no podía ser considerado con ella por ese motivo. Necesitaban obtener todos los datos y no podían andar con juegos de palabras y adivinanzas.

—Estaba... —Laine buscaba la palabra exacta— meditabundo. Creo que se encontraba conmocionado.

Marita observaba a Laine presa del más absoluto desconcierto. Después se dirigió a los policías.

—¿A qué se refieren? ¿Por qué estaba conmocionado? ¿Qué hicieron con él en la comisaría? Gabriel dijo que ya no era sospechoso, ¿por qué iba a estar tan afectado entonces?

Al rostro de Laine afloró un rictus apenas perceptible, único indicio de la tormenta de sentimientos que arrasaba en su interior, pero, con aparente calma, posó su mano sobre la de Marita, antes de explicarle:

—Querida, Jacob conoció ayer una noticia sobrecogedora. Hace muchos, muchos años, yo hice algo que estuve ocultando desde entonces. Y a causa de las investigaciones de la policía —explicó, lanzando una fugaz mirada a Martin y a Gösta—, Jacob se enteró ayer tarde. Yo tenía en mente contárselo algún día, pero los años iban pasando tan rápido...; supongo que esperaba que llegase el momento adecuado.

—El momento adecuado, ¿para qué?

—Para revelarle a Jacob que su padre era Johannes, no Gabriel.

El rostro de Gabriel se contrajo de dolor, palabra tras palabra, como si cada una fuese un navajazo en el pecho, aunque ya parecía haber superado el shock. Su psique había empezado a procesar el cambio y oírlo no le resultaba ya tan duro como la primera vez.

—¿Cómo? —Marita miraba atónita a Laine y a Gabriel. Después se vino abajo—. Dios mío, debe de estar destrozado.

Laine dio un respingo en la silla, como si le hubiesen dado una bofetada.

—Lo hecho, hecho está —declaró—. Ahora, lo más importante es encontrarlo. Luego... —vaciló un instante—, luego veremos qué hacer con lo demás.

—Laine tiene razón. Al margen del resultado de las pruebas, para mí Jacob es mi hijo —aseguró Gabriel, llevándose la mano al corazón—. Y tenemos que encontrarlo.

—Lo encontraremos —le garantizó Gösta—. Quizá no sea tan extraño que ahora quiera estar solo para pensar sobre todo esto.

Martin se alegró de la seguridad paternal que Gösta era capaz de transmitir cuando se lo proponía. En aquella situación, resultaba de lo más

adecuado para calmar el desasosiego de la familia y Martin continuó tranquilamente con sus preguntas:

—O sea que no volvió a casa, ¿no es así?

—No —confirmó Marita—. Laine me llamó cuando salieron de la comisaría, así que yo sabía que había salido de allí. Pero después, al ver que no venía, pensé que se habría quedado a dormir en su casa. Desde luego no era muy normal, pero, por otro lado, tanto él como toda la familia llevan varios días bajo tal presión que pensé que le vendría bien pasar unas horas con sus padres.

Al decir aquellas palabras, le lanzó una mirada furtiva a Gabriel, que respondió con una triste sonrisa. Le llevaría mucho tiempo no confundirse.

—¿Cómo supieron lo que le había sucedido a Johan? —preguntó Martin.

—Solveig nos llamó esta mañana temprano.

—Ah, creía que... no os llevabais bien —comentó Martin.

—Sí, podría decirse que así era, pero supongo que la familia es la familia y, a la hora de la verdad... —Gabriel dejó la frase inacabada—. Linda está en el hospital; parece que Johan y ella tenían una relación más estrecha de lo que nosotros imaginábamos —añadió con una sonrisa cómica y amarga a un tiempo.

—¿Han tenido más noticias? —quiso saber Laine.

Gösta negó con un gesto.

—No, lo último fue que seguía igual, pero Patrik Hedström va camino de Uddevalla, ya veremos lo que nos dice. Si ocurriera algo, sea lo que fuera, lo sabrán tan pronto como nosotros mismos. Quiero decir que supongo que Linda les llamará enseguida si hay cambios.

Martin se puso de pie.

—Bueno, creo que ya sabemos cuanto necesitábamos.

—¿Creen que el asesino de la chica alemana es la misma persona que agredió a Johan? —preguntó Marita con voz temblorosa. Todos intuyeron a qué se refería en realidad.

—No hay razón alguna para pensarlo —respondió Martin con amabilidad—. Estoy convencido de que no tardaremos en averiguar qué sucedió. Quiero decir que Johan y Robert llevan bastante tiempo moviéndose en círculos de dudosa reputación, así que es más verosímil que haya que buscar por ahí el origen.

—¿Qué van a hacer para encontrar a Jacob? —insistió Marita—. ¿Van a dar una batida por la zona, con perros o algo así?

—No, no creo que empecemos por ahí. Sinceramente, me inclino por creer que estará en algún sitio meditando sobre... la situación, y que aparecerá en casa cuando menos se lo esperen. Aunque, en realidad, lo mejor que puede hacer es irse a casa y llamarnos en cuanto vuelva, ¿de acuerdo?

Nadie se pronunció, así que lo tomaron como un sí. A decir verdad, no podían hacer mucho por el momento. Sin embargo. Martin se vio obligado a admitir para sí que no sentía tanta confianza como había querido aparentar ante la familia de Jacob. En efecto, era una extraña coincidencia que Jacob hubiese desaparecido justo la noche en que su primo, su hermano o lo que quiera que fuese Johan, sufría aquella agresión.

Ya en el coche y de regreso a Fjällbacka, se lo dijo a Gösta, que asintió, pues compartía su opinión. También él tenía la sensación de que algo no andaba bien. Tan extrañas coincidencias no solían darse en la realidad y la policía no debía suponer que así fuese. Ambos confiaban en que Patrik sacase algo más en claro.

Capítulo 10

Verano de 2003

Despertó con un martilleante dolor de cabeza y una sensación pegajosa en la boca. Jenny no sabía dónde estaba. Lo último que recordaba era que iba en un coche que había parado cuando ella hacía autoestop; de repente, se había visto arrojada a una especie de extraña y oscura realidad. Al principio, ni siquiera tuvo miedo. Tenía la impresión de que debía de tratarse de un sueño del que despertaría en cualquier momento, para descubrir que se hallaba en la caravana de sus padres.

Tras unos minutos, empezó a tomar conciencia de la realidad: jamás despertaría de aquel sueño. Presa del pánico, empezó a tantear la oscuridad que la rodeaba y, en la última de las paredes, notó que había listones de madera. Una escalera. Subió a tientas los peldaños hasta que se dio un golpe en la cabeza. Un techo detuvo su ascenso después de tan sólo un par de peldaños y la sensación de claustrofobia se hizo asfixiante. Calculó que a duras penas podría ponerse de pie en la habitación, pero poco más. Y, por lo que dedujo de su recorrido alrededor de las paredes, no tendrían más de un par de metros. Desesperada, empezó a empujar hacia arriba los listones en que terminaba la escalera y notó que uno de ellos cedía ligeramente, aunque estaba lejos de soltarse del todo. Oyó entonces el ruido de una cadena y comprendió que, probablemente, la trampilla estaría cerrada por el exterior con un candado.

Tras otro par de intentos de empujar la trampilla, volvió a bajar, decepcionada, y se sentó en el suelo de tierra abrazada a sus rodillas. El sonido de pasos procedentes del exterior la hizo acurrucarse más al fondo del habitáculo, tan lejos como pudo.

Cuando el hombre bajó hasta donde ella se encontraba, casi pudo ver su rostro, pese a que no había luz. Lo había visto cuando paró a recogerla

en su coche, y esto la aterraba: ella podía identificarlo y sabía qué coche tenía, lo que significaba que él jamás la dejaría salir viva de allí.

Empezó a gritar, mientras él le tapaba la boca con suavidad y le hablaba para tranquilizarla. Una vez convencido de que Jenny no seguiría gritando, retiró la mano de su boca y empezó a desnudarla despacio. La tocaba con fruición, casi con cariño. Jenny oyó que su respiración cambiaba, cada vez más pesada, y cerró los ojos para evitar pensar en lo que venía a continuación.

Después, él se disculpó. Más tarde, vino el dolor.

* * *

El tráfico en verano era criminal. La irritación de Patrik crecía a medida que dejaba atrás los kilómetros y cuando por fin llegó al aparcamiento del hospital de Uddevalla, respiró hondo varias veces para calmarse. Él no era, por lo general, de los que se enojaban con las caravanas que ocupaban toda la calzada ni con los turistas que conducían despacio, para ir señalando lo uno y lo otro, sin tener en cuenta la cola que iba formándose a sus espaldas. Sin embargo, la decepción del resultado de los análisis había contribuido considerablemente a reducir su nivel de tolerancia.

Apenas pudo dar crédito a sus oídos. Ninguno de los resultados coincidía con el esperma hallado en el cuerpo de Tanja. Estaba tan convencido de que tendrían la respuesta en cuanto llegasen los análisis que aún no se había repuesto por completo de la sorpresa. Algún familiar de Johannes Hult había asesinado a Tanja, eso era un hecho insoslayable, pero no era ninguno de los familiares conocidos.

Presa de la mayor impaciencia, marcó el número de la comisaría. Annika iba a llegar algo más tarde de lo habitual y tuvo que esperar hasta que estuviese en su puesto.

—Hola, soy Patrik. Oye, perdona si sueno estresado, pero ¿podrías decirme lo antes posible si hay más miembros de la familia Hult en la zona? Me refiero concretamente a algún hijo de Johannes Hult nacido fuera del matrimonio.

La oyó tomar nota y cruzó los dedos. Era su último recurso, tal y como estaban las cosas, y esperaba con todas sus fuerzas que encontrase a alguien. De lo contrario, no les quedaba más que sentarse a meditar.

No dudaba en admitir que le gustaba la primera teoría que se le había ocurrido durante el viaje a Uddevalla: que Johannes tuviese en el pueblo algún hijo desconocido por ellos. Teniendo en cuenta lo que sabían de él, no parecía imposible, sino tanto más verosímil cuanto más lo pensaba. Además, podría ser un móvil para el asesinato de Johannes, se decía Patrik, sin saber con exactitud cómo atar los cabos. Los celos son un excelente móvil de asesinato y el modo en que murió podía encajar con esa teoría: un homicidio impulsivo, no premeditado; un ataque de ira, de celos, que acabó produciendo la muerte de Johannes.

¿Qué relación guardaba eso con los asesinatos de Siv y Mona? Ésta era una pieza que aún no había logrado encajar en el rompecabezas, pero sobre la que las pesquisas de Annika tal vez pudiesen arrojar cierta luz.

Cerró la puerta del coche y se encaminó a la entrada principal. Después de buscar un rato y con la ayuda de algunos empleados, logró encontrar por fin la sección adecuada. En la sala de espera había tres personas a las que él quería ver y que, como pajarillos posados sobre un cable del tendido eléctrico, halló sentadas una junto a otra, mudas y absortas, con la mirada perdida. Sin embargo, se percató del destello de esperanza que afloró a los ojos de Solveig al verlo. Con gran esfuerzo, se levantó de la silla y se le acercó pausadamente. Tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche, como era lógico. Llevaba la ropa arrugada y olía a sudor, el cabello grasiento y enredado, y los ojos castigados por unas profundas y marcadas ojeras. Robert daba la misma impresión de agotamiento, aunque no parecía tan estragado como Solveig. Tan sólo Linda parecía estar bien, aseada y con la mirada limpia, aún ignorante de la noticia que acababa de asolar su hogar.

—¿Tenéis algo ya? —le preguntó Solveig a Patrik tirándole ligeramente del brazo.

—Lo siento, no, no sabemos nada más. Y vosotros, ¿se han pronunciado los médicos?

Robert negó con un gesto.

—No, siguen operando. Al parecer, algo le presionaba el cerebro. Creo que están abriéndole la cabeza. Mucho me extrañaría que encontraran un cerebro dentro.

—¡Robert!

Solveig le gritó indignada y le lanzó una mirada hostil, pero Patrik comprendió sin dificultad qué pretendía el muchacho: ocultar su temor y aliviar la presión bromeando al respecto. Un método que también a él solía darle buen resultado.

Patrik se sentó en uno de los artilugios, a medio camino entre silla y sillón, que quedaban libres en la sala. Solveig también volvió a sentarse.

—¿Quién ha podido hacerle tal cosa a mi pequeño? —se lamentaba meciéndose angustiada hacia delante y hacia atrás—. Lo vi cuando lo sacaban del cobertizo. Parecía otra persona, no había más que sangre por todas partes.

Linda dio un respingo, horrorizada. Robert no se inmutó. Patrik se fijó en sus vaqueros negros y en la camiseta, y observó que aún tenía grandes manchas y restos de la sangre de Johan.

—Entonces, ¿no oísteis ni visteis nada ayer por la noche?

—No, ya se lo hemos dicho a los otros policías —respondió Robert indignado—. ¿Cuántas veces vamos a tener que repetirlo?

—De verdad que lo siento, pero tengo que hacer las mismas preguntas. Tened un poco de paciencia, os lo ruego.

La compasión que denotaba su voz era auténtica. En situaciones como esta, el oficio de policía resultaba difícil, pues se veían obligados a inmiscuirse en la vida de las personas cuando éstas tenían otros asuntos más importantes en los que pensar. Sin embargo, y por inesperado que pudiera parecer, Solveig vino en su ayuda.

—Robert, haz el favor de colaborar. Comprenderás que debemos hacer lo que podamos por ayudarles a atrapar al que le hizo esto a nuestro Johan —le advirtió antes de dirigirse a Patrik—. A mí me pareció oír un ruido poco antes de que me llamase Robert, no sé si antes o después de que lo encontrara.

Patrik asintió y le preguntó a Linda.

—¿Tú no verías a Jacob ayer noche, no?

—No —respondió Linda desconcertada—. Yo estaba en la finca y supongo que él estaba en Västergården. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque parece ser que anoche no llegó a casa y pensé que tal vez tú lo habrías visto.

—No, ya te digo que no lo vi. Pero pregúntales a mis padres.

—Sí, ya lo hemos hecho y ellos tampoco lo han visto. No sabrás tú de algún lugar donde pudiera estar, ¿verdad?

Linda empezaba a dar muestras de preocupación.

—Pues no, ¿dónde iba a estar? —Después pareció tener una idea—. ¿Habrás ido a Bullaren a pasar la noche? Claro que nunca lo había hecho antes, pero...

Patrik se dio un puñetazo en la pierna. ¡Cómo habían podido ser tan torpes para no pensar en la granja de Bullaren! Se excusó y llamó a Martin, que le aseguró que iría allí a comprobarlo inmediatamente.

Cuando volvió a la sala de espera, el ambiente había cambiado de forma notable. Mientras él hablaba con Martin, Linda había llamado a casa desde su móvil. Y ahora lo miraba con toda su rebeldía adolescente.

—¿Qué es lo que está pasando, eh? Mi padre dice que Marita os llamó para denunciar la desaparición de Jacob y que los otros dos policías han estado haciéndoles un montón de preguntas sobre el asunto. Mi padre está muy preocupado —afirmó con los brazos en jarras delante de Patrik.

—Aún no hay motivo de preocupación —repitió, como Gösta y Martin hicieran en la finca—. Lo más probable es que tu hermano haya decidido apartarse un tiempo para estar en paz, aunque nosotros tenemos que tomarnos todas las denuncias por desaparición con la misma seriedad.

Linda lo observaba con desconfianza, pero pareció dejarse convencer por la respuesta. Después dijo en tono sereno:

—Mi padre me habló también de Johannes... ¿Cuándo tenías pensado decírselo? —preguntó señalando con la cabeza a Solveig y a Robert.

Patrik no pudo por menos de admirar fascinado el arco que su larga y rubia melena describió en el aire. Después se recordó a sí mismo la edad que tenía la joven y se hizo enseguida la reflexión de si el cambio que suponía formar una familia no habría desatado en él cierta tendencia a comportarse como un viejo baboso.

Le respondió en el mismo tono discreto.

—Pensábamos esperar un poco. Ahora no me parece el momento idóneo, teniendo en cuenta el estado de Johan.

—Te equivocas —objetó Linda con calma—. Ahora es cuando necesitan oír una buena noticia. Y, créeme, conozco a Johan lo bastante para saber que el que Johannes no se quitase la vida cuenta como una buena noticia en esta familia. De modo que si no lo cuentas tú, lo haré yo.

«Menuda arrogante», pensó Patrik, aunque hubo de admitir que tenía razón. Tal vez ya hubiese esperado demasiado para contarle y, en realidad, tenían derecho a saberlo.

—Solveig, Robert, sé que tuvisteis vuestras objeciones a la exhumación del cadáver de Johannes.

Robert saltó de la silla como un rayo.

—¿Qué te pasa, no estás en tus cabales? ¿Vas a sacar a relucir ese asunto otra vez? ¿Te parece que no tenemos ya bastantes problemas?

—Siéntate, Robert —rugió Linda—. Yo sé lo que tiene que deciros y, créeme, es algo que querréis saber.

Boquiabierto ante el hecho de que su joven prima le diese órdenes tan contundentes, Robert obedeció y guardó silencio. Patrik continuó mientras Solveig y Robert lo miraban con encono, al evocar el recuerdo de la humillación que supuso ver cómo perturbaban el descanso de su padre y marido.

—Bien, pedimos una autopsia de un forense..., eh..., para que examinase el cadáver rigurosamente; y resulta que encontró algo interesante.

—¿Interesante? —bufó Solveig—. ¡Vaya manera de decirlo!

—Sí, tendréis que disculparme, pero no hay mejor modo de calificarlo. Johannes no se suicidó, fue asesinado.

Solveig contuvo la respiración y Robert se quedó helado, incapaz de moverse.

—¿Pero qué dices, hombre? —Solveig le tomó la mano a Robert y él no opuso resistencia.

—Lo que acabas de oír. Johannes murió asesinado, no se quitó la vida.

Los enrojecidos ojos de Solveig estallaron en llanto y su inmenso cuerpo empezó a temblar en tanto que Linda miraba a Patrik triunfante. Eran lágrimas de alegría.

—Lo sabía —sentenció Solveig—, sabía que él no haría tal cosa. Y la gente que decía que se había suicidado porque había matado a aquellas dos muchachas... Ahora tendrán que tragárselo. Seguro que el que mató a las chicas y el que acabó con mi Johannes es el mismo. Tendrán que pedirnos perdón de rodillas. Tantos años como llevamos...

—Mamá, déjalo —la reconvino Robert irritado, como si no hubiese comprendido del todo lo que Patrik acababa de decir. Sin duda, necesitaba

más tiempo para asimilarlo.

—¿Qué pensáis hacer para atrapar al asesino de Johannes? —preguntó Solveig impaciente.

Patrik se retorció por dentro.

—Pues... no será tan fácil, ¿sabes? Han pasado ya muchos años y no se conserva ninguna prueba sobre la que investigar; pero, por supuesto, haremos cuanto podamos, todo lo que esté en nuestra mano; es cuanto puedo prometer.

Solveig resopló irónica:

—Claro, me lo imagino. Poned el mismo empeño en encontrar a su asesino como pusisteis en intentar acusarlo y seguro que no habrá problema. Y la disculpa que más me interesa ahora mismo es, precisamente, la vuestra.

Reprendía con el dedo a Patrik de tal modo que éste decidió que había llegado el momento de marcharse, antes de que la situación degenerase. Intercambió con Linda una mirada elocuente y la joven le indicó discretamente que se marchase. Antes de hacerlo, le hizo una última advertencia:

—Linda, si sabes algo de Jacob, prométeme que nos llamarás inmediatamente. Aunque creo que tienes razón, estará en Bullaren.

Linda asintió, pero la preocupación seguía empañando sus ojos.

Acababan de estacionar el coche en el aparcamiento de la comisaría cuando Patrik llamó. Martin volvió a salir a la carretera en dirección a Bullaren. Después de una soportable y fresca mañana, el calor empezaba a hacer subir de nuevo el mercurio del termómetro, así que aumentó un punto el ventilador. Gösta se tiraba del cuello de la camisa de manga corta.

—Si por lo menos dejase de hacer este maldito calor...

—Sí, claro, en el campo de golf no te quejas tanto, ¿eh? —rió Martin.

—Bueno, pero eso es otra cosa —protestó Gösta. El golf y la religión eran dos categorías de su mundo con las que no se podía bromear. Por un instante, deseó estar trabajando con Ernst. Ciertamente era más productivo hacerlo con Martin, pero debía admitir que la ociosidad que impregnaba el trabajo con Lundgren le gustaba más de lo que pensaba. Claro que Ernst tenía sus cosas, pero, por otro lado, no protestaba nunca si Gösta se escaqueaba unas horas para practicar un poco de golf.

Sin embargo, enseguida vio ante sí la foto de Jenny Möller y lo invadieron los remordimientos. Durante unos segundos de clarividencia, se vio convertido en un viejo cascarrabias, que guardaba un terrible parecido con su propio padre anciano y, si seguía así, acabaría, tarde o temprano, como su padre: solo en el sofá de una residencia de ancianos, murmurando todo el día sobre viejas injusticias cometidas con él, aunque sin hijos que fuesen a verlo puntualmente de vez en cuando.

—¿Tú qué crees? ¿Estará allí? —preguntó como para interrumpir sus aciagas cavilaciones.

Martin reflexionó un instante antes de responder:

—No, me sorprendería mucho, la verdad, pero vale la pena comprobarlo.

Entraron en la explanada y volvieron a quedar impresionados por el idílico entorno. La granja parecía sumergida en una suave luz que intensificaba el hermoso contraste del rojo de la casa, típico de Falun, con el azul del mar que se extendía al fondo. Como de costumbre, montones de jóvenes corrían hacendosos de un lado a otro, ocupados en sus tareas. Una serie de palabras emergieron a la conciencia de Martin, evocadas por el panorama: imponente, saludable, útil, limpio, sueco..., y la combinación de todas ellas le inspiró una sensación ligeramente desagradable. La experiencia le había enseñado que si algo parecía *demasiado* bueno, quizá no lo fuese...

—Una imagen como de juventudes hitlerianas, ¿no te parece? —preguntó Gösta, formulando en palabras la reflexión de Martin.

—Bah, quizá, pero te has pasado un poco, creo yo. De todos modos, no te prodigues en ese tipo de comentarios —atajó Martin.

Gösta pareció dolido.

—Vale, perdona —se quejó—. No sabía que fueses el policía del diccionario. Además, tampoco habrían admitido a alguien como Kennedy si esto fuese un campamento nazi.

Martin hizo oídos sordos al comentario y se encaminó a la puerta, que abrió una de las monitoras de la granja.

—Hola, ¿qué queréis?

Al parecer, la animadversión de Jacob hacia la policía se había contagiado entre el personal.

—Estamos buscando a Jacob —Gösta seguía enfurruñado, así que fue Martin quien tomó el mando.

—No está aquí. Intentad localizarlo en su casa.

—¿Estás segura de que no está aquí? Nos gustaría echar una ojeada nosotros mismos.

La mujer se apartó, aunque a disgusto, y los dejó pasar.

—Kennedy, la policía está aquí otra vez. Quieren ver el despacho de Jacob.

—Sabemos dónde está el despacho —aseguró Martin.

La mujer no le prestó atención y Kennedy apareció enseguida diligente para reunirse con los policías. Martin se preguntó si ejercía algún servicio de guía permanente en la granja o si, simplemente, le gustaba llevar y traer a los visitantes.

El joven encabezó la marcha en silencio, seguido por el pasillo de Martin y Gösta, en dirección al despacho de Jacob. Le dieron las gracias y abrieron la puerta esperanzados, pero ni rastro de Jacob. Entraron e inspeccionaron detenidamente el despacho en busca de algún indicio de que Jacob hubiese pasado allí la noche, una manta en el sofá, un despertador, cualquier cosa, pero no hallaron nada y salieron decepcionados. Kennedy los aguardaba tranquilamente. Se apartó el flequillo de la cara y Martin pudo ver sus ojos negros e insondables.

—Nada. Nada de nada —se lamentó Martin mientras conducían de nuevo a Tanumshede.

—No —dijo Gösta. Martin alzó las cejas con resignación: al parecer, su colega seguía dolido. En fin, pues allá él.

La mente de Gösta estaba ocupada, no obstante, en algo muy distinto. En efecto, había visto algo durante la visita a la granja, pero no terminaba de identificar qué. Intentaba dejar de pensar en ello para que su subconsciente lo procesara libremente, pero le resultaba tan imposible como dejar de pensar en un grano de arena que tuviese en el ojo. Era algo que había visto y que debería recordar.

—¿Qué tal, Annika? ¿Has encontrado algo?

La mujer negó sin decir nada. Le inquietaba la expresión de Patrik. La falta de sueño, el desorden en las comidas y el exceso de estrés habían erradicado los restos de su bronceado y habían dejado sólo una pátina de

palidez. Parecía caminar vencido bajo el peso de una carga invisible cuyo origen no era difícil adivinar. Le habría gustado poder decirle que trazase una línea divisoria entre sus sentimientos personales y la vida laboral, pero se abstuvo de ello. También ella empezaba a notar la presión y lo último que pensaba por las noches, antes de cerrar los ojos, era en la desesperación de los padres de Jenny Möller el día que llegaron a la comisaría a denunciar la desaparición de su hija.

—¿Cómo estás? —se limitó a preguntar, solícita, mirando a Patrik por encima de las gafas.

—Pues como puedo, dadas las circunstancias —respondió Patrik al tiempo que se pasaba los dedos por el cabello, que quedó encrespado como el de un profesor chiflado.

—Como una mierda, me figuro —declaró Annika sin contemplaciones. Ella no era de las que perdían el tiempo en retóricas. Si algo era una mierda, olía a mierda aunque se perfumase, ese era su lema en la vida.

Patrik sonrió.

—Sí, algo así. Pero vamos a dejarlo. ¿No has encontrado nada en los archivos?

—No, por desgracia. No había nada en los del censo sobre otros hijos de Johannes Hult y no hay muchos más listados en los que buscar ese tipo de información.

—Pero ¿sería posible que tuviese algún hijo más, aunque no esté registrado como tal?

Annika lo miró como recriminándole su torpeza y farfulló:

—Sí, por suerte no existe ninguna ley que obligue a una madre a declarar el nombre del padre de su hijo, de modo que bien podría haber algún hijo suyo por ahí bajo el epígrafe de «padre desconocido»

—Y, déjame que lo adivine, hay unos cuantos...

—No necesariamente. Depende del área geográfica que quieras abarcar, pero he de decir que la gente de la zona ha sido extraordinariamente respetable. Además, recuerda que no estamos hablando de los años cuarenta: la máxima actividad de Johannes debería haberse desarrollado durante los sesenta y los setenta. En aquella época no era tan ignominioso tener hijos fuera del matrimonio. Incluso hubo un tiempo, durante los sesenta, en que se consideraba algo positivo.

Patrik soltó una carcajada.

—Si te refieres a la era Woodstock, a mí me parece que el *flower power* y el amor libre no llegaron nunca a Fjällbacka.

—No te creas, donde menos te lo esperas... —respondió Annika, satisfecha de haber aliviado un poco la tensión con su comentario. Últimamente reinaba en la comisaría el mismo ambiente que en una funeraria. Sin embargo, Patrik no tardó en volver a adoptar el mismo tono grave de siempre.

—Es decir, que, en teoría, podrías confeccionar una lista de los niños de padre desconocido de, digamos, el municipio de Tanum.

—Sí, podría hacerlo no sólo en teoría, sino también en la práctica, pero me llevará un tiempo —le advirtió Annika.

—Pues hazlo tan rápido como puedas.

—¿Y cómo te las arreglarás para averiguar quién es hijo de Johannes a partir de esa lista?

—Para empezar, llamaré por teléfono. Si no funciona, ya veré cómo resuelvo el problema.

En ese momento se abrió la puerta, que dio paso a Gösta y a Martin. Patrik le dio las gracias a Annika y se encaminó al pasillo para encontrarse con ellos. Martin se detuvo, pero Gösta clavó la mirada en el suelo y se fue a su despacho.

—No me preguntes —se adelantó Martin meneando la cabeza.

Patrik frunció el ceño. Lo último que necesitaban era que hubiese roces entre los miembros del personal. Ya tenían bastante con los problemas ocasionados por Ernst. Martin pareció leerle el pensamiento.

—No es nada grave, no te preocupes.

—De acuerdo. ¿Nos tomamos un café en el comedor mientras nos ponemos al día?

Martin asintió, se sirvieron un café y se sentaron a la mesa. Patrik le preguntó:

—¿Alguna pista de Jacob en Bullaren?

—No, ni rastro. No parece que haya estado allí. Y tú, ¿qué tal te fue?

Patrik le resumió su visita al hospital.

—Pero ¿tú te explicas cómo es posible que los análisis no hayan dado ningún resultado positivo? Sabemos que la persona a la que buscamos es pariente de Johannes, pero no es ni Jacob, ni Gabriel, ni Johan ni Robert, y

teniendo en cuenta el tipo de prueba, podemos excluir de antemano a las mujeres. ¿Alguna idea?

—Bueno, le he pedido a Annika que intente averiguar si Johannes tuvo algún hijo más en el pueblo.

—Me parece sensato tal y como se supone que era; lo anormal sería que no tuviera hijos ilegítimos aquí y allá.

—¿Qué opinión te merece a ti la teoría de que quien atacó a Johan sea la misma persona que ahora tiene a Jacob? —preguntó Patrik antes de sorber muy despacio el café ardiendo.

—Desde luego, es una extraña coincidencia. Y tú, ¿qué piensas?

—Como tú, que sería muy extraño que no se tratase de la misma persona. Se diría que ha desaparecido de la faz de la tierra. Nadie lo ha visto desde ayer por la tarde. Te confieso que estoy muy preocupado.

—Tú tenías la sensación constante de que Jacob ocultaba algo. ¿Será ese el motivo de su desaparición? —inquirió Martin, no demasiado seguro de su hipótesis—. ¿Y si alguien supo que había estado en la comisaría y creyó que había contado algo que, precisamente ese alguien, deseaba mantener en secreto?

—Tal vez —admitió Patrik—. Pero no es ese el problema. En estos momentos, todo es posible y lo único que tenemos son especulaciones. Tenemos a Siv y a Mona —empezó a contar con los dedos—, asesinadas en el 79; a Johannes, asesinado en el 79; a Tanja, asesinada ahora, veinticuatro años después; a Jenny Möller, secuestrada, probablemente mientras hacía autoestop, a Johan, agredido y quizá también asesinado, según sea el desenlace; y a Jacob, desaparecido sin dejar rastro. El denominador común parece ser siempre la familia Hult, aunque tenemos pruebas de que ninguno de ellos es responsable de la muerte de Tanja. Y todo indica que el asesino de Tanja es la misma persona que acabó con la vida de Siv y Mona —bajó los brazos en un gesto de impotencia—. Es un verdadero lío, eso es lo que es. Y nosotros, en medio de todo, sin encontrarnos a nosotros mismos ni con la ayuda de una linterna.

—Venga, qué pasa, ya has vuelto a leer esa propaganda antipolicía, ¿eh? —sonrió Martin.

—En fin, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Patrik—. Se me han agotado las ideas. Pronto será tarde para Jenny Möller, si no lo es ya, desde hace varios días. —De pronto cambió bruscamente de tema para salir del

círculo vicioso de la autocompasión—. Dime, ¿has invitado ya a salir a la chica esa?

—¿A qué chica? —preguntó Martin fingiendo indiferencia.

—Venga ya, sabes perfectamente a quién me refiero.

—Si te refieres a Pia, no había nada de eso. Simplemente, nos prestó su ayuda como intérprete.

—«Simplemente, nos prestó su ayuda como intérprete» —lo remedió Patrik con voz de falsete, moviendo la cabeza a uno y otro lado—. Vamos, hombre, sal de la barrera y lánzate al campo de batalla. Se te nota que algo hay cuando hablas de ella. Aunque quizá no sea tu tipo, en realidad. Quiero decir que parece que no tiene novio —dijo Patrik con una sonrisa provocadora.

Martin se preparaba para responder debidamente a su comentario cuando sonó el móvil de Patrik.

Martin aguzó el oído para oír quién llamaba. Era algo relacionado con los análisis de sangre, y entendió que sería alguien del laboratorio. Las respuestas de Patrik no le aclararon nada:

—¿Cómo que algo extraño?... Ajá... Ya... ¿Qué demonios estás diciendo? Pero ¿cómo es posible...? De acuerdo... Ajá.

Martin tuvo que reprimir sus deseos de preguntar a gritos. A juzgar por la expresión de Patrik, tenían algo decisivo, pero su colega se empeñaba en responder con monosílabos a la persona del laboratorio con la que hablaba por teléfono.

—Lo que me estás diciendo es que habéis logrado establecer con exactitud las relaciones de parentesco entre ellos —repitió Patrik, haciéndole a Martin una señal cómplice, para indicarle que intentaba hacerlo partícipe de la información—. Sigo sin entender cómo encaja eso... No, eso es del todo imposible, está muerto. Tiene que haber otra explicación... Vamos, hombre, tú eres el experto. Escúchame con atención y reflexiona: *tiene* que existir otra explicación.

A Martin le dio la impresión de que Patrik esperaba nervioso mientras la otra persona meditaba. Y le susurró:

—¿Qué ocurre?

Patrik se llevó un dedo a la boca para que guardase silencio pues, al parecer, le estaban dando una respuesta.

—No, no es rebuscado en absoluto. De hecho, en este caso es perfectamente posible.

El rostro de Patrik se iluminó y Martin vio que lo inundaba una oleada de alivio. Él, por su parte, arañaba literalmente la mesa sin lograr vencer su curiosidad.

—¡Gracias! ¡Gracias, joder! —Patrik cerró de un golpe la tapa del móvil y se volvió hacia Martin con el mismo resplandor en el semblante.

—¡Ya sé quién tiene a Jenny Möller! Y, cuando te lo cuente, no vas a dar crédito.

Habían terminado de operar. Johan había sido trasladado a la unidad de cuidados intensivos, donde descansaba lleno de tubos, desvanecido en una oscura nebulosa. Robert estaba sentado a su lado, cogido de su mano. Solveig los dejó solos, aunque contrariada, para ir al servicio, de modo que Robert pudo disfrutar de unos minutos a solas con su hermano, pues a Linda no le habían permitido entrar. No querían que hubiese allí demasiadas personas al mismo tiempo.

El grueso tubo insertado en la boca de Johan estaba conectado a un aparato que emitía un ruido sibilante y Robert tuvo que hacer un esfuerzo para no respirar al mismo ritmo que la máquina. Era como si quisiera ayudar a Johan a respirar; cualquier cosa con tal de erradicar esa sensación de impotencia que amenazaba con superarlo.

Acariciaba la palma de la mano de Johan con su pulgar y se le ocurrió mirar cómo era su línea de la vida, pero fracasó, pues no supo distinguir cuál de las tres era. Johan tenía dos muy largas y otra más corta y Robert se dijo que ojalá la corta tampoco fuese la del amor.

La idea de un mundo sin Johan le resultaba vertiginosa e inaceptable. Sabía que siempre había causado la impresión de ser el más fuerte de los dos, el jefe; pero lo cierto era que sin Johan, él no era más que un miserable. Su hermano tenía una dimensión humana que él necesitaba para conservar su propia humanidad. Cuando encontró muerto a su padre, gran parte de su dulzura desapareció y, sin Johan, su lado oscuro tomaría el mando.

Y allí sentado empezó a hacer promesas: prometió que todo sería distinto si Johan se quedaba con ellos; prometió no volver a robar, buscar un trabajo, intentar hacer algo bueno con su vida...; en fin, prometió incluso que se cortaría el pelo.

Esta última promesa le causó bastante angustia, pero, para su sorpresa, pareció justo la decisiva, la que marcó la diferencia: un leve temblor en la mano de Johan, un ligero movimiento del dedo índice, como si intentase devolverle a Robert sus caricias. No fue mucho, pero fue cuanto necesitaba. Aguardaba impaciente a que Solveig volviese, deseaba contarle que Johan volvería a estar bien.

—Martin, al teléfono hay un chico que dice tener información sobre la agresión a Johan Hult —le dijo Annika, asomando la cabeza por la puerta entreabierta. Martin se detuvo y se dio la vuelta.

—Joder, ahora no tengo tiempo.

—¿Le digo que llame más tarde? —preguntó Annika sorprendida.

—No, hombre, no, lo cojo ahora mismo. —Martin entró a la carrera en la oficina de Annika y tomó el auricular que ella le tendía. Tras escuchar con suma atención durante unos minutos y después de hacer un par de preguntas, colgó y salió corriendo de la oficina.

—Annika, Patrik y yo tenemos que irnos. ¿Puedes localizar a Gösta y pedirle que me llame al móvil enseguida? Y, por cierto, ¿dónde está Ernst?

—Gösta y Ernst se han ido a almorzar juntos, pero los llamo al móvil.

—Bien.

Martin se marchó a toda prisa y, segundos después, apareció Patrik.

—¿Localizaste lo de Uddevalla, Annika?

La recepcionista le mostró un pulgar hacia arriba.

—Todo listo, están en camino.

—¡Perfecto! —se disponía a marcharse, cuando se detuvo a medio camino—. Oye, por cierto, como es lógico, ya no tienes que seguir perdiendo el tiempo con la lista de niños sin padre...

Después, también él desapareció a buen paso en dirección al pasillo. De pronto, la energía había vuelto a reinar en la comisaría con una intensidad casi tangible. Patrik la había puesto al corriente de las novedades y Annika sintió cómo la excitación recorría todo su cuerpo. Resultaba tan liberador saber que por fin habían llegado a algo concreto en aquella investigación..., y cada minuto era crucial. Se despidió de Martin y de Patrik cuando los vio pasar ante la ventanilla de la recepción en dirección a la calle.

—¡Suerte! —les gritó, aunque no supo si la habían oído. Rápidamente, marcó el número de Gösta.

—Sí, Gösta, es patético. Tú y yo aquí sentados, mientras los gallitos dominan la situación. —Ernst abordaba su tema favorito y Gösta hubo de admitir que ya empezaba a cansarse de oír siempre lo mismo. Aunque se había enojado con Martin aquella mañana, era más bien a causa de la amargura que le provocaba verse reconvenido por un colega al que le doblaba la edad, pero, bien mirado, tampoco era tan grave.

Fueron en coche hasta Grebbestad y se sentaron a almorzar en el restaurante Telegrafen. En Tanum, la oferta no era muy variada, de modo que uno se cansaba pronto del repertorio y Grebbestad estaba a tan sólo diez minutos.

De repente sonó el teléfono de Gösta, que estaba sobre la mesa, y ambos vieron en la pantalla el número de la centralita de la comisaría.

—¡Joder, pasa de contestar! Tú también tienes derecho a almorzar tranquilamente, ¿no? —Ernst extendió el brazo para cortar él mismo la llamada en el móvil de Gösta, pero la mirada del colega lo paralizó a medio camino.

Estaban en plena hora del almuerzo y había quien no veía con buenos ojos que nadie se atreviese a mantener una conversación por el móvil en el restaurante, así que Gösta lanzó una mirada retadora a su alrededor y respondió en un tono más alto de lo normal. Cuando terminó, dejó un billete sobre la mesa, se levantó y le dijo a Ernst que hiciese lo propio.

—Tenemos trabajo.

—¿Y no puede esperar? Aún no he probado bocado —se quejó Ernst.

—Te lo comes luego en la comisaría. Ahora tenemos que ir a buscar a un tipo.

Por segunda vez en la misma mañana, Gösta recorrió el trayecto en dirección a Bullaren, aunque en esta ocasión era él quien conducía. Informó a Ernst de lo que le había revelado Annika y, en efecto, una vez en su destino, media hora más tarde, un chico los aguardaba en la carretera, a cierta distancia de la granja.

Detuvieron el coche y salieron.

—¿Eres Lelle? —preguntó Gösta.

El chico asintió. Era corpulento y fuerte, tenía el cuello de un boxeador y unos puños gigantescos. «Ideal para ser portero», se dijo Gösta. O traficante, como era el caso, aunque, al parecer, un traficante con conciencia.

—Nos has llamado, así que habla —continuó Gösta.

—Sí, será mejor que empieces a cantar cuanto antes —le advirtió Ernst en tono provocador, lo que le valió una mirada de reconvención por parte de Gösta: aquella misión no requería ningún tipo de exhibición de machismo por su parte.

—Bueno, como le dije a la chica de la comisaría, Kennedy y yo hicimos algo muy tonto ayer.

«Algo muy tonto», se dijo Gösta. Desde luego, el muchacho no era de los que exageraban.

—¿Sí? —le dijo animándolo.

—Le dimos un poco a ese tipo, el que es pariente de Jacob.

—¿A Johan Hult?

—Sí, eso, así creo que se llamaba. Juro que no sabía que Kennedy iba a ensañarse con él de esa manera —aseguró con voz un tanto chillona—. Sólo iba a charlar un rato con él y amenazarlo un poco. Nada serio.

—Pero al final no fue así —sugirió Gösta, intentando adoptar un tono paternal, aunque sin éxito.

—No, se le fue la olla, vamos. Se puso a decirle la tira de cosas sobre lo bueno que es Jacob y que Johan le había machacado la vida no sé cómo y que había mentido sobre algo que Kennedy quería que retirase y cuando Johan dijo que no, pues Kennedy empezó a flipar y a darle sin parar.

En este punto, se vio obligado a detenerse para recobrar el resuello. Gösta creía que se había enterado, pero no estaba del todo seguro. ¿Por qué los jóvenes de hoy no podían hablar como las personas normales?

—¿Y qué hacías tú mientras tanto? ¿Arreglabas el jardín? —preguntó Ernst burlón, lo que le valió otra advertencia muda por parte de Gösta.

—Yo lo sujetaba —dijo Lelle en voz baja—. Lo sujetaba por los brazos, para que no pudiese devolver los golpes, pero, joder, yo no sabía que Kennedy iba a perder los papeles. ¿Cómo iba a saberlo? —lloriqueó mirando a los dos policías—. ¡Qué pasará ahora! ¿No voy a poder quedarme en el centro? ¿Iré a la cárcel?

Aquel joven grandullón estaba a punto de echarse a llorar. Parecía un niño asustado, de modo que Gösta no tuvo que esforzarse para dar a su voz un tono paternal, pues así sonó, de hecho.

—Bueno, ya lo veremos después y encontraremos una solución. Ahora lo más importante es que hablemos con Kennedy. Puedes esperar aquí si quieres, mientras nosotros vamos a buscarlo, o acompañarnos en el coche. Como prefieras.

—Iré con vosotros en el coche. De todos modos, los demás se enterarán de que fui yo quien se chivó.

—De acuerdo, pues vamos.

Recorrieron los cien metros que los separaban de la granja, donde los recibió la misma mujer que les abrió la puerta a Gösta y a Martin aquella mañana. Estaba aún más irritada.

—Pero ¿qué pasa ahora, qué queréis? Si seguimos así, tendremos que poner una puerta batiente para vosotros. En mi vida he visto nada igual, después de la estrecha colaboración que hemos tenido con la policía durante tantos años...

Gösta la interrumpió alzando la mano y la miró con expresión grave, antes de explicarle:

—No tenemos tiempo para discusiones. Queremos hablar con Kennedy enseguida.

La mujer se percató de que no había lugar para la protesta y llamó a Kennedy. Cuando volvió a dirigirse a ellos, lo hizo en un tono más suave.

—¿Qué queréis de Kennedy? ¿Ha hecho algo?

—Os daremos todos los detalles después —intervino Ernst con brusquedad—. En este momento, nuestro único cometido consiste en llevar al chico a la comisaría para hablar con él. Nos llevaremos también a Lelle, el grandullón.

Kennedy apareció de entre las sombras. Vestía pantalón oscuro, camisa blanca y, con el cabello bien peinado, parecía un muchacho de un internado inglés, no un antiguo pendenciero alojado en un centro de menores. Lo único que malograba la imagen eran los arañazos de los puños. Gösta maldijo para sus adentros. Eso era lo que había visto aquella mañana; eso era lo que tenía que haber recordado antes.

—¿En qué puedo ayudar a los señores? —tenía una voz bien modulada, aunque quizá demasiado. Se notaba que se empeñaba en hablar

bien, lo que destruía el efecto.

—Hemos estado hablando con Lelle. Como comprenderás, tienes que venir con nosotros a comisaría.

Kennedy bajó la cabeza sin decir nada, dando a entender que así lo haría. Si algo le había enseñado Jacob, era a asumir las consecuencias de sus acciones con el fin de poder mostrarse digno a los ojos de Dios.

Lanzó una última ojeada melancólica a su alrededor: echaría de menos la granja.

Estaban sentados y en silencio, uno frente al otro. Marita se había llevado consigo a los niños a Västergården para esperar allí a Jacob. Los pájaros trinaban fuera, pero en el interior de la casa reinaba la calma. Las maletas seguían al pie de la escalinata. Laine no podía marcharse antes de saber si Jacob se encontraba bien.

—¿Sabes algo de Linda? —preguntó indecisa, temerosa de perturbar la paz provisional declarada entre ella y Gabriel.

—No, aún no. Pobre Solveig —dijo Gabriel.

Laine pensó en todos los años de chantaje, pero no pudo por menos de estar de acuerdo. Una madre no puede más que sentir simpatía hacia otra cuyo hijo ha sido maltratado de ese modo.

—¿Crees que también Jacob...? —las palabras se le helaron en la garganta.

Con una actitud inesperada, Gabriel le tomó la mano.

—No, no lo creo. Ya has oído lo que ha dicho la policía, seguro que está en algún sitio intentando pensar en todo esto. Y la verdad es que le han dado en qué pensar.

—Sí, es cierto —admitió Laine con amargura.

Gabriel no replicó, pero mantuvo la mano sobre la de ella. Experimentó tal sensación de consuelo..., y cayó en la cuenta de que era la primera vez en muchos años que Gabriel le mostraba tanta ternura. Una inmensa calidez inundó todo su cuerpo, mezclada con el dolor de la despedida. No era su deseo dejarlo, había tomado la iniciativa para ahorrarle la humillación de tener que echarla de casa; sin embargo, ahora no estaba tan segura de haber hecho lo correcto. Al cabo de un rato, él retiró la mano y todo pasó.

—¿Sabes?, yo siempre he tenido la impresión de que Jacob se parecía más a Johannes que a mí. Lo interpretaba como una ironía del destino. A simple vista, podía parecer que Ephraim y yo teníamos una relación más estrecha: él vivía aquí, yo heredé la finca y todo eso, pero no era verdad. Ellos dos discutían tanto porque se parecían demasiado. A veces era como si Ephraim y Johannes fuesen la misma persona. Y yo siempre me quedaba fuera. Así que, cuando nació Jacob y vi que había en él tanto de mi padre y de mi hermano, pensé que se me ofrecía la posibilidad de entrar a formar parte de su núcleo. Si conseguía tener una relación estrecha con mi hijo y conocerlo a fondo, sentiría que conocía a Ephraim y a Johannes, sería parte de ese núcleo suyo.

—Lo sé —admitió Laine con dulzura, aunque Gabriel pareció no oírla, concentrado como estaba, con la mirada perdida en el paisaje que se extendía al otro lado de la ventana.

—Yo envidiaba a Johannes porque creía sinceramente en las mentiras de nuestro padre, aquello de que nosotros éramos capaces de curar a la gente. ¿Te imaginas la fuerza que otorgaba tal creencia? Mirarte las manos y vivir sabiendo que eran la herramienta de Dios. Ver a la gente levantarse y caminar, devolver la vista a los ciegos y saber que es uno quien lo ha hecho posible. Yo, en cambio, sólo veía el espectáculo. Veía a mi padre entre bastidores, organizando y dirigiendo, y odiaba cada minuto de la función. Johannes sólo veía los enfermos que tenía delante, él sólo reconocía el canal que lo comunicaba directamente con Dios. ¡Qué dolor debió de sentir cuando se cerró! Y yo no lo apoyé lo más mínimo. Antes al contrario, estaba encantado. Johannes y yo seríamos por fin niños normales, por fin podríamos ser iguales que los demás. Pero nunca fue así. Johannes siguió fascinando a la gente, mientras que yo... —no pudo seguir, pues se le quebró la voz.

—Tú tienes lo mismo que tenía Johannes, Gabriel. Sólo que no te atreves a mostrarlo. Ésa es la diferencia entre vosotros dos. Pero créeme, es así.

Por primera vez en todos sus años de convivencia, lo vio llorar. Ni siquiera cuando más enfermo estaba Jacob, se atrevió a ceder a sus sentimientos. Laine le tomó la mano, él se la apretó con fuerza y le dijo:

—No puedo prometerte que llegue a perdonarte, pero sí que voy a intentarlo.

—Lo sé. Créeme, lo sé —aseguró Laine con la mano de Gabriel en su mejilla.

La preocupación de Erica crecía según pasaban las horas. Era como un dolor sordo que se concentraba en la espalda y que la hacía masajearse distraída con los dedos. Llevaba toda la mañana intentando localizar a Anna, tanto en casa como en el móvil, pero no obtuvo respuesta. Consiguió el móvil de Gustav a través del servicio de información telefónica, pero él sólo supo contarle que había llevado a Anna y a los niños a Uddevalla el día anterior y que, desde allí, se fueron en tren a Estocolmo. Deberían haber llegado por la tarde.

A Erica la indignaba que no mostrase la menor preocupación. Simplemente, le ofreció, con la mayor tranquilidad, una serie de explicaciones lógicas como que tal vez estaban cansados y habían desconectado el teléfono, que el móvil no tenía batería o (y aquí se rió) que tal vez Anna no había pagado la factura del teléfono. Ese comentario la hizo estallar, de modo que le colgó sin más. Si no estaba ya bastante preocupada, aquella conversación la inquietó aún más.

Intentó llamar a Patrik para pedirle consejo o, al menos, para que la tranquilizase, pero no contestaba ni en el móvil ni en su número directo. Llamó a la centralita y habló con Annika, que le dijo que estaba fuera y que no sabía cuándo regresaría.

Obsesionada, siguió llamando a Anna. La sensación de peligro latente no la abandonaba. Justo cuando pensaba desistir, alguien respondió en el móvil de su hermana.

—¿Hola? —dijo una voz infantil. Erica pensó que sería Emma.

—Hola, bonita, soy la tía Erica. ¿Dónde estáis?

—En *Eztocolmo* —ceceó Emma—. ¿Ha nacido ya el bebé?

Erica sonrió.

—No, todavía no. Oye, Emma, quería hablar con mamá. ¿Me puedes pasar con ella?

Emma obvió la pregunta. Ahora que había tenido la increíble suerte de cogerle el móvil a su madre y, además, contestar a una llamada, no tenía la menor intención de renunciar a él así sin más.

—¿Sabes qué, tía? —preguntó la pequeña.

—No, querida —admitió Erica—, pero puedes contármelo luego; me gustaría mucho hablar con tu mamá ahora —aseguró empezando a perder la paciencia.

—Pero ¿sabes qué? —insistió Emma.

—No, ¿qué? —se rindió Erica.

—¡Nos hemos mudado!

—Sí, ya lo sé, hace ya unos meses.

—¡No, hoy mismo! —resonó triunfante la voz de Emma.

—¿Hoy? —repitió Erica confusa.

—Sí, nos hemos mudado otra vez con papá —confesó Emma.

Erica sintió que todo daba vueltas a su alrededor. Antes de recobrarse y ser capaz de añadir nada más, volvió a oír la voz de Emma:

—Adiós, tía. Me voy a jugar.

Lo único que oyó después fue la señal de que se había cortado la comunicación.

Con el corazón encogido, Erica colgó el auricular.

Patrik golpeó con decisión la puerta de Västergården. Marita lo recibió.

—Hola, Marita. Tenemos una orden de registro.

—Pero ¡si ya habéis estado aquí! —exclamó con sorpresa.

—Hemos recabado nueva información. Traigo un equipo, pero les he pedido que esperen para que puedas llevarte a los niños. No es necesario que vean a un montón de policías y se pongan nerviosos.

Marita asintió sin más protestas. La preocupación por Jacob le había robado toda la energía y ni siquiera tenía fuerzas para objetar nada. Se dio la vuelta con la intención de ir a buscar a los niños, pero Patrik la retuvo con otra pregunta:

—¿Sabes si hay algún otro edificio en vuestro terreno, aparte de los que se ven por aquí?

Marita negó con un gesto, antes de explicarle:

—No, los únicos que hay son la casa, el cobertizo, el trastero y la casita de juegos. Eso es todo.

Patrik asintió y la dejó partir.

Un cuarto de hora más tarde, la casa ya estaba vacía y podían empezar a buscar. En la sala de estar, Patrik les dio a sus colegas una serie de breves instrucciones.

—Ya hemos estado aquí antes y no encontramos nada. En esta ocasión, procederemos a un registro más exhaustivo. Buscad por todas partes. Si tenéis que retirar listones del suelo o de las paredes, hacedlo. Si tenéis que cambiar de sitio un mueble, adelante. ¿Entendido?

Todos asintieron, conscientes de lo decisivo de su intervención y llenos de energía. Antes de acudir a la finca, Patrik les había ofrecido un breve resumen del desarrollo del caso y cada uno de ellos deseaba ponerse manos a la obra.

Después de una hora sin resultados, parecía que se hubiese producido una catástrofe natural, todo estaba manga por hombro y fuera de su lugar. Pero no hallaron nada que les permitiese avanzar. Patrik estaba ayudando en la sala de estar cuando Gösta y Ernst cruzaron la puerta y observaron atónitos el desastre.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó Ernst.

Patrik no se molestó en responder.

—¿Fue bien la cosa con Kennedy?

—Sí, desde luego, confesó sin rodeos y ya está entre rejas. ¡Demonio de muchacho!

Patrik asintió estresado.

—¿Qué ha pasado aquí? Parece que seamos los únicos que lo ignoramos. Annika no quiso adelantarnos nada, sólo nos dijo que viniéramos a Västergården, que tú nos informarías.

—Ahora no tengo tiempo de contároslo —aseguró Patrik impaciente—. Mientras tanto, tendréis que conformaros con esto: todo parece indicar que es Jacob quien tiene a Jenny Möller y tenemos que encontrar alguna pista que nos diga dónde la tiene.

—Pero, en tal caso, no fue él quien asesinó a la chica alemana —dedujo Gösta—. Según los análisis de sangre... —comenzó, dejando traslucir su desconcierto.

Patrik le respondió, visiblemente irritado:

—Que sí, hombre, probablemente fue él quien mató a Tanja.

—Entonces, ¿quién mató a las otras chicas? En aquella época, él no era más que un niño...

—No, a ellas no las mató él. ¡Pero te digo que ya os lo explicaré después! ¡Ahora, echad una mano!

—¿Y qué se supone que debemos buscar? —quiso saber Ernst.

—La orden de registro está en la mesa de la cocina. En ella podéis leer una descripción detallada de lo que nos interesa —aclaró Patrik, antes de volver a concentrarse en la estantería.

Había transcurrido otra hora y seguían sin hallar nada de interés, por lo que Patrik empezaba a perder la esperanza. ¿Y si no encontraban nada? Cuando terminó en la sala de estar, pasó al despacho, con el mismo resultado negativo. Desconcertado y con los brazos en jarras, se detuvo en el centro de la habitación, respiró hondo un par de veces y paseó la mirada a su alrededor. Era un despacho pequeño pero ordenado, lleno de estanterías con archivadores y bandejas para ordenar documentos, todo marcado con etiquetas. No se veía un solo papel suelto sobre el escritorio y todo estaba en su sitio en los cajones. Mientras cavilaba, Patrik posó la mirada en el escritorio. Frunció el ceño. Era un escritorio antiguo. Él no se había perdido una sola emisión del programa de antigüedades Antikrundan y sabía perfectamente cómo eran por dentro, así que comenzó a pensar en cajones ocultos. ¿Cómo no había reparado en ello antes? Empezó por la parte superior, por encima del tablero, la que tenía un montón de pequeños cajones. Los fue sacando uno a uno, tanteando en el hueco. En el del último cajón notó algo, un pequeño objeto de metal que sobresalía y que se desplazó al empujarle. La pared del hueco cedió y el pequeño escondite quedó al descubierto. Se le aceleró el pulso. Allí dentro había un viejo bloc de notas en piel de color negro. Se puso los guantes de látex que llevaba en el bolsillo y lo sacó despacio. Con creciente horror, fue leyendo sus páginas. Había que encontrar a Jenny cuanto antes.

Recordó un documento que había visto en uno de los cajones del escritorio. Lo abrió y, después de rebuscar unos minutos, halló lo que quería: el sello del gobierno provincial que se distinguía en una de las esquinas revelaba quién era el remitente. Patrik leyó de pasada los escasos renglones hasta llegar al nombre que había plasmado al final. Después, cogió el móvil y llamó a la comisaría.

—Annika, soy Patrik. Oye, quisiera que comprobases un dato —le dio unas breves instrucciones, antes de advertirle—: Debes hablar con el doctor Zoltan Csaba, sección de oncología. Llámame en cuanto sepas algo.

Los días se les hacían eternos. Varias veces, a lo largo de la jornada, llamaban a la comisaría, pero era en vano. Cuando apareció en los periódicos la fotografía de Jenny, sus móviles empezaron a sonar de forma incesante: amigos, familiares y conocidos. Todos estaban compungidos pero, pese a su preocupación, intentaban infundir esperanzas a Kerstin y a Bo. Varios de sus parientes se habían ofrecido a visitarlos en Grebbestad para acompañarlos, pero ellos, aunque agradecidos, se negaron. Aceptar habría sido como admitir de forma manifiesta que no tenía arreglo. Si se quedaban en la caravana esperando, uno frente al otro, sentados ante su minúscula mesita, Jenny cruzaría la puerta tarde o temprano y todo volvería a la normalidad.

Así que eso hacían, una jornada tras otra, aislados en su propia zozobra. Aquel día en particular había sido más tortuoso aún que los anteriores. Kerstin había sufrido pesadillas toda la noche, que pasó dando tumbos en la cama mientras que una sucesión de imágenes terribles discurría ante la vista de su inconsciente. Vio a Jenny varias veces en sus sueños. Principalmente de niña, en casa, jugando en el césped ante la fachada. En la playa junto a un camping... Pero esas imágenes se desvanecían rápidamente para dar paso a otras mucho más tenebrosas, extrañas, imposibles de interpretar. Hacía frío y estaba oscuro y algo acechaba siempre cerca, algo que no era capaz de identificar, pese a que ella, en su sueño, alargaba el brazo para asir su sombra una y otra vez.

Por la mañana, al despertar, advirtió una sensación de abatimiento, una presión en el pecho. Mientras pasaban las horas y la temperatura ascendía en el interior de la pequeña caravana, aguardaba sentada frente a Bo, intentando desesperadamente evocar el recuerdo del peso de Jenny en su regazo. Sin embargo, como en el sueño, también en la realidad sentía que estaba fuera de su alcance. Recordaba la sensación, tan intensa durante toda la ausencia de Jenny, pero no podía experimentarla. Paulatinamente, sin sentir, lo comprendió. Apartó la vista de la mesa y la dirigió a su esposo:

—Ya no está —declaró.

Él no cuestionó su augurio. Tan pronto como se lo oyó decir, sintió en su corazón que era verdad.

Capítulo 11

Verano de 2003

Los días se sucedían como en un paisaje brumoso. Sufría un tormento que, hasta entonces, había creído inexistente y no dejaba de maldecirse a sí misma. Si no hubiese sido tan necia, si no hubiese hecho autoestop..., aquello jamás habría ocurrido. Sus padres le habían dicho muchas veces que no debía subirse a un coche con un desconocido..., pero ella se sentía invulnerable.

Le parecía que era un sentimiento muy antiguo. Jenny intentaba concitar de nuevo aquella sensación, para disfrutarla una vez más por un instante: la certeza de que nada en el mundo le afectaría, de que el mal podía sobrevenirles a otros, pero no a ella. Pasara lo que pasase, jamás volvería a experimentar esa sensación.

Estaba tumbada sobre un costado, con una mano extendida sobre la tierra. El otro brazo lo tenía inútil y se obligaba a mover el menos maltratado para favorecer la circulación sanguínea. Soñó que, cuando bajase a verla, se lanzaría sobre él como la heroína de una película, lo reduciría, lo dejaría inconsciente en el suelo y podría huir y encontrarse con quienes la aguardaban, todos aquellos que habían estado buscándola por cada rincón. Pero era imposible, un sueño maravilloso. Las piernas no le valían ya para caminar.

La vida se le escapaba despacio y se imaginaba que, como un fluido, iba filtrándose hacia el fondo de la tierra, vitalizando a los organismos que la habitaban: gusanos y larvas que absorbían con avidez su energía vital.

Cuando exhalaba el último aliento, pensó que jamás se le ofrecería la oportunidad de pedir perdón por su díscolo comportamiento de las últimas semanas. Confiaba en que, pese a todo, la comprendieran.

* * *

Estuvo sentado con ella en su regazo toda la noche. Su cuerpo había ido enfriándose gradualmente. Los rodeaba una oscuridad compacta. Esperaba que ella la hubiese encontrado tan segura y acogedora como él. Era como una gran manta negra que lo envolvía por completo.

Por un instante, vio a los niños ante sí. Pero esa imagen le recordaba tanto la realidad, que la desechó enseguida.

Johannes le había mostrado el camino. Él, Johannes y también Ephraim formaban una trinidad, siempre lo supo. Los tres compartían un don del que Gabriel nunca había disfrutado. De ahí que no fuese capaz de comprenderlo nunca. Él, Johannes y Ephraim eran únicos y estaban más cerca de Dios que los demás. Eran especiales: Johannes lo había dejado escrito en su libro.

No era casualidad que él, precisamente, encontrase el bloc de notas negro de Johannes. Algo lo había conducido hasta él, lo había atraído como un imán hacia lo que él interpretaba como una herencia que Johannes le había legado. Lo conmovió el sacrificio que Johannes estuvo dispuesto a hacer por salvar su vida. Si alguien en el mundo podía entender lo que Johannes deseaba alcanzar, era él. ¡Qué irónico resultaba que hubiese sido en vano! Al final, fue el abuelo Ephraim quien lo salvó. Le dolía que Johannes hubiese fracasado. Era una lástima que las chicas hubiesen tenido que morir, pero él disponía de más tiempo que Johannes. Él no fracasaría. Él lo intentaría una y otra vez hasta encontrar la clave de su luz interior. Esa luz que, según su abuelo Ephraim, también él llevaba dentro, exactamente igual que Johannes, su padre.

Conmovido, acarició el gélido brazo de la joven. No era que no lamentase su muerte, pero ella no era más que un ser humano normal y corriente, y Dios le concedería un lugar especial porque sabía que ella se había sacrificado por él, uno de los elegidos de Dios. De pronto, una idea cruzó su mente: ¿y si Dios esperaba que reuniese un número concreto de víctimas antes de permitirle encontrar la clave? ¿Y si esa era la condición también para Johannes? No era cuestión de fracaso, pues, sino de que el Señor esperaba más pruebas de su fe, antes de mostrarles el camino.

La idea animó a Jacob. Sí, así debía ser, sin duda. Él siempre había tenido más fe en el Dios del Antiguo Testamento, el que exigía sacrificios de sangre.

Había algo que le corroía la conciencia. ¿Hasta qué punto sería Dios permisivo con el hecho de que no hubiese podido sustraerse al deseo

carnal? Johannes fue más fuerte: nunca cayó en la tentación y Jacob lo admiraba por ello. Él, en cambio, al sentir la suave piel de la chica contra la suya, experimentó el despertar de algo muy hondo. El diablo lo dominó por un instante y cedió a sus tentaciones. Pero, después, fue tan sincero su arrepentimiento... Dios tuvo que verlo, Él, que podía ver su corazón, debió ver que su arrepentimiento era auténtico y le concedió sin duda el perdón de los pecados.

Jacob mecía a la joven en sus brazos. Apartó con suavidad un mechón que tenía en el rostro. Era muy bonita. En cuanto la vio al borde de la carretera con el pulgar en alto, haciendo autoestop, supo que era la adecuada. La primera fue la señal que tanto tiempo llevaba esperando. Durante años había sentido la más absoluta fascinación al leer las palabras de Johannes en el libro y, cuando la muchacha apareció preguntando por su madre, el mismo día que él recibió la Sentencia, supo enseguida que era una señal.

No se vino abajo al comprobar que no encontraba la fuerza pese a la ayuda de la joven. Johannes no lo había logrado con su madre. Lo importante era que, con ella, iniciaba un camino para el que estaba predestinado: seguir los pasos de su padre.

El hecho de enterrarlas juntas en Kungsklyftan fue un modo de hacerlo manifiesto al mundo entero. Una declaración de que él tomaba el relevo y continuaría lo que Johannes había comenzado. No creía que nadie fuese a entenderlo, bastaba con que Dios lo comprendiese y lo hallase bueno.

Y si necesitaba alguna prueba definitiva de ello, la obtuvo la noche anterior. En cuanto empezaron a hablar de los resultados de los análisis, supo con toda certeza que lo acorralarían como a un criminal. No tuvo en cuenta que el diablo le hizo dejar rastro de su pecado en el cuerpo.

Pero él se rió en la cara del diablo. Para su sorpresa, los policías lo habían llamado para comunicarle que, según los resultados de las pruebas, era inocente. Y aquella era la prueba definitiva que necesitaba para convencerse de que iba por el buen camino y de que nada podría detenerlo. Él era especial, estaba protegido y bendecido.

Muy despacio, volvió a acariciar el cabello de la joven. Ahora no tendría otro remedio que buscar una nueva.

La comprobación no le llevó a Annika más de diez minutos, transcurridos los cuales, le devolvió la llamada.

—Estabas en lo cierto. Jacob tiene cáncer otra vez, sólo que en esta ocasión no se trata de leucemia, sino de un gran tumor alojado en el cerebro. Ya le han comunicado que no hay nada que hacer, que está demasiado avanzado.

—¿Cuándo le dieron esa noticia?

Annika miró las notas que había garabateado en el bloc:

—El mismo día que Tanja desapareció.

Patrik se dejó caer pesadamente en el sofá de la sala de estar. Lo sabía, pero le costaba creerlo. Se respiraba en la casa una paz, una tranquilidad... No había el menor indicio de la maldad cuya prueba él mismo sostenía en sus manos. Tan sólo aparente normalidad: flores en una jarra, juguetes esparcidos por la habitación, un libro a medio leer sobre la mesa... Ninguna calavera, ninguna prenda manchada de sangre, ninguna vela negra encendida.

Sobre la chimenea colgaba incluso un cuadro de la Ascensión de Jesús después de la Resurrección, con el halo de gloria en torno a la cabeza y rodeado de hombres y mujeres que oraban a sus pies con la mirada suplicante.

¿Cómo era nadie capaz de justificar la peor de las acciones aduciendo que Dios le había concedido carta blanca para ello? Aunque tal vez no fuese tan extraño. A lo largo de la Historia, millones de personas habían sido asesinadas en nombre de Dios. Había algo irresistible en un poder de esa clase, algo que embriagaba al ser humano y lo confundía.

Patrik se obligó a sí mismo a salir de sus consideraciones teológicas y se encontró con que todo el equipo lo observaba a la espera de nuevas instrucciones. Les mostró lo que había encontrado: ahora todos luchaban por no imaginar los horrores que estaría viviendo Jenny en esos momentos.

El problema era que no tenían la menor idea de dónde encontrarla. Mientras aguardaban la llamada de Annika con la respuesta del doctor Csaba, no interrumpieron ni un instante su búsqueda febril por la casa, mientras él llamaba a la finca para preguntarles a Marita, Gabriel y Laine si sabían de algún lugar en el que pudieran hallarlo. Ellos respondieron a su vez con una serie de preguntas que él atajó de inmediato, pues no tenían tiempo que perder.

Se revolvió el cabello, ya encrespado de por sí.

—¿Dónde demonios puede estar? No podemos dedicarnos a rastrear toda la zona, centímetro a centímetro. Además, puede tenerla oculta en algún lugar en las inmediaciones de Bullaren o en cualquier sitio a mitad de camino. ¿Qué hacemos? —se preguntaba frustrado.

Martin sentía la misma impotencia, pero no dijo nada. La pregunta de Patrik no demandaba respuesta. Entonces, se le ocurrió una idea.

—Tiene que estar aquí, en algún lugar de Västergården. Recordad los restos de abono. Yo apuesto por que Jacob ha utilizado el mismo escondite que Johannes y, en ese caso, nada más lógico que buscarlo por aquí, en los alrededores.

—Tienes razón, pero tanto Marita como sus suegros aseguran que no hay más edificios en la finca. Claro que puede tratarse de una cueva o algo así, pero ¿tú sabes cuántas hectáreas de terreno tiene aquí la familia Hult? Sería como buscar una aguja en un pajar.

—Sí, pero ¿qué me dices de Solveig y sus hijos? ¿Les has preguntado a ellos? Ellos vivían aquí antes y tal vez conozcan algún rincón cuya existencia ignore Marita.

—¡Ésa sí que es una buena idea! ¿No he visto un listín telefónico en la cocina, junto al teléfono? Linda lleva su móvil, así que seguramente podré hablar con ellos si la llamo.

Martin fue a mirar y volvió con un listín en el que, en efecto, figuraban el nombre y el número de Linda, anotados con primorosa caligrafía. Patrik marcó y aguardó impaciente. Tras un lapso que a él se le antojó una eternidad, Linda respondió.

—Linda, soy Patrik Hedström. Necesito hablar con Solveig o con Robert.

—Están con Johan. ¡Ha despertado! —exclamó Linda, radiante de alegría.

Patrik lamentó el hecho de que esa alegría no tardaría en esfumarse.

—Ve a buscar a alguno de los dos. Es importante.

—De acuerdo, ¿con quién prefieres hablar?

Reflexionó un instante, pero ¿quién mejor que un niño podía conocer los alrededores del lugar en que vivía? La elección era muy sencilla:

—Robert —dijo al fin.

La oyó dejar el teléfono para ir a buscar a su primo. Seguramente, no estaría permitido entrar con móviles en la habitación, para que no interfiriese con los monitores, se decía Patrik cuando oyó en el auricular la voz grave de Robert.

—Aquí Robert.

—Hola, soy Patrik Hedström. Oye, me pregunto si tú podrías ayudarnos a resolver algo muy importante —se apresuró a explicarle.

—Pues dime, ¿de qué se trata? —inquirió Robert a su vez, algo inseguro.

—Necesitaría saber si hay algún otro edificio en los terrenos que rodean Västergården, aparte de los que se encuentran junto a la casa. Bueno, en realidad, no tiene por qué ser un edificio, sólo un buen lugar donde esconderse, no sé si me explico. Pero ha de ser bastante espacioso, como para que quepa más de una persona.

Casi pudo oír la sorpresa en el cerebro de Robert, pero Patrik comprobó con alivio que el joven no pensaba cuestionar su pregunta, sino que, tras reflexionar un minuto, le respondió:

—Pues lo único que se me ocurre es el viejo búnker. Está a un buen trecho de la casa, bosque adentro. Johan y yo solíamos jugar allí de niños.

—¿Y Jacob lo conocía? —preguntó Patrik.

—Sí, cometimos el error de enseñárselo en una ocasión, pero fue enseguida a chivarse a mi padre, que se presentó al rato con él y nos prohibió que volviésemos a usarlo. Nos dijo que era peligroso y ahí se nos terminó la diversión. Jacob siempre ha sabido ser honrado, para quedar bien —remató Robert, irritado al recordar la decepción que se llevaron de niños a causa de aquel suceso. Patrik se dijo que «honrado» no sería el adjetivo con el que podría describirse a Jacob en lo sucesivo.

Una vez que Robert le explicó cómo llegar, le dio las gracias y colgó.

—Martin, creo que ya sé dónde están. Nos reunimos todos en el jardín.

Cinco minutos después se habían congregado a pleno sol ocho policías muy serios, cuatro de Tanumshede y cuatro de Uddevalla.

—Tenemos motivos para creer que Jacob Hult se encuentra bosque adentro, a un trecho de aquí, en un viejo búnker. Seguramente tiene consigo a Jenny Möller, y no sabemos si está viva o muerta, de ahí que debemos actuar como si estuviese viva y, por tanto, conducirnos con la mayor cautela. Nos acercaremos despacio al lugar y lo rodearemos en silencio —

advirtió Patrik, al tiempo que subrayaba el aviso posando la mirada en cada uno de ellos, aunque se detuvo algo más al llegar a Ernst—. Tendremos las armas preparadas, pero nadie la usará hasta que yo no dé una orden expresa. ¿Está claro?

Todos asintieron.

—La ambulancia de Uddevalla ya está en camino, pero no activará las sirenas ni las luces de emergencia, sino que se detendrá justo a la entrada de Västergården. El sonido se propaga a gran distancia en el bosque, y no nos interesa que oiga nada ni que sepa que estamos maquinando algo. En cuanto tengamos la situación controlada, llamaremos al personal sanitario.

—¿No crees que sería mejor llevar a algún enfermero con nosotros hasta el escondite? —preguntó uno de los policías de Uddevalla—. Cuando la encontremos, puede que necesite asistencia urgente.

Patrik asintió.

—Tienes razón, pero no podemos esperarlos. En estos momentos, lo más importante es localizarla y, para entonces, esperemos que haya llegado la ambulancia. Bien, pues adelante.

Robert le había descrito el camino y por qué parte del bosque, que se extendía detrás de la casa, tenían que subir hasta encontrar, a unos cien metros, un sendero que conducía hasta el búnker. El sendero era prácticamente invisible si no se conocía su existencia y, de hecho, Patrik estuvo a punto de dejarlo atrás. Paso a paso fueron avanzando hacia su objetivo y, después de algo así como un kilómetro, creyó divisar algo entre las hojas de los árboles. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y llamó a los hombres que lo seguían a pocos metros. Haciendo el menor ruido posible, rodearon el búnker, aunque no pudieron evitar que las hojas secas crujiesen bajo sus pies. Patrik hacía un mohín a cada sonido que oía, aunque con la esperanza de que los gruesos muros del búnker aislasen el habitáculo del ruido exterior, de modo que Jacob no los oyese.

Sacó la pistola y vio por el rabillo del ojo que Martin hacía otro tanto. Se acercaron de puntillas hasta la puerta y tantearon el picaporte. Estaba cerrada con llave. ¡Mierda! ¿Qué podían hacer? No habían llevado consigo herramientas para forzar una puerta, de modo que su única posibilidad consistía en convencer a Jacob para que saliese por voluntad propia. Presa de la mayor angustia, Patrik dio unos golpecitos en la puerta y se apartó rápidamente.

—Jacob, sabemos que estás ahí. Deberías salir.

No obtuvo respuesta, así que lo intentó de nuevo.

—Jacob, sabemos que no era tu intención hacerles daño a las chicas. Tú sólo hacías lo mismo que Johannes. Pero sal, por favor, para que podamos hablar de ello.

Él mismo juzgó patética su intervención y pensó que tal vez debería haber seguido un curso de trato con secuestradores o, al menos, debería haber ido acompañado de un psicólogo. Sin embargo, a falta de nada mejor, tendría que arreglárselas con las ideas que se le ocurriesen sobre cómo convencer a un psicópata para que saliese de un búnker.

Ante su sorpresa, un segundo después se oyó un clic en la cerradura. La puerta se abrió despacio. Martin y Patrik, que estaban a ambos lados de ella, intercambiaron una mirada. Los dos tenían las armas preparadas y el cuerpo en tensión. Jacob salió por la puerta con Jenny en brazos. No cabía la menor duda de que estaba muerta y Patrik prácticamente sintió la decepción y el dolor que inundaban los corazones de los policías, que ya se habían acercado y apuntaban a Jacob con sus armas.

Pero Jacob ignoró su presencia y, en cambio, dirigió la vista al cielo y habló en voz alta y clara:

—No lo entiendo. Yo soy un elegido. Se supone que tenías que protegerme —parecía tan desconcertado como si el mundo acabara de ponerse del revés ante su vista—. ¿Para qué me salvaste ayer si hoy ya no pensabas darme tu amparo?

Patrik y Martin volvieron a mirarse. Era evidente que Jacob estaba ido, pero eso lo hacía aún más peligroso. No había modo alguno de calcular cuál sería su próxima reacción. Los policías le apuntaban con sus armas.

—Deja a la chica en el suelo —le ordenó Patrik.

Jacob seguía mirando al cielo y hablando con su Dios invisible.

—Sé que me habrías permitido adquirir el don, pero necesito más tiempo. ¿Por qué me das la espalda ahora?

—¡Deja a la chica y levanta las manos! —le dijo Patrik en tono más severo. Jacob seguía sin reaccionar, con la chica en brazos, pero no parecía llevar encima ningún arma. Patrik consideró la posibilidad de abordarlo y salir así de aquel punto muerto. No había razón alguna para temer que la chica resultase herida... Ya era demasiado tarde.

No acababa de pensarlo cuando alguien de elevada estatura se abalanzó por la izquierda, a su espalda. Lo había pillado tan por sorpresa que el dedo le tembló en el gatillo y estuvo a punto de dispararle una bala a Jacob o a Martin. Entonces vio con horror cómo el corpachón de Ernst atravesaba el aire hasta alcanzar a Jacob, que cayó al suelo de golpe. También Jenny cayó de sus brazos, desplomándose con sordo y desagradable sonido, como un saco de harina arrojado en la tierra.

Con expresión victoriosa, Ernst neutralizó a Jacob sujetándole las manos a la espalda. Jacob no opuso resistencia, pero aún mantenía la misma expresión de sorpresa.

—Eso es, ya está —dijo Ernst mirando a su alrededor para recibir los vítores del pueblo. Pero todos estaban perplejos y, al ver la sombría expresión del rostro de Patrik, comprendió que, una vez más, se había precipitado al actuar.

Patrik seguía temblando, aterrado al pensar lo cerca que había estado de dispararle a Martin, y tuvo que contenerse para no rodear con sus manos el cuello de Ernst y ahogarlo allí mismo muy despacio. Ya tomaría medidas más tarde. Ahora, lo más importante era encargarse de Jacob.

Gösta sacó un par de esposas y se las puso a Jacob. Martin y él le ayudaron a levantarse. Acto seguido, esperaron instrucciones de Patrik, que se dirigió a dos de los policías de Uddevalla.

—Llevadlo a Västergården. Yo no tardaré en llegar. Explicadle al personal de la ambulancia dónde estamos y decidles que traigan una camilla.

Empezaron a alejarse con Jacob, cuando Patrik los retuvo:

—Aunque..., no, esperad, sólo quiero mirarlo una vez a los ojos. Quiero ver bien los ojos de una persona capaz de hacer algo así —dijo señalando con la cabeza el cuerpo sin vida de Jenny

Jacob lo miró sin arrepentimiento, pero con la misma expresión aturdida. Encarando a Patrik, le preguntó:

—¿No es extraño que Dios hiciese ayer un milagro para salvarme y hoy os deje atraparme así, sin más?

Patrik intentó leer en sus ojos si hablaba en serio o si todo era una farsa para escapar a las consecuencias de sus actos. La mirada que se encontró era lisa y brillante, como un espejo, y supo que estaba observando el corazón de la locura. Con voz cansada, le dijo:

—No fue Dios, fue Ephraim. Te libraste en los análisis de sangre porque él te donó parte de su tejido medular cuando estuviste enfermo y, con él, su sangre y su ADN. De ahí que el resultado de tus análisis no coincidiera con el del ADN de los... restos... que dejaste en el cadáver de Tanja. Lo comprendimos después, cuando los analistas establecieron vuestras relaciones de parentesco y tus análisis de sangre demostraron que eras hijo de Johannes y no de Gabriel.

Jacob asintió tranquilo, antes de preguntar:

—Pero ¿no es un milagro, dime?

Los dos policías de Uddevalla se lo llevaron de allí.

Martin, Gösta y Patrik permanecieron junto al cuerpo de Jenny, mientras que Ernst se apresuraba a escabullirse con los colegas de Uddevalla, seguramente con el propósito de no estar muy visible en las próximas horas.

Los tres hubieran deseado tener una chaqueta para envolver el cadáver de la joven. Su desnudez resultaba tan hiriente, tan humillante... Observaron las lesiones que se advertían en su cuerpo, idénticas a las de Tanja y, probablemente, las mismas que sufrieran Siv y Mona.

Era evidente que, pese a su carácter impulsivo, Johannes había sido un tipo metódico. En su bloc había ido anotando de forma exhaustiva el tipo de lesiones que les infligía a sus víctimas, para después intentar curarlas. Lo hacía con el rigor de un científico. Las mismas lesiones en ambas y en el mismo orden. Tal vez para, incluso ante sí mismo, darle la apariencia de un experimento científico en el que se veía obligado a utilizar víctimas, por desgracia necesarias, con el fin de que Dios le restituyese el don de curar que había poseído de niño. Un don que él había echado en falta durante toda su vida de adulto y que con tanta urgencia deseaba recuperar cuando su primogénito Jacob enfermó de leucemia.

Fue un ominoso legado el que Ephraim les dejó a su hijo y a su nieto. Por otro lado, la imaginación de Jacob se vio exacerbada por los relatos de Ephraim acerca de los milagros de curación de Gabriel y Johannes durante su niñez. El que, por dramatizar aún más, el abuelo le mencionase al nieto que también había visto el don en él, había alumbrado en el pequeño una serie de ideas que, con los años, se nutrieron del hecho de que sufriera de niño una enfermedad por la que estuvo a punto de morir. Después, un día, Jacob encontró los libros de notas de Johannes y, a juzgar por lo

desgastadas que estaban sus páginas, los había leído una y otra vez. La desafortunada coincidencia de que Tanja se presentase en Västergården preguntando por su madre el mismo día en que Jacob recibía su sentencia de muerte, desembocó en el trágico suceso que ahora los hacía estar contemplando el cadáver de una muchacha más.

Cuando Jacob la dejó caer, el cadáver quedó de costado y se diría que se había acurrucado en posición fetal. Martin y Patrik advirtieron con asombro cómo Gösta se quitaba la camisa de manga corta, exponiendo así un blanco pecho sin apenas vello, para cubrir con ella la mayor parte de la desnudez de Jenny.

—No podemos quedarnos aquí mirando a la niña así, desnuda como está —gruñó el policía cruzándose de brazos, para protegerse de la humedad del ambiente en el bosque.

Patrik se arrodilló y le tomó la mano, tan gélida... Jenny había muerto sola, pero al menos durante aquella espera tendría compañía.

Un par de días después empezó a calmarse el revuelo ocasionado por la noticia. Patrik estaba sentado frente a Mellberg y lo único que quería era salir de allí lo antes posible. Su jefe le había exigido un informe exhaustivo del caso y, aunque Patrik era consciente de que sólo lo hacía para poder fanfarronear durante años de su colaboración en el caso Hult, a él no le importaba demasiado. Después de haberles comunicado personalmente a los padres de Jenny la muerte de su hija, se le hacía muy difícil hallar motivo alguno de honor ni de gloria en aquella investigación, así que estaba dispuesto, de mil amores, a cederle a Mellberg esa parte.

—La verdad, yo sigo sin comprender lo de los análisis de sangre —confesó Mellberg.

Patrik lanzó un suspiro y se dispuso a explicárselo por tercera vez; en esta ocasión, un poco más despacio:

—Ephraim, el abuelo de Jacob, le donó a éste parte de su tejido medular cuando enfermó de leucemia. Lo que significaba que la sangre de Jacob, después del trasplante, presentaba el mismo ADN que la del donante, es decir, de Ephraim. En otras palabras, a partir de aquel momento, Jacob tenía el ADN de dos personas: el del abuelo en la sangre y el suyo en el resto del cuerpo. De ahí que el análisis de la sangre de Jacob coincidiese con el perfil de ADN de Ephraim. Puesto que el ADN que Jacob dejó en su

víctima procedía de su esperma, el resultado de ese análisis sí coincidía con su perfil de ADN original. Es decir, que los perfiles no coincidían entre sí. Según el Laboratorio Nacional de Investigaciones Criminológicas, la probabilidad de que suceda algo así es mínima, hasta el punto de ser casi imposible. Pero sólo casi...

Mellberg pareció haber comprendido por fin y ahora meneaba la cabeza lleno de admiración.

—¡Menudo rollo de ciencia—ficción! Lo que hay que oír, Hedström. En fin, he de decir que hemos hecho un excelente trabajo en este caso. El jefe de policía de Gotemburgo me llamó personalmente ayer para darme las gracias por nuestra notable labor y, la verdad, sólo pude darle la razón.

Patrik no alcanzaba a ver lo notable del asunto, puesto que no habían conseguido salvar a la chica, pero optó por no hacer comentarios al respecto. Ciertas cosas eran como eran y no tenían mucho remedio.

Los últimos días fueron duros; en cierto modo, un período de procesamiento del duelo. Siguió durmiendo mal, torturado por las imágenes asociadas a las notas de la libreta de Johannes. Erica andaba a su alrededor bastante inquieta, y Patrik se había dado cuenta de que también ella se pasaba las noches dando vueltas en la cama. Sin embargo, por alguna razón, no tenía fuerzas para abrazarse a ella: sentía que debía pasar el proceso en solitario.

Ni siquiera los movimientos del bebé dentro de la barriga de Erica lograban despertar la habitual sensación de bienestar. Era como si, de repente, le hubiesen recordado lo peligroso que era el mundo de fuera y lo perversas y locas que podían llegar a ser las personas. ¿Cómo podría defender a su hijo de todo aquello? A causa de sus cavilaciones, se apartó de Erica y del bebé. Quiso con ello eludir el riesgo de experimentar un día el dolor que vio reflejado en los rostros de Bo y Kerstin Möller cuando fue a verlos para comunicarles, conteniendo a duras penas el llanto, que, por desgracia, Jenny había muerto. ¿Cómo podía nadie superar tal dolor?

En los peores momentos, durante la noche, sopesó incluso la posibilidad de huir, de hacer la maleta y largarse lejos de la responsabilidad y del deber, lejos del peligro de que el amor por su hijo se convirtiese en un arma que le apuntase a la sien y, poco a poco, terminara por dispararse. Él, cuyo sentido del deber había sido siempre ejemplar, consideró en serio, por primera vez en su vida, tomar la salida de un cobarde. Al mismo tiempo, sabía que Erica necesitaba ahora su apoyo más que nunca. Estaba

desesperada desde que Anna y los niños habían vuelto a vivir con Lucas. Él lo sabía, pero no era capaz de tenderle una mano.

La boca de Mellberg seguía moviéndose sin parar frente a él.

—En realidad, no veo por qué no podrían concedernos un aumento en las prestaciones, que podrían contemplar ya en el próximo presupuesto, teniendo en cuenta el buen nombre que hemos adquirido...

Bla, bla, bla, pensaba Patrik. Palabras que salían de su boca a borbotones, llenas de vacío y de sin sentido. Dinero, fama y más subvenciones y elogios de los superiores: formas absurdas de medir el éxito. Sintió un impulso de coger la taza de café hirviendo y derramarlo sobre el nido de pelo de Mellberg, sólo para que se callase.

—Y, desde luego, tu participación hay que destacarla —observó Mellberg—. De hecho, le dije al jefe de policía que tú fuiste un fantástico apoyo en la investigación, pero no me lo recuerdes cuando llegue el momento de negociar una subida de sueldo —bromeó Mellberg entre carcajadas y guiñándole un ojo a Patrik—. Lo único que me preocupa es lo que atañe a la muerte de Johannes Hult. ¿Seguís sin saber quién lo asesinó?

Patrik negó con la cabeza. Hablaron de ello con Jacob, pero él parecía saber tanto como los demás. Su asesinato seguía archivado entre los casos sin resolver, y así permanecería, al parecer.

—Ya sería la guinda que pudierais encajar esa pieza también. Nunca está de más el *cum laude* junto al sobresaliente, ¿no crees? —opinó Mellberg satisfecho, antes de adoptar de nuevo un gesto grave—. Y ni que decir tiene que he tomado nota de vuestras críticas a la actuación de Ernst, pero, considerando los muchos años que lleva en el Cuerpo, creo que debemos mostrarnos generosos y correr un tupido velo, principalmente si consideramos que al final todo salió bien.

Patrik recordó la sensación del dedo temblándole sobre el gatillo, con Martin y Jacob como diana, y la mano en la que sostenía la taza de café empezó a temblarle del mismo modo. Como imbuida de voluntad propia, su mano empezó a alzar la taza y a conducirla, muy despacio, hacia la coronilla revestida de Mellberg. Unos golpecitos en la puerta la detuvieron a medio camino. Era Annika.

—Patrik, te llaman por teléfono.

—¿No ves que estamos ocupados? —farfulló Mellberg.

—Es que creo que le interesa responder —declaró la recepcionista, al tiempo que dedicaba a Patrik una mirada elocuente.

Él la miró inquisitivo, pero ella se negó a adelantarle nada. Una vez en la recepción, señaló el auricular, que estaba sobre el escritorio, y salió al pasillo en un alarde de discreción.

—¿Por qué demonios tienes el móvil apagado?

Patrik miró el aparato, que llevaba en una funda colgada de la cintura, y recordó que estaba descargado y muerto.

—Está sin batería, ¿por qué? —preguntó, sin comprender por qué Erica se enfadaba tanto por algo así. Siempre podía ponerse en contacto con él a través de la centralita.

—¡Porque ya ha empezado! Y no contestabas en el fijo ni tampoco en el móvil y entonces...

Él la interrumpió desconcertado.

—¿Empezado? ¿Qué es lo que ha empezado?

—El parto, despistado... Tengo dolores y he roto aguas. Tienes que venir a buscarme, hemos de salir cuanto antes.

—Pero si no tenía que ocurrir hasta dentro de tres semanas... —aún estaba aturdido por la noticia.

—Ya, pero es evidente que el bebé no lo sabe ¡y ha decidido venir ahora! —le gritó, antes de colgar de golpe.

Patrik se quedó paralizado con el auricular en la mano. Una ridícula sonrisa empezó a asomar a sus labios. Su hijo estaba en camino, un hijo suyo y de Erica.

Con las piernas temblorosas, echó a correr en dirección al coche, cuya puerta intentó abrir un par de veces tirando de la manivela. Alguien le dio unos toquitos en el hombro. A su espalda estaba Annika, con las llaves del coche en la mano.

—Creo que irá mejor si lo abres primero.

Patrik le arrebató las llaves y, tras un breve gesto de despedida, pisó a fondo el acelerador y puso rumbo a Fjällbacka. Annika se quedó observando las marcas negras de los neumáticos que dejó en el asfalto y, muerta de risa, volvió a su puesto en la recepción.

Capítulo 12

Agosto de 1979

Ephraim estaba preocupado. Gabriel seguía empeñado en afirmar que era Johannes al que había visto con la chica desaparecida. Él se negaba a creerlo, pero, al mismo tiempo, sabía que Gabriel sería el último en mentir. Para él, la verdad y el orden eran más importantes que su propio hermano y, por esa razón, le costaba tanto dejar de pensar en ello. Él se aferraba sencillamente a la idea de que Gabriel se había equivocado de persona, que la luz del atardecer le había jugado una mala pasada a sus ojos y que las sombras lo habían engañado o algo así. Él mismo admitía que sonaba rebuscado, pero también conocía a Johannes, ese hijo suyo siempre alegre e irresponsable para el que todo era un juego en la vida, y no creía que él fuese capaz de quitarle la vida a nadie.

Apoyado en su bastón, se encaminó hacia Västergården. En realidad, no necesitaba apoyarse en ningún bastón pues, a su propio juicio, su condición física era tan buena como la de un veinteañero, pero pensaba que usar bastón le daba un aspecto elegante. El bastón y el sombrero le otorgaban una apariencia digna de un hacendado, así que los usaba tan a menudo como podía.

Le dolía que Gabriel aumentase la distancia entre ellos año tras año. Sabía que Gabriel creía que él favorecía a Johannes y, en honor a la verdad, tal vez fuese cierto; pero es que Johannes era mucho más fácil de tratar. Su encanto y su carácter abierto inspiraban benevolencia, lo que permitía que Ephraim se sintiese como un patriarca, en el sentido estricto de la palabra. Johannes era alguien a quien podía reprender duramente, alguien que lo hacía sentirse necesario, si no por otro motivo, para clavarle un poco los pies al suelo con tantas mujeres como siempre corrían tras él. Con Gabriel, la cosa era distinta. Siempre miraba a Ephraim con desprecio y este respondía tratándolo con una especie de fría superioridad. Él sabía

que el fallo era suyo, en gran medida. Mientras que Johannes saltaba de alegría cada vez que él oficiaba un servicio en el que los chicos podían ser útiles, Gabriel se encogía y deseaba desaparecer. Ephraim lo sabía y asumió la responsabilidad, pero lo hacía por el bien de ambos. Cuando Ragnhild murió, sólo contaban con su verborrea y su encanto para poder comer y vestirse. Fue una afortunada coincidencia que él resultase tener un talento tal y que la desquiciada viuda Dybling le dejase en herencia su finca y su fortuna. Así que Gabriel debería haber considerado más el resultado, en lugar de amargarlo siempre con sus reproches sobre su «terrible» infancia. En efecto, en honor a la verdad, de no ser por su genial idea de utilizar a los niños en sus oficios religiosos, hoy no tendrían todo aquello. Nadie podía resistirse a aquellos dos niños encantadores que, gracias a la providencia divina, tenían la facultad de curar a enfermos y tullidos. Junto con el carisma y el don de la palabra que él mismo poseía, eran invencibles. Sabía que seguía siendo una leyenda en el mundo de las iglesias libres, algo que lo divertía indeciblemente. Le encantaba además el hecho de que la gente lo llamase con el apelativo, cariñoso o no, tanto daba, de «El predicador».

Sin embargo, le sorprendió comprobar la desesperación con que Johannes acogía la noticia de que había perdido el don al crecer. Para Ephraim fue un modo sencillo de terminar con el engaño y para Gabriel supuso un gran alivio. Johannes, sin embargo, lo lamentó profundamente. Ephraim siempre pensó contarles que todo era un invento suyo y que la gente a la que «curaban» era gente sana por completo a la que él pagaba para que participasen en el espectáculo. A medida que pasaban los años, no obstante, empezó a dudar. Johannes podía ser tan frágil... De ahí la preocupación de Ephraim por todo el asunto de la policía y el interrogatorio al que sometieron a Johannes. Su hijo era más débil de lo que parecía y él no estaba seguro de hasta qué punto le afectaría todo aquello. Por eso se le había ocurrido darse un paseo hasta Västergården para tener una charla con su hijo, para tantear cómo se lo estaba tomando.

En sus labios se dibujó una sonrisa. Hacía una semana que Jacob, su nieto, había vuelto a casa del hospital, y pasaba horas y horas con él en su habitación. Ephraim adoraba a Jacob. Él le había salvado la vida al pequeño, de modo que ahora los unía para siempre un vínculo muy especial. Sí, pero él no era tan ingenuo como todos pensaban. Seguramente Gabriel creía que Jacob era hijo suyo, pero él, Ephraim, se había dado

cuenta de todo. Estaba claro que Jacob era hijo de Johannes, sus ojos lo delataban. En fin, aquello no era asunto suyo y el niño era la alegría de sus días. Por supuesto que también quería a Robert y a Johan, pero ellos eran aún demasiado pequeños. Lo que más le gustaba de Jacob eran sus sensatas reflexiones sobre lo uno y lo otro, y, además, el hecho de que escuchase sus historias con tanto entusiasmo. A Jacob le encantaba oírlo hablar de la época en que Gabriel y Johannes eran niños y viajaban con él por todas partes. «Las historias de curaciones», como él las llamaba. «Abuelo, cuéntame una de esas historias de curaciones», le decía cada vez que subía a verlo; y Ephraim no tenía nada en contra de revivir aquellos días, lo pasaba de maravilla. Además, no le hacía ningún mal a su nieto si las adornaba un poco. Había convertido en una costumbre concluir sus narraciones con una dramática pausa tras la que, señalando el pecho de Jacob con el índice, declaraba: «Y tú, Jacob, tú también posees el don. En algún lugar, muy profundo, aguarda a que lo hagas salir». El niño solía sentarse a sus pies y lo miraba con los ojos de par en par y la boca entreabierta: Ephraim disfrutaba viendo su fascinación.

Llamó a la puerta de la casa. Nadie respondió. Todo estaba en calma y, al parecer, Solveig y los pequeños tampoco estaban en casa, pues solía oírlos desde lejos. Oyó un ruido procedente del cobertizo y allí se encaminó. Johannes estaba reparando algo de la cosechadora y no se percató de su presencia hasta que no lo tuvo justo a su espalda. Al verlo, se sobresaltó.

—Mucho trabajo, parece.

—Sí, aquí siempre hay algo que hacer.

—Me enteré de que estuviste otra vez en la comisaría —le dijo Ephraim, siguiendo su costumbre de ir siempre al grano.

—Sí —se limitó a confirmar Johannes.

—¿Qué querían saber ahora?

—Pues me hicieron más preguntas sobre la declaración de Gabriel, claro —respondió Johannes sin dejar de manipular la cosechadora y sin mirar a Ephraim.

—Supongo que eres consciente de que Gabriel no pretende hacerte daño, ¿no?

—Sí, lo sé. Él es como es. Sin embargo, el resultado es también el que es.

—Cierto, cierto —convino Ephraim balanceándose sobre los talones, sin saber muy bien cómo continuar.

—Es maravilloso ver restablecido al pequeño Jacob, ¿verdad? —comentó, por recurrir a un tema de conversación más neutral. Una amplia sonrisa se perfiló enseguida en el rostro de Johannes.

—Sí, es maravilloso verlo. Es como si nunca hubiese estado enfermo —dijo, colocándose cara a cara frente a su padre—. Te estaré eternamente agradecido, padre.

Ephraim asintió y se acarició el bigote satisfecho. Johannes prosiguió, con cierta cautela:

—Padre, si tú no hubieses podido salvar a Jacob, ¿crees que...? —vaciló un instante, pero continuó resuelto como para no darse la oportunidad de cambiar de opinión—. ¿Tú crees que habría podido recuperar el don? Quiero decir, para poder curarlo yo.

La pregunta lo hizo retroceder de sorpresa, pues comprendió con horror que la ilusión que había creado estaba mucho más arraigada de lo que él pretendió jamás. El arrepentimiento y los remordimientos prendieron una chispa de ira, una reacción defensiva, y reprendió bruscamente a Johannes.

—¡Pero cómo puedes ser tan imbécil, hijo mío! Siempre pensé que, tarde o temprano, alcanzarías la madurez suficiente como para comprender la verdad sin necesidad de que yo la pusiera ante tus narices. No había nada de cierto en aquello. Ninguno de los «sanados» —dijo entrecomillando con un gesto— estaba enfermo de verdad. ¡Yo les pagaba! ¡Yo! —declaró, gritando de tal modo que salpicó a Johannes de saliva. Por un instante, se cuestionó lo que acababa de hacer. El rostro de Johannes perdió el color por completo, se tambaleaba como un borracho y, por unos segundos, Ephraim se preguntó si su hijo iría a sufrir algún tipo de ataque. Después, Johannes le susurró tan quedamente que apenas se oyó lo que dijo:

—Entonces maté a esas muchachas para nada.

La angustia, la culpa y el arrepentimiento estallaron en el corazón de Ephraim que, arrastrado a un agujero negro y oscuro, se vio obligado a dar rienda suelta al dolor de tan terrible constatación. Su puño fue a estrellarse contra el rostro de Johannes con toda su fuerza. Como a cámara lenta, con la sorpresa pintada en los ojos, lo vio caer hacia atrás, sobre el metal de la

cosechadora. El eco de un sonido sordo inundó el cobertizo cuando la nuca de Johannes dio contra la dura superficie. Ephraim contemplaba aterrado el cuerpo sin vida de su hijo. Se arrodilló e intentó desesperado encontrarle el pulso. Nada. Aplicó el oído sobre la boca de Johannes con la esperanza de oír algún indicio de respiración, por débil que fuese. Nada. Y empezó a comprender que Johannes estaba muerto, que había caído a manos de su propio padre.

Su primer impulso fue salir corriendo en busca de ayuda. Después, su instinto de supervivencia se sobrepuso a ese ímpetu irreflexivo, pues si algo caracterizaba a Ephraim Hult, era su condición irrefutable de superviviente. Si pedía ayuda, se vería obligado a explicar por qué había golpeado a Johannes. Y ese porqué no podía, bajo ningún concepto, salir a la luz las chicas estaban muertas y Johannes también. En un sentido bíblico, se había hecho justicia. Por otro lado, él no tenía ningún interés en pasar los últimos años de su vida en la cárcel. Ya tendría bastante castigo al verse obligado a vivir el resto de sus días sabiendo que había matado a su hijo. Con la mayor resolución, empezó a preparar lo necesario para ocultar su crimen.

Por suerte, le debían algún que otro favor.

** * **

Se dio cuenta de que se encontraba muy satisfecho con todo. Los médicos le habían dado un máximo de seis meses de vida y al menos podría pasarlos en paz y tranquilidad. Claro que echaba de menos a Marita y a los niños, pero ellos venían a visitarlo una vez por semana y, entretanto, él pasaba el tiempo rezando. Ya le había perdonado a Dios su abandono en el último momento. También Jesús antes de morir le preguntó a su padre por qué lo había abandonado. Y si Jesús era capaz de perdonar, también Jacob lo haría.

El jardín del hospital era el lugar en que pasaba la mayor parte de su tiempo. Sabía que los otros reclusos lo evitaban. Todos estaban condenados por algún delito, la mayoría por asesinato, pero por alguna razón pensaban que él era peligroso. No lo comprendían: él no había disfrutado matando a las muchachas y tampoco lo había hecho buscando su propio beneficio. Lo hizo porque cumplía con su deber. Ephraim le reveló que, al igual que Johannes, él también era especial. Su obligación consistía por tanto en

administrar aquella herencia y no dejarse anular por una enfermedad que intentaba exterminarlo a toda costa.

Y no pensaba rendirse aún, no podía rendirse. Las últimas semanas había comprendido que tal vez lo erróneo hubiese sido el modo de proceder, tanto suyo como de Johannes. Ambos intentaron hallar un método práctico de recuperar el don, pero tal vez no fuese esa la idea. Quizá deberían haber empezado por buscar en su interior. Las plegarias y la paz de aquel entorno le habían ayudado a centrarse. Poco a poco había logrado mejorar su capacidad de alcanzar ese estado meditativo en el que podría aproximarse al plan inicial de Dios. Sentía cómo iba llenándose de energía. En esas ocasiones, se estremecía de expectación. No tardaría en poder recoger el fruto de su nuevo saber. Claro que entonces lamentaba que se hubiesen malogrado vidas inútilmente, pero era la eterna lucha entre el bien y el mal, y desde ese punto de vista, las muchachas fueron víctimas necesarias.

Sentado en un banco, disfrutaba del calor de la tarde. La oración del día había tenido una fuerza especial y ahora se sentía como si irradiase luz y calor al unísono con el sol. Se miró la mano y observó el delgado haz de luz que la rodeaba. Jacob sonrió: ya había empezado.

Junto al banco había una paloma. Yacía de costado y la madre naturaleza ya comenzaba a recuperarla para sí y a transformarla en tierra. Allí estaba, sucia y rígida, con los ojos cubiertos por la membrana blancuzca de la muerte. Ansioso, se inclinó hacia delante y se puso a estudiarla. Era una señal.

Jacob se levantó del banco y se sentó en cuclillas a su lado. La escrutó con ternura. Su mano ardía ya como si tuviese fuego dentro. Tembloroso, acercó el índice derecho a la paloma y lo dejó reposar ligeramente sobre el desaliñado plumaje. Nada sucedió. La decepción amenazó con engullirlo, pero se obligó a permanecer en el lugar al que solían llevarlo sus plegarias. Tras unos minutos, la paloma se estremeció. Después una de las rígidas patas del ave se movió de pronto. Luego todo empezó a suceder al mismo tiempo: el animal recuperó el lustre del plumaje, la membrana que le cubría los ojos desapareció, se apoyó sobre sus patas y, con un vigoroso aleteo, elevó el vuelo. Jacob sonrió satisfecho.

El doctor Stig Holbrand, acompañado de Fredrik Nydin, un médico residente que realizaba parte de sus prácticas en el psiquiátrico judicial,

observaba a Jacob desde una ventana que daba al jardín.

—Ése es Jacob Hult. Constituye un caso un tanto especial en este centro. Torturó a dos muchachas para luego intentar sanarlas. Ambas murieron de las lesiones sufridas y está acusado de asesinato, pero no superó el examen psiquiátrico y, además, tiene un cáncer en el cerebro que no tiene tratamiento.

—¿Cuánto se quedará aquí? —preguntó el residente que, pese a comprender lo trágico de aquella historia, no podía por menos de considerarla extraordinariamente emocionante.

—Seis meses, más o menos. Asegura que llegará a curarse a sí mismo y se pasa la mayor parte del tiempo meditando. Lo dejamos hacer. La verdad es que no molesta a nadie.

—Pero ¿qué es lo que está haciendo ahora?

—Sí, bueno, eso no quiere decir que no tenga una conducta un tanto extraña a veces —el doctor Holbrand entrecerró los ojos y se hizo sombra con la mano para ver mejor—. Creo que está arrojando al aire una paloma. Bueno, al menos ese pobre animal ya estaba muerto —observó fríamente.

Y siguieron su ronda de pacientes.

Agradecimientos

Ante todo deseo dar las gracias una vez más a mi esposo, Micke, que, como es costumbre en él, antepone siempre a todo mi labor literaria y constituye mi principal apoyo.

Muchas gracias, cómo no, a Mikael Nordin, así como a Bengt y Jenny Nordin, de la agencia literaria Bengt Nordin Agency que, de forma incansable, han trabajado sin cesar para que mis libros alcancen a un público más amplio.

Mención especial merecen los policías de Tanumshede y su jefe, Folke Åsberg, pues no sólo se tomaron la molestia de leer mi material y de aportar opiniones, sino que además aceptaron de forma ecuánime el que a mí se me ocurriese colocar en su lugar de trabajo a un par de policías especialmente incompetentes. ¡En este caso, la realidad no se parece en nada a la ficción!

Una persona cuya colaboración ha sido de un valor incalculable durante el trabajo con esta novela es mi redactora y editora, Karin Linge Nordh, que revisó el manuscrito con más prolijidad de lo que yo misma habría podido hacer, además de hacerme observaciones más que razonables. Asimismo, también me ha inculcado la valiosísima expresión: *when in doubt, delete*.

Otras personas cuyo apoyo ha resultado fundamental en la elaboración de este libro, así como del anterior, son Gunilla Sandin e Ingrid Kampås, Martin y Helena Persson, mi suegra Gunnel Läckberg y Åsa Bohman, que leyeron y comentaron gustosos el manuscrito.

Finalmente quisiera expresar aquí mi agradecimiento a Berith y Anders Torevi, que no sólo comercializaron *La princesa de hielo* con el mayor entusiasmo, sino que además le dedicaron parte de su tiempo a leer y comentar el manuscrito de esta novela.

Todos los personajes y los sucesos que figuran en el libro son ficticios. En cambio, Fjällbacka y sus alrededores son reales, aunque en más de una ocasión también me he tomado ciertas libertades con algunos lugares.

Camilla Läckberg—Eriksson
[www. camillalackberg. com](http://www.camillalackberg.com)



Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.



z-library.se

singlelogin.re

go-to-zlibrary.se

single-login.ru



[Official Telegram channel](#)



[Z-Access](#)



<https://wikipedia.org/wiki/Z-Library>